

LA HIJA

DEL REY



834Eb3
0aSPs
1908
v.1



LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

834Eb3

0aSPs

1908

v. 1
UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
BOOKSTACKS





LA HIJA DEL REY DE EGIPTO



ES PROPIEDAD

LA HIJA
DEL
REY DE EGIPTO

POR
JORGE EBERS

TRADUCCIÓN DE LA SEXTA EDICIÓN ALEMANA POR

D. GASPAR SENTIÑÓN

CON ILUSTRACIONES DE

ARTURO MÈLIDA

Y DIBUJOS A LA PLUMA DE

APELES MESTRES

TERCERA EDICIÓN

TOMO PRIMERO



BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
CASA EDITORIAL MAUCCI, *Calle Mallorca. 166*

1908

Establecimiento tipográfico de LA CASA EDITORIAL MAUCCI

Microfilm Negative # 95-3658
Humanities Preservation Project

S3496-3

CaSPe

1908

v. 1

18.1



JORGE M. EBERS

(Busto de J. Kopf)



EBERS Y SU OBRA

Jorge Mauricio Ebers, nació el primero de marzo de 1837 en Berlín, estudió la segunda enseñanza en el gimnasio (Instituto,) de Quedlimburgo, y en 1856 empezó los cursos de derecho en la Universidad de Göttinga. Ya en 1858, con la idea de escribir la presente novela, emprendió sus estudios egiptólogos en Berlín bajo la dirección de Lepsius y Brugsch y recorrió después los principales museos alemanes. Dió esta su primera obra al público en 1864, y de entonces datan su fama y la serie no interrumpida de sus publicaciones científicas y de imaginación. Profesor libre de la Universidad de Jena desde 1865, emprende en 1869 un viaje científico á España, norte de Africa, Egipto y Arabia, y á su regreso (1870,) es nombrado catedrático. Dos años después vuelve á Egipto, y como fruto de sus investigaciones lleva á su patria y publica el «Papyrus» egipcio, que toma el nombre de Ebers, y que comprende el tratado de medicina más antiguo que se conoce. Se conserva este documento en la Universidad de Leipzig, de la que en 1875 fué nombrado, y es actualmente Ebers catedrático numerario.

La obra que hoy publica la Biblioteca «Arte y Letras» es, entre las de Ebers, la que ha alcanzado mayor éxito mercantil y más ruido ha hecho entre los críticos. A pesar de las protestas de los ultra-naturalistas alemanes y franceses, «Eine aegyptische Königstochter» (literalmente: Una hija de rey egipcia,) ha alcanzado de 1864 á 1876 hasta seis ediciones y recorrido, vertida á todas las lenguas, la Europa entera. A cada edición el autor ha limado y aún forjado de nuevo los elementos de su obra. Orientalista entendido y de gran renombre, comprende en ella un cuadro completo de la civilización egipcia y persa en la época de la decadencia de Egipto y de la conquista de este país por Kambises.

Ebers tiene escritas con éxito otras varias obras del mismo género: «Uarda,» novela egipcia de la época de la esclavitud israelita; «Homo sum,» con asuntos de la vida de los primeros Eremitas en el desierto entre los restos de la civilización pagana; «Die Schwestern» (Las hermanas,) escenas de la vida monástica egipcia en la antigüedad y «Der Kaiser» (el emperador,) publicada recientemente y que no conozco. Como á autor científico Ebers está muy reputado. En este género son sus obras: «Disquisitiones de dynastia vicesima sexta regum aegyptiorum» (Berlín 1865;) «Egipto y los libros de Moisés» (Leipzig 1868;) «Por Gosen hasta el Sinaí» (Leipzig 1872;) «El sistema de escritura de los antiguos egipcios» (2.ª edición, Berlín 1875;) «Papyrus Ebers» (Leipzig 1875,) y la publicación ilustrada «Egipto en imagen y palabra» (Aegypten in Bild und Wort. 2 t. Stuttgart 1879-1880.)

En la novela histórica nos habíamos contenido hasta hace poco, con obtener una impresión general de la época pintada. Los aventureros y las heroínas de Walter Scott podían viajar por los highlands ó conspirar en las bibliotecas de sus castillos, y amar y luchar en los torneos muy á su placer, sin venir sujetos á un régimen muy estrecho de policía histórica. Poco nos importaba que una belleza peinara anacrónicamente sus cabellos, y se adornara con inverosímiles joyas ó vestidos, mientras su caballero, á pesar de lo imprevisto del tocado, acometiera por ella nobles empresas hábiles y conadas y más discretamente compuestas. El fondo del cuadro en que se movían los personajes, tenía algo de estas salas

decoradas con maderajes y tapices ennegrecidos por el tiempo: la vista se fija en el movimiento de las personas que por ellas discurren, y en las notas brillantes de sus trajes, y el oído y la inteligencia siguen el hilo de las conversaciones, sin que la imaginación se aparte de ellas, atraída y entretenida en dar vueltas por los detalles de la decoración. El anacronismo podía, pues, cómodamente vagar inadvertido por entre las sombras del fondo ornamental. Pero desde que Dickens negó á la decoración el carácter pasivo, y quiso que los detalles y accesorios vivieran y vinieran á representar el papel de infinitos personajes menores de sus novelas, instintivamente buscamos en cada objeto un carácter, una acción y un lenguaje; no podemos prescindir de estos criados habladores que nos dicen el genio, inclinaciones y situación de sus dueños y de sus visitas, y pronto les conocemos cuando no tienen condiciones reales, ó tratan de engañarnos. El anacronismo queda de esta hecha al descubierto, y bien pronto se forman para él dos escuelas: la doctrinaria y la radical. La primera tolerándole sus reconocidas deformidades en detalle, pero no dándole más que importancia accesorias; la segunda quería y quiere sencillamente la desaparición de la novela histórica á nombre del naturalismo y de la novela fisiológica contemporánea.

Frente á esta exigencia, se ha levantado otra vez la novela histórica transformada en novela arqueológica. Ebers, Freitag, Scheffel, Elliot, Flaubert, han tomado los propios pinceles de la escuela naturalista, y han pintado con esta no sólo como Dickens, el detalle para el conjunto, sino el detalle por el detalle y contra el conjunto; y así como se recogen elementos para la novela moderna en las escenas y objetos que nos rodean, en las crónicas de los tribunales ó en la gaceta de los diarios, por igual, aunque más costoso procedimiento, recoge la novela arqueológica sus motivos en los bajos relieves ó entallados de los monumentos, en los escaparates de los museos, en las inscripciones cuneiformes ó jeroglíficas, y en las crónicas ó en los archivos. La discusión camina, pues, á su verdadero terreno. La transcendencia de la obra, la pintura de los caracteres, la marcha de la acción, deben ser el objeto principal de la crítica.

Sino por ser la primera de las novelas arqueológicas, al menos por su éxito «La hija del Rey de Egipto» ha atraído la atención de todos y de la escuela ultra-naturalista en particular. Uno de los apóstoles de ésta, Mr. Jules Soury, ha hecho de aquélla un sangriento resumen («Revue des deux Mondes,» enero 1875,) terminando con la demanda de la abolición inmediata de la novela histórica y del drama y la novela con fin moral.

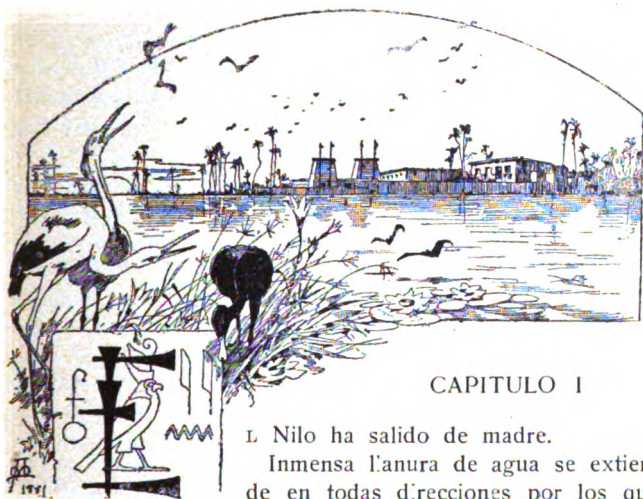
Afortunadamente mientras conservemos en la memoria los caracteres nobles y vivos de W. Scott, Dickens, Bret Harte y Elliot; mientras la palabra de Augier nos conmueva en la escena y mientras sepamos que la misma pluma que describió á Mad. Bovary ha creado los «Trois contes simples,» esta demanda es inútil. Gervasia, Naná, y sus imitaciones podrán vegetar en la sombra de poblaciones corrompidas, podrá hacerlas presentables al público un habildoso talento académico disfrazado de naturalista, servirán para demostrar el ingenio de los autores, para entretener la curiosidad por los procedimientos entre las gentes del oficio y para explotar la menos sana de los demás; pero estas muñecas de carne rosada, cuya putrefacción tan bien se historia, nunca serán objetos de Bellas Artes, ni siquiera problemas en la sociedad, sino casos nosocomiales.

La novela de Ebers encierra dos partes: una que podríamos llamar de escenario, y que es irreprochable según nuestros actuales conocimientos. El paisaje, la vegetación, los monumentos, los muebles, los trajes, las costumbres están perfectamente pintados. La verdad del detalle hace mucho más rico y bello el cuadro de estas civilizaciones de lo que nos lo habían hecho comprender estudios más formales anteriores. No hay un árbol, un palacio, un tejido, un vaso ni el acto más insignificante cuya existencia no esté plenamente justificada. Arturo Mérida y Apeles Mestres en las ilustraciones de esta edición hacen resaltar aun más este carácter, sujetando sus trazos, de ordinario espontáneos y elegantes, á la rígida fijeza del estilo de aquella época.

No resulta tan perfecta la acción y los caracteres: aquélla es muy desigual en su desarrollo. Lenta en la primera mitad, distrae y pierde á la imaginación en episodios puramente

descriptivos para precipitarla después en un complicado desenlace. Los caracteres de los personajes históricos no resultan tan grandiosos como la imaginación los desea, tienen como un aire casero en el que probablemente influye en parte el concepto vago y puramente ideal que de los mismos teníamos preconcebido. Kresos y Rodopis en particular, parecen hablar por cuenta del autor, y en verdad usan con algún exceso de aquella oratoria especial de los liberales de la primera mitad de este siglo, de la que nos ha dejado aun algunos ejemplares la pasada y próxima revolución del 63. Los anacronismos que ha sabido Ebers desterrar de sus descripciones no ha sabido vencerlos del todo en los caracteres. Liberales, absolutistas y teócratas tienen aquí su pequeño círculo con ideas análogas á las actuales, quizás porque siempre hayan sido parecidas. Los diálogos, aun entre amantes, están salpicados de datos arqueológicos que desvirtúan los bellos detalles que encierran y dificultan el que el lector se abandone á su jiro y á las impresiones que de otro modo despertarían. Con todo los personajes se hacen simpáticos, la acción se sigue con interés y la impresión que deja la lectura es agradable y duradera. Se ha dicho con ocasión de esta obra que: la novela histórica es mortal enemiga de la historia, nada más falso. Yo apelo á los lectores que desde hace algunos años no asisten á las cátedras de historia de nuestras universidades y hayan hecho después estudios especiales sobre alguna de las ramas de las ciencias arqueológicas, para saber de cuál de las dos narraciones resalta más claro y más vivo el carácter de los pueblos orientales en la antigüedad. Si en la novela histórica se busca más que una pintura del cuadro de una época, se falsea su carácter, y bajo este concepto bien puede repetirse con nuestro autor (en el prólogo de la 4.^a edición,) que de la misma manera que aquélla sería enemiga mortal de la historia, la pintura de paisaje lo sería de la botánica.

C. DE LA K.



CAPITULO I

L Nilo ha salido de madre.

Inmensa lanura de agua se extiende en todas direcciones por los que antes fueron floridos bancales y lozanos sembrados. Sólo descuellan sobre el haz del agua las ciudades, protegidas por los diques, con sus gigantescos templos y palacios, los techos de las aldeas y las copas de las esbeltas palmeras y acacias. Cuelga sobre las olas el ramaje de los pátanos y sicomoros mientras se eleva y asciende, cual si quisiera huir del húmedo elemento, el de los altos pobos.

La luna llena derrama suave claridad sobre la cordillera líbica que se confunde con el horizonte. Flotan en el agua flores de lotos, blancas y azules, y revolotean por el tranquilo aire de la noche, que satura el perfume de acacias y jazmines, murciélagos de diversas especies. En las copas de los árboles duermen las palomas, zorfas y otras aves; entre los papiros y nelumbos que cubren de espeso verdor las orillas del río, se acurrucan los alcatraces, las grullas, las cigüeñas. Estas, para dormir, esconden su largo pico bajo sus alas sin moverse por nada; pero las grullas se azoran al ruido de un remo, ó á la voz del barquero, alargan el cuello y espían temerosas el lejano horizonte y en torno suyo.

No sopla el más leve vientecillo. La imagen de la luna, rielando en el agua cual escudo de plata, muestra lo plácida y mansa que está la corriente del Nilo, que despeñado pri-

mero por encima de las cataratas, precipitándose con ímpetu, bañando los templos gigantescos del Alto Egipto, cuando llega al punto donde se lanza al mar por multiplicadas bocas, deja por fin su arrebatada petulancia y se entrega al blando sosiego.

En esta noche de luna, 528 años antes del nacimiento del Salvador, un barco coriaba el remanso de las aguas, junto á la boca canónica del Nilo. Un hombre egipcio, sentado en lo alto del techo de la cámara, gobernaba el largo pinzote del timón ¹. En el casco, unos remeros medio desnudos bogaban cantando. Dentro de la cámara abierta, parecida á una enramada de madera, veíanse dos hombres reclinados sobre bajos divanes, y á juzgar por su aspecto, no eran ciertamente egipcios. La claridad de la luna bastaba á revelar su procedencia griega. El mayor, hombre extraordinariamente alto y robusto, de unos sesenta años de edad y cuya espesa cabellera cana caía algo desordenada sobre su corta cerviz, iba vestido de una simple capa y miraba taciturno hacia el río, mientras su compañero, que tendría unos veinte años menos y era de complexión delicada, ora miraba al cielo, ora dirigía una palabra al timonel; ya replegaba con gracioso ademán su hermosa *janis* (1) de púrpura azul, ya acariciaba su perfumada cabellera de color castaño, ó su barba cuidadosamente rizada.

Hacia como media hora que la embarcación había salido de Náucratis ², único puerto egipcio á la sazón accesible á los helenos. Durante el trayecto, el hombre cano y taciturno no despegó los labios, y el joven le había abandonado á sus pensamientos; mas al acercarse la barca á la ribera, el inquieto pasajero levantándose, dijo á su compañero:

—Vamos á llegar al fin de nuestro viaje, Aristómajos. Allá, á la izquierda, aquella bonita casa en medio del jardín de palmeras que descuella sobre los campos inundados ³, es la morada de mi amiga Rodopis. Su difunto esposo Járaxos la

(1) La *janis* era una ligera capa de verano, generalmente de tejidos preciosos, que solían llevar los elegantes de Atenas. La capa sencilla, *himation*, vestíanla los griegos dorios, especialmente los espartanos.

mandó construir, y todos sus amigos, incluso el mismo rey, procuran hermosearla cada año con nuevos primores. ¡Trabajo inútil! Aunque lleven á la casa todos los tesoros del mundo, su mejor tesoro será siempre su espléndida dueña.

El anciano se levantó, echó una rápida mirada al edificio, arregló su espesa barba gris que le cubría los carrillos y toda la parte inferior del rostro, dejándole sólo libres los labios, y dijo secamente:

—Mucho caso haces de esa Rodopis, Fanes. ¿De cuándo acá gustan los atenienses de las viejas?

El interpelado sonriéndose, contestó con cierta fatuidad:

—Creo que entiendo algo en eso de juzgar á las personas y especialmente á las mujeres, y vuelvo á asegurarte que en todo Egipto no conozco otra más noble que esa anciana. Cuando las habrás visto, á ella y á su linda nieta, y oirás tus melodías favoritas cantadas por un coro de esclavas perfectamente amaestradas, me darás las gracias por haberte llevado allá.

—Con todo—respondió gravemente el espartano,—no te hubiera seguido, á no abrigar la esperanza de encontrar aquí al delfio Frixos.

—Le encontrarás y confío en que el canto te hará bien, sacándote de tus tétricas meditaciones.

Aristómajos hizo un gesto negativo con la cabeza y repuso:

—Es fácil que á ti, liviano ateniense, te anime el canto patrio; á mí cuando oigo las canciones de Alkman, me sucede lo que en las noches que paso soñando despierto. Crecen mis anhelos lejos de calmarse.

—¿Piensas, acaso—preguntó Fanes—que no deseo volver á mi querida Atenas, ver los sitios donde jugaba cuando niño, y contemplar la vida animada de la plaza pública? Júrote que tampoco me gusta á mí el pan del destierro; pero sabe éste mejor con un trato como el que esta casa ofrece, y cuando mis amadas canciones helénicas, cantadas por ti con maravillosa perfección, resuenan en mi oído. Entonces surge en mi imaginación el recuerdo de mi país; veo sus olivares y sus bosques de pinos, sus frescos ríos de esmeralda, su azulado mar, sus esplendorosas ciudades, sus nevadas cumbres y marmóreos pórticos. Una lágrima, amarga y dulce á la vez,

se desprende de mis ojos cuando cesa la música, y apenas acierto á convencerme de que me hallo en Egipto, en este país tan monótono, caluroso y extraño, del que, merced á los dioses, no tardaré en salir... Pero dime, Aristómajos: si recorres el desierto, ¿huirás los oasis, porque después debas volver á pisar arena y á padecer sed? ¿Quieres rechazar una hora de felicidad porque te aguardan días de desventuras?—Alto, ya estamos. Serena tu rostro, amigo, pues no está bien que entremos tristes en el templo de las *járites* (1).

En este momento, la barca llegó junto á la muralla del jardín bañada por el Nilo. El ateniense salió dando un ligero brinco, y el espartano, con paso firme y reposado. Aristómajos llevaba una pierna postiza; mas á pesar de ello, andaba con tanta soltura al lado del ligero Fanes, como si hubiese nacido con la pierna de palo.

En el jardín de Rodopis, los perfumes saturaban el aire, abríanse las flores y se percibía cierto revoloteo como en noche de conseja. Acantos, mimosas, setos de viburno, jazmín y saúco, malezas de rosales y cíctos se apretaban unos á otros; palmeras, acacias y elevados bálsamos sobresalían por encima de los arbustos; grandes murcélagos cerníanse con sus delicadas alas sobre el conjunto, al són del canto y la risa en el río.

Un egipcio plantó aquel jardín; los constructores de las pirámides eran desde antiguo celebérrimos jardineros; sabían perfectamente separar los banales y combinar grupos regulares de árboles y arbustos, disponiendo acequias y surtidores, enramadas y glorietas. Festoneaban también las veredas con setos artísticamente recortados, y criaban doradas en piscinas de piedra.

Fanes se paró en la puerta de la muralla, miró con cautela alrededor, escuchó en varias direcciones, y moviendo la cabeza, dijo:

—No sé qué pueda significar esto. Ni oigo voces, ni veo luz. Las barcas todas han desaparecido, y no obstante, cerca de los obeliscos de la entrada, ondea la bandera con su palo abigarrado. Rodopis debe estar ausente. ¿Habrá olvidado...

(1) Nombre griego de las *Gracias*.

Antes de terminar la frase, fué interrumpido por una voz grave que exclamó:

—¡Ah, el jefe de la guardia!

—Salud, Knakias—dijo Fanes saludando amistosamente al anciano que se le acercaba.—¿Cómo es que en este jardín reina la quietud del sepulcro egipcio, en tanto que veo izada la bandera de hospitalidad? ¿Desde cuándo invita en balde á los forasteros ese lienzo blanco?

—¿Desde cuándo?—contestó el anciano esclavo de Rodopis.—Mientras las *moiras* (1) perdonen graciosamente á mi señora, segura está la vieja bandera de atraer á tantos huéspedes cuantos quepan en esta casa. Rodopis ha salido, pero no puede tardar en volver. La tarde se ha presentado tan hermosa, que ella y todos sus huéspedes han resuelto dar un paseo por el río. Hace dos horas, á la puesta del sol han salido, y la cena está ya preparada⁹. No pueden tardar. Te suplico, Fanes, que no te impacientes; entra conmigo en la casa. Rodopis no me perdonaría que dejase de instar á permanecer aquí á huésped tan acepto. Y á ti, forastero—dijo al espartano,—ruégote encarecidamente que te quedes también, pues como amigo de su amigo, te recibirá gustosa la señora.

Los dos griegos siguieron al sirviente y se sentaron junto á una enramada.

Aristómajos contempló los objetos que le rodeaban alumbrados por la luna, y dijo:

—Explícame, Fanes, ¿á qué suerte debe Rodopis, antigua esclava y hetera¹⁰, el vivir como reina y recibir como tal á sus conocidos?

Esta pregunta me la esperaba tiempo há—contestó el ateniense,—y celebro que me sea dable enterarte del pasado de esta mujer antes de que entres en su casa. Durante la travesía no he querido molestarte con narración alguna. El vetusto río impone con incomprensible fuerza el silencio y la meditación tranquila. Cuando yo, como tú ahora, realicé por vez primera una excursión nocturna por el Nilo, sentí también como paralizada mi otras veces incansable lengua.

(1) *Parcas*.

—Te lo agradezco—contestó el espartano.—Al ver por vez primera al anciano sacerdote cretense, Epiménides ¹¹ de Cnosos que contaba á la sazón 150 años, su vejez y santidad causáronme una emoción singular; pero ¡cuánto más viejo y más sagrado no es ese vetustísimo río Aigyptos! ¹². ¿Quién podrá substraerse á la fascinación que produce?... Mas hableme de Rodopis. Te lo ruego.

—Rodopis—empezó Fanes,—fué robada cuando niña, y mientras jugaba con sus compañeras en la playa tracia, por unos navegantes fenicios que la llevaron á Samos, donde la compró Jadmon, rico *geomoro* (1). La niña creció en belleza, en gracia y discreción, querida y admirada de cuantos la conocieron.

Esopo ¹³, el fabulista, que á la sazón vivía también como esclavo en casa de Jadmon, se deleitaba muy especialmente con la gracia y el talento de la niña; instruída en todas las cosas y cuidaba de ella como un *pedagogo* (2) de los que los atenienses destinamos á nuestros hijos. El buen maestro tuvo en ella una discípula tan dócil y aprovechada, que la pequeña esclava consiguió muy luego hablar, cantar y tocar mejor que los hijos de Jadmon, cuya educación era muy esmerada. A los catorce años, Rodopis era tan bella y perfecta, que inspiró celos á la esposa de Jadmon, la cual no quiso tenerla más en su casa; razón por la cual este samio vióse con gran disgusto obligado á venderla á cierto Xantos. En aquella época dominaba todavía en Samos la nobleza poco acaudalada. Si entonces Polícrates hubiese manejado las riendas del gobierno, no habría Xantos tenido que ir en busca de un comprador. Esos tiranos llenan sus arcas como las urracas sus nidos. Xantos, pues, marchó con su prenda á Náukratis, donde ganó pingües sumas lucrando con los encantos de su esclava. Así pasó Rodopis tres años en la más baja humillación. El recuerdo de la misma la horroriza aun.

Cuando, por fin, la fama de su belleza había cundido por la Grecia toda, y las gentes acudían desde lejanas tierras á

(1) Nombre de los hacendados que formaban la nobleza de Samos.

(2) Ayo.

Náukratis sólo por verla ¹⁴, el pueblo de Lesbos expulsó á su nobleza, y escogió para soberano al sabio Pítacos. Las familias más distinguidas abandonaron la isla, refugiándose unas en Sicilia, otras en Italia griega y otras en Egipto. Alkeos ¹⁵, el poeta más grande de su época, y Yáraxos hermano de aquella Sappó ¹⁶, cuyas odas agradaron tanto á nuestro Solón, que su mayor deseo era aprenderlas de memoria, vinieron á Náukratis que florecía ya desde muchos años como emporio del comercio egipcio con el resto del mundo. Yáraxos vió á Rodopis y se enamoró de ella tan perdidamente, que destinó una suma inmensa para comprarla al codicioso Xantos quien deseaba volver á su país. Sappó escarneció á su hermano con versos mordaces por semejante compra. Alkeos, empero, alabó á Yáraxos y ensalzó á Rodopis en ardientes canciones.

El hermano de la poetisa, que antes vivía obscurecido entre el sinnúmero de forasteros llegados de Náukratis, cobró de repente celebridad como amo de Rodopis, cuyos encantos llamaron á su casa á los extranjeros todos que la colmaron de obsequios. El rey Hofra ¹⁷, que había oído ensalzar la belleza y discreción de la joven, ordenó que se la presentaran en Menifs, y quiso comprarla á Yáraxos, mas éste le había ya dado libertad y la quería demasiado para separarse de ella. Por otra parte, Rodopis, á su vez, amaba al hermoso lesbio, y prefirió no abandonarle á aceptar los brillantísimos ofrecimientos que se le hicieron. Finalmente Yáraxos hizo á la encantadora mujer su esposa legítima, permaneciendo con ella y con su hija Kleis en Náukratis hasta que Pítacos permitió el regreso de los desterrados.

Embarcóse con su esposa para Lesbos; enfermó durante el viaje, y murió poco después de llegar á Mitelene. Sappó que se había mofado de su hermano, con motivo de su desafortunado casamiento, se convirtió pronto en admiradora entusiasta de la bella viuda, celebrándola á porfía con su amigo Alkeos en apasionadas canciones.

Después de la muerte de la poetisa, Rodopis regresó á Náukratis con su hija, siendo recibida como diosa. Amasis ¹⁸, actual rey de Egipto, se había en tanto apoderado del trono de los faraones, y en él se sostenía merced al auxilio de los guerreros de cuya casta procedía. Habiendo su antecesor Ho-

fra, por su predilección por los griegos y su trato con los extranjeros odiados por los egipcios, precipitado su caída motivando la franca insurrección de los sacerdotes y guerreros, se confiaba que Amasis volvería, como en los tiempos antiguos, á cerrar el país á los extranjeros ¹⁹, y despediría á los mercenarios helénicos, ejecutando las órdenes de los sacerdotes en vez de atenerse á los consejos de los griegos. Pero ya ves cómo los sesudos egipcios se han equivocado en su elección de rey, cayendo de Skila en Caribdis. Si Hofra fué amigo de los griegos, de amante podemos calificar á Amasis. Los egipcios, y sobre todo los sacerdotes y los guerreros, están irritadísimos, y de buena gana nos degollarían á todos como Odiseo á los pretendientes de su esposa que comían su hacienda. De los guerreros no hace gran caso el rey, porque sabe lo que puede esperar de ellos y de nosotros; á los sacerdotes, empero, les ha de tratar con más miramiento, porque tienen una influencia inmensa sobre el pueblo, y porque el mismo rey tiene aun más apego de lo que quiere confesar á esta religión absurda ²⁰, que en este país tan raro ²¹ subsiste invariable desde miles de años há, pareciendo por ello doblemente sagrada á sus confesores. Esos sacerdotes amargan la vida á Amasis, nos persiguen y diezman cuanto pueden, y yo mismo hace tiempo que hubiera muerto, si no me amparase la mano protectora del rey. Pero, ¡qué digresión!...

Decía que Rodopis fué recibida en Náukratis con los brazos abiertos, y Amasis, que llegó á conocerla, la colmó de favores. Su hija Kleis, á la que no se permitió nunca alternar en las reuniones nocturnas de su casa, y que fué educada con más rigor tal vez que las otras niñas de Náukratis, casó con Glaucos, rico negociante focense de familia ilustre, que había defendido valientemente su patria contra los persas, y fuese con él á vivir á Masalia ²², ciudad recién fundada en la costa káltica. Acababan de tener una hija, á la que pusieron por nombre Sappó, cuando los jóvenes esposos murieron víctimas del clima. Rodopis misma emprendió el largo viaje al Occidente en busca de la pequeña huérfana; guardóla en su casa, la hizo educar esmeradamente, y ahora, adulta ya, le veda la compañía de los hombres. Es que siente de tal modo

las tristes huellas de su primera juventud, que quiere mantener á su nieta Sapfó más apartada de todo trato con nuestro sexo de lo que consienten las costumbres egipcias. A mi amiga el trato social le es tan necesario como el agua al pez y el aire al pájaro. Todos los extranjeros la visitan, y el que haya probado sólo una vez su hospitalidad, no dejará de acudir, por poco que el tiempo de que pueda disponer se lo permita, cuando la bandera anuncie una noche de recepción. No hay griego de alguna importancia que no frecuente esta casa; porque aquí se delibera acerca del modo de contrarrestar el odio de los sacerdotes y persuadir al rey en tal ó cual asunto. Aquí se saben las más recientes noticias de nuestro país y del resto del mundo; aquí el perseguido halla un asilo inviolable, pues el rey ha dado á su amiga una carta de inmunidad contra las vejaciones procedentes de las autoridades de orden público²³; aquí se oyen la lengua y los cantares de la patria; aquí se discuten los medios de librar á Grecia de la monarquía²⁴ que se va generalizando: en una palabra, esta casa es centro de gravedad de los intereses helénicos en Egipto y de mayor importancia política que el Helénion, la unión mercantil y religiosa de esta vecindad. Dentro pocos minutos verás á esa singular abuela, y si nos quedamos solos, quizá veas asimismo á la nieta y podrás comprender que esas personas nada deben á la suerte, todo á sus excelentes cualidades.—¡Ah, allí están! Ya se dirigen hacia la casa. ¿Oyes el canto de las esclavas? Ahora entran. Deja que se sienten y sígueme. Después, al despedirnos, te preguntaré si te duele el haber ido conmigo, y si Rodopis no se parece más á una reina que á una antigua esclava.»

La casa de Rodopis pertenecía al estilo griego²⁵. El exterior oblongo, de un solo piso, era sencilísimo para nuestro gusto, pero la disposición interior aunaba la belleza de las formas helénicas con el esplendor de los colores egipcios.

El anchuroso portal daba ingreso al vestíbulo, en cuyo lado izquierdo radicaba un gran comedor desde cuyas ventanas se dominaba el río. Opuesta á dicha pieza estaba la cocina, departamento propio sólo de las casas de gente acaudalada, pues los pobres solían preparar su comida en el lugar de la antecámara. La sala de recepción se hallaba á la salida del

vestíbulo y tenía la figura de un cuadrado, con pórticos, alrededor, en los cuales se abrían numerosos aposentos. En medio de este salón, donde se reunían los hombres, y en hogar de metal, dispuesto á modo de altar, de rico trabajo eginético ²⁶, ardía el fuego doméstico.

De día el salón recibía su luz por las aberturas del techo, que servían al propio tiempo para dar salida al humo del hogar. Un pasadizo colocado en dirección opuesta al vestíbulo y cerrado por una sólida puerta, conducía al gran patio propio de las mujeres, cercado de columnas sólo por tres lados, en el cual solían congregarse aquellas que pertenecían á la familia, cuando no estaban ocupadas en hilar ó tejer en los aposentos contiguos á la puerta del jardín. Entre estos últimos y los del patio, destinados á los fines de la economía doméstica, se hallaban los dormitorios donde se guardaban también los tesoros de la casa. Las paredes del patio de los hombres estaban pintadas de un color rojizo, sobre el cual resaltaban visiblemente los contornos de las estatuas de mármol blanco, regalo de un artista de Jios ²⁷. Densas alfombras de Sardes cubrían el pavimento. A lo largo de la columna, extendíanse unos divanes bajos cubiertos de pieles de panteras. Junto al ara había unos sillones egipcios de forma rara y unas mesitas de madera de tuya ²⁸ delicadamente esculpidas. En ellas se veían instrumentos músicos de toda clase, como flautas, cítaras y forminges. De las paredes colgaban numerosas lámparas de varias formas alimentadas con el aceite de ricino llamado kiki ²⁹; las unas representando un delfín que vomitara fuego, las otras un monstruo raro alado de cuya boca saliera una llamarada. La luz de todas ellas se combinaba con el fuego del hogar y producía un bello golpe de vista.

En este patio hallábanse varios hombres que se distinguían por su aspecto y su vestido. Un siríaco de Tiro, en traje largo de color de pasa, sostenía animada plática con otro hombre, cuyas facciones abultadas y ensortijado pelo negro denunciaban su procedencia israelita. Había llegado á Egipto con la intención de comprar para el rey de Judá, Zorobabel, caballos y carruajes egipcios, que eran los más renombrados en aquella época ³⁰. Tres griegos del Asia me-

nor, envueltos en los abundantes pliegues de sus preciosas mantas de Mileto, estaban cerca del judío hablando seriamente con Frixos, el representante de la ciudad de Delfos, que había ido á Egipto á pedir limosnas destinadas al templo de Apolo. Diez años atrás, las llamas destruyeron el antiguo santuario pítico, y se trataba de construir otro nuevo y más hermoso ³¹.

Los milesios, discípulos de Anaxímandros y Anaximenes ³², visitaban el Nilo para estudiar la astronomía y ciencia egipcia en el Heliópolis.

El tercero era un rico comerciante y naviero, llamado Teopompo, que se había establecido en Náukratis. Rodopis misma sostenía una conversación animada con dos griegos de Samos ³³; Teodoro, el afamado arquitecto, fundidor, escultor y platero, é Ibico, el poeta yámbico de Regio ³⁴, que habían dejado la corte de Polícrates, por unas cuantas semanas, para ir á conocer Egipto, llevando al rey de este país unos regalos de su señor. Inmediato al hogar, yacía un hombre corpulento, de facciones duras y sensuales, Fíloinos de Síbaris ³⁵, tendido sobre la abigarrada cubierta de pieles de un taburete de dos asientos, y jugando ya con sus trenzas perfumadas y entretejidas con lazos dorados, ya con las cadenas de oro que de su cuello colgaban sobre el *jiton* color de azafrán, que le llegaba hasta los pies.

Rodopis tuvo para cada uno una palabra amistosa, y luego platicó exclusivamente con los célebres samios hablando de arte y de poesía.

Los ojos de la tracia ardían con el fuego de la juventud; su elevada figura se presentaba llena y erguida; la cabellera cana rodeaba aun con ricas ondas la bella cabeza, descansando por detrás en una red finísima de trencilla de oro. Una resplandeciente diadema ornaba su alta frente. El noble rostro griego parecía pálido, mas era bello y sin arrugas á pesar de su mucha edad; la pequeña bien contorneada boca, los grandes ojos pensativos y suaves, la noble frente y la fina nariz de esta mujer, habrían podido aún adornar á una joven. Quien la viera por primera vez, hubiese creído á Rodopis más joven de lo que realmente era; y, sin embargo,

no podía desconocerse que era vieja. Cada movimiento suyo revelaba la gravedad de la matrona, y su gracia no era la de la juventud que quiere agradar, sino la de la vejez que aspira á complacer, que guarda miramientos y los exige. Al entrar en el patio nuestros dos conocidos, los ojos de todos los presentes se dirigieron hacia ellos, y cuando Fanes les presentó á su amigo, al que llevaba de la mano, todos les dieron la bienvenida más cordial. Uno de los milesios exclamó:—No acertaba á explicarme lo que nos faltaba. Ahora lo comprendo; sin Fanes no hay alegría.

Fíloinos, el sibarita, alzó entonces la voz, que era cavernosa, y, sin dejar su descansada posición, exclamó:

—Bella cosa es la alegría, y si la traes contigo, serás también bienvenido para mí, ateniense.

Rodopis, acercándose á los nuevos huéspedes, dijo:

—Yo os saludo cordialmente, si estáis alegres, no menos si algún pesar os acongoja; pues no conozco satisfacción mayor que la de borrar las arrugas de la frente de un amigo. También á ti, espartano, te llamo amigo, ya que por tal tengo á toda persona querida de mis amigos.

Aristómajos se inclinó en silencio; mas el ateniense, dirigiéndose simultáneamente á Rodopis y al sibarita, dijo:

—Pues bien, queridos; puedo contestar. Tú, Rodopis, tendrás ocasión de consolarme á mí, tu amigo, que muy pronto deberé abandonaros á ti y tu gratísima casa; y tú, sibarita, te deleitarás con mi alegría, pues por fin volveré á ver mi Hélada, abandonando, aunque involuntariamente, la adorada ratonera de este país.

—¿Te vas? ¿Te han despedido? ¿A dónde piensas ir?—preguntaron á la vez de todos lados.

—¡Paciencia, paciencia, amigos!—dijo Fanes.—He de contaros una larga historia que guardaré para los postres. Sea dicho de paso, querida amiga: el apetito que tengo es casi tanto como el sentimiento de abandonaros.

—Bella cosa es el apetito—dijo sentenciosamente el sibarita,—cuando se espera una buena comida.

—Descuida, Fíloinos—repuso Rodopis,—pues he encargado al cocinero que se esmere todo lo posible, porque el hombre más goloso de la ciudad, el más gastrónomo de todo el

orbe, un sibarita, Fíloinos en fin, pronunciará un fallo severo sobre sus delicados platos. Anda, Knakias, dí que sirvan la comida. ¿Estáis contentos ahora, señores impacientes? Pícaro Fanés, con tu triste noticia me has quitado el apetito.

El ateniense se inclinó, y el sibarita volvió á filosofar.

—Bella cosa es el contento cuando se tienen medios de satisfacer todos los deseos. Te doy las gracias, Rodopis, por la buena opinión que tienes de mi incomparable país. ¿Qué dice Anakreon? ³⁶. «Sólo me preocupa el presente. ¿Quién sabe qué nos traerá el mañana? Huid, pues, del pesar; desterrad los dolores, jugad á los dados y bebed.»

—¡Eh, Ibico! ¿He citado correctamente los versos de tu amigo, que contigo se regala en la mesa de Políkrates? Confieso que, si no hago tan buenos versos como Anakreon, en eso de vivir bien no soy menos experto que el gran vividor. En ninguna de sus canciones figura un elogio al comer; y sin embargo, el comer es más importante que el jugar y el amar, aunque estas dos ocupaciones me son también gratísimas. Mas, sin comer moriría, al paso que sin el juego y el amor se puede vivir, siquiera sea miserablemente.

El sibarita, satisfecho de su necia charla, prorrumpió en una carcajada. Los demás siguieron conversando, y el espartano se dirigió al delfio Frixos, llevóle aparte, y ovidando su gravedad, le preguntó muy agitado, si le traía la tan anhelada respuesta del oráculo. El severo semblante del delfio se puso más afable; metió la mano en el seno de su jiton, y sacó de éste un pequeño rollo de apergaminado cuero de carnero que contenía varios renglones escritos.

Las manos del robusto y bizarro espartano temblaban al coger el rollo. Después de abrirlo, fijó en él la mirada. Así permaneció un rato; luego sacudió enojado las canas trenzas, y dijo, devolviendo el rollo á Frixos:

—Nosotros, los espartanos, aprendemos otras artes que leer y escribir. Si puedes, léeme lo que Pitia dice.

El delfio miró el escrito y contestó:

—¡Alégrate! *Loxias*, (1) te prometo un regreso feliz: oye lo que te revela la sacerdotisa:

(1) Apodo de Apolo por lo obscuro de sus oráculos.

«Cuando un día la milicia descienda de las nevadas montañas á los campos del río que inunda la llanura, la tardía barca te llevará á aquella playa que otorga paz y morada al hombre errante. Cuando un día la milicia descienda de las nevadas montañas, el cinco decisivo te dará lo que te negó por mucho tiempo.»

Con atento oído escuchaba el espartano estas palabras: hízose repetir la sentencia del oráculo, luego la recitó de memoria, dió las gracias á Frixos y escondió el rollo en su vestido.

El delfio se mezcló en la conversación general. El espartano, empero, siguió repitiendo en voz baja la sentencia del cráculo para fijarla bien en su memoria y descifrar acaso sus palabras enigmáticas.





CAPITULO II

Abriéronse las puertas del comedor. A cada lado de la entrada estaba un hermoso niño de cabello rubio con una corona de arrayán en la mano. Ocupaba el centro de la sala una mesa grande, baja, pulimentada y luciente, y en torno suyo divanes de púrpura encarnada, convidando á los huéspedes á sentarse con comodidad ³⁷.

Lucían en la mesa espléndidos ramilletes, y grandes asados, vasos, platillos de dátiles, higos, granadas, melones, uvas, junto á pequeñas colmenas de plata llenas de miel y queso

tierno de la isla de Trinakria (Sicilia,) en platos de cobre labrado. En el centro de la mesa figuraba un ramillete de plata en forma de altar, coronado de rosas y arrayanes, del cual se desprendían suaves perfumes de esencias.

Ostentábase igualmente en uno de los extremos el *krater* de plata ³⁸, magnífica obra eginética, cuyas asas encorvadas consistían en dos gigantes abrumados por el peso de la fuente sobre sus hombros. Como el altar del centro, tenía flores alrededor, y así también cada copa ³⁹ su correspondiente corona de arrayanes y rosas. Pétalos de esta flor cubrían el suelo ⁴⁰. De las lisas paredes de estuco blanco colgaban muchas lámparas.

Apenas los convidados se hubieron recostado en los divanes, salieron rubios niños á adornarles la cabeza y hombros con hiedra y arrayán y á lavarles los pies en alfajinas de plata ⁴¹. Cuando el trinchante sacó de la mesa el primer asado para cortarlo, aún enredaba el sibarita con los niños, muy ocupado en que le cargaran de mirio y rosas, á pesar de que ya antes olía á todos los perfumes de Arabia; pero apenas vió que servían el primer plato, atún con salsa de mostaza ⁴², olvidó lo demás y se dedicó exclusivamente á saborear los excelentes manjares. Rodopis, sentada en una butaca en el extremo superior de la mesa ⁴³, dirigía á un tiempo la conversación y el servicio de los esclavos.

Con cierto orgullo contemplaba á sus alegres huéspedes; parecía atender á cada uno en particular, ora informándose con el delfio del resultado de sus cuestaciones, ora preguntando al sibarita qué le parecían las obras del cocinero, ó bien escuchando á Ibico, que refería cómo Frínijos de Atenas introdujo en la vida civil los dramas religiosos de Tespis de Icaria, haciendo representar historias enteras de la antigüedad con coros é interlocutores ⁴⁴. Luego dirigíase al espartano, diciéndole que era el único con quien debía disculparse, no por lo pobre, sino por lo suntuoso del convite. Cuando volviera su esclavo Knakias, que se jactaba de saber guisar una deliciosa sopa de sangre, pues era un ilota espartano emigrado ⁴⁵, le prepararía una verdadera comida lacedemónica. Al oír esto, el sibarita se horrorizó.

Una vez satisfechos los convidados, se lavaron las manos;

luego se despejó la mesa, se limpió el suelo y se llenó de vino y agua el *krater* 46. Finalmente Rodopis, persuadida de que todo iba á pedir de boca, se dirigió á Fanes, que disputaba con los milesios, y dijo:

—Noble amigo, ya hemos reprimido bastante nuestra impaciencia para creer llegado el momento de decirnos qué mala ventura amenaza sacarte de Egipto y de nuestra sociedad. Quizá te alejarás de ese país con ánimo ligero, precioso don que los dioses otorgan al nacer á los jonios, mas yo me acordaré de ti con tristeza mucho tiempo; no conozco mayor pérdida que la de un antiguo y fiel amigo. Harto vivimos junto al Nilo muchos de nosotros, para no adquirir algo de la invariable constancia de los egipcios. Te ríes, mas yo presumo que á pesar del deseo que sientes de ver á tu Hélada tantos años há, no has de abandonarnos sin pena. ¿Me das la razón? Bien. Cuéntanos, pues, por qué debes ó quieres salir de Egipto para que hablemos de ello, ya que no sea posible se revoque tu partida y detenerte entre tus amigos.

Fanes sonrió con amargura, y dijo:

—Agradezco, Rodopis, tus lisonjeras palabras, tu buena intención, el pesar que muestras por mi despedida y el deseo de evitarla á ser posible. Cien rostros nuevos te harán olvidar el mío, pues aunque hace tiempo que contemplas el Nilo, sigues siendo—y puedes dar gracias por ello á los dioses,—sigues siendo griega de pies á cabeza. También soy partidario de la fidelidad, pero enemigo de la estupidez egipcia. ¿Acaso hay uno solo entre vosotros á quien parezca cordura apesadumbrarse por cosas inevitables? La fidelidad egipcia, á mi juicio, no es virtud, es locura. Estos hombres que conservan á sus muertos de millares de años atrás, y antes se dejan robar un pan que un hueso de su tatarabuelo 47, no son fieles, son tontos. ¿Cómo puede serme grato ver tristes á quienes amo? En manera alguna. Vosotros no debéis acordaros de mí con lamentaciones diariamente repetidas durante meses enteros, como suelen los egipcios cuando la muerte les arrebató un amigo. Si realmente vuestro amigo, lejano ó difunto—pues vivo no puede volver á Egipto,—os merece en lo venidero algún recuerdo, hablad de él con risueños labios y no exclaméis: ¡Ah! ¡Por qué hubo de abandonarnos Fanes!

Antes decid: ¡Vivamos alegres como Fanes cuando estaba entre nosotros! Esto debéis hacer; así lo estableció Simónides cuando cantaba: «¡Ah! si fuéramos más cuerdos, dejaríamos las largas lamentaciones, y sólo lloraríamos ante el sarcófago del difunto un día. Para la muerte nos queda mucho tiempo, mientras que la vida huye volando, y aún sin grandes pesares es breve y mezquina #8.» Y si no hay para qué lamentarse por los muertos, mucho menos cuerdo es todavía acongojarse por los amigos que se van, pues aquellos se fueron para siempre, y á éstos les decimos al despedirnos: Hasta más ver.

Entonces el sibarita, que estaba impaciente mucho rato había, no pudo reprimirse más y exclamó en lastimero tono:

—¡Empiece al fin tu narración, majadero! No puedo beber una sola gota si no cesas de hablar de la muerte. Me dan escalofríos y me siento enfermo en cuanto oigo hablar de... ¡Vaya! de que no vivimos eternamente.

Todos los presentes soltaron la carcajada, y Fanes comenzó á narrar su historia.

—Ya sabéis que en Sais vivo en el palacio nuevo; pero en Menfis me fué designado alojamiento en el ala izquierda del palacio viejo #9, en mi calidad de jefe de la guardia griega, que ha de acompañar constantemente al rey. Desde Psamtik I #0, los reyes residen en Sais, razón por la cual el interior de los palacios de los demás sitios reales se halla algo descuidado. En realidad mi habitación hubiera sido magnífica, bien situada como está y bellamente alhajada, á no hacerse sentir desde que llegué, una plaga horrible. De día, las raras veces que estuve en casa, nada dejaba que desear, pero de noche no había que pensar en dormir; tal era el ruido que metían miles de ratas y ratones, escondidos entre los viejos suelos, alfombras y divanes. No sabía qué hacer contra tamaña calamidad, cuando un soldado egipcio me vendió dos hermosos gatos grandes que me proporcionaron en efecto, algún descanso, teniendo á raya á los causadores de mi tormento. Todos sabréis, sin duda, que una de las sabias leyes de esta rara nación, cuya cultura y sabiduría, vosotros los amigos de Mileto, no os cansáis de ensalzar, declara sagrados á los gatos. Honores divinos se tributan á esos felices cua-

drúpedos del mismo modo que á tantas otras bestias, y su muerte se castiga tan severamente como un homicidio.

Rodopis, que hasta entonces escuchaba risueña, se puso seria apenas comprendió que la expulsión de Fanés se relacionaba con el desprecio de los animales sagrados, porque sabía cuantas víctimas, cuantas vidas humanas había costado ya esta superstición de los egipcios. Poco hacía que ni el mismo rey Amasis había podido substraer á la venganza del pueblo enfurecido á un infeliz samio, matador de un gato ⁵¹.

—Todo iba á pedir de boca—prosiguió el jefe,—cuando salimos de Menfis dos años há. Había confiado el par de gatos al cuidado de un egipcio de la servidumbre de palacio, y sabía que los «ratívoros» animales mantendrían limpia mi habitación para en adelante. Hasta empezaba á sentir cierta veneración por mis cariñosos salvadores de la plaga ratonil.

En esto enfermó el año pasado Amasis antes de que la corte pudiera trasladarse á Menfis, y así nos quedamos en Sais. Por fin hará como unas seis semanas que nos pusimos en camino para la ciudad de los Faraones. Ocupé mi antiguo alojamiento sin encontrar siquiera la sombra de un rabo de ratón, pero en cambio abundaba otra especie de animales no más agradables que sus predecesores. El caso era que mi gatuna pareja se había multiplicado por docenas en los años de mi ausencia. Traté de expulsar la molesta familia de gatos de todas edades y colores, mas sin conseguirlo. Hube de soportar que todas las noches interrumpieran mi sueño el coro infernal de sus maullidos, sus gritos de combate y sus cantares.

Todos los años, durante la fiesta de Bubastis, se permite llevar al templo de la diosa con la cabeza de gato, Pajt ⁵², los ratoneros supérfluos, para que sean mantenidos allí, pero creo que cuando se multiplican demasiado los matan. Estos sacerdotes son unos tunantes.

Por desdicha la gran romería á ese santuario no caía en la época de nuestra residencia en las Pirámides ⁵³, y por mi parte, me era imposible soportar por más tiempo aquel ejército de atormentadores. Por esta razón cuando colmaron la medida de mi paciencia dos gatas matronas, regalándome otra vez una docena de robustos hijos, resolví quitar de en medio

á éstos, por lo menos. Mi viejo esclavo Mus ⁵⁴, «gatófobo» nato por obra y gracia de su nombre, recibió la orden de matar á los gatitos, meterlos en un saco y echarlos al río. Semejante procedimiento era indispensable, porque de oiro modo el maullido de la gatería hubiera denunciado el contenido del saco á los guardianes de palacio. Al obscurecer, el pobre Mus se encaminó con su peligrosa carga en dirección al Nilo, atravesando el bosque de Hator ⁵⁵. Pero el criado egipcio que solía dar de comer á mis animales y conocía cada gato por su nombre, había adivinado nuestro plan.

Mi esclavo recorrió tranquilamente el gran paseo de las Esfinges por delante del templo de Ptah ⁵⁶, ocultando el saco bajo su capa. Al entrar en el bosque sagrado notó que le seguían, pero no paró mientés en ello, antes se tranquilizó viendo que los que andaban detrás, se detuvieron ante el templo de Ptah para conversar con los sacerdotes.

Ya estaba junto al Nilo cuando oyó que le llamaban, observó que mucha gente le seguía corriendo y una piedra pasó silbando rozándole la cabeza.

Mus había comprendido el peligro que le amenazaba. Concentra todas sus fuerzas, tira el saco al agua y se queda parado en la orilla del río, con el corazón palpitante y creyendo que ha desaparecido toda prueba de culpabilidad. Pocos momentos después, se ve rodeado de cien mozos del templo. El primer sacerdote de Ptah, Ptahotep, mi antiguo enemigo, no se había desdennado de seguir en persona á sus esbirros.

Varios de éstos y con ellos aquel traidor de criado palaciego bajaron en seguida al Nilo, y para nuestra perdición encontraron el saco con los doce gatitos muertos, intacto, suspendido en las cañas de papiro y los zarcillos de nelumbo de la ribera. En presencia del primer sacerdote y de la muchedumbre de criados (eran por lo menos mil menfileños,) que habían acudido, fué abierto el ataúd de algodón. Al asomar su infausto contenido, sonó un alarido tan espantoso, tan horrisona gritería de duelo y de venganza que me estremecí al oirla desde el palacio. La muchedumbre enfurecida se arrojó con ímpetu salvaje sobre mi pobre criado, le derribó, le pisoteó, y hubiérale muerto en el acto, á no sonar el «alto»

del omnímmodo sacerdote, el cual con la intención de perderme también á mí, á quien supuso autor del sacrilegio, mandó á la cárcel al criminal, horriblemente maltratado.

Media hora después me prendían también. Mi viejo Mus quería cargar con toda la culpabilidad, mas el sacerdote á fuerza de palos obligóle á confesar que yo le había ordenado matar á los gatos, y que él, como servidor leal, hubo de obedecer.

El tribunal supremo⁵⁷, contra cuyos fallos nada puede el mismo rey, se compone de sacerdotes de Menfis, Heliópolis y Tebas. Podéis figuraros, pues, que sin vacilar condenó á muerte tanto al pobre Mus como á mi humilde persona; al esclavo por dos crímenes capitales (matanza de animales sagrados y decuplica profanación del sagrado Nilo con cadáveres,) y á mí por instigador de éste que llamaron veinticuátruplo crimen capital⁵⁸. Mus fué ejecutado el mismo día. Séale la tierra ligera. Vivirá en mi memoria su recuerdo, no como el de un esclavo, sino como el de un amigo y bienhechor. En presencia de su cadáver me leyeron la sentencia de muerte. Ya me disponía para el largo viaje al infierno, cuando llegó la orden del rey de que se aplazara su ejecución, y fuí llevado de nuevo á la cárcel.

Un «taxiarjo,» (1) arcadio que mandaba mi guardia, me dijo que todos los oficiales y gran número de soldados de la guardia real—más de cuatro mil hombres en junto,—habían amenazado con marcharse, si no se perdonaba la vida á su jefe.

Cuando hubo obscurecido, me llevaron á presencia del rey que me recibió con suma benevolencia y confirmó la noticia del taxiarjo, expresando cuan grande pena le causaba perder á un jefe tan popular. Yo, á la verdad, confieso que no tengo motivo de queja de Amasis. Por el contrario, el poderoso rey me inspira lástima. Quisiera que hubieseis oído cómo se lamentaba de que nunca pudiese obrar con libertad, y aun en sus más íntimos asuntos se viese cohibido y amenazado por los sacerdotes y su influencia. A depender de él, según me dijo, bien pronto me hubiera perdonado á mí, extranje-

(1) Capitán.

ro, la infracción de una ley que yo no podía comprender y que había de tener, bien que erradamente, por una absurda superstición; mas á causa de los sacerdotes no podía dejar impune el delito, siendo el menor castigo que podía imponerme el de desterrarme de Egipto⁵⁹. Tú no sabes, añadió, poniendo fin á sus lamentos, cuántas concesiones he debido hacer á los sacerdotes para alcanzar esta gracia, pues nuestro Tribunal Supremo es independiente de mí, con ser el rey.

Después de jurarle solemnemente que saldría de Menfis el mismo día, y de Egipto dentro de tres semanas sin falta, fuí puesto en libertad.

En el portal del palacio tropecé con Psamtik, el príncipe heredero, quien me persigue de mucho tiempo acá á consecuencia de ciertos sucesos desagradables que debo callar. Rodopis está enterada de ellos. Me despedí de él, pero me volvió la espalda diciendo: Aun escapas esta vez al castigo, ateniense, pero no estás libre todavía de mi venganza. Donde quiera que vayas sabré dar contigo.—Así puedo esperar que volveremos á vernos, contesté.—Recogí mis trastos y me vine á Náukratis donde la suerte me deparó á mi antiguo huésped Aristómajos de Esparta, quien, como antiguo comandante de las tropas de Kipros⁶⁰, será nombrado probablemente mi sucesor. Me gustaría mucho ver en mi puesto á un hombre tan cabal. Sólo temo que al lado de sus excelentes servicios, parezcan los míos menores de lo que han sido realmente.

Aquí Aristómajos interrumpió al ateniense diciendo:

—Basta de elogios, amigo Fanes; los espartanos no sabemos hablar, pero con obras te daré una respuesta acertada, siempre que creas llegado el caso.

Rodopis dirigió á ambos una sonrisa de aprobación y estrechándoles la mano, repuso:

—De tu relato, pobre Fanes, infiero, por desgracia, que no hay que pensar en la manera de que puedas permanecer en este país. No quiero censurar tu ligereza, pero podías saber que te exponías á grandes peligros por poca cosa. El hombre cuerdo y realmente valeroso, sólo acomete una empresa arriesgada cuando la utilidad que le puede reportar compensa los inconvenientes. La temeridad es tan mala, aunque

no tan reprobable, como la cobardía; las dos pueden perjudicar, aunque sólo la última desdora. Tu ligereza por poco te cuesta la vida, preciosa á muchos y que deberías guardar para fin más bello que el sucumbir á los embates de la estupidez. Es inútil intentar detenerte entre nosotros, pues para ti no tendría ninguna ventaja y para nosotros podría ser peligroso. En tu lugar, este noble espartano, como jefe de los helenos, defenderá en adelante nuestros intereses en la corte, nos protegerá contra los desafueros de los sacerdotes y tratará de conservarnos el favor del rey. Tengo tu mano, Aristómajos, y no la soltaré hasta que nos hayas prometido amparar, como hizo Fanes, cuanto te sea posible, al más pobre de los griegos contra la soberbia de los egipcios, dejando tu puesto antes que consenitr quede impune el menor atropello sufrido por un griego. Somos unos pocos miles entre otros tantos millones de adversarios, pero tenemos grandeza de ánimo y debemos procurar ser fuertes con la unión. Hasta hoy los helenos domiciliados en Egipto se han portado como hermanos; uno se sacrificaba por todos y todos por cada uno. Esta alianza nos hizo poderosos y debe conservar nuestro poder en el porvenir. ¡Ah! ¡si pudiésemos dar á la metrópoli y sus colonias la misma unión! ¡Ah! ¡si olvidaran nuestras tribus su procedencia doria, jonia ó eolia para contentarse con el nombre de «helenos,» y vivir como los hijos de una misma familia, ó los carneros en el mismo redil, á fe que el mundo entero no nos podría resistir y Grecia fuera reconocida como reina por todas las naciones! 61.

Los ojos de la anciana ardían al decir esto. El espartano le estrechó la mano con impetuosa vehemencia, y golpeando el suelo con su pierna de palo, exclamó:

—¡Por Zeus lacedemonio, no dejaré atropellar á ningún heleno! Mas tú, Rodopis, serías digna de ser espartana.

—Y ateniense—añadió Fanes.

—Jonia—gritaron los milesios.

—Hija de geomoro samio—dijo el escultor.

—Soy más que todo esto—exclamó entusiasmada la señora;—soy mucho, muchísimo más, soy «helena.»

Todos quedaron absortos, sin que pudieran abstraerse al

entusiasmo general el sirio y el hebreo. Sólo el sibarita prosiguió imperturbable y observó con la boca llena:

—También eres digna de ser hija de Síbaris, pues tu vaca asada es la mejor que he comido desde que salí de Italia, y tu vino de Antila *62* me agrada casi tanto como el del Vesubio y el Jios.

Todos soltaron la carcajada. Sólo el espartano echó al golo una mirada de desprecio.

—¡Salud y alegría!

Estas palabras pronunciadas por una voz de bajo desconocida, penetraron de repente en la sala por la ventana abierta.

—Salud y alegría:—contestaron á coro los reunidos, preguntándose y barruntando quién podía ser el tardío huésped.

—No tuvieron que esperar mucho al forastero. Antes que el sibarita pudiera paladear un nuevo sorbo de vino, presentóse al lado de Rodopis un hombre alto y flaco, de unos sesenta años de edad, de cara oblonga, fina é inteligente: Kalías, hijo de Fénipos, de Atenas *63*.

El tardío huésped, uno de los más ricos entre los desterrados de Atenas, que había comprado al fisco los bienes de Pisístratos dos veces, y otras tantas los había perdido al regreso del tirano, miró á sus conocidos con claros é inteligentes ojos, y después de saludar amistosamente á cada uno, dijo:

—Si no me agradecéis en extremo mi venida de hoy, afirmo que se acabó la gratitud en el mundo.

—Mucho há que te esperamos—contestó uno de los milesios.—Tú eres el primero que va á darnos noticias de cómo pasaron los juegos olímpicos.

—No podíamos desear mejor mensajero que el antiguo vencedor—añadió Rodopis.

—Siéntate—dijo Fanes con impaciencia,—y cuéntanos breve y concisamente lo que sabes, amigo Kalías.

—En seguida, paisano mío—contestó éste.—Hace ya algún tiempo que he salido de Olimpia para embarcarme en Kenjreas á bordo de una galera samia de cincuenta remos: el mejor barco que jamás se ha construido. No extraño que ningún griego haya arribado á Náukratis antes que yo, pues tuvimos que sufrir tempestades crueles y difícilmente habría-

mos escapado vivos á no tener contruídos y tripulados con tanta perfección esos barcos samios, con sus gruesas barrigas, sus picos de ibis y sus colas de pez ⁶⁴. Los demás que regresaron, habrán ido á parar quién sabe á dónde; nosotros, empero, logramos refugiarnos en el puerto de Samos, y pudimos volver á partir al cabo de diez días.

Cuando por fin hubimos entrado en el Nilo esta madrugada, me metí en seguida en mi barca, y Bóreas, para mostrarme al menos al término del viaje que sigue queriendo á su viejo Kalías, me ha llevado tan aprisa que hace poco divisé la más grata morada de este país. Vi la bandera izada, las ventanas iluminadas y abiertas de par en par, y estuve dudando si debía entrar ó no; mas no pude resistir á tu atractivo, querida Rodopis, y me hubiera oprimido además el peso de las nuevas que traigo, á nadie contadas todavía, si no llego á apearme para comunicaros entre un pedazo de asado y una copa de vino, cosas que jamás imaginarais.

Kalías se echó cómodamente en uno de los lechos, y antes de empezar su narración presentó á Rodopis un magnífico brazalete de oro ⁶⁵, representando una culebra, que había adquirido á buen precio en Samos, precisamente en la tienda del mismo Teodoro, á cuyo lado se sentaba en aquel instante.

—Esto lo traigo para ti—dijo á la contentísima anciana,—y para ti, amigo Fanes, reservo algo mejor aún ⁶⁶. Adivina quién ganó el premio de la carrera de cuadrigas.

—¿Un ateniense?—preguntó Fanes con las mejillas encendidas, pues cada victoria olímpica pertenecía á todo el pueblo del vencedor, y el ramo de olivo olímpico era la mayor honra y dicha que podía alcanzar un hombre griego, ó una tribu helénica entera.

—Acertaste, Fanes—respondió el mensajero lleno de júbilo;—un ateniense obtuvo el primer premio. Más aun; el vencedor es tu primo Kimon, hijo de Kípselos, hermano de aquel Miltiades que hace nueve olimpiadas nos granjeó el mismo honor. Sí, tu primo es quien venció, con los mismos caballos que le dieron la victoria en la pasada fiesta ⁶⁷. En verdad que los filaidos ⁶⁸ obscurecen cada vez más la gloria del alkmeo-

nida. La de tu familia, Fanes, ¿no te satisface y causa orgullo?

Este rebotando contento se levantó; parecía haber crecido de repente la medida de una cabeza. Con indecible orgullo y gravedad ofreció la mano al mensajero de la victoria, el cual abrazando á su paisano continuó:

—Sí, Fanes, podemos estar orgullosos y contentos y tú más que todos, porque después que el tribunal hubo discernido por unanimidad el premio á Kimon, éste mandó pregonar como poseedor de la soberbia cuadriga, y por ende vencedor, al tirano Pisístratos, quien inmediatamente ordenó anunciar en público que vuesa familia puede regresar á Atenas, y así te espera también á ti el por tanto tiempo anhelado regreso á la patria.

Al oír esto, el ardor de la alegría desapareció del rostro del jefe, y la orgullosa altivez de sus miradas trocóse en cólera, cuando dijo:

—¡Alegrarme, necio Kalías! Llorar quisiera, cuando pienso que un descendiente de Ajax pudo tan ignominiosamente deponer á los pies del tirano la merecida gloria. ¿Volver á la patria? ¡Ah! juro por Atene, por el padre Zeus y por Apolo, que prefiero morir de hambre en país extranjero, á pisar el suelo de la patria, mientras esté esclavizada por el pisis-tratido. Libre soy, como el águila de las nubes, después de dejar el servicio de Amasis; pero más quisiera ser el hambriento esclavo de un labriego miserable en el extranjero, que el primer servidor de Pisístratos en la patria. A nosotros, á la nobleza nos pertenece el mando de Atenas; colocando su corona á los pies de Pisístratos, Kimon ha besado el centro del tirano y se ha impuesto el sello del esclavo. A mí, Fanes, nada me importa la gracia del tirano. Lo diré yo mismo á Kimon; quiero permanecer desterrado hasta que mi patria sea libre, y la nobleza y pueblo vuelvan á gobernarse á sí mismos por leyes de ellos emanadas. Fanes no prestará homenaje al opresor aun cuando mil kimones y los alkmeonides, unidos todos, incluso el último hombre, aun cuando tu propia familia, Kalías, los ricos dadujos *69*, se echen á los pies de Pisístratos.

Con miradas de fuego observó el ateniense á la reunión,

pero también el viejo Kalías la contempló radiante de amor propio y de orgullo, como para decir á cada uno: «¿Veis, amigos? Tales hombres produce mi glorioso país.» Luego cogió de nuevo la mano de Fanes y dijo:

—Comio á ti, amigo mío, á mí me es odioso el tirano; mas no puedo dejar de convencerme de que mientras viva Pisístratos, será poco menos que imposible derrocar la tiranía. Sus aliados, Ligdamis de Naxos y Polikrates de Samos, son poderosos; y más peligrosas aun para nuestra libertad la moderación y la prudencia del mismo Pisístratos. Con terror he visto, durante mi actual permanencia en la Hélada, que la masa del pueblo de Atenas venera cual padre á su opresor. A pesar de su potestad de cambiarlo todo, dejó subsistir la constitución de Solón. Adorna la ciudad con edificios magníficos. El nuevo templo de Zeus, que están construyendo con espléndido mármol Kalaisjros, Antístates y Porinos, á los que tú debes conocer, Teodoro, dicen que sobrepaja á las anteriores obras arquitectónicas de los helenos ⁷⁰. Sabe atraer á Atenas artistas y poetas de todo género; hace escribir los cantos de Homero y coleccionar y ordenar por Onomákritos las sentencias de Museos. Mandó construir nuevas calles é instituye fiestas nuevas. El comercio florece bajo su cetro, y la prosperidad del pueblo, á pesar de las contribuciones que le impone, lejos de disminuir parece aumentar. ¿Y qué es el pueblo? turba vil que, como enjambre de moscas, se dirige hacia cuanto brilla, y aunque se queme las alas no cesa de revolotear en torno de la luz ardiendo. Mas te juro, Fanes, que en cuanto se apague la antorcha de Pisístratos, la voluble muchedumbre no acogerá menos solícita á la nobleza de retorno y su nueva luz, del mismo modo que ahora acoge al tirano. Otro apretón, legítimo descendiente de Ajax;... continúa.

Decía que en la carrera de carruajes venció Kimon, quien regaló su ramo de olivo á Pisístratos. No ví en mi vida cuatro caballos más hermosos que los suyos. También Arkesilaos de Kirene, Kleostenes de Epidamnos ⁷¹, Aster de Síbaris, Hekateos de Mileto y muchos otros habían enviado preciosas cuadrigas á Olimpia. En general, esta vez los juegos fue-

ron más que espléndidos. Toda la Hélada mandó representantes. Roda, (1) la ciudad de los ardeatas en la lejana Iberia, la rica Tartesos, (2) Sinope en el remoto oriente del Pontos, todo pueblo, en fin, que blasona de procedencia helénica, estuvo dignamente representado. Los sibaritas mandaron diputados de una esplendidez verdaderamente deslumbradora; los de Esparta, simples ciudadanos, bellos como Aquiles y vigorosos como Hércules; los atenienses se distinguían por la agilidad de sus miembros y la gracia de su porte: al frente de los crotoniatas se presentó Milón ⁷², el hombre más fuerte que nació de madre; los samios y milesios rivalizaban en lujo y boato con los corintios y mitilenios; la flor de la juventud helénica estaba allí reunida, y entre los espectadores, hombres de todas edades, clases y tribus, veíanse muchas lindas jóvenes, las más de ellas espartanas, llegadas á Olimpia para animar con su aplauso los juegos ⁷³.

A la otra orilla del río Alfeos se hallaba el mercado donde hubieras podido ver comerciantes de todos los países del mundo. Griegos, cartagineses, sirios, frigios y fenicios regateros, negociaban al por mayor ó vendían sus mercancías en tiendas y barracas. ¿Cómo describir el oleaje de la compacta multitud, los resonantes coros, las humeantes hecatombes, los abigarrados trajes, los preciosos carros y caballos, la jergonza de diversos dialectos, las declamaciones de antiguos amigos que volvían á verse tras largos años de ausencia, el esplendor de los diputados, el bullicio de espectadores y mercaderes? ¿Quién podrá pintar el animado espectáculo de los palcos repletos y la atención con que seguían todos el curso de los juegos, el inmenso júbilo sucediendo á la victoria y la solemne adjudicación del ramo que un niño de Elis, cuyos padres vivan, corta con el cuchillo de oro del sagrado olivo de la Altis ⁷⁴, plantado hace siglos por el mismo Hércules? ¿Quién dirá la interminable gritería de aplauso que resonó en el estadio como el trueno, cuando se presentó Milón de Crotón, paseando ⁷⁵ en hombros la propia estatua de Altis ⁷⁶ fundida en bronce por Dámeas, sin que le temblasen las ro-

(1) Rosas.

(2) Sanlúcar.

dillas? A un gigante aplastara el peso del metal, y Milón lo llevó como á un muchacho una niñera lacedemonia ⁷⁷.

Después de Kimon, las más bellas coronas las obtuvieron los dos hermanos, Lisandro y Marón de Esparta, hijos de un noble desterrado llamado Aristómajos. Marón venció en la carrera, y Lisandro, con aplauso de los espectadores, se presentó á luchar con Milón el irresistible vencedor de Pisa, de los píticos y de los ístmicos ⁷⁸. Milón era más alto y más robusto que el espartano, cuya figura se parecía á la de Apolo, y cuya adolescencia indicaba que apenas había salido de la vigilancia del «pedonomos.» (1)

Bellos y desnudos, reluciendo con el dorado aceite con que untaron sus cuerpos, se hallaron cara á cara el mancebo y el hombre, semejantes á una pantera y un león que se aprestan á la lucha. El joven Lisandro elevó al cielo las suplicantes manos y exclamó:

—Por mi padre, por mi honor y por la gloria de Esparta.

El crotoniata, en cambio, contempló al joven con sonrisa de compasión y superioridad, como se sonríe el gastrónomo antes de partir la cáscara de una langosta ⁷⁹.

Luego empezó la lucha.

Por largo rato ninguno de los dos combatientes logró sujetar al otro. Con fuerza casi irresistible, arremetió el crotoniata contra su adversario, pero éste se deslizaba de las manos de hierro del atleta como una culebra. Mucho tiempo forcejearon para asirse. La inmensa muchedumbre presenciaba el espectáculo, muda, sin respirar. Sólo se sentía el anhélito de los luchadores y el gorjeo de los pájaros en el bosque de Altis. Por fin, el joven, con el más ágil movimiento que ví en mi vida, abraza á su adversario. En balde Milón forcejea para libertarse de los vigorosos brazos del adolescente. El sudor producido por su gigantesco esfuerzo, riega copioso la arena del estadio.

Iba creciendo la espectación del público; de cada vez eran menos frecuentes las aclamaciones para alentarles, más profundo el silencio, más estertorosa la respiración de los dos luchadores. Por fin flaquea el mancebo, resuenan mil voces

(1) Inspector de la educación espartana.

animándole, y él, con sobrehumano esfuerzo, concentra por última vez todo su vigor para derribar al crotonata; pero éste, aprovechando aquel instante de desfallecimiento, le estrecha entre sus brazos con irresistible fuerza. De súbito el joven arroja por la boca á borbotones un chorro de sangre negra, y se desprende de los cansados brazos del gigante para caer exánime al suelo. Luego acudió Demokes ⁸⁰, el médico más renombrado de nuestra época, conocido sin duda de vosotros los samios, porque estuvo en la corte de Polikrates; pero todos los auxilios del arte fueron inútiles. El muchacho había muerto.

Milón hubo de renunciar á la corona, y la gloria de aquel joven resonará por todos los ámbitos de Grecia. En verdad que yo mismo preferiría haber muerto como Lisandro hijo de Aristómajos, á vivir como Kalías que envejece sin gloria en extranjera tierra. Grecia entera, representada por sus mejores ciudadanos, acompañó el bello cadáver del joven á la hoguera, y su estatua será colocada en el Altis, al lado de las de Milón y de Praxidamus de Egina ⁸¹. Por último los heraldos proclamaron el fallo de los jueces. Esparta obtendrá una corona tributada al difunto, porque no fué Milón si no la muerte quien venció al noble Lisandro, y el que sale invicto de una lucha de dos horas con el más fuerte de los griegos, merece en rigor el ramo de olivo ⁸².

Kalías calló un instante.

Durante la narración de aquellos sucesos, gratos á todo heleno, aquel hombre de imaginación viva olvidó á sus oyentes. Fijos los ojos en el vacío, fué evocando en su memoria las imágenes de los luchadores, y ahora como mirase en torno suyo, observó con extrañeza que el hombre cano, de la pierna de palo, que ya llamó su atención sin conocerle, ocultaba el rostro entre las manos y lloraba á lágrima viva. Tenía á su derecha á Rodopis, y á su izquierda á Fanés. Todos los presentes miraban al espartano como si fuera el héroe de la narración Kalías.

El discreto ateniense comprendió en seguida que el anciano debía estar en íntima relación con alguno de los vencedores olímpicos; mas cuando supo que era el mismo Aristómajos, padre de los laureados hermanos de Esparta, cu-

yas bellas formas flotaban aun ante sus ojos como apariciones del Olimpo, entonces contempló también con envidiosa admiración al sollozante viejo, y una lágrima asomó á sus párpados sin que intentara reprimirla. En aquellos tiempos lloraban los hombres siempre que esperaban alivio del bálsamo de las lágrimas. Así vemos llorar á los robustos héroes de júbilo ó de cólera en toda ocasión y en toda angustia, al paso que el niño espartano para granjearse elogios se deja azotar en el templo de Artemis Ortia, sin que exhale un solo quejido, aunque llaguen su cuerpo los azotes, y le causen á veces la muerte. Por largo rato permanecieron mudos los presentes, respetando el dolor del anciano, hasta que Jesua el israelita interrumpió el silencio diciendo en mal griego:

—¡Hártate de llorar, espartano! Ya sé lo que es perder un hijo. Once años há, tuve que dar sepultura á un hermoso niño en país extranjero y cabe las aguas de Babel donde gemía en cautiverio mi pueblo. A vivir un año más el hijo de mi alma, hubiéramos podido enterrarle en el sepulcro de sus padres. Mas, Kiros el persa (Jehová bendiga á sus descendientes,) nos libertó tarde, y lloró noblemente al hijo de mi corazón, porque su tumba fué cavada en la tierra de los enemigos de Israel. ¿Hay algo más cruel que ver bajar á la tumba antes que nosotros á nuestros hijos, nuestro más rico tesoro? Perdóname Jehová. ¡Perder á un muchacho tan admirable como el tuyo en el punto en que conquistaba la gloria, será sin duda el mayor dolor que pueda sentirse!

El espartano descubrió el rostro, y sonriendo entre lágrimas contestó:

—Te engañas, fenicio, lloro de alegría, no de dolor. Ni había de sentir la pérdida de mi otro hijo, con tal que hubiese muerto como mi Lisandro.

El israelita horrorizado por estas palabras, que le parecían sacrílegas y contrarias á la naturaleza, limitóse á mover la cabeza en señal de desagrado. Los griegos, en cambio, colmaron de enhorabuenas y parabienes al anciano, envidiosos de su dicha. Aristómajos parecía rejuvenecido de muchos años por la alegría, y dijo á Rodopis:

—Tu casa es ciertamente para mí, amiga mía, lugar de

bendiciones; desde que entré en ella, esta es la segunda dádiva de los dioses, que me cabe en suerte.

—¿Y cuál fué la primera?—preguntó la anciana.

—Un oráculo favorable.

—Olvidas la tercera—exclamó Fanes.—Hoy los dioses te han hecho conocer á Rodopis. Pero, ¿qué es eso del oráculo?

—¿Lo puedo comunicar á los amigos?—preguntó el delfio.

Aristómajos hizo una seña afirmativa con la cabeza, y Frixos leyó por segunda vez la respuesta de la pitia:

«Cuando un día la milicia descienda de las nevadas montañas á los campos del río que inunda la llanura, la tardía barca te llevará á la playa que otorga paz y morada al hombre errante. Cuando un día la milicia descienda de las nevadas montañas, el cinco decisivo te dará lo que te negó por mucho tiempo.»

Apenas oyó la última palabra Kalías, el ateniense, levantóse con presteza y gracia y dijo:

—Vais á recibir de mí en esta casa el cuarto don, el cuarto regalo de los dioses. Sabes que he guardado para lo último la más rara noticia. Los persas vienen á Egipto.

Nadie permaneció en su puesto, excepto el sibarita. Kalías se vió asediado á preguntas.

—Despacio, despacio, amigos—dijo al fin.—Si me interrumpís no acabaré nunca. Una embajada de Kambises, el poderoso rey actual de la omnipotente Persia—no un ejército como tú presumes, Fanes,—está en camino hacia aquí. En Samos supe que habían llegado ya á Mileto. Dentro de pocos días, sin duda, estarán entre nosotros. Unos parientes del rey y el viejo Kresos de Lidia, forman parte de la comitiva. Disfrutaremos del espectáculo de un lujo nunca visto. Nadie sabe el objeto de la expedición; sólo se presume que el rey Kambises, ofrecerá una alianza á Amasis. Hasta se susurra que el gran monarca desea la mano de la hija de Faraón.

—¿Una alianza?—preguntó Fanes encogiéndose de hombros y manifestando su incredulidad.—Los persas dominan ahora medio mundo. Todas las grandes potencias del Asia están sometidas á su cetro; sólo el Egipto y la metrópoli helénica se han librado de la conquista.

—Olvidas la aurífera India y los grandes pueblos noma-

das del Asia—replicó Kalfás.—Olvidas, además, que un imperio tan complejo, compuesto de setenta naciones cuyos idiomas y costumbres son diversos, lleva constantemente en sí mismo el germen de la guerra intestina, y tiene que precaverse contra las extranjeras, razón por la que es difícil que las diferentes provincias no se aprovechen de la ausencia del ejército, como de una ocasión propicia para rebelarse. Pregunta á los milesios si permanecerían tranquilos sabiendo que las fuerzas de sus opresores han sido vencidas en alguna batalla.

Teopompos, el negociante de Miletos, interrumpió vivamente el orador.

—Cuando los persas sucumban en una guerra, cien otras la seguirán, y mi patria no será la última en levantarse contra el debilitado opresor.

—Sea cual fuere el propósito de los embajadores—continuó Kalfás,—persisto en mi afirmación, de que estarán aquí dentro de tres días á más tardar.

—Y así se habrá cumplido tu oráculo, afortunado Aristómajos—dijo Rodopis.—La milicia de los montes no puede ser otra que los persas. Cuando éstos se aproximen á las playas del Nilo, los cinco directores, vuestros éforos *sz*, mudarán de designio y te llamarán aun padre de dos vencedores olímpicos. Vuelve á llenar las copas, Knakias. Brindemos por los manes del glorioso Lisandro, y luego, aunque me pese, os haré notar que se acerca la mañana. Pero incumbe al huésped que aprecia á sus convidados, dar la señal de levantarse de la mesa, cuando llega á su colmo la alegría. El grato recuerdo sin resabio alguno, volverá á traeros pronto á esta casa; menos gustosos la frecuentaríais si tras el regocijo viniera el malestar.

Los convidados aplaudieron á Rodopis, á quien Ibikos calificó de digna discípula de Pitágoras, ensalzando la festiva y jovial animación de la velada.

Todos se dispusieron á salir, incluso el sibarita que para ahogar la emoción, siempre molesta para él, había bebido con exceso. Con ayuda de sus esclavos, á quienes llamó para ello, dejó su cómoda posición murmurando entre dientes que se faltaba á los deberes de la hospitalidad.

Cuando Rodopis despidiéndole, quiso darle la mano, él, alterado por el vino, exclamó:

—Por Hércules, Rodopis, que nos echas de casa como si fuésemos importunos acreedores. No estoy acostumbrado á abandonar un convite, mientras pueda tenerme en pie, á menos que me echen como un parásito.

—No quieres hacerte cargo, grandísimo beodo...—decía Rodopis riendo y para disculparse...

Mas Filoinos, enojado por la broma de la huéspedea, soltó una carcajada, y medio borracho, tambaleándose en dirección á la puerta, interrumpió diciendo:

—¿Con qué, grandísimo beodo, me llamas... eh? Pues yo te llamo esclava impertinente. Por Dionisio, que todavía se echa de ver lo que has sido en tu juventud. Adiós, esclava de Jadmon y de Xantos, liberta de Járaxos...

No pudo acabar. El espartano se le echó encima, asestándole un tremendo puñetazo que le dejó sin sentido. Luego le llevó, como se lleva á un niño, á la barca, donde le aguardaban sus esclavos á la entrada del jardín *et*.





CAPITULO III

Los convidados habían salido.

Como pedrisco en florido sembrado, cayeron sobre la alegría de la reunión los dicterios del gastrónomo. Rodopis misma permaneció pálida y estremecida en la desierta sala, adornada aun para la fiesta.

Knakias apagó las lámparas de las paredes. Con esto sucedió á la clara luz una mística semi-obscuridad que apenas permitía distinguir el confuso montón de la vajilla, los restos de la cena y los lechos apartados de su sitio.

Entraba por la puerta un aire glacial, pues empezaba á amanecer, y la hora del alba suele ser en Egipto fresca y desagradable. Ligero estremecimiento de frío hacía temblar el cuerpo de la anciana que iba muy poco abrigada. Con ojos enjutos contemplaba el desierto salón, poco há henchido de júbilo y alegría, comparando el interior de su alma con aquel aposento, y pareciéndole que la carcoma roía su corazón y se helaba su sangre.

Así estuvo largo, muy largo rato, hasta que salió la vieja esclava con una luz para acompañarla al dormitorio.

Se dejó desnudar en silencio; en silencio recorrió la cortina que separaba del suyo un segundo dormitorio, en cuyo centro había una cama de madera de arce donde una muy linda y graciosísima muchacha, Sappó, la nieta de Rodopis, dormía en colchón de lana fina, envuelta en sábanas blanquísimas y pañuelos ⁸⁵ de color azul claro. Por sus formas llenas y delicadas, hubiérase dicho que Sappó era una joven, mas por su dulce y apacible sonrisa, una niña inocente y feliz.

Tenía escondida en la espesa cabellera castaño-obscura la mano en que descansaba la graciosa cabeza, y en la otra un pequeño amuleto de piedra verde ⁸⁶ colgado del cuello. Movíanse apenas las largas pestañas de los cerrados ojos; suave y finísimo carmín coloreaba las mejillas. Las aletas de la delicada nariz subían y bajaban con uniforme movimiento, al soplo de la respiración. Así se pinta la inocencia, así sonrre la paz en brazos del sueño; éste conceden los dioses á la primera juventud, libre de cuidados.

La anciana se acercó al lecho sin hacer ruido, hollando de puntillas y con cautela las espesas alfombras ⁸⁷.

Con inefable cariño contempló el risueño semblante infantil, y arrodillándose en silencio al lado de la cama, apoyó la cabeza blandamente en las blandas cubiertas, de modo que rozaba con su cabello la mano de la niña; luego se echó á llorar como si con sus lágrimas quisiera borrar de su alma la humillación que había sufrido y todos sus pesares.

Por fin se levantó; besó ligeramente á la dormida niña, y elevó al cielo las suplicantes manos, volviendo á su dormitorio con la misma precaución y silencio que al entrar.

Junto á su lecho estaba aún aguardando la vieja esclava.

—¿Por qué no te has acostado, Melita?—preguntó Rodopis en voz baja pero afable.—Vete á la cama; el mucho velar no conviene á tu edad; ya sabes que no te necesito más. Buenas noches. No entres mañana hasta que te l'ame. Como no he de poder dormir ahora, aprovecharé el sueño de la mañana.

La sirvienta titubeó; se veía que quería decir algo sin atreverse.

—¿Quieres algo?—añadió Rodopis.

La vieja no se decidía.

—Habla, habla, pero sé breve.

—Te he visto llorar—dijo la esclava;—me parece que te aqueja alguna pena ó que estás mala. ¿No puedo velar á tu lado? ¿No quieres decirme qué te acongoja? Harto sabes por experiencia que esto alivia el pecho y quebranta el dolor. Confíame también hoy el motivo de tu tristeza; te hará bien, sin duda; devolverá la tranquilidad á tu alma.

—No, no puedo hablar—contestó la señora. Y luego añadió con amarga sonrisa:—Ví de nuevo que ningún dios es capaz de borrar el pasado y que la desgracia y la deshonra suelen ser lo mismo. Buenas noches. Déjame, Melita.

Al medio día siguiente, la misma barca que la víspera trajo al ateniense y al espartano, atracó delante del jardín de la anciana.

¡Cómo brillaba el sol, caliente y alegre! ¡Qué sereno el cielo de Egipto, azul oscuro! ¡Cuán puro y ligero el aire! ¡Cómo revoloteaban alegremente los insectos y entonaban ufanos los remeros de las barcas, en alta voz, sus eternas y monótonas canciones!

Las orillas del Nilo estaban floridas, llenas de gente y con abigarrada profusión de banderas. Palmeras y sicomoros, acacias y plátanos, florecientes, lozanos, cubiertos de lujurioso verdor; toda la comarca en torno parecía enriquecida por generosa deidad, y el viandante al contemplarla, era forzado á creer que allí habitaba la dicha y fué desterrada la pena.

¡Cuántas veces al pasar por una tranquila aldea, oculta entre floridos árboles frutales, imaginamos que debe ser morada de la paz, del contento, de la vida doméstica más cordial! Mas no bien entramos en las chozas, hallamos, como en todas partes, angustias y miserias, deseos y pasiones, temor y arrepentimiento, dolor y tristeza, y pocos, poquísimos goces. ¿Quién, llegado á Egipto, hubiese presumido que aquel risueño, lozano, abigarrado país del sol, cuyo cielo no se nubla jamás, alimentaba á hombres propensos á la

seriedad y la amargura? ¿Quién pudo figurarse, que en la elegante y hospitalaria casa rodeada de flores, de la dichosa Rodopis, palpataba un corazón sumido en profundo pesar? Y que este fuera el de la graciosa y risueña anciana, ¿acaso podía sospecharlo ninguno de los que la visitaban?

Pálida, pero bella y amable como siempre, estaba sentada con Fanes bajo una sombría enramada, junto al refrescante chorro del surtidor. Se conocía que había vuelto á llorar. El ateniense le estrechaba la mano con animación.

Rodopis escuchándole con paciencia, ora se sonreía amargamente, ora asentía á cuanto le iba diciendo. Por fin interrumpió al amable amigo:

—Gracias, Fanes; tarde ó temprano se olvidará también esta ignominia. El tiempo es un gran médico. Si fuese débil saldría de Náukratis para vivir recogida sin acordarme de nadie más que de mi nieta, que es para mí todo mi mundo. Mil veces quise salir de Egipto, y otras tantas vencí este deseo. No me detuvo el de los halagos de tu sexo, pues tantos merecí que ya me siento satisfecha, sino la pretensión, muy racional, sin duda, de que, aún siendo débil, despreciada y antigua esclava, puedo ser de alguna utilidad, y tal vez indispensable, á hombres libres y generosos. Acostumbrada á su trato en vasta esfera, no podría satisfacerme cuidar de un solo sér querido; me secaría como el árbol que trasplantan de un terreno fértil al desierto, y pronto mi nieta quedaría en el mundo completamente sola y tres veces huérfana. Me quedo en Egipto.

Con tu partida seré indispensable á los amigos. Amasis es viejo. Cuando le suceda Psamtik, tendremos que luchar con grandes dificultades, que evitó hasta ahora la suerte. Debo permanecer aquí, en la brecha, para bien de la libertad y prosperidad helénicas. Tal es la aspiración de mi vida. Seré tanto más fiel á ella, cuanto no es frecuente que una mujer guste de emplear el tiempo en semejantes fines. Poco me importa que digan que mis aspiraciones no son propias de mi sexo. Esta noche la he pasado llorando; sentí que hay aun en mí mucho de aquella flaqueza que hace su felicidad y su desdicha. Me afané porque mi nieta la conservara, unida á la mayor delicadeza y sensibilidad. Este fué mi primer cui-

dado; luego, el de libertarme de toda blandura. Pero es imposible triunfar de la naturaleza, sin ser derrotado alguna vez. Cuando me siento próxima á sucumbir al peso del dolor y la desesperación, mi único recurso consiste en acordarme de Pitágoras, mi amigo⁸⁸, el hombre más ilustre que existió jamás, y de aquellas sus palabras: «Guarda en todo moderación; huye así de la bulliciosa alegría, como de las eternas lamentaciones, y procura mantener tu alma armónica y melodiosa, del modo que las cuerdas de un harpa bien templada.» Esa pitagórica paz del alma, esa tranquilidad profunda, imperturbable, la veo delante de mí, en mi Sappó, y lucho por alcanzarla á pesar de los reiterados golpes del hado cuya violencia desafina las cuerdas de la lira de mi corazón. Ahora estoy tranquila. No puedes figurarte el poder que ejerce sobre mí el solo recuerdo de ese gran pensador, de ese hombre templado y metódico. Su memoria resuena en mi existencia como eco suave que me conforta y vivifica. Tú le conociste también y comprenderás lo que quiero decir. Dime, ahora, tu presensión ó tu deseo. Mi corazón está ya sosegado como las aguas del Nilo que allá discurre con imperturbable calma. Buena ó mala, estoy dispuesta á recibir la noticia.

—Así me gusta verte—dijo el ateniense.—Si antes te hubieras acordado del noble amante de la sabiduría, como á si mismo solía llamarse Pitágoras⁸⁹, ayer hallara tu alma su bello equilibrio. Manda el maestro que todas las noches repasemos en nuestra mente los sucesos, los sentimientos é ideas del día transcurrido. Con esto hubieras observado que la sincera admiración de tus amigos todos, entre los cuales había hombres de gran mérito, compensa mil veces los dictorios de un libertino borracho; debías considerarte predilecta de los dioses, puesto que en tu casa los inmortales concedieron á un noble anciano, tras luengos años de desventura, el mayor gozo que puede caber en suerte á un hombre; luego te quitaron un amigo para concederte otro mejor. No me interrumpas, permíteme manifestar mi deseo.

Sabes que así me llaman ateniense como halicarnáseo⁹⁰. Los mercenarios jonios, eolios y dorios, no se han avenido mucho nunca con los carios; mi triple procedencia, digámos-

lo así, me fué de utilidad en el cumplimiento de mis deberes como jefe de los dos contingentes. Por más que Aristómajos posea muy grandes cualidades, Amasis va á echarme de menos, porque á mí me era fácil restablecer la concordia entre las tropas mercenarias, mientras que el espartano tropezará con grandes dificultades por parte de los carios.

Mi doble origen se debe á que mi padre tenía por esposa á una halicarnásea de noble familia doria, y con ella fué á Halicarnaso, donde nació, para recoger la herencia de sus padres. Así soy propiamente cario, aunque me llevaron consigo á Atenas de edad de tres meses, porque el lugar del nacimiento determina la patria del hombre.

En Atenas fuí criado y educado con todo el orgullo de un noble ático, como joven eupatrida de la ilustre antiquísima estirpe de Ajax. El valiente y discreto Pisístratos, hijo de una familia que iguala, mas no supera á la mía (pues no la hubo nunca más noble,) supo apoderarse del gobierno. Dos veces consiguieron derrocarlo los esfuerzos unidos de la nobleza. Cuando intentó volver por tercera vez, le hicimos frente con ayuda de Ligdamis de Naxos, de los argivos y etrios acampando en Palene cerca del templo de Atenea. Estábamos haciendo sacrificios á la diosa antes de almorzar, cuando el astuto tirano nos sorprendió desarmados, y obtuvo, sin verter sangre, fácil victoria. Yo mandaba la mitad del ejército enemigo del tirano y quería morir antes que ceder el campo. Luché con todas mis fuerzas; conjuré á los soldados á que resistieran; no retrocedí un paso; mas por fin caí en tierra herido de una lanzada en el hombro.

Los pisistrátidos quedaron dueños de Atenas ⁹¹. Yo, acompañado de mi esposa y de mis hijos, me refugié en Halicarnaso, mi segunda patria, donde recibí el nombramiento de jefe de los mercenarios de Egipto, porque mi nombre era conocido por una victoria pítica ⁹², y algunos rasgos de osadía en la guerra. Tomé parte en la campaña de Kipros, compartiendo con Aristómajos la gloria de conquistar para Amasis el lugar del nacimiento de Afrodita, y fuí ascendido á comandante general de las tropas mercenarias de este reino.

Mi esposa murió el verano pasado; los hijos, un niño y una niña, de once y diez años de edad, quedaron con su tía

en Halicarnaso. También á ésta le sorprendió el inexorable Hades. Hace pocos días mandé que los niños vengan aquí, pero para llegar á Náukratis han de tardar tres semanas, y antes que puedan recibir la contraorden, se habrán puesto en camino. En quince días he de salir de Egipto, y por consiguiente, no puedo recibirlos yo mismo.

He resuelto pasar al Quersoneso tracio, á donde, como sabes, ha sido llamado mi tío por la tribu de los doloncos⁹³. Allí irán también los niños. Korax, mi viejo esclavo de confianza, quedará en Náukratis para traérmelos luego.

Ahora si quieres probarme que eres realmente mi amiga, recíbelos y cuidalos hasta que un barco salga para Tracia, y haz que no los vean los espías del príncipe heredero Psamtik. Tú sabes que éste me tiene odio mortal, y podría querer vengarse del padre en los hijos. Te pido este gran favor, primero, porque conozco tu bondad, luego, porque tu casa, en virtud de aquella Real cédula que le da la inmunidad de asilo, subtrae á los niños á las inquisiciones de los agentes de orden público, porque en este país de las formalidades se exige que cada extranjero, incluso los niños, se presente ante los funcionarios del distrito.

Ya ves cuanto te aprecio, puesto que te confío lo único que me hace apetecible la vida. La patria misma nada me importa, mientras se someta ignominiosamente al tirano. ¿Quieres devolver la tranquilidad al angustiado corazón de un padre? ¡Quieres!...

—Sí quiero, Fanes, sí quiero—exclamó la anciana con no disimulada satisfacción.—Nada me pides, antes me haces un obsequio. ¡Ah! ¡con cuánta alegría espero á los niños! ¡Qué contenta va á ponerse Sappó cuando lleguen á animar su soledad! Pero—y esto te lo advierto desde ahora, Fanes,—en ningún caso dejaré partir á mis pequeños huéspedes con el primer barco tracio. Bien puedes estar separado de ellos medio año más. Te fio que recibirán excelente enseñanza, y que serán educados para todo lo bueno y bello.

—Esto no me daría cuidado alguno—contestó Fanes, con sonrisa de gratitud;—pero he de insistir en que dejes partir á los dos traviosos con el primer buque que salga. Mi temor de la venganza de Psamtik, es por desgracia sobradamente

fundado. Recibe, pues, anticipadamente las gracias más cordiales, por tu cariño y bondad para con los niños. Por lo demás, creo también que le convendrá á tu Sappó, en su aislamiento la distracción que le proporcionarán los vivarachos chiquillos.

—Y por otra parte—interrumpióle Rodopis bajando los ojos, —la confianza que una persona generosa tiene en mis virtudes maternas, me autoriza para no pensar más en el insulto que un glotón me hizo en la borrachera... Aquí viene Sappó.





La narración de Kalias en casa de Rodopis



CAPITULO IV

Cinco días después de aquella velada en casa de Rodópis, un inmenso gentío de egipcios de todas edades, sexos y condiciones, se apiñaba en el puerto de Sais y á orillas del agua.

Entre aquella multitud de hombres nervudos, apenas cubiertos por su única prenda de vestir que consistía en un mandil, traje del hombre ordinario, mezclábanse los guerreros y mercaderes con blancas vestiduras, guarnecidas de abigarradas franjas, cuya longitud variaba según la jerarquía y condición del individuo. Niños desnudos se agolpaban, empujaban y reñían para alcanzar un sitio ventajoso. Las madres, vestidas con una corta saya, alzaban en brazos á sus chiquillos cuanto les era dable, aunque se privasen del espectáculo deseado ⁹⁴. Numerosos perros y gatos iban y venían por entre las piernas de los curiosos, quienes se movían con precaución para no pisar ó lastimar á ninguno de los animales sagrados.

Los agentes de policía, armados de largas varas ⁹⁵, en cuyos botones de metal iba inscrito el nombre del rey, cuida-

ban de la tranquilidad y el orden, y muy especialmente de que nadie con los empujones cayese al río, cuya corriente muy elevada en la época de la inundación, lamía las murallas de Sais. Semejante temor resultó justificado en varios casos.

Cerca de la ancha escalera ornada de esfinges, desembarcadero de las naves reales, puede observarse una reunión de otro género.

Allí se ven sentados en los bancos de piedra los sacerdotes más distinguidos; muchos de ellos, con blanco traje talar; otros con mandil, espléndidos tirantes, ancho collar y pieles de pantera. Unos ciñen su frente con ricas diademas adornadas de plumajes sobre el tupido y rígido artificio de las trenzas postizas, que cuelgan ondulando sobre las espaldas; muestran otros la luciente calva de sus bien conformados cráneos, esmeradamente afeitados. Entre todos se distingue el juez supremo por la entera y hermosa pluma de avestruz de su tocado, y un precioso amuleto de záfiro pendiente de una cadena de oro ⁹⁶ sobre el pecho.

Los jefes del ejército egipcio figuran también allí con sus cotas ⁹⁷ de varios colores y en el cinturón la espada corta. Una división de la guardia real, armada de hachas, dagas, arcos y grandes rodela, ocupa el lado derecho de la escalera; á la izquierda están los mercenarios griegos armados al estilo jonio. Su nuevo jefe, nuestro conocido Aristómajos, con unos cuantos capitanes griegos, á distancia de los egipcios, se hallaba junto á las estatuas colosales de Psamtik I, que fueron colocadas mirando al río en la plaza á que conducía la escalera. Por fin, delante de las estatuas y sentado en un sillón de plata vese al príncipe heredero Psamtik, con sayo de brocado muy ceñido ⁹⁸ y de varios colores. Rodéanle los principales cortesanos, camareros, consejeros y amigos del rey, todos empuñando bastones con plumas de avestruz y flores de loto de oro ⁹⁹.

Hacia rato que la muchedumbre daba evidentes señales de impaciencia, gritando, cantando y alborotando, mientras que los sacerdotes y los grandes, desde la escalera, fijaban la mirada en el vacío con gravedad y silencio. Serios como estaban, con su tiesa peluca de trenzas ¹⁰⁰ y la barba postiza rizada con regularidad, se parecían á las estatuas perfectamente

iguales que inmóviles en su sitio contemplan el río, fija la pupila, grave y tranquilamente.

En este punto se divisaron á lo lejos unas velas de cuadros encarnados y azules ¹⁰¹.

Prodújose gran algazara de gritos y voces.

—¡Ya vienen! ¡ya están aquí!

—Cuidado con pisar al gato.

—Ama, levanta más á la niña para que vea también.

—Me vas á echar al agua, Sebak.

—¡Ojo, Fenicio! los muchachos te echan capítulos de bardana á la barba.

—Vamos, heleno, no creas que todo el Egipto te pertenece á ti solo, porque Amasis os permita vivir á orillas del río sagrado.

—¡Canalla insolente! Estos griegos...—gritó un sacristán.

—Abajo los traga-cerdos ¹⁰², que desprecian á los dioses—se repitió en torno.

Venían ya á las manos, cuando los agentes de policía blandiendo sus largas varas en son de amenaza y con enérgico ademán, restablecieron la paz y la tranquilidad. Las grandes velas de diversos colores que fácilmente se distinguían de los trapos azules, blancos y pardos, de los pequeños barcos del Nilo, se acercaban cada vez más á la impaciente muchedumbre. Entonces se levantaron de sus asientos los altos funcionarios y el heredero del trono.

La real banda de trompetas ¹⁰³ rompió á tocar con estruendo tal que conmovía el aire. Arribaba junto á la escalera la primera de las naves esperadas. Era bastante larga, muy rica en dorados, con la figura de un gavián de plata en el espolón. Tenía en el centro un baldaquino de oro con dosel de púrpura y debajo grandes divanes que invitaban á sentarse. Iban en la proa doce parejas de remeros, cuyos mandiles sujetaban ricos tirantes ¹⁰⁴, y debajo del baldaquino, seis hombres tendidos, con atavío espléndido y magnífico porte. Antes que atracara la barca, saltó el primero á la escalera el más joven, rubio y muy hermoso.

Al verle, soltaron muchas jóvenes egipcias un ¡ah! prolongado, y más de un grave funcionario desarrugó el entrecejo y sonrió con agrado y benevolencia.

El joven, objeto de semejante admiración, llamábase Bardiya ¹⁰⁵; era hijo del gran rey de Persia difunto, hermano del reinante, y había recibido de la naturaleza cuanto puede desear un corazón de veinte años.

Bajo el turbante azul y blanco que rodeaba su tiara, caían en abundantes rizos los dorados cabellos; brillaban en sus ojos azules la alegría y la vida, la bondad y la osadía hasta la petulancia; su noble rostro, sombreado apenas por el bozo, era digno de un cincel griego; su figura esbelta y musculosa revelaba notable fuerza y agilidad. No menor que su belleza era la esplendidez de su traje. En medio de la tiara relucía una gran estrella de diamantes y turquesas. El sayo blanco, de grueso brocado de oro que le pasaba de las rodillas, iba sujeto á las caderas por una faja azul y blanca (colores de la casa real persa,) de la cual pendía un espadín de oro con vaina y empuñadura empedradas de blancos ópalos azules y turquesas. Cubrían los calzones, muy ajustados á los tobillos y de brocado como el sayo, unos zapatos bajos de cuero turquí. Ornaban los desnudos y robustos brazos, que dejaban descubiertos las holgadas mangas, ricos brazaletes de oro y piedras preciosas. También era de oro la cadena que al cuello traía, y colgaba sobre el ancho y saliente pecho ¹⁰⁶.

El joven saltó á tierra el primero. Siguióle Daríos, hijo de Histaspes, persa también y joven, de sangre real como Bardiya, vestido con igual riqueza. Luego desembarcó un anciano de pelo blanco como la nieve, cuyo semblante benévolo, aunque grave, revelaba la bondad del niño, la experiencia del viejo y la inteligencia del hombre. Vestía largo sayo con mangas color de púrpura y calzaba botas lidias amarillas ¹⁰⁷; su porte era sencillo y modesto con haber sido el hombre más envidiado de su tiempo y cuyo nombre sirve aun, dos mil años después, para designar á los más ricos del mundo. Era Kresos, el destronado rey de Lidia, quien vivía á la sazón como amigo y consejero en la corte de Cambises y era el Mentor del joven Bardiya en su viaje á Egipto.

Vinieron detrás de él Prexaspes, embajador del rey de Persia, Zópiros, hijo de Megabizos, noble persa y amigo de Bardiya y de Daríos, y fué el último el esbelto y pálido hijo de Kresos, Giges, que enmudeció á los cuatro años, y recobró

el habla con la angustia que pasó por su padre, en la toma de Sardes ¹⁰⁸.

Psamtik descendió las gradas para ir al encuentro de los extranjeros; su severo rostro amarillento se esforzaba en mostrar amable sonrisa. Los funcionarios que le seguían se inclinaron ante los recién llegados, casi hasta tocar el suelo con los brazos colgando. Los persas cruzaron las manos sobre el pecho y se prosternaron ante el heredero del trono. Después de estos cumplidos, Bardiya siguiendo la costumbre de su país y con asombro del pueblo que nunca vió tal, besó en la pálida mejilla al príncipe egipcio que se estremeció ligeramente de horror al contacto de los impuros labios de un extranjero. Luego dirigióse el joven persa con los demás á las literas que les aguardaban para llevarlos al palacio real de Sais, donde les tenían preparadas habitaciones á él y á sus amigos.

Parte del pueblo siguió á esta comitiva, pero los más de los curiosos se quedaron, porque sabían que les tocaba ver aun muchos y nunca vistos espectáculos.

—¿Quieres irte tras del mico ataviado y demás hijos de Tifón?—preguntó de mal talante un mozo de templo (*hieródulo*,) á su vecino, respetable sastre de Sais.

—Dígame, Puhor, y lo mismo dice el sacerdote supremo, que esos intrusos sólo van á traer desgracias á la tierra negra. ¿Qué fué de aquellos tiempos en que ningún extranjero que estimase su vida pisaba este suelo? Ahora, tenemos aquí judíos embusteros ¹⁰⁹, y más aun, esos helenos insolentes que Dios confunda. Mira; ya llega la tercera nave henchida de extranjeros. ¿Sabes quiénes son estos persas? El supremo sacerdote ha dicho que en todo su imperio, con ser grande como medio mundo, no hay templo alguno para los dioses, y lejos de dar honrosa sepultura á las momias de sus cadáveres, dejan que los devoren perros y buitres ¹¹⁰.

El sastre mostró gran asombro é indignación, y luego señalando con el dedo el desembarcadero, dijo:

—Como destruye el hijo de Isis á Tifón, allí arriba la sexta nave de extranjeros.

—Sí, mucho es—suspiró el mozo de templo.—Diríase que va á llegar todo un ejército. Amasis persistirá en su errado camino hasta que los extranjeros le echen del trono y del

país, y nos avasallen y saqueen á nosotros los pobres, como antes los malvados y pestilentes hixos *111*, y los negros etíopes.

—La séptima barca—exclamó el sastre.

—Que me mate Neith, la gran diosa de Sais, si comprendo al rey—dijo lamentándose el hieródulo.—Tres barcas de carga envió á la sacrílega emponzoñada Náukratis para el equipaje y servidumbre de los embajadores persas; pero en vez de tres debían mandar ocho. Además de sus chismes de cocina, perros, caballos, carruajes, capas, cestos, balas, estos blasfemos y profanadores de los difuntos trajeron acá, á mil leguas de distancia, todo un regimiento de criados; muchos de entre ellos sólo se ocupan en tejer guirnaldas ó preparar ungüentos *112*. También traen á sus sacerdotes que llaman magos. Quisiera saber para qué sirven esos holgazanes; ¿para qué sacerdotes, donde no hay dioses ni templos?

El encanecido rey Amasis de Egipto recibió la embajada persa, poco después de su llegada, con toda la amabilidad que solía. Cuatro días más tarde, después de las ocupaciones á que solía entregarse todas las mañanas, sin excepción, paseábase por el jardín de palacio con el viejo Kresos, mientras los demás persas con el príncipe se dirigían á Menfis por el Nilo.

El jardín era muy vasto, verdaderamente regio, aunque parecido al de Rodopis, y se hallaba situado en una colina al noroeste de la ciudad, contiguo al castillo real.

Los dos ancianos se sentaron á la sombra de un sicomoro de anchas ramas, junto á una piscina gigantesca de granito rojo, que tenía por caños las abiertas fauces de unos cocodrilos de basalto negro.

El destronado rey, con ser más viejo que el poderoso soberano, su amigo, parecía más fresco y robusto. Amasis doblaba la cabeza al peso de los años; era obeso y delgado de piernas; su rostro, bien conformado, pero de piel rugosa, los ojos, vivos y muy inteligentes; los labios, gruesos; maliciosa, burlona, irónica la sonrisa; ancha y despejada la frente, que revelaba la fuerza de su inteligencia *113*. En aquellos ojos de mudable color se traslucía cierta gracia, cierto fuego, propios de aquel hombre extraordinario que de simple sol-

dado consiguió subir al trono de los faraones. Era imperioso y duro en su lenguaje, y se movía con cierta vivacidad casi enfermiza, que estaba en oposición con la gravedad usada por los demás miembros de la corte egipcia.

Su vecino, por el contrario, con su porte gallardo y digno de un rey, y las notables condiciones de su carácter, revelaba su frecuente trato con los más distinguidos personajes de Grecia, tales como Anaxímandros y Anaximenes de Mileto, Bias de Priene ¹¹⁴, Solón de Atenas, y Pítakos de Lesbos, célebres sabios, quienes en mejores tiempos se hospedaron en Sardes, en la corte de Yresos. Hablaba bajo y con voz clara que parecía un canto, comparada con la muy aguda de Amasis.

—Dime con franqueza, ¿qué te parece Egipto?—preguntó el faraón en corriente griego.—No hay nadie, cuyo juicio estime en más. Conoces la mayor parte de los pueblos y países del mundo; los dioses te sujetaron á tales vicisitudes que has recorrido toda la escala de la suerte, y luego no fuiste en balde por largo tiempo el primer consejero del más poderoso soberano. ¡Ojalá mi reino te gustara tanto que desearas quedarte conmigo, para vivir en él como dos hermanos! Yo lo quisiera, Yresos. Eres mi amigo de antiguo, aunque hasta ayer no me concedieron los dioses el placer de verte por vez primera.

—Y tú lo eres mío—repuso el lidio.—Te admiro por la entereza con que llevas á cabo lo que te parece bueno, á despecho de cuantos te rodean, y estoy agradecido á la benevolencia con que tratas á mis amigos, los helenos. También, como yo, sufriste toda suerte de vicisitudes, y en esto te considero como pariente mío.

—Con la diferencia—dijo sonriendo Amasis,—que partimos de opuestos extremos. Tú has probado primero lo mejor y luego lo malo, y á mí me sucedió lo contrario, si he de admitir—añadió pensativo,—que sea actualmente feliz.

—Y yo—contestó Kresos,—que sea ahora desgraciado.

—¿Cómo no, después de la pérdida de tales bienes?

—¿Consiste acaso la dicha en su posesión?—exclamó Kresos.—¿Se halla realmente en la fortuna? La dicha, al fin y al cabo, es un concepto ó un sentimiento que los dioses envidiosos conceden más á menudo al menesteroso que al rico,

á quien deslumbran con el brillo de los tesoros y sujetan á inevitables contratiempos, porque engréido por su poder y llevado de creciente ambición, sucumbe siempre en la lucha por conseguirlo todo.

Amasis suspiró diciendo:

—¡Ojalá pudiera refutar esta verdad! Cuando recuerdo lo pasado he de confesarte que empezaron mis mayores afanes, desde el punto en que llegó para mí la llamada felicidad.

—Y yo te aseguro—interrumpió Kresos,—que te agradezco lo tardío del socorro. La hora de la desdicha me otorgó la primera felicidad verdadera. Cuando los primeros persas escalaron los muros de Sardes, me maldecía á mí mismo y á los dioses, la vida me parecía odiosa, la existencia una maldición. Combatiendo retrocedí con los míos, perdida toda esperanza. En aquel instante un soldado persa levantó la espada contra mí, acudió mi hijo, que era mudo de nacimiento, á detener el brazo del asesino, y con el espanto recobró el habla. Entonces oí la primera palabra que pronunciaron sus labios; entonces yo, que había maldecido á los dioses, me incliné ante su potestad, y quité la espada al esclavo, á quien había ordenado me matase cuando cayera en manos de los persas. Era ya otro hombre. Poco á poco aprendí á domeñar mi enojo, siempre renaciente contra mi destino y mis nobles enemigos. Ya sabes que acabé por ser amigo de Kiros, y que alcancé la dicha de educar á mi hijo en el pleno uso del habla. De entonces guardé para él todo lo bello y grande que he visto, oído ó pensado en mi larga vida, deseoso de transmitirselo porque él era, desde aquel momento, mi imperio, mi tesoro, mi corona. Cuando veía transcurrir los días de Kiros, llenos de cuidados y las noches faltas de sueño, me horripilaba la idea de mi propia grandeza y poderío anteriores, y comprendía, cada vez con mayor claridad, dónde hay que buscar la verdadera dicha. En el propio corazón la llevamos todos como germen oculto. El ánimo contento y paciente que se complace en lo bello y en lo grande, sin despreciar lo pequeño; que acepta sin quejarse el sufrimiento y lo dulcifica con los recuerdos; quien ejercita la templanza y confía en la bondad de los dioses; quien considera que todo



Llegada de la embajada persa á Sais

ha de pasar, aun lo peor, porque todo está sujeto á mudanza: éste madura el oculto germen de felicidad en su pecho, y se proporciona el valor de sonreír á todo, en tanto que el hombre no educado por la suerte se intimida y desespera.

Amasis escuchaba atento mientras trazaba en la arena mil figuras con su bastón, cuyo puño de oro representaba una cabeza de galgo. Luego dijo:

—En verdad, Kresos, que yo, el gran dios, el sol de la justicia, el hijo de Neith, el señor de la gloria de la guerra, como me llaman los egipcios ¹¹⁵, estoy tentado de enviarte á ti, el saqueado y destronado. Años atrás era yo tan feliz como ahora tú. El Egipto entero me conocía, pobre hijo de un capitán, por mi carácter alegre, mis aventuras, mi ánimo ligero y mi petulancia ¹¹⁶. Los soldados me llevaban en palmas, mis jefes tenían mucho que reprenderme, pero á Amasis el loco se le dejaban pasar muchas cosas; mis compañeros, los subalternos del ejército, no conocían fiesta alegre sin mí. En aquella época, mi antecesor Hofra nos mandó á la guerra contra Kirene. Moríamos de sed en el desierto, y nos negamos á continuar la marcha. La sospecha de que el rey quería sacrificarnos á los mercenarios helenos, nos indujo á rebelarnos abiertamente. Bromeando como siempre, dije á los amigos: «Sin rey no podréis vivir; hacedme vuestro soberano; otro más alegre no le hallaréis en parte alguna.» Los soldados oyeron la frase. «¡Amasis quiere ser rey!» Esta voz cundió de fila en fila y de individuo en individuo. «Que Amasis el bueno, el feliz, sea nuestro rey.» Tal fué la proclamación que hicieron á las pocas horas. Un compañero me cubrió la cabeza en broma con el yelmo del general; yo tomé la broma por lo serio; la masa de los soldados me permaneció fiel y batimos á Hofra en Momenfis. El pueblo se adhirió á la conspiración. Subí al trono. Llamáronme el dichoso. Había sido hasta entonces amigo de todos los egipcios; fuí luego el enemigo de los mejores de ellos. Los sacerdotes me prestaron homenaje y me recibieron en su casta, porque esperaban que así podrían gobernarme á su antojo. Mis anteriores jefes me envidiaban ó pretendían tratarme como antes, lo cual, como comprenderás, no era compatible con mi nuevo cargo y hubiera desprestigiado mi autoridad. Pues bien;

un día que los jefes del ejército, convidados á mi casa, bromeaban otra vez conmigo, como de costumbre, les enseñé la palangana de oro en que les habían lavado los pies antes de la comida, y cinco días más tarde, que comían de nuevo á mi mesa, mandé colocar en ésta una estatua, también de oro, del gran dios Rá *117*. Al verla se prosternaron para adorarla. Cuando se pusieron en pie cogí el cetro, y levantándolo solemnemente dije en alta voz: «La imagen de este dios la hizo en cinco días un artista, de la vasija despreciable en la que escupíais y os lavaron los pies. Yo era antes como esta vasija, mas la deidad, que sabe trabajar mejor y con más rapidez que un platero, hizo de mí vuestro rey. Así, pues, prosternaos y adoradme. Quien no obedezca, ó en adelante olvide el respeto que debe al rey, al representante de Rá en la tierra, será condenado á muerte.» Prosternáronse todos, todos. Mi autoridad estaba salvada, pero había perdido á mis amigos. Desde aquel instante necesitaba otro firme apoyo. Escogí para ello á los helenos. En el arte de la guerra, un griego vale por cinco egipcios; esto lo sabía yo, y por esta razón osé llevar á cabo lo que consideraba saludable.

Los mercenarios griegos me rodeaban sin cesar; aprendí de ellos su lengua y ellos me trajeron al hombre más noble que ví en mi vida, á Pitágoras. Traté de introducir entre nosotros las artes y costumbres griegas, porque comprendí cuan necio era obstinarse en lo malo, siendo tan fácil alcanzar algo mejor, que sólo esperaba una mano que arrojara la semilla en los campos egipcios.

Hice una buena división administrativa de todo el país *118*, instituí la mejor policía del mundo, y conseguí muchas cosas; pero mi objeto principal consistía en introducir el genio de Grecia, la estética griega, la vitalidad griega y el libre arte helénico, en esta tierra tan florida y lozana, y sin embargo, tan sombría. Mi empresa se estrelló en el escollo que se me opone en cuanto intento algo nuevo, y que será mi ruína y mi perdición. Los sacerdotes son mis rémoras, mis adversarios, mis amos. Ellos, que con supersticioso respeto viven apegados á la tradición; ellos, para quienes todo lo de fuera es abominable; ellos, que consideran á todo extranjero como enemigo natural de su autoridad y de su doctrina,

rigen al más piadoso pueblo de la tierra, con poder casi ilimitado. Por esto tuve que sacrificarles mis más bellos planes; por esto he de ver cómo sujetan mi vida á sus severos estatutos, cual si fuera el menos libre de los hombres; moriré sin haber probado la dicha. Ni aún puedo estar seguro de que la enojada y soberbia gavilla de mediadores entre el hombre y Dios, me conceda el eterno descanso del sepulcro.

—Por Zeus Salvador—interrumpió Kresos con simpatía,—que comprendo tus quejas, ¡miserable dichoso! Aunque en mi larga vida he visto á muchos que pasaban la suya triste y sombría, no creí que pudiese existir una raza entera, dotada de corazones tétricos, como las víboras lo están de dientes ponzoñosos. Cuantos sacerdotes he visto en mi viaje acá y en tu corte, mostraban ceñudo rostro. Aun á los jóvenes que te sirven, rara vez les veo sonreirse, y, sin embargo, la alegría, grato presente de los dioses, suele ser propia de la juventud, como lo son las flores de la primavera.

—Te equivocas, sin embargo, si creyeras que todos los egipcios son melancólicos—contestó Amasis.—Aunque nuestra religión exige que pensemos seriamente en la muerte, apenas hallarás otro pueblo más propenso que éste á la broma y á la burla, y que, una vez entregado al regocijo, se olvide tanto de todo y mueva tanta algazara como el mío. Pero vuestra presencia es odiosa á los sacerdotes, y éstos me hacen purgar, con su intratable aspereza, mi unión con vosotros, los extranjeros. Esos muchachos que te han llamado la atención, son hijos de los más principales de entre ellos¹¹⁹, y la plaga mayor de mi vida. Me sirven como esclavos, obedecen á mis más pequeñas señas. Cualquiera creería que los que destinan á sus hijos á tales servicios, son á su vez obedientes y respetuosos servidores del rey, á quien veneran como á un dios. Pero en realidad, Kresos, esta misma sumisión, que ningún soberano puede rehusar sin ofensa, es hija de la más refinada astucia. Cada uno de esos jóvenes es mi guardián, mi carcelero. No puedo mover la mano sin que lo sepan; en cuanto lo muevo, al punto lo saben los sacerdotes.

—Mas, ¿cómo puedes soporiar semejante existencia? Echa afuera á los espías y escoge tus servidores entre la casta

de los guerreros, que no te serán menos útiles que los sacerdotes.

—¡Si pudiera!... ¡Si me fuera permitido!—exclamó Amasis alzando la voz.

Luego continuó más bajo, como asustado de sí mismo:

—Creo que escuchan nuestra conversación. Mañana haré arrancar aquellas higueras. El joven sacerdote aficionado á la horticultura, que está allí cogiendo los higos apenas maduros, va en busca de otra fruta, que no es la que coloca despacio en la cesta. La mano coge la fruta; el oído las palabras del rey.

—Mas por el padre Zeus y Apolón...

—Comprendo tu indignación y participo de ella, pero todo derecho impone deberes; y como rey de este país, que venera como divino lo tradicional, debo conformarme, al menos en lo principal, con la etiqueta de palacio, que rige mil años há. Si rompiese mis cadenas, podría suceder que dejasen mi cadáver sin sepultura, pues has de saber que los sacerdotes sujetan á todo difunto á un juicio fúnebre, privando á los que hallan culpables del reposo sepulcral. Los miramientos que guardarían á mi hijo habían de asegurarme ciertamente la sepultura de mi momia, mas lo que fuera mi cadáver en manos de los encargados de los sacrificios fúnebres, en mi sepulcro...

—¿Y qué te importa el sepulcro?—dijo Kresos interrumpiendo á su huésped con enfado.—Se vive para la vida, no para la muerte.

—Dirías mejor—respondió Amasis levantándose,—que los que pensamos como se piensa en Grecia, preferimos á todo una vida grata. Pero yo, amigo Kresos, fuí engendrado por un egipcio, amamantado por una madre egipcia, criado con alimentos egipcios, y aunque tomé muchas cosas de los griegos, en lo íntimo de mi sér sigo siendo egipcio. Lo que vimos en la niñez, lo que nos encarecieron como sagrado en la juventud, esto resuena en el corazón hasta que nos envuelven en las fajas de la momia. Soy viejo y poco me falta para llegar al límite donde empieza la eternidad. ¿Quieres tú que por pocos días de vida, malogre largos siglos de muerte? No, amigo mío; en esto precisamente sigo siendo egipcio, y como

cuquiera de mis paisanos, creo firmemente y como cosa cierta, que de la conservación de mi cuerpo, estuche del alma, depende el bienestar de mi segunda vida ¹²¹, si no soy aun digno de ser absorbido por el alma del mundo é intervenir como parte de la misma, del modo que Osiris, en la dirección de lo creado. Pero basta ya de estas supremas cuestiones, que un gran juramento me prohíbe revelar á ti, no iniciado, en toda su profunda sublimidad. Será mejor que contestes á esta pregunta: ¿Qué te parecen nuestros templos y pirámides?

Krescs contestó meditabundo:

—Las masas de piedra de las pirámides parécenme como creación del inmenso desierto, mientras que los floridos pórticos de los templos diríanse hijos de una lozana primavera. Mas aunque las esfinges que conducen á los portales señalan el camino del santuario, los muros oblicuos, á modo de fortaleza, de los pilonos, parecen construídos para la defensa. Así también las coloreadas figuras de los jeroglíficos atraen los ojos, pero como son tan misteriosas, el curioso se aleja de ellas. Las efigies de vuestros dioses multiformes se hallan en todas partes imponiéndose irresistiblemente á la mirada, y sin embargo, todos presumimos que significan algo más de lo que representan, que son tan sólo imágenes palpables de pensamientos profundos apenas inteligibles y comprendidos, según fama, de muy contadas personas. Por todas partes, en fin, se excita mi curiosidad y se despierta mi interés, mas en ninguna se siente solicitado y satisfecho mi ardiente amor á lo bello. Mi inteligencia bien quisiera penetrar los secretos de vuestros sabios, pero mi corazón y mis afectos me alejan de las ideas fundamentales en que descansa vuestro modo de pensar, obrar y existir, las cuales parece enseñan que la vida debe considerarse como una breve peregrinación á la muerte, y la muerte, en cambio, como la verdadera y legítima vida.

—Y, sin embargo, también se la aprecia entre nosotros en su completo valor; también la hermooseamos con fiestas bulliciosas. Tememos los horrores del sepulcro y procuramos evitar la muerte, venga de donde venga. Nuestros médicos no fueran tan célebres y estimados, á no creérseles en pose-

sión del arte de prolongar nuestra existencia terrenal. Esto me recuerda al oculista Nebenjari que mandé al rey á Susa. ¿Hizo prueba? ¿Están contentos de él?

—Este representante honra la ciencia de tu país—contestó Kresos.—Nebenjari fué también quien ponderó á Kambises la gracia de tu hija. A muchos ciegos alivió, pero la madre del rey sigue privada de la luz. Por lo demás, sentimos que un hombre tan hábil sólo sepa curar los ojos. Cuando la princesa Atosa estuvo con calentura, no fué posible persuadirle á que le diera un consejo.

—Esto es muy natural, porque á nuestros médicos sólo se les permite tratar una parte determinada del cuerpo. Tenemos médicos para los oídos, para la dentadura, para los ojos, las fracturas y las enfermedades internas. Según las antiguas leyes de los sacerdotes, un dentista no puede cuidar á un sordo, ni un cirujano á un enfermo del abdomen por más que sea perito en afecciones internas ¹²². Con esta ley se pretende conseguir mayor profundidad de saber, y los sacerdotes, á cuya casta pertenecen también los médicos, se dedican al estudio de la ciencia con la más laudable aplicación. Allá enfrente está la casa del supremo sacerdote Neithotep, cuyo saber en astronomía y geometría elogió el mismo Pitágoras. Linda con el pórtico que conduce al templo de la diosa Neith, patrona de Sais. Quisiera poderte enseñar el sagrado bosque con sus magníficos árboles, las preciosas columnas del santuario cuyos capiteles imitan la forma de la flor del loto ¹²³, y la capilla colosal de granito, que mandé labrar de una sola piedra en Elefantina para regalar á la diosa ¹²⁴. Por desgracia, los sacerdotes me han suplicado que os condujera tan sólo hasta las murallas de circunvalación y los pilonos de los templos. Ahora ven; iremos en busca de mi esposa y de mis hijas, pues te han cobrado afecto y deseo que te encariñes con la pobre muchacha antes de partir con ella para las lejanas tierras, residencia de los extranjeros de quienes ha de ser soberana. Tú la protegerás, ¿no es verdad?

—De esto puedes estar seguro—dijo Kresos, correspondiendo al apretón de manos de Amadis.—Yo haré las veces de padre con tu Nitetis, y ella necesitará de mi apoyo, porque los aposentos de las mujeres en los palacios pérsicos tie-

nen el suelo muy resbaladizo. Por lo demás la tratarán con muchos miramientos. Kambises puede estar contento de su elección, y apreciará mucho el que le confíes tu más bella hija, pues si bien Tajot no parece menos graciosa que Nitetis, le falta, sin embargo, la majestad exterior que distingue á ésta, y que sienta bien á la futura reina de Persia. Nebenjari había hablado solamente de tu hija Tajot.

—A pesar de esto enviaré á mi hermosa Nitetis. Tajot es tan delicada, que apenas podría soportar las fatigas del viaje, y el pesar de la separación. Si hubiese de obedecer á mi corazón, tampoco iría Nitetis á Persia. Mas Egipto necesita de la paz, y yo fuí rey antes que padre.





CAPITULO V

Los demás personajes de la embajada persa habían vuelto á Sais de su paseo por el río á las pirámides. Sólo Prexaspes, el mensajero del rey, se hallaba ya de regreso á Persia para enterar al soberano del buen éxito de su petición.

En el palacio de Amasis reinaba mucha algazara. El séquito de los embajadores de Kambises, compuesto de unos trescientos individuos, y los distinguidos huéspedes á los que se prodigaban toda suerte de atenciones, ocupaban por completo los aposentos del gran palacio saítico. Los patios bullían de guardias y funcionarios, sacerdotes jóvenes y esclavos, vestidos todos de gala.

En el festín, que había de celebrarse con motivo de los es-

ponsales de su hija, el rey quiso desplegar con la mayor esplendidez, la riqueza y magnificencia de su corte.

El alto salón de recepciones construido con pintarrajadas columnas, y contiguo al jardín, tenía el techo de color azul, y salpicado de estrellas de oro, ofreciendo un aspecto verdaderamente mágico. De las paredes y columnas, ricamente adornadas con cuadros y signos jeroglíficos, colgaban lámparas de papiro de colores que despedían raro resplandor semejante al del sol á través de pintados vidrios. El espacio intermedio entre las paredes y las columnas, estaba lleno de plantas escogidas, palmeras, adelfas, granados, naranjos y rosales, y detrás de ellas se hallaba escondida una orquesta de arpistas y flautistas, que recibió á los convidados con solemnes y monótonas melodías.

En medio del salón, con pavimento compuesto de baldosas blancas y negras, había elegantes mesitas con asado fiambre, dulces, cestitas de fruta y pastelería, jarros de oro llenos de vino, copas de cristal y artificiosos floreros. Alrededor de estas mesitas circulaban sinnúmero de esclavos ricamente vestidos, que, bajo la dirección del mayordomo, iban ofreciendo los platos á los convidados, entretenidos en conversar unos en pie, otros recclinados en preciosos sillones.

Figuraban en la reunión hombres y mujeres de todas edades. A las damas que entraban, los jóvenes sacerdotes, servidores personales del rey, les ofrecían elegantes ramilletes. Muchos mancebos distinguidos comparecieron también con flores, que no sólo presentaban á la predilecta de su corazón, sino que la obligaban á olerlas, aplicándole el ramo á la nariz.

Los egipcios, con el mismo traje en que fueron á recibir la embajada persa, se mostraban muy galantes, casi sumisos con las señoras, entre las que había pocas beldades sobresalientes, pero muchas de ojos de almendra que no carecían de mágico atractivo, realizados por medio de la coloración de sus bordes con el afeite ocular que llaman *mestem*. Las más de ellas iban peinadas, conforme á un mismo modelo. La abundante cabellera rizada en ondas, obra del molde, colgaba hacia atrás recogida junto á las orejas, y por delante sendas trenzas á ambos lados, caían cubriendo la mejilla

hasta el pecho. La ancha diadema completaba ese tocado, en el que, según decían las camareras, entraba por tanto la naturaleza como el arte. En el vértice del peinado llevaban muchas una flor de loto, con el tallo pendiente por detrás sobre el occipucio ¹²⁵.

Adornaban las delicadas manos, cuyas uñas se teñían de encarnado según la costumbre egipcia ¹²⁶, con muchas sortijas, y los brazos, muñecas y tobillos con aros relucientes de oro y plata. Los abanicos eran de plumas de diversos colores. Bellos y preciosos también, los vestidos, especialmente por la finura de los tejidos de transparencia suma. Muchas los llevaban descotados, de forma que descubrían el pecho diestro.

Como el joven príncipe Bardiya entre los hombres por su hermosura y gracia, distinguíase Nitetis, hija del faraón, entre todas las egipcias. La princesa era pálida como la flor del loto de la cabeza de su madre. Ceñida la frente de frescas rosas, y con un traje de su color, de transparente cendal, paseaba con su hermana vestida de igual manera.

La reina Ladike ¹²⁷, griega de nacimiento, hija de Battos de Kirene, iba al lado de Amasis que presentaba los jóvenes persas á sus niñas. Consistía su prendido en un ligero manto de encajes bordado de oro, sobre la túnica de púrpura. Su hermosa cabeza de correctísimo perfil griego resplandecía ornada con el tocado propio de las reinas de Egipto, y una serpiente urea de oro ¹²⁸. Noble y benévolo era su rostro; graciosa en sus modales, con aquella gracia que sólo puede dar la educación helénica.

Eligióla por reina Amasis (después de la muerte de su segunda esposa, la egipcia Tentjeta ¹²⁹, madre del príncipe heredero Psamtik,) á causa de su predilección por los griegos, y á despecho de los griegos.

A las dos niñas Tajot y Nitetis que se hallaban junto á Ladike, se las llamaba gemelas, mas no tenían aquel parecido que suelen los hermanos gemelos. Tajot era rubia, de ojos azules ¹³⁰, pequeña y delicada, y Nitetis, alta y gallarda, de pelo y ojos negros, y su porte majestuoso revelaba su real abolengo.

—¡Qué pálida estás, hija mía!—dijo Ladike besando á Nitetis en la mejilla.—Anímate y confía alegremente en el por-

venir. Aquí te presento al hermano de tu futuro esposo, al noble Bardiya.

Nitetic alzó los negros é inteligentes ojos, y los fijó largo rato en el hermoso joven como para penetrarle. Este se inclinó profundamente, besó el vestido de la ruborizada niña y dijo:

—Te saludo como á mi futura reina y hermana. Comprendo que te causa pesar alejarte de tu país, de tus padres y hermanos; pero ámate, que tu esposo es un gran héroe y poderoso monarca, y nuestra madre Kasandana, la más generosa de las mujeres. Los persas aprecian además en tanto la belleza y virtud de la mujer, como la vivificante luz del sol. Y á ti, hermana de la azucena Nitetic, á quien llamaría la rosa en parangón con ella, pídotc perdón por haber venido á robarte tu más querida amiga.

Las miradas del joven, al decir esto, se fijaron en los ojos azules de la hermosa Tajot que, colocando la mano sobre el corazón, se inclinó en silencio y siguió á Bardiya con la vista, mientras Amasis se le llevaba para señalarle una silla enfrente de las bailarinas, que empezaban á lucir su habilidad para divertir á los convidados. Estas muchachas vestían una túnica ligera y corrían y retorcián sus ágiles miembros al compás de las harpas y tamboriles. Luego unos cantantes egipcios hicieron oír sus canciones, y unos payasos ¹³¹ exhibieron sus artes y divertidos pasos.

Finalmente, algunos cortesanos abandonaron el salón olvidando en su embriaguez su ficticia gravedad. Las señoras se retiraron en literas de varios colores acompañadas de esclavos con antorchas. Sólo los generales, los embajadores persas y unos cuantos magistrados, amigos particulares de Amasis, fueron retenidos por el mayordomo, quien les condujo á una sala suntuosamente adornada, donde una mesa puesta á estilo griego con un gigantesco cráter, convidaba á un *simposion* nocturno ¹³².

Amasis estaba sentado en una butaca alta ¹³³, á la testera de la mesa, teniendo á su izquierda al joven Bardiya, y á su derecha al anciano Kresos. Además de éstos y de los íntimos del faraón, habían sido convidados nuestros conocidos, los amigos de Polikrates, Ibicos y Teodoros.

Amasis, á quien poco há oímos hablar tan gravemente con Kresos, se divertía ahora con picantes chistes, y parecía haberse convertido otra vez en el loco capitán, en el petulante camarada de antes.

Con mucho gracejo zahirió y embromó á sus competidores, y sus agudezas fueron recibidas con ruidosas carcajadas, que debió, sin embargo, alguna vez á su condición real. Vaciaronse las copas una tras otra, y el júbilo llegó á su colmo cuando se presentó el mayordomo con una pequeña momia dorada que mostraba á la reunión, diciendo:

—Bebed, chanceaos y bromead cuanto podáis, que no tardaréis en ser como ésta *134*.

—¿Así se acostumbra á recordar la muerte en vuestros convites?—preguntó Bardiya al rey poniéndose serio.—¿O es una broma que se permite tu mayordomo?

—Desde remotísimos tiempos—contestó Amasis,—es costumbre enseñar á los convidados semejantes momias para aumentar la hilaridad, recordando al bebedor que conviene gozar mientras se puede. Tú, joven mariposa, tienes aun ciertamente delante de ti luengos años de regocijo; pero nosotros los vejetes, amigo Kresos, no podemos descuidarnos. Escanciador, date prisa en llenar las copas para que ningún instante de nuestra vida transcurra ya inútilmente. ¡Cómo sabes beber, tú, persa, el del cabello de oro! A fe que los grandes dioses te han deparado tan buena garganta, como bellos ojos y gallardas formas. Déjate besar, espléndido joven, mal muchacho. ¿Qué crees tú, Kresos? mi hija Tajot no habla de otra cosa que de este mocosuelo que parece le ha trastornado el juicio, primero con tiernas miradas, luego con dulces frases. ¡Vamos, no hay que ruborizarse por eso, tontuelo! Un hombre como tú, bien puede aspirar á la mano de las hijas de los reyes; mas aunque fueras el mismo Kiros tu padre, Tajot no iría á Persia.

—Padre—dijo el rey en voz baja al príncipe Psamtik, interrumpiendo este discurso;—padre, guarda tu lengua y piensa en Fanes.

El rey miró á su hijo con ceño, y como si aquella impresión hubiese agotado de súbito su buen humor, sólo rara

vez volvió á tomar parte en la conversación que se había generalizado ya.

Aristómajos que estaba sentado de lado, frente á Kresos, no dejó un momento de mirar á los persas sin decir palabra y sin reírle los chistes á Amasis. En el punto en que calló el faraón, el griego se dirigió con vivacidad á Kresos y preguntóle:

—Quisiera saber, lidio, si la nieve cubría las montañas cuando saliste de Persia.

Admirado de esta rara pregunta, Kresos respondió sonriéndose:

—Las más de la cordillera pérsica estaban verdes y frondosas cuando partimos para Egipto hace cuatro meses; mas en el país de Kambises hay otras cumbres en que la nieve no se derrite ni en la estación más calurosa ¹³⁵, y las vimos con blanco resplandor cuando bajamos al llano.

El semblante del espartano serenóse visiblemente. Kresos, á quien gustaba el hombre serio, le preguntó por su nombre.

—Me llamo Aristómajos.

—Me parece que conozco este nombre.

—Has conocido á muchos helenos, y muchos se llaman como yo.

—A juzgar por tu dialecto, perteneces á la tribu doria. ¿Serás espartano?

—Lo fuí.

—¿De modo que no eres ya?

—El que sale de la patria sin permiso es condenado á muerte.

—¿La abandonaste voluntariamente?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para evitar la deshonra.

—¿Qué delito habías cometido?

—Ninguno.

—Así, pues, ¿te acusaron de un delito sin motivo alguno?

—Sí.

—¿Quién fué el autor de tu desgracia?

—Tú.

Kresos saltó de su asiento. El tono serio y el semblante

sombrío del espartano hacían imposible toda idea de chanza. También los vecinos de la mesa de ambos, que habían escuchado la extraña conversación, se asustaron y pidieron á Aristómajos una explicación de su raro aserto.

El espartano vacilaba, veíase que tenía pocas ganas de hablar; mas al fin, cuando el rey le pidió también que se explicara, comenzó así:

—Tú, Kresos, siguiendo al oráculo ¹³⁶, nos habías tomado á nosotros, los lacedemonios, como los más poderosos de los helenos, por aliados contra el poderío de los persas, regalándonos el oro para la estatua de Apolón en el monte Tornax. Los éforos determinaron regalarte, en cambio, un cráter de bronce, artístico aunque g'gantesco. Eligiéronme á mí para ser su portador. Antes de que pudiésemos llegar á Sardes, una tempestad destruyó nuestro barco. El cráter se hundió con él. Sin salvar más que la vida, llegamos á Samos. De regreso á Esparta, fuí acusado por enemigos y envidiosos, de haber vendido el barco y el cráter á unos comerciantes samios. Como no me podían declarar convicto, y de todos modos querían perderme, me condenaron á estar dos días y dos noches en la argolla. Durante la noche aherrojaron mi pie al poste de ignominia. Antes de amanecer el día de mi deshonra, mi hermano me trajo clandestinamente una espada. Debía quitarme la vida antes que verme deshonorado. No podía morir porque me había de vengar de mis enemigos; por esto me corté yo mismo el pie sujetado, y me escondí en las cañas del Eurotas. Mi hermano me trajo clandestinamente de comer y beber. A los dos meses pude andar con esta pierna de palo. Apolón, el que hiere de lejos, se encargó de mi venganza; pues mis adversarios más infames fueron arrebatados por la peste. A pesar de su muerte, no me era permitido volver á casa. Por fin, embarquéme en Cit'io para combatir contigo, Kresos, contra los persas. Cuando abordé en Teos, supe que ya no eras rey. El prod'gioso Kiro, padre de este hermoso joven, había conquistado la poderosa Lidia en pocas semanas, sumiendo en la indigencia al rey más rico de la tierra.

Todos los bebedores contemplaron admirados al grave

guerrero. Kresos le apretó la dura diestra, y el joven Bardiya exclamó:

—A fe, espartano, que quisiera llevarte conmigo á Susa, para poder presentar á mis amigos lo que he visto: al más valiente, al más honrado de todos los hombres.

—Crec, hijo—repuso Aristómajos sonriendo,—que todo espartano habría obrado como yo. En nuestra tierra, se necesita más valor para ser cobarde que para ser valiente.

—Y tú, Bardiya—dijo Daríos, el primo del rey de Persia,—¿habrías podido soportar la argolla?

Bardiya se ruborizó, pero claro revelaba su semblante que él también preferiría la muerte á la vergüenza.

—¿Y tú, Zópircos?—preguntó Daríos dirigiéndose al tercero de los jóvenes persas.

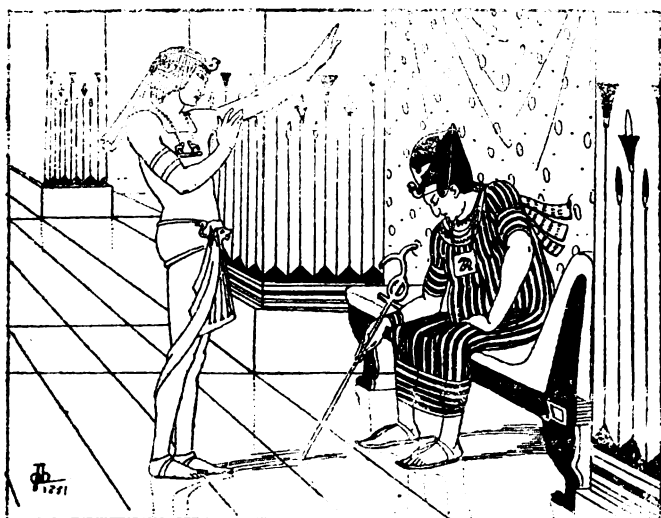
—Yo me mutilaría de puro cariño por vosotros ¹³⁷—exclamó éste, apretando bajo la mesa las manos de sus dos amigos.

Psamtik miró á los jóvenes héroes con una sonrisa de burla, Kresos, Gíges y Amasis con benevolencia, los egipcios se echaban miradas significativas, y el espartano se sonreía satisfecho.

Entonces Ibicos contó lo del oráculo que prometía á Aristómajos el regreso á la patria, al acercarse los hombres de las montañas nevadas, y mencionó la casa hospitalaria de Rodopis.

Psamtik se turbó al oír pronunciar aquel nombre; Kresos manifestó el deseo de conocer á la anciana tracia, de la que Escpo le había contado tantas cosas, y cuando los convidados ébrios, sin conocimiento los más, abandonaron el salón, el rey destronado, el poeta, el escultor y el héroe espartano, se concertaron para pasar el día siguiente á Náukratis á disfrutar de la conversación de Rodopis.





CAPITULO VI

El rey Amasis después del convite, se había permitido apenas tres horas de descanso nocturno. Como de costumbre, los pajes sacerdotales le despertaron con el primer canto de gallo; llevóle al baño, ataviéronle con las vestiduras reales y le condujeron al ara del patio del palacio, donde practicó su libación ante los ojos del pueblo, mientras el supremo sacerdote cantaba en voz alta unas oraciones, enumeraba las virtudes del rey, y para alejar toda censura del soberano, echaba sobre los malos consejeros de éste toda la responsabilidad de los abominables pecados cometidos por ignorancia.

Como todos los días, los sacerdotes, ensalzando sus virtudes, le estimularon al bien, le leyeron en las sagradas escrituras los hechos y sentencias útiles de los grandes hombres, y le condujeron á sus habitaciones, donde le esperaban cartas y noticias de todos los puntos del reino ¹³⁸.

Estas ceremonias y horas de trabajo de cada mañana, Amasis solía guardarlas religiosamente, mientras que pasaba el resto del día según el antojo del momento, generalmente en alegre compañía ¹³⁹.

Por esto los sacerdotes le censuraban diciendo que no hacía vida de rey; mas un día contestó al mal contento sacerdote:

—Mira este arco: si le guardases tirante, pronto perdería su fuerza, mas usándole medio día y dejándole descansar luego, quedará fuerte y servible hasta que se rompa la cuerda.

Amasis acababa de firmar, otorgando lo pedido, la última carta en que un *nómarjos* ¹⁴⁰ solicitaba dinero para varias obras de ribera que había hecho indispensables la inundación ¹⁴¹, cuando un paje le comunicó que el príncipe heredero Psamtik rogaba á su padre le concediera unos pocos minutos de audiencia.

Amasis, que, satisfecho de las nuevas favorables llegadas de todas las partes del reino, había recibido al paje con afabilidad, se puso de repente serio y pensativo. Finalmente, después de un rato de reflexión, dijo:

—Ve á decir al príncipe que venga.

Psamtik, pálido y hosco como siempre, al pasar los umbrales paternos, se inclinó profunda y respetuosamente.

Amasis le contestó con una seña. Luego preguntó seca y gravemente:

—¿Qué quieres de mí? Mi tiempo es limitado.

—Especialmente para tu hijo—respondió el heredero del trono con los labios convulsos.—Siete veces mandé que te pidieran el gran favor que por fin me concedes hoy.

—Nada de reproches. Presumo el motivo de tu venida. Quieres que te saque de dudas acerca de la procedencia de Nitetis.

—No soy curioso, y antes bien llevo para avisarte y recordarte que aún vive otro que sabe este secreto.

—¿Fanes?

—Este es. Expulsado de Egipto y de su propio país, saldrá de Náukratis dentro pocos días. ¿Quién te garantiza que no nos hará traición con los persas?

—La benevolencia y amistad que he tenido siempre con él.

—Así, pues, ¿crees en la gratitud de los hombres?

—No, pero fío en mi capacidad de juzgarlos. Fanes no nos hará traición; es mi amigo.

—Tal vez sea *tu* amigo, pero es *mi* enemigo mortal.

—¡Entonces guárdate de él! Yo no tengo nada que temer de su parte.

—Tú no, pero nuestro país sí. Ten presente, padre, que aunque yo te sea odioso, como hijo, merezco tu interés porque en mí fía Egipto su porvenir. Hazte cargo de que después de tu muerte—que los dioses aparten por mucho tiempo,—yo representaré, cual tú ahora, el presente de este honroso país; que mi caída en el porvenir significará lo mismo que la ruína de tu casa, la perdición de Egipto.

Amasis se puso cada vez más serio mientras el príncipe insistía:

—Debes darme la razón y me la darás. Este Fanes tiene en sus manos el poder de entregar nuestro país á cualquier enemigo extranjero, porque lo conoce tanto como tú y yo; además, su pecho guarda un secreto cuya revelación podría hacer de nuestro amigo más poderoso, nuestro más terrible enemigo.

—Te equivocas. Es verdad que Nitetis no es hija mía, mas no deja de ser hija de rey y sabrá ganarse el corazón de su esposo.

—Y aunque fuese hija de un dios, Kambises sería tu enemigo, si llegase á penetrar el secreto. Bien sabes que entre los persas la mentira es el crimen más grande ¹⁴², y que se considera ignominioso el dejarse engañar, y tú has engañado al más soberbio, al más poderoso de ellos. ¿Qué podrá hacer una niña sola, inexperta, cuando cien mujeres amaestradas en todas las intrigas pretendan el favor de su soberano?

—¿Hay mejores maestros de elocuencia que el odio y la venganza?—preguntó Amasis con voz incisiva.—Hijo mentecato, ¿crees tú que he emprendido un negocio tan peligroso, sin pesar maduramente todas las circunstancias? ¿Qué me importa que Fanes refiera hoy mismo á los persas una cosa que no sabe, que puede presumir acaso, pero jamás comprobar? Yo, el padre, y Ladike la madre, debemos saber

mejor quién es hijo nuestro. Los dos llamamos hija á Nitetis: ¿quién puede sostener que no lo es? Y si Fanes quiere revelar las debilidades de nuestro país á otro enemigo que los persas, hágalo en buen hora, á nadie temo. Si quieres inducirme á la pérdida de un hombre á quien tengo mucho que agradecer, de un amigo que me ha servido fielmente diez años, antes que me ofendiera, te digo que lejos de estar dispuesto á perjudicarlo, lo estoy á defenderle de tu venganza, cuyo impuro motivo conozco.

—¡Padre mío!

—Tú quisieras perder á este hombre porque te ha impedido apoderarte por la fuerza de la nieta de la tracia Rodopis, porque le he nombrado jefe de la expedición en tu lugar, cuando te encontraste incapaz. ¿Palideces, eh? En efecto, estoy agradecido á Fanes por haberme dado conocimiento de tus proyectos infames, proporcionándome así ocasión de atraerme cada vez más á los que son apoyo de mi trono, á los que aprecian mucho á Rodopis.

—¡Oh, padre! ¿así puedes llamar á los extranjeros, olvidándote de la antigua gloria de los egipcios? Insúltame cuanto quieras, ya sé que no me amas; ¡pero no digas que necesitamos de los extranjeros para ser grandes! Mira los remotos tiempos de nuestra historia. ¿Cuándo fuimos más grandes? En los tiempos en que cerrábamos las puertas de nuestro país á los extranjeros sin excepción, en que viviendo sobre nuestros pies, confiados en nuestra propia fuerza, nos gobernábamos según las antiquísimas leyes de nuestros padres y de nuestros dioses. Aquellos tiempos vieron cómo Ramses el grande ¹⁴³, con nuestras armas victoriosas, sometió los pueblos más lejanos; aquellos tiempos oyeron cómo todo el mundo llamaba á Egipto el primer país, el país más grande de la tierra. ¿Qué somos ahora? De tu propia boca, de boca del rey oigo llamar «apoyo del reino» á extranjeros, mendigos y aventureros. A ti el rey, te veo amañar una treta vil, para conseguir la amistad de una estirpe sobre la cual nos fué dado alcanzar grandes victorias antes de llegar los extranjeros al Nilo ¹⁴⁴. Egipto era una reina poderosa y ricamente ataviada; ahora es una ramera compuesta con afeites y cargada de oropel.

—¡Cuidado con la lengua!—gritó Amasis dando enojado con el pie en el suelo.—Egipto no fué nunca tan floreciente y grande como ahora. Ramses ha llevado nuestras armas á lejanas tierras para conquistar triunfos en sangrientos combates; yo, en cambio, he conseguido que los productos de nuestras manos se lleven á los confines del mundo y nos traigan, en vez de sangre, tesoros y prosperidad. Ramses ha derramado á torrentes la sangre, y el sudor de sus súbditos para la gloria de su nombre; y yo he logrado que en mi país se derrame apenas la sangre, y el sudor tan sólo en trabajos útiles, y que todo ciudadano pueda acabar su vida con seguridad, feliz y dichoso. A orillas de Nilo élévanse actualmente diez mil ¹⁴⁵ poblaciones de importancia; no hay un palmo de tierra sin cultivo; ningún hijo de egipcio carece de los beneficios del derecho y de la ley; ningún malhechor puede substraerse á la vigilancia de la policía. Si algún enemigo nos ataca, sea en buen hora: además de nuestras fortalezas y de los baluartes que nos han dado nuestros dioses ¹⁴⁶, las cataratas, el mar y el desierto, tenemos para defendernos, sin contar la casta guerrera egipcia, los mejores soldados que han manejado armas, treinta mil helenos. Tal es el estado de Egipto. El oropel de vanagloria el país lo pagó un día á Ramses con lágrimas de sangre. El oro genuino de verdadera felicidad y pacífica bienandanza, me lo debe á mí y á mis antecesores, los reyes saíticos.

—Y sin embargo, te declaro dijo el príncipe,—que Egipto es un árbol cuyas raíces está royendo mortal carcoma. Su codicia, el afán por el oro, el boato, el esplendor, han corrompido todos los corazones. El lujo de los extranjeros dió el golpe de muerte á las sencillas costumbres de nuestro pueblo. Por el oro se tiene todo. Frecuentemente se oye cómo egipcios seducidos por los helenos se burlan de los antiguos dioses; la discordia y la rivalidad separan la casta de los sacerdotes de la de los guerreros; diariamente se refieren peleas sangrientas entre soldados helénicos, guerreros egipcios, extranjeros é indígenas; el pastor y el rebaño se hacen mutua guerra; una piedra del molino político tritura la otra, hasta que todo el edificio se deshaga en polvo y escombros. Sí, padre: si no hablo hoy, no hablaré jamás, y tengo necesidad

de expresar, por fin, lo que me oprime el corazón. Durante tu lucha con nuestro venerable clero, el mejor puntal del trono, has contemplado tranquilamente como la joven potencia de los persas se abalanzaba día tras día hacia el Occidente, cual monstruo devorador de naciones que con cada nueva engullida resulta más poderoso y temible. En lugar de socorrer á los lidios y babilonios, como primero querías, ayudaste á los griegos en la construcción de templos para sus dioses mentirosos. Y por fin, cuando toda resistencia parecía imposible, cuando Persia había sojuzgado la mitad del mundo, y prepotente é indomable podía exigir de todos los reyes cuanto se le antojara, pareció que los inmortales querían tenderte otra vez la mano para la salvación de Egipto. Kambises pidió tu hija, mas tú, débil en demasía para sacrificar á tu propia hija por el bien general, envías al gran rey una hija supositiva, y blando como eres, perdonas á un extranjero que tiene en su mano la salvación de tu imperio y lo arruinará, si no se desmorona antes roído por las discordias intestinas.

Hasta aquel momento Amasis, pálido y temblando de ira, había dejado á su hijo que insultara lo que él más estimaba. Ya no pudo contenerse más, y con voz que resonó en la anchurosa sala como toque de trompa, dijo:

—¿Quieres que te diga á quién debería sacrificar, si no apreciase más la vida de mis hijos y la conservación de la dinastía, por mí fundada, que la prosperidad de este país? ¿Quieres, hijo de la mala ventura, grandilocuente y vengativo, conocer al futuro arruinador de este espléndido antiquísimo reino? Pues eres tú, Psamtik; tú, el hombre marcado por los dioses, temido por los hombres; tú cuyo corazón no conoce el amor, ni el pecho la amistad, ni el semblante la sonrisa, ni el alma la compasión. Una maldición de los dioses te impuso el malhadado genio que te caracteriza, y la hostilidad de los inmortales hace terminar en mal cuanto emprendes. Oye ahora, pues, una vez ú otra hay que decirlo, lo que mi debilidad paternal te ha callado tanto tiempo. Yo derroqué á mi predecesor obligándole á darme por esposa á su hermana Tentjeta. Esta me tomó cariño y prometió regalarme un hijo al año de la boda. En la noche que precedió á tu nacimiento, sentado ante el lecho de mi esposa, me dormí

y soñé que tu madre se hallaba acostada á orillas del Nilo, y se quejaba de sentir dolores en el pecho. Me incliné sobre ella, y ví que un ciprés salía de su corazón. El árbol se hacía cada vez más grande, más ancho, más negro, sus raíces entre tanto se arrollaron al cuerpo de tu madre hasta ahogarla. Un escalofrío me estremeció, quise huir. De súbito levantóse en Oriente un terrible huracán que derribó al ciprés, cayendo al Nilo sus anchas ramas. Entonces el río cesó de correr, sus aguas se endurecieron, y en vez del río, tuve delante una momia gigantesca. Las villas riberneas se contrajeron transformándose en enormes urnas fúnebres que, como en un sepulcro, rodeaban al inmenso cadáver del Nilo. Entonces desperté, y mandé por los intérpretes de ensueños. Ninguno supo explicar la extraña visión hasta que, por fin, los sacerdotes de Amón líbico me dieron la siguiente interpretación: Tentjeta ha muerto por el nacimiento de un hijo. A este hombre tétrico y funesto, representa el ciprés que mata á su madre. Bajo su reinado un pueblo oriental convertirá el Nilo, es decir, los egipcios, en cadáveres, y sus villas en montones de ruínas, que representan las urnas funerarias.

Psamtik estaba inmóvil como una estatua enfrente de su padre, cuando éste continuó:

—Tu madre murió al nacer tú; alrededor de tus sienas crecía pelo rojo, la marca de los hijos de Tifón ¹⁴⁷; te criaste hosco; la desgracia te persiguió, pues te robó una esposa querida y cuatro hijos. Como yo nací bajo el fausto signo de Amón, tú naciste, según oráculo de los astrólogos, al salir el funesto planeta Seb ¹⁴⁸; tú...

Amasis interrumpió su discurso, pues sollozando con vehemencia, aplastado bajo el peso de la terrible narración, Psamtik dijo más bien gimiendo que hablando:

—¡Cesa, padre cruel, ó calla por lo menos! Soy el único hijo de Egipto al que el odio de su padre persigue sin culpa.

Amasis contempló al hombre pálido que, ocultando el rostro en los pliegues de su manto, estaba postrado á sus pies. Su arrebatada ira trocóse en lástima. Sintió que había estado duro en demasía, que con su narración había lanzado emponzoñada saeta en el alma de Psamtik, y se acordó de la madre del infeliz, fallecida cuarenta años atrás. Por primera vez, des-

de hacía mucho tiempo, contemplóle con ojos de padre llamado á consolar á aquel hombre, hosco, uraño, refraciario á toda manifestación de cariño, y tan diferente de él en todas sus opiniones. Su tierno corazón se sintió por primera vez dispuesto á enjugar una lágrima de los ojos siempre secos de su hijo, y se apresuró gustoso á aprovechar la ocasión. Inclínose hacia el desventurado y afligido príncipe, besóle en la frente, le levantó y le dijo con voz suave:

—Dispensa mi arrebató, querido hijo. Las malhadadas frases que te desconsuelan, no salieron del corazón de Amasis, sino de boca de la soberbia. Por muchos años me irritaste con tu frialdad, dureza, rebeldía y retraimiento. Hoy me has ofendido en mis afectos más sagrados, y por esto he sido víctima de un arrebató de cólera que no he podido dominar. Ahora todo debe volver para ambos á su estado normal. Aunque nuestro carácter es harto diferente, lo cual impide que vivamos en verdadera intimidad, obraremos en adelante de común acuerdo, y nos trataremos con mutua indulgencia.

Psantik se inclinó en silencio y besó el vestido de su padre.

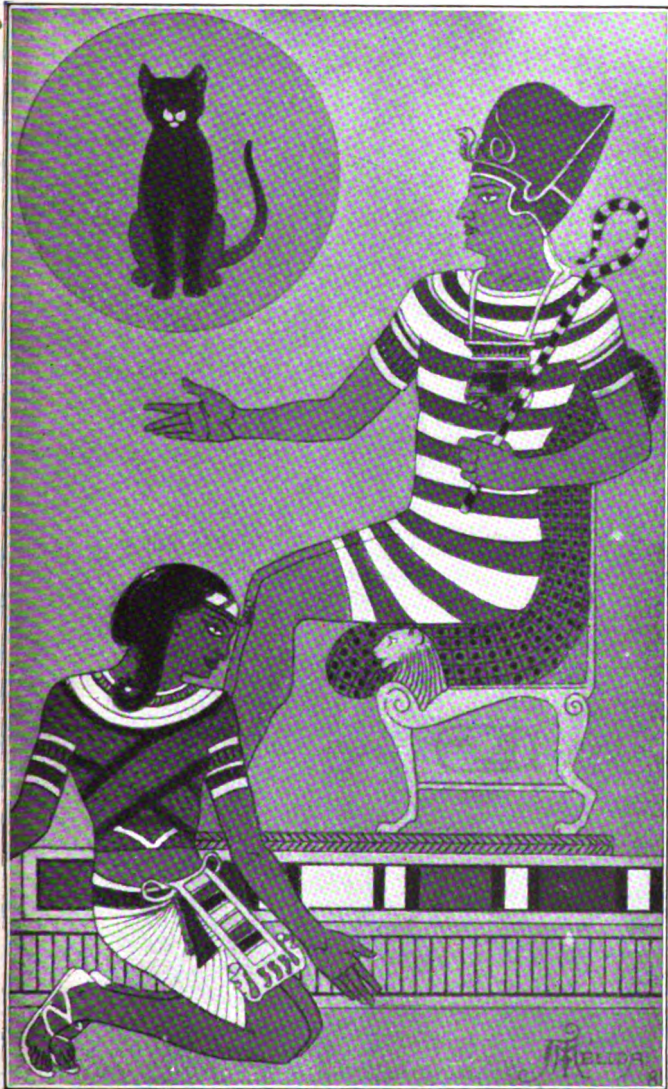
—No así—repuso éste,—bésame en la boca. Así está bien, así conviene entre padre é hijo. En cuanto al ensueño aciago que te conté, no hagas caso de él. Los ensueños son alucinaciones, y aun los que realmente envían los dioses, están sujetos á la errada interpretación del hombre. Tu mano tiembla todavía, y estás más pálido que tu túnica de lienzo. Te traté con dureza, con más dureza de la que un padre...

—Con más dureza de la que un extraño usaría con otro—interrumpió el príncipe.—Me has quebrantado y aplastado; si hasta ahora me mostré poco risueño, de hoy en adelante mi rostro será el espejo de la aflicción.

—No ha de ser así—dijo Amasis poniendo la mano en el hombro de su hijo.—Si infiero heridas, poseo también el poder de sanarlas. Dime cuál es tu más ardiente deseo, y lo verás realizado.

Centellearon los ojos de Psantik, se encendieron sus pálidas mejillas, y sin reflexionar un punto, contestó con voz trémula que denunciaba aun la violenta sacudida de su corazón:

—Entrégame á Fanes mi enemigo.



Psantik á los pies de Amasis

Quedó perplejo el rey, mas tras breves momentos de reflexión dijo:

—Habré de cumplir lo que me pides, pero preferiría que me hubieses pedido la mitad de mi tesoro. Mil voces en mi interior me dicen que voy á cometer una indignidad que será funesta para mí, para ti, para el reino y para todos. Piénsalo bien, antes de llevarla á cabo, y ten presente que tus proyectos contra Fanes no han de lastimar en lo más mínimo á Rodopis. También debes procurar que la persecución de mi pobre amigo permanezca en secreto, sobre todo para los griegos. ¿Dónde hallaré otro general, consejero y compañero de mesa como él? Tampoco le veo aun en tu poder, pues has de pensar que si tú eres astuto como buen egipcio, Fanes es listo como buen heleno. Sobre todo, acuérdate de tu juramento de renunciar á todo designio con respecto á la nieta de Rodopis. Me parece aceptable la compensación que te ofrezco, porque te conozco bien, y sé que prefieres de mucho la venganza al amor. En cuanto al Egipto, te repito que nunca fué más feliz que ahora. Sostener lo contrario no se le ocurrirá á nadie, fuera de los mal contentos sacerdotes y de los que hacen eco á sus murmuraciones. También quisieras saber la historia del origen de mi Nitetis. Oyela, pues; tu propio interés te obligará á callar.

Psamtik escuchó atento la relación de su padre, y cuando éste hubo terminado, dióle las gracias con un fuerte apretón de manos.

—Y ahora vete con Dios—dijo Amasis terminando la conversación con su hijo.—No olvides nada de lo que te dije, y no derrames sangre; te lo suplico especialmente. Sea lo que fuere de Fanes, nada quiero saber; detesto la crueldad y no quisiera tener que aborrecerte, hijo mío. ¡Qué contento pareces! ¡Pobre ateniense! Mejor hubiera sido para ti no haber pisado nunca esta tierra.

Cuando Psamtik hubo salido del despacho de su padre, éste continuó por largó rato paseando arriba y abajo. Pesábale haber cedido, y se le figuraba que veía delante de sí á Fanes ensangrentado, junto á la sombra del destronado Hofra. «En efecto, podría perdersnos;» así trató de disculparse

ante el tribunal de su propia conciencia. Luego se despezó, irguióse altivo, llamó á los criados y abandonó sus habitaciones con la sonrisa en los labios.

¿Era que aquel hombre ligero, el niño mimado de la fortuna, logró bien pronto calmar la agitación de su alma, ó fué bastante sereno para ocultar la pena que sentía, con una sonrisa?





CAPITULO VII

Salido del despacho de su padre, Psantik se fué sin demora al templo de la diosa Neith. En la entrada preguntó por el supremo sacerdote. Los sirvientes del templo le rogaron que aguardase, porque el gran Neithotep se hallaba en aquel momento rezando en el sacratísimo ¹⁴⁹ de la sublime Señora del cielo.

Un joven sacerdote pareció á poco rato, anunciando que su amo esperaba al príncipe.

Psantik dejó inmediatamente el fresco sitio que ocupaba á la sombra de los plateados pobos del bosque divino, á orillas del estanque ¹⁵⁰ consagrado á la gran Neith. Cruzó el pavimento de asfalto del primer antevestíbulo, expuesto á los deslumbradores rayos del sol que parecían saetas de fue-

go, y recorrió una de las largas avenidas de esfinges que conducía hacia los pilonos sueltos de la gigantesca casa de la diosa, para atravesar luego la colosal portada principal que como todas las de los templos egipcios estaba adornada con el disco solar de anchas alas *was*. Coronaban las puertas abiertas de par en par, y á ambos lados, construcciones turriformes, esbeltos obeliscos y ondeantes banderas.

El príncipe pasó el patio, cerrado á derecha y á izquierda por sendos pórticos, y en cuyo centro se hacían sacrificios á la diosa. Toda la fachada del templo propiamente dicho, en forma de talud, se elevaba sobre el anchuroso patio peristilo, cubierta de pinturas é inscripciones. Por el pórtico llegó á una alta antesala, luego entró en el salón grande, de techo azul con mil estrellas de oro, y con cuatro hileras de gigantescas columnas. Los fustes y capiteles en forma de loto, las paredes laterales y los nichos de la inmensa sala, cuanto la vista descubría, en fin, estaba pintado de varios colores y con signos jeroglíficos. Las dimensiones de las columnas eran gigantescas; la sala, altísima é inmensa. Impregnaba el ambiente que respiraba el devoto, el incienso y perfume de kifi y los vapores que salían del laboratorio, una de las dependencias del templo. Suave música, ejecutada por artistas invisibles, sonaba sin parar, interrumpida tan sólo por el sordo mugido de las sagradas vacas de Isis ó los graznidos del gavilán de Horo que moraban en una sala contigua. En cuanto resonaba el mugido de una vaca, prolongado y solemne cual lejano trueno, ó el grito agudo y penetrante de un gavilán, cual rayo que de la tierra se lanza al cielo, los prosternados fieles rozaban la frente con las baldosas del patio rodeado de pórticos. Con tímido respeto dirigían la mirada hacia el interior del templo cerrado para ellos, en cuya sacratísima capilla de una sola piedra se reunía gran número de sacerdotes, algunos con plumas de avestruz en torno de la luciente calva, y otros con pieles de panteras en los hombros, revestidos de blanco. Murmurando y cantando, ora se inclinaban, ora se erguían blandiendo incensarios y esparciendo agua pura para los dioses con libatorios de oro. En este recinto gigantesco, que sólo podían penetrar los egipcios de muy privilegiada condición, el hombre debía sentirse muy pequeño. Sólo las

impresiones de un mundo externo harto distintas de cuanto le ofrecía la vida ordinaria, solicitaban los ojos, los oídos, hasta los órganos respiratorios, agobiaban el pecho y sacudían los nervios. Arrancado á la vida común, víctima del vértigo, el hombre piadoso debía buscar allí un apoyo fuera de sí mismo. La voz del sacerdote lo indicaba, y la misteriosa música y el clamor de los animales sagrados eran tenidos como manifestaciones de la proximidad del dios.

Tras breve rato, durante el cual el príncipe intentó en vano rezar permaneciendo en la actitud de un devoto en el reclinatorio de oro, bajo y tapizado, y de su uso exclusivo, Psamtik se dirigió á la mencionada sala contigua, más pequeña y baja, donde había las vacas sagradas de Isis-Neith y los gabilanes de Horo. Una cortina de preciosísima tela, recamada de oro, les ocultaba á la vista de los concurrentes al templo, pues sólo raras veces y siempre de lejos, se permitía ver al pueblo aquellos seres adorados.

Cuando acertó á pasar Psamtik, se servía á las vacas tortas reblandecidas en leche, sal y flores de trébol en áureos pesabres, y colocaban en la jaula del gavián, bellamente labrada, pájaros de varios colores; pero el príncipe no estaba de humor para fijarse en tales cosas que le eran harto conocidas, y subió directamente por una escalera secreta á los aposentos contiguos al observatorio, donde el supremo sacerdote solía retirarse á descansar después del servicio divino.

Neirhoep, anciano de setenta años, se hallaba en una magnífica sala guarnecida de gruesas alfombras babilónicas y sentado en el cojín de púrpura de una butaca dorada y con los pies en un banquillo artísticamente esculpido.

Tenía en las manos un rollo cubierto de signos jeroglíficos. Detrás de él, un niño ahuyentaba los insectos con un abanico de plumas de avestruz.

Grandes arrugas surcaban el rostro del sacerdote, hermoso quizá en su juventud, digno y altivo y de ojos vivos y azules.

Neithotep se había quitado la peluca, y la lisura de la calva, contrastando con los surcos del rostro, hacía que la frente pareciese extraordinariamente alta, cuando los egipcios suelen tenerla achatada. Extraña impresión, solemne y rara á la vez, producía la sala con sus pinturas, las diferentes esta-

tuas coloridas de la diosa y la nivea blanca de la túnica del sacerdote.

El anciano recibió al príncipe con mucha cordialidad y dijo:

—¿Qué trae mi ilustre hijo al pobre servidor de la deidad?

—Padre mío, he de referirte muchas cosas—respondió Psamtik con sonrisa triunfal.—Acabo de ver á Amasis.

—¿Te ha dado, pues, audiencia, por fin?

—Por fin.

—Tu semblante me dice que nuestro señor, tu padre, te ha tratado graciosamente.

—Después que he sufrido su enojo. Cuando le he expuesto los asuntos que me encargaste, se ha enfadado extraordinariamente, y me abrumó con palabras tremendas.

—Le habrás ofendido. ¿No te has acercado al rey, según te aconsejé, como hijo suplicante y humilde?

—No, padre, me sentía irritado y de mal humor.

—Entonces, Amasis tuvo razón en enfadarse, porque nunca está bien que un hijo conteste con desabrimiento á un padre, y menos cuando va á dirigirle una súplica. Ya sabes la promisión: «Quien honre á su padre vivirá largos años» ¹⁵². Mira, discípulo mío, que pecas siempre en esto; que siempre tratas de conseguir con violencia y enfado lo que fácilmente pudieras obtener con suavidad y dulzura. Las buenas palabras son mucho más eficaces que las malas, y mucho depende del saber hablar. Oye lo que voy á contarte. Largos años há, gobernaba en Egipto el rey Snefrú que residía en Menfis, quien soñó una vez que se le caían los dientes. Mandó luego por un intérprete de sueños, y le contó el suyo. El intérprete contestó al instante: «¡Oh, rey desdichado! Todos tus parientes morirán antes que tú.» Snefrú se enfadó, mandó azotar al mensajero de desgracias, y llamó á otro vate. Este explica el sueño de esta manera: «¡Oh, gran rey! Bendito sea tu nombre, pues vivirás más que todos tus parientes.» El rey oyó tales palabras y recompensó á este segundo intérprete, pues aun cuando en el fondo dijo lo mismo que el primero, al menos había sabido revestir su vaticinio de una forma agradable. ¿Entiendes la moraleja de mi cuento? Pues bien; procura en adelante que sea agradable la forma de tu discurso,

porque siempre y especialmente para un soberano, importa tanto el *cómo* se habla, cuanto el *qué* se dice.

—¡Oh, padre! ¡Cuántas veces me diste este consejo! Yo mismo he comprendido con frecuencia que me perjudicaban mis palabras duras y mis modales desabridos; mas no puedo cambiar mi modo de ser... ¡me es imposible!

—Dí mejor que no quieres, pues el que realmente es hombre, no reincide cuando se arrepintió una vez; pero basta de consejos. Cuéntame cómo has aplacado el enojo de Amasis.

—Conoces á mi padre. Cuando vió que sus tremendas palabras me habían herido en lo más íntimo del alma, le pesó haberse encolerizado. Sintió que había cargado la mano en demasía, y quiso á todo trance compensar su dureza.

—Es generoso, pero está ofuscado, tiene perturbado el juicio—exclamó el sacerdote.—¿Qué no podría ser para Egipto Amasis, si atendiera nuestros consejos y los mandamientos de los dioses?

—Enternecido como estaba me concedió por fin... ¿oyes, padre...? me concedió la vida de Fanés.

—¡Cómo brillan tus ojos! Esto no está bien, Psantik. El ateniense debe morir porque ofendió á los dioses; mas el juez, aunque riguroso, lejos de alegrarse, ha de sentir la desgracia del culpable. Y ahora dime: ¿qué alcanzaste más?

—El rey me indicó la familia á que pertenece Nitetis.

—¿Nada más?

—No, padre; ¿pero no ardes en deseos de saber...?

—La curiosidad es vicio de mujer; por lo demás, hace mucho tiempo que sé lo que puedes contarme.

—Pero ayer me encargaste con tanta insistencia que son-sacara á mi padre...

—Lo hice para profundizar tu alma, para probar si eres obediente á los mandatos de la deidad, y sigues el solo camino que puede hacerte digno de ser iniciado en el grado más alto del saber. Veo que nos comunicas fielmente lo que sabes, y que practicas la primera virtud del sacerdote; la obediencia.

—¿Conoces, pues, al padre de Nitetis?

—Yo mismo he pronunciado la oración en la tumba del rey Hofra.

—Pero, ¿quién te ha revelado este secreto?

—Los astros eternos, hijo mío, y mi arte de leer en el libro del cielo.

—Y esos astros, ¿no engañan nunca?

—Nunca, al inteligente.

Psamtik palideció. El ensueño de su padre y su terrible horóscopo se ofrecieron á su imaginación como horripilantes fantasmas. El sacerdote notó al momento cómo se alteraron las facciones del príncipe, y dijole con dulzura:

—Piensas en los aciagos signos celestes de tu nacimiento, y te crees perdido y sin consuelo, Psamtik; mas los astrólogos no observaron entonces cierta constelación, que no pasó inadvertida para mí. Tu horóscopo era malo, pésimo, pero aún puede tomar cierto jiro favorable, puede...

—¡Oh, habla, padre, habla!...

—Debe tomar un jiro favorable, si tú olvidando lo demás, vives únicamente para los dioses y prestas obediencia absoluta á su voz, que sólo nosotros oímos en el santuario.

—Padre, obedeceré tus más ligeras indicaciones.

—Así lo quiera la señora de Sais, la gran Neith—dijo el sacerdote con voz solemne.—Y ahora, hijo mío—prosiguió con afabilidad,—déjame solo; estoy fatigado del mucho rezar y del peso de los años. Si es posible, retarda la muerte de Fanes; quisiera hablarle antes que muera. Otra cosa. Ayer entró aquí una partida de etiopes. Esas gentes no entienden el egipcio ni el griego. Guiados por un hombre fiel, que conozca al ateniense y la localidad, serán muy á propósito para quitar de enmedio al condenado, porque su ignorancia del idioma y de las condiciones hará imposible la traición y la charla. Antes de partir para Náukratis, no deben saber del objeto de su viaje; cuando el hecho esté cumplido, los trasladaremos otra vez á Kush. Un secreto, tenlo presente, cuando lo sabe más de uno, ya está medio divulgado. Adiós.

Psamtik salió de los aposentos del anciano. Pocos momentos después, entró un joven sacerdote, uno de los servidores del rey, y preguntó al viejo:

—¿He observado bien, padre?

—Perfectamente, hijo: no te ha escapado nada de lo que Amasis dijo á Psamtik. Que Isis ¹⁵³ conserve tu vida.

—¡Ah, padre! Hoy un sordo habría podido oírlo todo en la antesala, porque el rey mugía como un toro.

—La gran Neith ha castigado su imprudencia; pero á ti te recomiendo que hables con más respeto del faraón. Ahora vete y avísame inmediatamente si á Amašis se le ocurriera frustrar el plan contra Fanés. Me encontrarás en casa sin falta. Manda á los criados que no admitan visita alguna, y digan que estoy rezando en el santuario... ¡Que el Inefable guarde tus pasos!

Mientras Psamtik hacía todos los preparativos para la captura de Fanés, Kresos entró con sus compañeros en una nave real para ir á Náukratis y pasar la velada en casa de Rodopis.

Su hijo Giges y los tres jóvenes persas quedaron en Sais, que les gustaba extraordinariamente.

Amasis les colmaba de obsequios, permitiéndoles, según uso egipcio, el relacionarse con su esposa y con las llamadas gemelas; enseñó á Giges el juego de damas ¹⁵⁴, y estaba en extremo ocurrente y de buen humor, mirando como los ágiles y robustos jóvenes héroes tomaban parte, con sus hijas, en los juegos de pelota y aros, diversión favorita de las niñas egipcias ¹⁵⁵.

—A fe—dijo Bardiya,—cuando Nitetis acertó á recoger por centésima vez con su delgada varilla de marfil el delicado aro que adornaban cintas de varios colores, á fe que hemos de introducir este juego en nuestro país. Nosotros los persas, no somos como vosotros los egipcios. Lo nuevo y extraño nos es tan acepto como odioso á vosotros. Hablaré de esto á mi madre Yasandana, que permitirá, sin duda, con gusto que las mujeres de mi hermano se deleiten con ese juego.

—¡Oh, sí! hazlo—dijo la rubia Tajot encendida de rubor.—Entonces Nitetis jugará también y se figurará que aún está en su país y entre los suyos; y tú, Bardiya—añadió en voz baja,—acuérdate de esta hora cuantas veces veas los aros.

El joven persa contestó sonriendo:

—No lo olvidaré jamás.

Luego dijo en voz alta á su futura cuñada:

—No temas, Nitetis, ha de gustarte nuestro país más de lo que te figuras. Nosotros, los asiáticos, sabemos honrar á

la belleza; lo demostramos con el solo hecho de tomar muchas mujeres.

Nitétis suspiró, y Ladike, la esposa del rey, dijo:

—Con lo cual demostráis precisamente que no sabéis apreciar el carácter de la mujer. Tú no sospechas, Bardíya, lo que ella siente cuando ve que el hombre á quien ama más que á su vida, á quien quisiera entregar completamente y sin reserva cuanto le es caro y sagrado, la mira como un lindo juguete, un hermoso caballo, un artístico krater. Mil veces más doloroso aún es para ella, compartir con cien otras el amor que pudiera poseer exclusivamente.

—Hete aquí á la celosa—dijo Amasis.—¿No es verdad que habla como si hubiese tenido ocasión de quejarse de mi fidelidad?

—Eso no, esposo mío—repuso Ladike;—en esto los egipcios sois preferibles á los demás hombres, pues fieles y constantes, os contentáis con aquello á que una vez habéis cobrado cariño. Hasta me atrevo á sostener que no hay esposa más feliz que la de un egipcio ¹⁵⁶. Los mismos griegos que saben, sin duda, embellecer la vida más ricamente que los egipcios, no aprecian la mujer como debe ser apreciada. Encerradas en sus tétricos aposentos y obligadas por sus madres ó mayordomos á trabajar en el telar ó con el huso, las más de las jóvenes helénicas pasan tristemente la niñez para ir á parar luego, cuando adultas, á la tranquila casa de un esposo desconocido, que ocupado en sus negocios ó en la política, rara vez puede visitar á sus mujeres. Sólo cuando los parientes más cercanos y los amigos íntimos se reúnen con el marido (y aun entonces con mucho recato y timidez,) puede la mujer participar de la compañía de los hombres y oír lo que pasa en el mundo y aprender algo. ¡Ay! también nosotras tenemos deseos de saber, y precisamente á nuestro sexo no deberían negarse ciertos conocimientos, para que cuando madres, pudiéramos ser las maestras de nuestros hijos. ¿Qué si no ignorancia puede dar á sus hijas una madre helénica sin ciencia y sin experiencia? Así ocurre que al griego rara vez le satisface su propia esposa, muy inferior á él en talento, y por esto frecuente las casas de aquellas heteras que en continuo trato con el otro sexo, se apropian todo el saber de

los hombres y saben aderezarlo con las flores de la gracia femenina y la sal de su ingenio más fino y más delicado. En Egipto no sucede lo mismo. Aquí se permite á las niñas adultas el libre trato social con los mejores de los hombres. En las frecuentes fiestas, los jóvenes de ambos sexos aprenden á conocerse y á amarse. La mujer es amiga, no esclava del marido; completa á éste. En las cuestiones graves decide el más fuerte, y los pequeños cuidados de la vida se dejan á la mujer, grande en lo pequeño. Las hijas se crían bajo excelente tutela, porque la madre no carece de saber ni de experiencia. Así á la mujer le es más fácil la virtud doméstica, porque con ella, con su genio casero, hace la felicidad de quien á ella sola pertenece, y se gloria de ser su alhaja más preciada. El caso es que las mujeres no hacemos más que lo que nos gusta, y los egipcios tienden el arte de llevarnos de manera que sólo nos guste lo bueno. Aquí á orillas del Nilo, Jakílides de Mileto é Hiponax de Efeso no hubieran osado jamás entonar sus canciones infamatorias para nuestro sexo; aquí jamás hubiera podido inventarse el cuento de la Pandora 157.

—¡Qué bien hablas!—dijo Bardiya.—Mucho me costó aprender el griego, mas ahora me regocijo de no haberlo abandonado y de aprovechar la enseñanza de Kresos.

—Pero, ¿quiénes son esos pícaros que se permiten hablar mal de las mujeres?—preguntó Daríos.

—Un par de poetas griegos—contestó Amasis,—los hombres más osados que se hayan visto; pues antes me atreviera yo á zaherir á una leona que á una mujer. Pero es lo cierto que esos griegos no le temen á nada. Oid sino una muestra de la poesía de Hiponax: «Sólo dos días hay en que la mujer te regocijará: el día de la boda y el día que la entierran.»

—Cesa, cesa, ¡mala lengua!—dijo Ladike tapándose los oídos.—¿Veis, persas? este es el genio de Amasis. En cuanto puede bromear y hostigar á alguno, lo hace aunque sea de la misma opinión que el zaherido. No hay mejor marido que él...

—Ni peor mujer que tú—dijo Amasis riéndose,—pues levantas contra mí la sospecha de ser un marido hartito sumiso.

Con Dios, hijos; los jóvenes héroes han de ver aun nuestra Sais; mas antes les quiero repetir lo que canta el malicioso Simónides de la mujer superior:

«Una empero procede de la abeja. Feliz aquel
 »Que á ésta recibe; pues ella sólo es intachable.
 »Por ella florece y se acrecienta su patrimonio;
 »Ella envejece amorosa con el amoroso esposo,
 »Y de ella nace una generación hermosa y digna.
 »Sobre todas las mujeres, brilla con magnificencia,
 »Pues la rodea el dulce hechizo de una diosa.
 »Nunca le place estar sentada entré las mujeres
 »Que sólo hablan de amoríos.
 »Así son las mejores y las más cuerdas
 »Que Zeus concede gracioso á los hombres en posesión.» *158*

Así es también mi Ladike. Adiós.

—Aun no—exclamó Bardiya.—Primero he de justificar á nuestra pobre Persia, para infundir nuevo ánimo á mi futura cuñada. Mas no, Daríos, habla tú por mí, pues posees el arte de la elocuencia, como el de la guerra y el cálculo.

—¿De modo que me presentas aquí como charlatán y mercader? *159*—contestó el hijo de Hidaspes.—Pero sea; hace rato que ardo en deseos de defender á mi país. Sabe pues, Ladike, que tu hija no será en manera alguna la esclava, sino la amiga de nuestro rey, si Auramazda *160* encamina su corazón al bien; sabe que en Persia, aunque sólo en las grandes festividades, también las mujeres del rey se sientan á la mesa con los hombres, y estamos acostumbrados á tributar el mayor respeto á nuestras esposas y madres. Atended sino y decidme si los egipcios podríais regalar á vuestras esposas una dádiva mejor de la que regaló aquel rey de Babilón, casado con una persa. Esta, acostumbrada á los montes de su patria, no se sintió feliz en la anchurosa llanura del Eufrates, y enfermó de nostalgia. ¿Qué hizo el rey? Mandó construir un edificio gigantesco sobre altísimas arcadas, y formar en su cúspide una montaña de tierra fértil, y en ella plantó las más hermosas flores y árboles, regándolos por medio de un

mecanismo ingenioso de bombas. Cuando estuvo acabada la obra, llevó allá á su esposa persa, y le hizo regalo de la montaña artificial, desde la que podía contemplar la llanura como de lo alto del Rajmed 161.

—¿Y la persa sanó?—preguntó Nitetis bajando los ojos.

—Sanó y se puso alegre, como ha de ocurrirte á ti, que en poco tiempo te sentirás bien y muy dichosa en nuestro país.

Ladike preguntó con amable sonrisa:

—¿Qué contribuyó más á la curación de la joven reina, la montaña artificial, ó el amor del esposo que erigió semejante obra para contentarla?

—El amor del esposo—gritaron las niñas.

—Pero Nitetis no despreciará tampoco la montaña—aseguró Bardiya.—Yo procuraré que habite en los pensiles siempre que la corte vaya á Babilón.

—Ahora seguidme—dijo Amasis,—porque si no, habréis de visitar la ciudad á oscuras. Hace más de una hora que me esperan allí dos escribas. ¡Eh, Sajons! Dí al capitán de guardia que acompañe á los ilustres huéspedes con cien hombres.

—¿Para qué tantos? Un guía, acaso un teniente griego, bastaría.

—Más vale así, jóvenes. Para los extranjeros ninguna precaución está de más en Egipto. Tenedlo presente, y sobre todo cuidado con mofarse de los animales sagrados. Adiós, jóvenes héroes; hasta la vista. Hasta la noche, alrededor del alegre krater.

Guiados por un intérprete griego, el cual, criado en Egipto, hablaba las dos lenguas con igual facilidad 162, los persas salieron del palacio.

Las calles de Sais inmediatas á él, ofrecían un aspecto agradable. Las casas, algunas de las cuales tenían hasta cinco pisos, aunque construídas con simples ladrillos de barro del Nilo, solían estar cubiertas de jeroglíficos y pinturas. Unas galerías con balaustrada de madera esculpida y de varios colores, sostenidas por columnas pintadas también, rodeaban las paredes que daban al patio. En las puertas de entrada, nunca abiertas, leíanse el nombre y la casa del propietario 163. Ornaban las azoteas, flores y arbustos; era uso entre los egip-

cios pasar allí la velada cuando no preferían subir á la torre mosquitera que casi todas las casas tenían. Como los insectos que cría el Nilo vuelan bastante bajo y sólo es fácil librar-se de ellos en lo alto de las torres ¹⁶⁴, de aquí la construcción de aquellas atalayas.

Gustóles á los jóvenes persas la mucha limpieza, quizá extremada, de casas y calles. Las placas y aldabas de las puertas relucían con el sol; las pinturas de las paredes, galerías y columnas, parecían siempre flamantes, y el empedrado de las calles ¹⁶⁵, baldeado poco há. Mas conforme se alejaban los visitantes del Nilo y del palacio, iban siendo menos vistosas las calles de la ciudad, situadas en las laderas de un cerro de mediana elevación. En breve tiempo se había convertido de pueblo insignificante, que era cuando dos siglos y medio atrás se trasladaron á ella los faraones, en ciudad populosa y bastante grande.

En todo el lado que daba sobre el Nilo, las calles eran hermosas y espléndidas, pero en la pendiente opuesta todo era miserables chozas fabricadas con barro del Nilo y acacias, entre las cuales sólo rara vez se veía una casa mejor. Al Noroeste elevábase el fuerte castillo del rey ¹⁶⁶.

—Volvámonos—dijo Giges, el hijo de Kresos, á sus compañeros más jóvenes á quienes había de dirigir y guardar en ausencia de su padre; pues vió que la multitud de curiosos que les seguía, iba creciendo á cada paso.

—Como quieras—respondió el intérprete.—Allá abajo en el valle, al pie de esa colina está la necrópolis de los Saítas, que me parece digna de ser visitada por los forasteros.

—Adelante, pues—exclamó Bardya:—que sólo el deseo de ver lo notable del extranjero, nos llevó á acompañar á Prexaspes.

Cerca ya de la necrópolis y cuando llegaban á una plaza rodeada de las barracas de los artesanos ¹⁶⁷, oyeron que la turba que les seguía vociferaba atrozmente. Chillaban los niños, gritaban las mujeres, y una voz más recia que las otras, exclamó:

—Venid acá, al vestíbulo del templo, á ver lo que hace el gran hechicero que llegó del oasis del Oeste líbico, provis-

to de todas las virtudes mágicas con que le dotaron la gran diosa Hekt y Junsú, el de los buenos consejos ¹⁶⁸.

—Seguidme á ese templo—dijo el intérprete,—y veréis luego un espectáculo curioso.

Diciendo esto se abrió paso á través de la muchedumbre, ora empujando á un niño desnudo, ora apartando á una mujer amarillenta, y volvió á poco rato con un sacerdote que condujo á los extranjeros al vestíbulo del templo. Aquí otro hombre con las vestiduras sacerdotales estaba en pie entre varios cofres y cajas, y dos mozos á su lado de rodillas.

El libio, hombre altísimo, de miembros flexibles y penetrantes ojos negros, tenía en la mano un instrumento de viento á modo de clarinete. Ceñían su pecho y brazos retorciéndose, varias serpientes de las conocidas en Egipto por ponzoñosas.

Cuando estuvo delante de los persas se inclinó, hizo un gesto solemne para llamar la atención, y quitándose la túnica blanca, empezó á ejecutar varios juegos con sus víboras.

Se hacía morder por ellas hasta manar sangre de sus mejillas, las obligaba con el extraño acento del clarinete á que se irguieran y movieran como si bailasen, les escupía en la boca, y quedaban al punto inmóviles como palos. Luego las echó al suelo para ejecutar en medio de ellas, sin que tocara á ninguna, una danza velocísima. Retorcía y encorbaba los ágiles miembros el hechicero, como un energúmeno, hasta que le salían los ojos de la cabeza, y sacaba espumarajos de sangre por la boca.

De repente cayó al suelo sin sentido é inerte. Sólo los labios se movían y dejaban escapar un silbido, á cuya señal las serpientes se arrimaron á él y se enroscaron á su cuello, brazos y piernas, como anillos vivos. Finalmente se levantó, cantando unos versos en loor del maravilloso poder de la deidad que para su propia gloria le hizo encantador.

Después de esto, abrió una de las cajas y metió en ellas las más de las serpientes. Sólo algunas, probablemente sus favoritas, conservó puestas á guisa de collares y brazaletes.

Como segunda parte de la función, ejecutó varios juegos de manos bien presentados. Engullía lino inflamado; bailaba, sosteniendo de punta en equilibrio sobre las órbitas, unas espadas; sacaba largas cuerdas y cintas de las narices de los

niños, con otros juegos malabares ya conocidos, y llevando á su colmo el asombro de los espectadores cuando sacó de cinco huevos de avestruz sendos conejillos vivos.

No eran los persas los que le miraban con menos complacencia; lejos de ello, el nunca visto espectáculo les causó vivísima emoción. Parecía hallarse en el reino de los milagros y creían haber visto las más inauditas rarezas del Egipto.

Llegaron silenciosos de vuelta, á las calles más lindas, sin notar que muchos egipcios que les rodeaban carecían quien de una mano, quien de nariz ú orejas. Tales mutilaciones no habían de sorprender por lo desusado á los asiáticos, puesto que también entre ellos se castigan de aquel modo los delitos. A haberse informado antes, hubieranles dicho que en Egipto, el hombre privado de una mano era un falsario convicto; la mujer sin nariz, una adúltera; la persona sin lengua, un traidor ó calumniador; el individuo sin orejas, un espía; y aquella infeliz, pálida y demente, una infanticida que en castigo de su crimen se la obligaba á tener en brazos el cadáver de su hijo por tres días y tres noches consecutivos. ¿Qué mujer podía conservar el juicio después de tantas horas de martirio? *169*

Muchas de las leyes penales de los egipcios tenían por objeto no solamente castigar el crimen, sino también hacer imposible la repetición del delito al mismo criminal.

El cortejo se detuvo, porque un gran gentío se había agolpado delante de una de las más lindas casas en la calle que conducía al templo de Neith, y cuyas pocas ventanas (las más daban al patio y al jardín,) tenían cerrados los postigos.

En la puerta de la calle estaba gritando un viejo vestido con la sencilla túnica blanca de sirviente sacerdotal, que quería impedir á algunos de sus compañeros de profesión que sacasen de la casa una caja grande.

—¿Quién os permite robar á mi amo?—exclamó con ademán furioso.—Soy el guardián de esta casa, y mi amo, cuando fué enviado por el rey á Persia, que los dioses confunda, me mandó que guardase con especial cuidado esta caja que contiene sus manuscritos.

—Tranquilízate, viejo Hib—dijo el sirviente del templo (al que hemos conocido al describir la llegada de la embajada

persa,)—el supremo sacerdote de la gran Neith, el amo de tu amo, nos ha mandado aquí. Debe de haber escritos raros en esta caja, de lo contrario Neithotep no nos hubiera honrado con el encargo de llevársela.

—Mas yo no toleraré que se robe la propiedad de mi amo, el gran médico Nebenjarí—gritó el viejo.—Sabré defender mi derecho, y si necesario fuese, iría hasta al rey.

—¡Alto aquí!—gritó el servidor del templo.—Así va bien; daos prisa con la caja y llevadla en seguida á casa del supremo sacerdote; y tú, vejete, harías mejor en callar y tener presente que también eres servidor de mi amo, el supremo sacerdote. Entra en tu casa, sino te llevaremos mañana á ti, como hoy esta caja.

Diciendo esto, cerró de golpe la pesada puerta con tanta vehemencia, que el anciano se cayó en el vestíbulo, substraído á las miradas de la multitud.

Los persas habían estado mirando la extraña escena que les explicó su intérprete.

Zópiros se rió cuando supo que el propietario de la caja confiscada era el oculista que se hallaba en Persia para curar el mal de ojos de la madre del rey, y que, por su carácter grave y desabrido, se había hecho poco popular en la corte de Kambises.

Bardiya quería preguntar á Amasis que significaba aquel robo particular, pero Giges le suplicó que no se metiere en cosas que nada le importaban.

Cuando hubieron llegado frente al palacio, pues la obscuridad que en Egipto viene casi de repente, empezaba ya á esparcirse sobre la tierra, Giges se sintió cogido de la capa por un hombre desconocido, volvió el rostro y vió que el hombre, poniendo el dedo en los labios, le hacía seña de callarse.

—¿Cuándo podré hablarte á solas y sin que me vean?—preguntó en voz baja al hijo de Kresos.

—¿Qué quieres de mí?

—No preguntes y contesta pronto. Por Mitra 170, tengo cosas importantes que revelarte.

—¿Hablas persa? ¿No eres, pues, egipcio, como tu vestido hace presumir?

—Soy persa; pero contesta en seguida, antes que se descubra nuestra conversación. ¿Cuándo podré hablarte detenidamente?

—Mañana por la mañana.

—Será tarde.

—Vamos pues, dentro de un cuarto de hora, cuando haya acabado de obscurecer, en este portal de palacio.

—Te esperaré.

Dichas estas palabras, el hombre desapareció. Llegado al palacio, Giges se separó de Bardiya y Zópiros, metió su espada en el cinto y suplicó á Daríos hiciera lo mismo y siguiera, y pronto se halló delante del desconocido, en la obscuridad de la noche, cerca del gran pórtico del palacio.

—Alabado sea Auramazda porque has venido—dijo el desconocido persa al joven lidio.—Mas, ¿quién es tu compañero?

—Mi amigo, un ajemenida *171*; Daríos, hijo de Histaspes. El desconocido hizo una profunda reverencia y dijo:

—Bien: temía que no hubiera venido contigo algún egipcio.

—No; estamos solos y queremos escucharte. ¿Quién eres y qué quieres?

—Me llamo Bubares, y fui un pobre capitán bajo el gran Kiros. Cuando hubimos tomado Sardes, la capital de tu padre, nos fué permitido al principio el saqueo; mas luego tu sabio padre suplicó á Kiros que mandara cesar el pillaje, porque ya se hacía saquear á sí mismo, no á él, que era el propietario anterior *172*. Entonces se mandó que, bajo pena de muerte, todo lo robado se entregara á los capitanes, quienes quedaban encargados de reunir en la plaza todas las alhajas que recibieran. Allí se acumularon á montones vasijas de oro y plata, alhajas de mujeres y hombres, piedras preciosas...

—¡Aprisa, aprisa, tenemos poco tiempo!—interrumpió Giges.

—Tienes razón: seré más conciso. Yo incurrí en la pena, guardando para mí una caja para ungüentos llena de joyas procedente del palacio. Kiros quería condenarme, mas Kresos intervino en mi favor, salvándome la vida. Dejóme aquí en libertad, pero me declaró deshonorado. De este modo debo

mi vida á tu padre; pero no pude quedarme en Persia. La deshonra era una carga demasiado pesada para mí. Un barco me llevó de Esmirna á Kipros. Allí me enganché otra vez, aprendí el griego y el egipcio, peleé contra Amasis, fui hecho prisionero por Fanés, y traído aquí. Habiendo servido siempre como jinete, me agregaron á los esclavos que cuidan de los caballos del rey. Me distinguí, y al cabo de seis años me hicieron inspector de caballerizas. Nunca he olvidado á tu padre ni la gratitud que le debo. Ahora me toca á mí hacerle bien á él.

—¿Se trata de mi padre? Pues habla, dí, explícate.

—En seguida. ¿Ha ofendido Kresos al príncipe Psamtik?

—No, que yo sepa.

—Tu padre estará esta noche en casa de Rodopis, en Náukratis.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he oído de su propia boca; pues esta mañana le he seguido hasta la barca para echarme á sus pies.

—¿Has alcanzado tu objeto?

—Sí. Me dirigió unas pocas palabras de amabilidad, pero no podía escucharme mucho tiempo, porque sus compañeros habían ya ocupado sus asientos cuando él llegó. Con la prisa que llevaba, su esclavo Sandón, á quien conozco, pudo aún decirme que iban á Náukratis, para hacer una visita á la mujer helénica á la que llaman Rodopis.

—Dijo la verdad.

—Entonces, urge salvarlo. Cuando la plaza estaba llena de diez carros y dos barcos con guerreros etiopes, bajo el mando de un capitán egipcio, han ido secretamente á Náukratis para cercar, durante la noche, la casa de Rodopis y prender á sus huéspedes.

—¡Oh, traición!—exclamó Giges.

—Pero, ¿qué podrán intentar contra tu padre?—preguntó Daríos.—Bien saben que la venganza de Kambises...

—No sé nada más—repitió Bubares,—sino que la casa de campo de Rodopis, en la que se halla también tu padre, será cercada esta noche por soldados etiopes. Yo mismo he dirigido el enganche de los carros y oído muy bien que el portabancos del príncipe heredero dijo al capitán Penteur: «Atien-

de y mira, manda cercar la casa de Rodopis para que no escape por la puerta trasera. Perdonad su vida si es posible, y matadle solamente si opone resistencia. Si le traéis vivo á Sais, recibiréis veinte aros de oro.» 174

—¿Podría realmente referirse á mi padre?

—¡Ca!—contestó Daríos.

—No sé—murmuró Bubares;—en este país todo es posible.

—¿Cuánto tiempo necesita un corcel veloz para llegar á Náukratis?

—Tres horas si lo soporta y el Nilo no cubre demasiado la carretera.

—En dos estaré allí.

—Te acompañaré en la cabalgata—dijo Daríos.

—No, tú debes quedarte aquí con Zópiros para amparar á Bardiya. Dí á nuestros criados que estén preparados.

—Pero Giges...

—Tú te quedas y me disculpas con Amasis, diciéndole que á causa de un dolor de cabeza ó de estómago ó de muelas, no puedo tomar parte en el convite, ¿lo entiendes? Yo tomaré el caballo niseo de Bardiya; tú, Tubares, me seguirás en el de Daríos; ¿ya me lo prestarás, hermano?

Diez mil que tuviera, serían tuyos.

—¿Conoces el camino de Náukratis, Bubares?

—¡Como mis ojos!

—Pues ve, Daríos, y manda que preparen tu caballo y el de Bardiya. Toda tardanza sería criminal. ¡Adiós, Daríos, tal vez para siempre! Ampara á Bardiya, adiós.





CAPITULO VIII

Dos horas antes de media noche, rumores de alegría y rayos de clara luz salían afuera por las ventanas abiertas de la casa de Rodopis.

En honor de Kresos, la mesa de la anciana estaba adornada con una riqueza especial.

Reclinados en los divanes, coronados con ramos de pobo y de rosas, estaban los consabidos huéspedes de Rodopis: Teodoro, Ibikos, Fanes, Aristómajos, el comerciante Teopompos de Miliesio, Kresos y varios otros.

—Pues sí; este Egipto—dijo Teodoros el escultor,—me hace el efecto de una niña que tiene un zapato de oro que no quiere quitarse por más que le apriete y le duela, aunque tenga delante sandalias hermosas y cómodas que bastaría calzar para poderse mover en seguida con libertad y soltura.

—¿Te refieres á la obstinación con que los egipcios con-

servan sus tradicionales formalidades y costumbres?—preguntó Kresos.

—Ciertamente—contestó el estatuario;—dos siglos há, Egipto era aun, sin duda alguna, el primer país del mundo. Su arte y su ciencia superaban á cuanto nosotros podíamos presentar. Nosotros vimos sus obras, las perfeccionamos, dimos soltura y belleza á sus rígidas formas, sin atenernos á ninguna medida determinada, y tomando la naturaleza por modelo, con lo que hemos dejado atrás al maestro. ¿Cómo era posible conseguirlo? Sencillamente, porque el maestro, ligado por leyes inexorables, hubo de quedar parado en el antiguo punto, mientras que nosotros pudimos seguir adelante por el ancho estadio del arte según la capacidad y gusto de cada uno.

—¿Mas cómo es posible obligar al artista á que observe la uniformidad en sus obras cuando estas han de representar cosas diferentes?

—En este caso es fácil la explicación. Los egipcios dividen todo el cuerpo humano en 21 y cuarto partes *175*, y conforme con esta división miden las proporciones de los diferentes miembros. Se atienen á estos números, sacrificándoles las exigencias superiores del arte. Yo mismo he propuesto á Amasis, en presencia del primer estatuario egipcio, un sacerdote de Tebas, la apuesta de escribir á mi hermano Telekles de Efeso dándole, á modo egipcio, la altura, las proporciones y la posición para hacer en su compañía una estatua que habrá de parecer trabajada por una sola mano y de una sola pieza, aunque Telekles haya esculpido la parte inferior en Efeso, mientras que yo estoy dispuesto á hacer la parte superior en Sais, bajo los ojos de Amasis.

—¿Y ganarías la apuesta?

—Sin duda alguna. Ya me dispongo á este esfuerzo de habilidad. Obra de arte, sin duda, que no ha de resultar; pero tampoco merece este nombre ninguna estatua egipcia.

—Sin embargo, algunas obras plásticas, por ejemplo, las que Amasis está enviando ahora á Samos, como regalo á Polikrates, fueron trabajadas con mucha perfección. En Menfis ví una estatua que cuenta, según dicen, unos tres mil años, y representa á un rey que construyó una de las grandes pirá-

mides, me pareció admirable bajo todos conceptos. ¡Con qué seguridad está labrada la durísima piedra! ¡Qué limpieza en la ejecución de la musculatura, sobre todo la del pecho, piernas y pies! ¡Cuánta inteligencia revela en todas sus partes esta ejecución! Su firmeza en el diseño de los contornos, y tal perfección y armonía en las facciones del rostro, se halla también en otras estatuas.

—Cierto; en lo manual del arte, y en labrar los materiales más duros, los egipcios nos aventajan todavía á pesar de su estancamiento de siglos. No hay estatua griega pulimentada con tal esmero como el monumento de Amasis en el patio del palacio. Mas la gracia de las formas, el genio prometéico que infunde el alma á la piedra, no será nunca patrimonio de los egipcios, mientras no dejen su viejo formalismo. Con las proporciones no se consigue la representación de la vida espiritual, ni siquiera la graciosa variedad del cuerpo humano. Mirad sino el sinnúmero de estatuas que, desde Náukratis hasta las cataratas del Nilo, han ido colocando en largas hileras cerca de los palacios y templos, de tres mil años á esta parte. Todas representan hombres serios, pero afables y de mediana edad, y sin embargo, una es la efígie de un anciano, otra eterniza la memoria de un rey mozo ¹⁷⁶. Guerreros y pacíficos legisladores, tiranos y reyes humanitarios, todos se presentan á poca diferencia con el mismo aspecto si no se distinguen por la magnitud, cualidad con que el artista egipcio pretende expresar poderío y fuerza, ó por el rostro ejecutado á modo de retrato. Como yo una espada, Amasis encarga una estatua. Ambos sabremos de antemano, antes que el maestro empiece la obra, cuál será ésta una vez terminada, con tal que hayamos indicado exactamente la longitud y anchura. ¿Pero cómo podría yo dar la misma forma á un viejo decrepito y á un joven ufano, á un púgil y á un cursor, á un poeta y á un guerrero? Colocad á vuestro lado el espartano, y figuraos que diríais si representase de igual modo al rudo guerrero y al vate que arrebatara los corazones con melosa elocuencia.

—¿Y qué contesta Amasis á tus observaciones sobre ese estado?

—Lo siente, mas no bastante fuerza para abolir los rancios preceptos de los sacerdotes.

—Y, sin embargo—dijo el delfio,—ha concedido una suma considerable para la ornamentación de nuestro nuevo templo, y fomentar el arte helénico. Son sus propias palabras.

—Es un rasgo que le honra—dijo Kresos.—¿Tendrán reunidos pronto los alkmeonidas los trescientos talentos que requiere la conclusión del edificio? ¹⁷⁷ Si estuviese todavía en mis antiguas condiciones de fortuna, gustoso habría tomado á mi cargo todos los gastos, aunque tu malicioso dios, á pesar de todos los regalos que le hice, me ha engañado de mala manera, pues cuando mandé preguntarle si debía emprender la guerra contra Kiros, me contestó que destruiría un gran imperio, si pasaba el río Halis ¹⁷⁸. Confiando en el dios, conseguí según sus órdenes, la amistad de los espartanos, y destruí, en efecto, salvando el río fronterizo, un gran imperio, sólo que no era el medopersa, sino mi propia y pobre Lidia, que ahora, como satrapía de Kambises, se acostumbra difícilmente á la insólita dependencia.

—No tienes razón en recriminar al dios—replicó Frixos,—pues no es culpa suya que tu humana vanidad diera una interpretación falsa á su oráculo. El no dijo que con el esfuerzo de tus armas destruirías el imperio de los persas, sino uno, cualquiera. ¿Por qué no le preguntaste á cuál se refería? ¿No acertó en su vaticinio, cuando anunció que tu hijo recobraría el habla el día de la desgracia? Y cuando tú, después de la caída de Sardes, pediste á Kiros la gracia de poder preguntar en Delfos si los dioses griegos erigían en ley la ingratitud para con sus bienhechores, Loxias te respondió que sus intenciones contigo eran excelentes, pero que por encima de él, está el inexorable hado. Este predijo á uno de tus poderosos ascendientes ¹⁷⁹ que su quinto sucesor, y éste eras tú, estaba destinado á la perdición.

—Tus palabras—interrumpió Kresos,—me habrían sido más necesarias en la época de la desgracia que ahora. Momento hubo en que maldije á tu dios y á sus oráculos; mas luego, cuando perdí con el poder y la riqueza á los aduladores y me acostumbré á juzgar mis actos por mi propio criterio, entonces comprendí perfectamente que no fué Apolón sino mi va-



Fuga de Fanes

nidad, quien me perdió. Un imperio librado á la destrucción, no podía ser el mío, el poderoso reino del poderoso Kresos, amigo de los dioses, caudillo hasta entonces invicto. Si un amigo me hubiese hecho observar lo ambiguo del oráculo, le habría escarnecido tal vez y probablemente castigado. Como un caballo trata de herir al veterinario que toca su llaga para curársela, así trata el déspota al amigo leal que toca las llagas de su alma enferma. No ví lo que hubiera podido ver fácilmente. La vanidad ofusca los ojos que nos fueron dados para examinar las cosas sin prevención, y aumenta la codicia del alma siempre dispuesta, gracias á los dioses, á abrirse ampliamente á toda esperanza de lucro, mientras que cierra inmediatamente al acercarse la fundada sospecha de una pérdida ó de una desgracia. ¡Cuánto más temo ahora, que veo claro aunque no tengo nada que perder, que entonces cuando nadie podía perder más que yo! En comparación con otros tiempos soy pobre, Frixos, pero Kambises me deja acabar mis días como rey, de modo que aún puedo contribuir á vuestro edificio con un talento ¹⁸⁰.

Frixos le dió las gracias; Fanes, empero, dijo:

—Los alkmeonidas harán una obra magnífica, pues son ambiciosos, ricos y quieren ganarse el favor de los anfictiones para derrocar al tirano con el apoyo de ellos, para sobrepujar á mi familia, y apoderarse del gobierno del estado.

A la riqueza de esta familia, quien ha contribuído más, has sido tú Kresos, según cuentan.

—Y Agariste ¹⁸¹ que trajo grandes tesoros á Megakles—dijo Ibikos.

—Ciertamente—afirmó Kresos riendo.

—Cuéntanos como fué eso—suplicó Rodopis.

—Alkmeón de Atenas vino un día á mi corte ¹⁸². El hombre, jovial y muy instruído, me gustó mucho, de modo que le detuve algún tiempo en mi casa. Un día le mostré mis arcas, cuya riqueza le causó una verdadera desesperación. Calificóse de pordiosero común y se pintó una vida feliz con tal de poder meter la mano una sola vez en todas aquellas preciosidades. Le permití, pues, que se llevara todo el oro que pudiera. ¿Qué hizo entonces Alkmeón? Se puso unas altísimas botas de montar, lidias, ciñóse un delantal y cargó

una espuerta en las espaldas. Esta la llenó de alhajas, en el delantal amontonó cuanto oro podía caber; las botas las recargó de monedas de oro; en el pelo y en la barba se hizo echar polvo de oro; hasta la boca llenó de este metal, de manera que con sus carrillos hinchados parecía á punto de ahogarse con un grueso rábano. Por fin, tomó en cada mano una fuente de oro, y así sucumbiendo bajo el peso, salió del tescro arrastrándose. Después de salvar los umbrales se cayó abrumado. Nunca he vuelto á reir tanto como aquel día.

—¿Y le dejaste aquellos tesoros?—preguntó Rodopis.

—Naturalmente, amiga mía, pues no creí haber pagado bastante cara la experiencia de que el oro vuelve loco al más sesudo.

—Fuiste el más liberal de los príncipes—exclamó Fanes.

—Y ahora soy un mendigo harío contento con mi suerte. Mas dime, Frixos, ¿con cuánto ha contribuído Amasis á tu colecta?

—Ha dado mil quintales de alumbre 183.

—Me parece este un regalo de soberano.

—¿Y el príncipe heredero?

—Cuando le pedí, haciendo hincapié en la liberalidad de su padre, se rió amargamente y dijo, volviéndome la espalda: «Cuando colectes para la destrucción de vuestros templos, me encontrarás dispuesto á suscribirme por el doble de lo que da Amasis.»

—¡Qué miserable!

—Dí más bien: egipcio puro. Psamtik odia cuanto no procede de este país.

—¿Con cuánto han contribuído los he'enos de Náukratis?

—Además de la rica ofrenda de los particulares, cada comunidad se ha suscrito por veinte minas 184.

—¡Mucho es!

—Filoinos, el sibarita, me mandó él solo mil dracmas, acompañándolas con una singularísima carta. ¿Puedo leerla, Rodopis?

—¡Vaya!—dijo la anciana.—Veréis cómo el gastrónomo deplora su conducta del otro día.

El delfio sacó el rollo epistolario de su bolsillo y leyó: «Filoinos manda á decir á Frixos: Siento muchísimo no ha-

ber bebido más el otro día en casa de Rodopis; de hacerlo, me habría hallado sin conocimiento y fuera de estado de ofender siquiera á una mosca. Mi maldita templanza tiene, pues, la culpa de que yo no pueda deleitarme en la mesa mejor aderezada de todo el Egipto. Por lo demás, agradezco á Rodopis lo que ha disfrutado en su casa, y en memoria de aquel excelente buey asado, por motivo del cual deseo comprar á toda costa al cocinero de la tracia, te mando doce grandes asadores ¹⁸⁵ para que los hagas colocar en cualquier tesoro de Delfos, como regalo de Rodopis. Yo mismo, como soy rico, me suscribo por mil dracmas. Deseo que en los próximos juegos píticos se pregone esta dádiva. Al patán Aristómajos de Esparta, dale las gracias de mi parte. Ha adelantado grandemente el objeto de mi viaje á Egipto. Yo había pasado aquí para hacerme extraer una muela por ese médico egipcio ¹⁸⁶, que tiene fama de arrancar los dientes enfermos sin grandes dolores. Aristómajos me ha quitado de un puñetazo la parte dañada de mi dentadura, ahorrándome aquella terrible operación cuya idea me hacía temblar. Cuando recobré el conocimiento, encontré en mi boca tres muelas saltadas, la enferma y dos medianamente sanas, pero con algún indicio de próximo dolor.

»Saluda de mi parte á Ródopis y al guapo Fanes. Tú quedas invitado á una comida en mi casa de Síbaris para dentro un año. ¹⁸⁷. Solemos hacer nuestras invitaciones con alguna anticipación, á causa de los numerosos y pequeños preparativos indispensables.

»Mando escribir esta carta por mi sabio esclavo Sofótatos en la antesala, porque me dan calambres en los dedos con solo pensar en escribir.»

Todos los presentes prorrumpieron en atronadora risa. Rodopis dijo:

—Me gusta esta carta porque revela que Filoinos no es malo. Educado sibaríticamente...

—Dispensad, señores, si estorbo, y tú, venerable helena, perdona si entro en tu apacible casa sin ser invitado.

Con tales palabras interrumpió la conversación un hombre desconocido para la huésped, el cual había entrado en el comedor sin que nadie lo advirtiera...

—Soy Giges, hijo de Kresos, y no monté á caballo ni salí de Sais hace apenas dos horas por pura chanza, mas para llegar aquí á tiempo.

—Menón, una almohada para el nuevo huésped—ordenó Rodopis.—Bien venido á mi casa, y descansa de tu viaje á caballo, que ha sido una locura propia realmente de un lidio.

—Por vida del perro ¹⁸⁸, Giges—dijo Kresos alargando la mano á su hijo,—no comprendo qué puede traerte aquí á una hora tan avanzada; te rogué que no te alejaras del lado de Bardiya que me fué confiado, y á pesar de esto... ¿pero qué cara traes? ¿ha sucedido algo? ¿una desgracia tal vez? Habla, hombre, habla.

Al pronto Giges no pudo contestar una palabra á su padre. Parecíale que había perdido de nuevo el habla, viendo sano y salvo en alegre convite á quien tanto quería y por cuya vida temía. Por fin, recuperó la voz y dijo:

—Loados sean los dioses, padre mío, pues te veo salvado. No creas que abandoné á la ligera á Bardiya; algo me forzó á introducirme en esta alegre reunión como ave siniestra. Sabed, para no perder el tiempo en preámbulos, que os amenaza la traición y el asalto.

Como heridos del rayo, todos los presentes se pusieron en pie. Aristómajos echó mano á la espada sin decir palabra, y Fanes extendió sus brazos como para probar si conservaba su atlética agilidad.

—¿Qué hay? ¿qué se intenta contra nosotros?—preguntaron de todos lados.

—Esta casa está cercada por guerreros etiopes—contestó Giges.—Un hombre fidedigno me ha comunicado que el príncipe heredero quiere prender á uno de vosotros, y ha mandado que le maten si se defiende. Yo temía por tí, padre mío, y he corrido hacia aquí. El hombre que me enteró de esto, no ha mentido. La casa está cercada. Al llegar á la puerta de tu jardín, ¡oh Rodopis! mi caballo se asustó á pesar de su cansancio. Eché pie á tierra, y á la claridad de la luna he visto brillar las armas y los ardientes ojos de hombres escondidos detrás de cada arbusto. Nos permitieron entrar en el jardín sin molestarnos.

—Traigo un aviso importante—interrumpió Knakias entran-

do precipitadamente en la sala.—Ahora, cuando fui al río á sacar agua para el krater ¹⁸⁹, llegó corriendo un hombre que casi me ha derribado. Le conocí en seguida. Era un remero etiope de Fanes, y ha contado en breves palabras, que para bañarse se había arrojado al Nilo. En esto una barca real se colocó junto á la lancha de Fanes, y un soldado preguntó á la tripulación que á quién servía. «A Fanes,» contestó el timonel. La barca real siguió lentamente su camino sin preocuparse más de tu embarcación, mi coronel; mas el remero bañista se había sentado para divertirse á la popa del barco, y oyó que un soldado etiope decía á otro: «Fíjate en esa barca; ahora ya sabemos dónde tiene el pájaro su nido y fácil nos será cogerle. Recuerda que Psantik nos prometió veinte aros de oro si le traíamos á Sais vivo ó muerto, al ateniense.» Esto lo cuenta Sebek, el marinero que te sirve desde hace siete años, Fanes.

Tranquilo escuchó el ateniense el relato de Giges y el del esclavo.

Rodopis temblaba. Aristómajos exclamó:

—No permitiré que se atrevan contra ti, más que debemos destrozár el Egipto entero.

Kresos aconsejaba la prudencia. Honda agitación se había apoderado de todos. Por fin, Fanes rompió el silencio diciendo:

—Nunca hay tanta necesidad de reflexión como en el peligro. Acabo de meditar sobre esto y comprendo que difícilmente hallaré salvación. Los egipcios tratan de quitarme de en medio sin escándalo. Saben que pienso embarcarme mañana al amanecer, en una triera focia que saldrá de Náukratis en dirección á Sigeum, y apenas tienen tiempo para detenerme. Tu jardín, Rodopis, está cercado. Si me quedo aquí, ten la seguridad de que no respetarán tu casa como asilo, sino que la allanarán en mi busca. El barco focio que ha de llevarme á los míos, estará sin duda vigilado como esta casa. Por mí no debe derramarse sangre inútilmente.

—Pero no debes rendirte—gritó Aristómajos.

—Ya dí con el modo de salvarte—exclamó de repente Teopompos, el comerciante milesio.—Mañana al amanecer, un buque fletado de trigo egipcio saldrá para Mileto, no de Náukra-

tis, sino de Kanobos. Toma el caballo del noble persa y corre allá. Te abriremos paso por el jardín á viva fuerza.

—No nos basta para ello nuestra pequeña partida desarmada—replicó Giges.—Somos diez hombres y sólo tres poseemos espadas; ellos en cambio llegan á ciento y van armados todos hasta los dientes.

—Pues aunque tú, lidio, carezcas de ánimo diez veces y ellos sean dos veces ciento, yo pelearé—repuso Aristómajos.

Fanes estrechó la mano de su amigo. Giges palideció. El héroe probado le había llamado cobarde. Por segunda vez faltáronle palabras para defenderse. A cada nueva agitación de su ánimo, sentía entorpecida la lengua. De repente, empero, se colorearon sus mejillas, y dijo con rapidez y decisión:

—Sígueme, ateniense, y tú, espartano, que por lo común reflexionas antes de hablar, guárdate en adelante de llamar cobarde á quien no conozcas. Amigos, Fanes está salvado. ¡Adiós, padre!

Admirados siguieron con la vista á los que se iban los que se quedaban, y poco después oyeron el galope de dos caballos, y mucho más tarde un silbido prolongado y gritos de socorro desde el Nilo.

—¿Dónde está Knakias?—preguntó Rodopis á uno de sus esclavos.

—Salió al jardín con Fanes y el persa.

En aquel momento el viejo criado entró en la sala pálido y tembloroso.

—¿Has visto á mi hijo?—le preguntó Kresos.—¿Dónde está Fanes?

—Los dos me encargan que me despida en su nombre.

—¿Han salido, pues? ¿Cómo se evadieron? ¿A dónde se han dirigido?

—Ahí en el cuarto contiguo—contestó el esclavo,—el ateniense y el persa disputaron primero. Luego hube de desnudar á ambos. Fanes vistió los pantalones, el gabán y el cinturón del extranjero, y se puso el gorro de éste, mientras que el persa se envolvió en el jitón y el manto del ateniense, ciñó su frente con el aro de oro, se hizo cortar el pelo del labio superior y me mandó le siguiera al jardín.

Fanes, al que todos debían tener por persa en su nuevo

traje, montó en uno de los caballos de junto á la puerta. El extranjero le dijo repetidas veces: «Adiós, G'ges; adiós, amigo persa; feliz viaje, Giges.» El criado que aguardaba también á la puerta le siguió montado en el otro caballo. Entre las matas oí ruido de armas, pero nadie se opuso á la salida del ateniense. Sin duda los guerreros escondidos le creyeron persa.

Cuando estuvimos otra vez delante de esta casa, el extranjero me dijo: «Ahora acompáñame á la barca de Fanes, llamándome constantemente por su nombre.—Pero los marineros podrán descubrirte fácilmente—objeté.—Pues ve primero solo, á decirles que me reciban como á Fanes su amo.»

Entonces le rogué que me permitiera dejarme prender en su lugar por los esbirros, vestido con el traje de fugado. Lo rehusó en absoluto, alegando con sobrada razón, que mi actitud me descubriría fácilmente. ¡Ah! sólo el hombre libre anda derecho y erguido. La cerviz del esclavo está siempre encorvada; sus modales carecen de aquella gallardía que adquirís vosotros los libres en las escuelas y gimnasios. Y así será eternamente; nuestros hijos deben parecerse á sus padres; de la fea cebolla no nacen rosas, ni del pardo rábano blancos jacintos ¹⁹⁰. La servidumbre dobla la cerviz, el sentimiento de libertad endereza el cuerpo.

—¿Qué le ha sucedido á mi hijo?—preguntó Kresos interrumpiendo la charla del esclavo.

—No aceptó mi pobre sacrificio y sentóse en la barca cargándome mil saludos para ti, mi rey. Yo grité en pos de él: «Que salgas con bien, Fanes; feliz viaje, Fanes.» Una nube cubría la luna; todo estaba obscuro. De repente llegaron hasta mí gritos de socorro, mas duraron poco rato. Luego sonó un silbido penetrante, y por fin no percibí más que el golpear uniforme de los remos. Iba á volver á la casa para enteraros de lo ocurrido, cuando ví á Sebek el remero, nadando hacia mí. Me refirió lo siguiente: Los egipcios, probablemente unos buzos, habían horadado la barca de Fanes. Cuando llegó al medio del río, se hundió. Los marineros clamaron auxilio. Arrimóse la barca real, que les seguía, y tomó á bordo al supuesto Fanes como para salvarle, impidiendo empero á los remeros del ateniense que abandonaran sus bancos. Todos se hundieron con la lancha, menos el intrépido nadador

Sebek que alcanzó felizmente la orilla. Giges se halla en el barco real; Fanes se ha fugado; aquel silbido sería alguna seña para los centinelas apostados junto á la puerta del jardín. A nadie hallé detrás de las matas cercanas á la carretera después de haberlas examinado; pero oí rumores de voces y armas de los guerreros que marchaban camino de Sais.

Los huéspedes de Rodopis habían escuchado con febril atención el relato del esclavo. Cuando éste terminó, los afectos de todos fueron muy diversos. Primero se alegraron los más de saber en salvo y fuera de un peligro inminente al amigo querido; luego predominó el temor por la suerte del osado Giges. Elogiaron su generosidad, felicitaron al padre de tal hijo, y acabaron por convenir en que el príncipe heredero, tan pronto como se supiera el error de su gente, no sólo soltaría á Giges sin tardanza, sino que estaba obligado á darle una satisfacción.

Kresos mismo se tranquilizó con la idea de la amistad de Amasis, y el respeto que éste había manifestado al poderío de los persas. Poco después salió de la casa de Rodopis para pernoctar en la del milesio Teopompos.

—Saluda á Giges de mi parte—dijo Aristómajos al anciano en el momento de partir.—Le pido perdón y quisiera tenerle por amigo, ó si esto no puede ser, encontrarle en el campo de batalla como enemigo leal.

—¿Quién sabe lo que nos traerá el porvenir?—contestó Kresos, estrechando entre las suyas la mano del espartano.





CAPITULO IX

Amanecía. El abundante rocío de la noche, que suele suplir la lluvia en el país del Nilo, se había esparcido sobre hojas y flores, como esmeraldas y brillantes; el sol estaba todavía bajo y reinaba un vientecillo noroeste, convidando á salir antes que sofocara el calor del mediodía.

De la consabida casa de campo salieron dos mujeres; la vieja esclava Melita y Sappó la nieta de Rodopis.

Con ligera planta, cual si flotara en el aire, paseaba y corría la graciosa niña por el jardín, tan hechicera é inocente como cuando dormida. Sólo apuntaba en los rosados labios y en los hoyuelos de la barba y la mejilla cierta mueca mali-

ciosa. Llevaba la abundante cabel'era castaña recogida en un pañuelo de púrpura bermeja. Su ligero vestido blanco de anchas mangas, ceñíale holgadamente el flexible talle.

Bajóse á coger un capullo de rosa, y sacudiendo el rocío de que estaba cuajado á la cara de la vieja dueña, soltó la risa, aguda y clara cual voz de campana, prendió la rosa en su pecho y se puso á cantar con voz clarísima y suave:

«Cierta día en que Eros cogía rosas, una abeja le picó en la mano; no la había visto. Sacudió las manecitas, empezó á quejarse y voló hacia su madre con rápido aleteo. ¡Ay, madre, madre!—exclamó,—tengo dolor y angustia; voy á morir, me picó una víbora muy mala. Tiene alas el ponzoñoso animal; seguramente le conocerás; es el mismo que aquí los campesinos llaman abeja.» 191 (1)

—¿Verdad que es linda mi canción?—preguntó la niña riendo.—¡Pero qué necio es el pequeño Eros que confunde una abeja con una serpiente alada! Abuelita dice que sabe otra copla de esta canción, obra del gran poeta Anakreón, pero que no quiere enseñármela aún. Dime, Melita, ¿qué se dirá en esta copla? ¿Te sonríes? Querida, única Melita, cántame la coplilla esa. ¿No la sabes? ¿Sí? pues entonces de fijo que no puedes enseñármela.

—Es una canción muy nueva—replicó la vieja defendiéndose de los ruegos de su mimada niña,—y yo sólo sé los cantares de los buenos tiempos antiguos. Pero, ¿qué es esto? ¿No oíste llamar á la puerta?

—Ciertamente, y también me pareció haber oído el trote de un caballo en la calle. Lllaman otra vez. Mira quién es que desea entrar á hora tan temprana. Tal vez el bueno de Fanes no ha partido ayer, á pesar de todo, y ha venido para repetirnos su adiós.

—Fanes ha partido—contestó la vieja poniéndose seria.—

(1) Los últimos versos de la traducción con la moraleja dicen así: «Mas Kipris dijo: Si tú, hijo mío, sientes tanto la picadura de una abeja, piensa, querido, como lo pasará el hombre que lleva tu flecha clavada en el corazón. Ay, Eros, este es dolor mucho más difícil de soportar.»

Rodopis me ha mandado que te haga entrar en casa si vinieren visitas. Vete, pues, niña, para que pueda yo abrir la puerta. Vete; llaman otra vez.

Sapfó fingió correr en dirección á la casa, mas en vez de obedecer la orden de su dueña, ocultóse detrás de un rosal, para inspeccionar desde allí al visitante madrugador. Para no asustarla inútilmente, habían ocultado á la muchacha los sucesos de la noche pasada, y Sapfó estaba acostumbrada á no ver llegar tan temprano sino á los amigos íntimos de su abuela.

Melita abrió la puerta del jardín, y luego franqueó la entrada á un rubio joven ricamente ataviado.

Sapfó, sorprendida por el traje desconocido y la extraordinaria belleza del príncipe persa, pues este era el visitante madrugador, no se movió de su sitio ni acertó á apartar la vista del rostro del joven. Tal se había imaginado al crinado Apolo, conductor del carro solar y de las musas.

Melita y el forastero se acercaron á donde se había escondido la niña, quien para oír mejor lo que el joven decía en tono afable y griego chapurrado, asomó la cabeza entre las rosas.

Así oyó que aquél preguntaba con cierta ansiedad por Kresos y su hijo, y se enteró de lo ocurrido la víspera por lo que decía la anciana. Temblando por Fanes y dando las gracias en lo íntimo de su corazón al noble Giges, discurría quién podría ser tan real mozo. Rodopis le había referido las hazañas de Kiros, la caída de Kresos, el poderío y riquezas de los persas; mas hasta entonces tuvo á los asiáticos por gente salvaje y feroz. Cuanto más contemplaba ahora al hermoso Bardiya, más crecía su interés por los persas. Cuando por fin Melita se fué á despertar á la abuela y á enterarla de la temprana visita, quiso seguirla. Mas Eros, el niño necio de cuya infantil ignorancia se había burlado pocos momentos há, no lo quiso así. Su vestido se enredó en las espinas de los rosales, y antes que lograra desenredarse, acercósele el hermoso persa ayudando á la ruborizada joven á libertarse de la maldad traidora.

Sapfó no acertó á proferir palabra alguna de gratitud, antes corrida, bajó los ojos sonriendo.

Bardiya, tan petulante por lo común, permaneció mudo y ruborizado contemplando á la niña. Lo mismo que ella.

El silencio empero no duró mucho rato. La muchacha se serenó luego, y riéndose infantilmente del desconocido y de lo raro de la situación, corrió alegre hacia la casa como asustadiza corza.

Entonces el persa recobró también su natural vivacidad, y en dos saltos alcanzó á la niña, cogióle una mano, rápido como el pensamiento, y sujetóla á pesar de los esfuerzos que hacía la niña para desasirse.

—Suéltame—gritaba Sapfó, alzando á él sus ojos negros, entre seria y sonriente.

—No puede ser—le contestaba él.—Eres rosa que he cogido en el rosal, y te guardaré conmigo hasta que me des en cambio esa hermana tuya que llevas prendida al pecho, como recuerdo que me acompañe á mi tejano país.

—Suéltame, te lo ruego—repitió Sapfó.—Mientras no sueltes mi mano, no acepto condición alguna.

—¿No huirás otra vez si obedezco?

—No; te lo aseguro.

—Pues bien; te suelto. Ahora dame tú esa rosa.

—Ahí en el rosal hay otras mucho más lindas; coge una. ¿Por qué quieres precisamente esta?

—Para guardarla cuidadosamente como recuerdo de la más bella niña que ví jamás.

—¿Sí? Pues no quiero dártela. Quien me llama hermosa, me quiere mal, quien me llama buena, me quiere bien.

—¿Quién te enseñó esto?

—Mi abuela Rodopis.

—Pues entonces te diré que eres la niña más buena que hay en el mundo.

—Pero, ¿cómo puedes decirlo si no me conoces? ¡Oh! A veces soy muy mala y díscola. Si fuese buena, ahora en vez de charlar contigo, entraría en la casa como debiera. Abuelita me prohibió rigurosamente quedarme en el jardín cuando hay forasteros; bien que nada me importan los muchos hombres que siempre hablan de cosas que no entiendo.

—Así, pues, ¿también querrás que me vaya en seguida?

—Eso no; á ti te entiendo perfectamente, aunque no ha-

blas ni de mucho con la elegancia de Ibikos, por ejemplo, ó del pobre Fanés, que ayer, según dice Melita, hubo de huir de tan lastimosa manera.

—¿Le querías?

—¿Quererle?... Sí, le tenía mucho afecto. Cuando más niña, me traía siempre de Sais y Menfis pelotas, muñecas y bolos ¹⁹², y ahora que soy mayor, me enseña bellas canciones nuevas. Como regalo de despedida me trajo un faldero ¹⁹³ siciliano, chiquito... muy chiquito... Le llamaré Argos ¹⁹⁴; porque es tan blanco y ligero de pies. Dentro de pocos días tendremos otro regalo del bueno de Fanés, pues... Ves. Yo soy así; charlando, casi he revelado un gran secreto. Abuelita me prohibió severamente decir á nadie que esperamos unos lindos huéspedes chiquitos, pero me parece como que tú y yo nos conociéramos de mucho tiempo; tus ojos dicen de tal modo tu bondad, que de buena gana te lo confiaría todo. ¿Ves? Fuera de mi abuela y Melita, á nadie tengo en el mundo á quien confiar lo que me gusta; yo no sé en qué consiste, pero es el caso que muchas veces ninguna de las dos, aunque me quieren mucho, comprende cómo pueden causarme placer esta ú otra lindeza.

—Esto es que son viejas y no pueden comprender la exaltación de un corazón joven. Pero, ¿no tienes ninguna amiga, ninguna compañera en tus juegos á quien amar?

—Ni una sola. Cierto que hay muchas otras niñas en Náukratis, pero abuelita dice que no he de buscar su trato, y como ellas no quieren venir á nuestra casa, no he de ir tampoco á la suya.

—¡Pobre niña! Si estuvieses en Persia, pronto te proporcionaría yo una amiga. Tengo una hermana que se llama Ato-sa, y es joven y bella, y buena como tú.

—¡Ah! ¡qué lástima que no te haya acompañado! Mas ahora has de decirme cómo he de llamarte á ti.

—Me llamo Bardiya.

—¿Bardiya? ¡Nombre raro! Bardiya, Bardiya. ¿Sabes que el nombre me gusta? ¿Cómo se llama el bueno del hijo de Kresos, que salvó tan generosamente á nuestro Fanés?

—Se llama Giges; Daríos, Zópiros y él son mis mejores amigos. Hemos jurado no separarnos jamás, y sacrificar la

sangre y la vida el uno por el otro ¹⁹⁵. Así que hoy de madrugada, he venido aquí á caballo, á despecho de sus ruegos, para ayudar á mi Giges, caso que necesitase de mí.

—¡Has hecho el viaje en balde!

—No, por Mitra; al contrario, pues te he encontrado á ti. Pero ahora, dime también tu nombre.

—Me llaman Sapfó.

—Bonito nombre. ¿Estás acaso emparentada con la poetisa de quien Giges me ha cantado bellísimas endechas?

—Ciertamente; la décima musa ó el cisne lesbio, como llaman á la poetisa, era hermana de mi abuelo Járaxos. ¿Tu amigo Giges hablará mejor el griego que tú?

—Desde la cuna ha aprendido á un tiempo la lengua lidia y la griega, y habla las dos con igual perfección. También sabe el persa perfectamente, y lo que es más, se ha apropiado todas las virtudes persas.

—¿Y cuáles son para vosotros las más grandes virtudes?

—La veracidad la primera; la segunda el valor, y la obediencia la tercera. Estas tres, en unión con el respeto de los dioses, nos han hecho grandes á los persas.

—¡Creía yo que los dioses os eran desconocidos!

—¡Ay, insensata! ¿Quién podría subsistir sin dioses? ¿quién quisiera existir sin un guía superior? Ciertamente no hacemos habitar á los celestes en casas y efigies como vosotros; su habitación es todo lo creado. La Divinidad, que debe estar en todas partes viendo y oyéndolo todo, no se deja encerrar en paredes ¹⁹⁶.

—¿Dónde, pues, rezáis y sacrificáis, si carecéis de templos?

—En el más grande de los altares, en la naturaleza libre, y si es posible, en la cumbre de las montañas ¹⁹⁷. Allí estamos más cerca de nuestro Mitra, el gran sol, y de Auramazda, la luz pura y creadora. Allí oscurece más tarde y amanece más temprano. Sólo la luz es pura y buena, las tinieblas son negras y malas. Sí, niña; en las montañas tenemos más cerca la Divinidad; allí reside más gustosa. ¿Has estado alguna vez en la cumbre de un monte rodeado, en el solemne silencio de la naturaleza, por el soplo ligero del misterioso aliento de la Divinidad? ¿Te has sentado alguna vez en el verde bosque, al lado de puros manantiales, bajo la bóveda del cielo

para escuchar la voz divina que habla en todas las hojas y susurra en todas las aguas? ¿No has visto cómo la llama se eleva irresistiblemente hacia su padre, el sol, para ofrecer en ascendente humareda la oración al gran Criador luminoso? Me escuchas admirada; pero te digo, niña, que te prosternarías para adorar conmigo, si te llevase á un altura en la cumbre de la montaña.

—¡Oh, quién pudiera ir contigo! ¡Oh, quién, una vez al menos, pudiera mirar desde una montaña los valles y ríos y bosques y prados! Creo que en aquel altar, desde el cual nada se ocultaría á mis miradas, me sentiría á mí misma cual deidad que lo escudriña todo... Pero, ¿qué es eso? Abuela me llama; debo ir allá.

—¡Oh! ¡no me dejes aún!

—La obediencia es una de las virtudes persas.

—¿Y mi rosa?

—Aquí la tienes.

—¿Te acordarás de mí?

—¿Sería posible lo contrario?

—Niña querida, perdóname si te pido otro favor.

—¡Aprisa, aprisa! La abuela viene á llamar.

—Toma esta estrella de brillantes en memoria de esta hora.

—No puedo.

—Te suplico que la aceptes. Mi padre me la dió en recompensa, por el primer oso que maté con mis propias manos *198*. Hasta ahora era lo que más quería; ya no conozco cosa más querida que tú; tómala, pues.

El joven quitó de su pecho la cadena con la estrella, y quiso colgarla al cuello de la niña. Sappó rehusó el precioso don; mas Bardiya la cogió en sus brazos; besóla en la frente, la llamó su única amada; con suave esfuerzo ciñó su garganta con el aderezo, y fijó su mirada en los negros ojos de la trémula niña.

Rodopís llamaba por tercera vez. Sappó se desenredó de los brazos del joven para huir, pero volviéndose á los ruegos de éste, á su pregunta:

—¿Cuándo podré verte de nuevo?—contestó en voz baja:

—Mañana tempranito junto al rosal.

—Que te sujetó como auxiliar mío.

Sapfó corrió hacia la casa; Rodopis recibió á Bardiya y enteróle de la suerte de su amigo. Con esto el joven persa se puso inmediatamente en camino hacia Sais.

Cuando, como de costumbre, la anciana fué á ver á su nieta en la cama, no la encontró durmiendo el sueño de la niñez. Bien pudo observar que sus labios se movían, y que suspiraba dolorosa y hondamente, como hostigada por los sueños.

Bardiya en su viaje de regreso de Náukratis á Sais, encontró á sus amigos que le habían seguido, en cuanto advirtieron su clandestina evasión. Bien lejos estaban de presumir que en lugar de los temidos combates y peligros, Bardiya se había granjeado su primera felicidad amorosa.

Poco antes que los tres amigos, Kreşos acababa de llegar á Sais, y fué inmediatamente á ver al rey, contándole sin reserva y conforme á la verdad, lo que había sucedido la noche anterior.

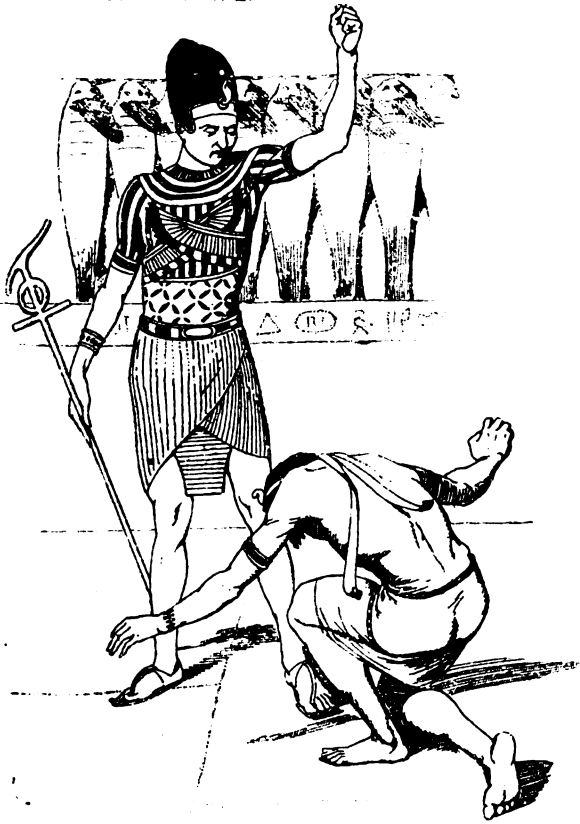
Amasis mostróse muy sorprendido de la conducta de su hijo; aseguró á su amigo que Giges sería puesto en libertad inmediatamente. Bromeaba y se chancaba con la frustrada venganza de Psantik.

Apenas hubo salido Kresos, anunciaron la llegada del príncipe heredero.





Saphó y Bardiya



CAPITULO X

Amasis recibió á su hijo con una carcajada, y sin hacer caso de su palidez y turbación, exclamó:

—¿No te dije que no era fácil á un egipcio coger á la zorra helénica, siempre más astuta? Diez villas de mi reino daría por haberte visto reconocer al supuesto ateniense tan suelto de lengua, en el balbuciente lidio.

Psantik se puso más pálido aun, y temblando de ira contestó reprimiendo la voz:

—A ti no te sienta bien, padre mío, regocijarte con la afrenta que han inferido á tu hijo. Si no hubiera de por medio Kambises, júrote por los dioses eternos, que el insolente lidio vería hoy por última vez la luz del sol. Pero, ¿qué te importa á ti que yo, hijo tuyo, sea blanco de las burlas de esa gentuza helénica?

—No insultes á los que se han mostrado más listos que tú.

—¿Más listos?... ¡Mi plan estaba dispuesto con tal sutileza y artificio!

—Los más finos tejidos son los que más fácilmente se rompen.

—El intrigante griego no podía escaparme, si el embajador de una potencia extranjera, contra toda costumbre, no hubiese acudido á salvar al condenado á muerte por nosotros.

—Te engañas, hijo mío, aquí no se trata de la ejecución de una sentencia, sino del buen éxito con que frustraron una venganza personal.

—Mas sus instrumentos fueron los empleados del rey, y por esto, lo menos que puedo exigir por vía de satisfacción, es que solicites del rey de Persia el castigo de una persona que dificultó temerariamente la ejecución de tus mandatos. Semejante delito se juzgará, como es debido, en Persia, donde ante la voluntad del rey se inclina todo el mundo, como ante la Divinidad 199. Kambises nos debe el castigo de Giges.

—Pero yo me guardaré de pedírselo, pues confieso que me alegra la salvación de Fanés. Giges ha preservado mi alma de la acusación de haber derramado sangre inocente. A ti te impidió tomar venganza cruel en un hombre á quien tu padre sólo debe gratitud.

—Así, pues, ¿piensas callar á Kambises todo lo ocurrido?

—No; se lo contaré, según costumbre mía, en una carta jocosa, y al propio tiempo le prevendré contra Fanés, diciéndole que éste, escapado á duras penas de nuestra venganza tratará de excitar el poder de los persas contra Egipto, y que mi yerno debe cerrar los oídos á las calumnias del ateniense.

La amistad de Kresos y Giges nos será más útil de lo que nos hubiera sido peligroso el odio de Fanés.

—¿Es esta tu última palabra? ¿No quieres darme satisfacción alguna?

—No, me ratifico en lo dicho.

—Pues entonces, no has de temblar sólo por Fanés, sino por otro al que nosotros tenemos en nuestro poder como él á ti.

—¿Intentas amenazarme? ¿Intentas romper el pacto de ayer? Psantik, Psantik, te aconsejo que tengas en cuenta que estás delante de tu rey, de tu padre.

—Y tú ten presente que aun cuando soy hijo tuyo, si me obligas otra vez á olvidar que los dioses te han hecho mi padre, y no puedo esperar apoyo de ti, sabré luchar con mis propias armas.

—Me gustaría conocerlas.

—No tengo por qué ocultártelas. Sabe, pues, que yo y mis amigos, los sacerdotes, tenemos en nuestro poder al oculista Nebenjari.

Amasis palideció.

—Cuando no podías figurarte que Kambises pediría tu hija, enviaste á ese hombre á la lejana Persia para alejar de Egipto á un cosabedor de la procedencia de mi supuesta hermana Nitetis. Allí está todavía, y á la menor indicación del clero, anunciará al rey engañado que en lugar de tu propia hija, le has enviado la de tu destronado predecesor Hofra. Todos los papeles del médico están en nuestro poder; el más importante, una carta autógrafa tuya promete á su padre el comadrón 200 mil aros de oro si oculta á los sacerdotes mismos que Nitetis procede de otra casa distinta de la tuya.

—¿Quién posee tales papeles?—preguntó Amasis con frialdad.

—El clero.

—¿Y éste habla por tu boca?

—Tú lo dices.

—Repite, pues, lo que pides.

—Solicita de Kambises el castigo de Giges, y dame autorización completa para perseguir al fugado Fanés, según me parezca.

—¿Es esto todo?

—Presta á los sacerdotes el juramento de que desde hoy prohibirás á los helenos levantar en Egipto nuevos templos en honor de sus falsos dioses, y que mandarás suspender la construcción del templo de Apolo en Menfis.

—Esperaba estas exigencias, habiéndose encontrado un arma afilada contra mí. Estoy pronto á ceder á los deseos de mis enemigos, con los que te has asociado; mas yo también he de poner dos condiciones. En primer lugar, exijo que se me devuelva la carta que efectivamente tuve la imprudencia de escribir al padre de Nebenjari; si os la dejase, estaría seguro de que en vez de continuar siendo vuestro rey, sería el miserable esclavo de miserables intrigas clericales.

—Tu deseo es justo; tendrás la carta si...

—No admito otra condición; al contrario, repito que considero tan imprudente tu deseo de pedir á Kambises el castigo de Gíges, que no lo cumpliré. Ahora déjame y no te presentes á mis ojos hasta que te llame. Gané ayer un hijo para perderle hoy. Levántate, no quiero ostentaciones de una humildad y de un cariño que no has conocido nunca. Si necesitas consuelos y consejos, pídeselos á los sacerdotes, y á ver si suplirán al padre. Dí á Neithotep, en cuyas manos eres blanda cera, que halló el medio eficaz de obtener cosas que siempre le habría negado. Para conservar grande á Egipto, hasta ahora he estado pronto á cualquier sacrificio personal; mas ahora que veo que el clero no teme amenazarme con la traición de la patria para alcanzar sus particulares fines, fácilmente podría llegar á ver en esa casta privilegiada, enemigos más peligrosos de mi reino que los persas mismos. ¡Cuidado con ello! Esta vez cedo á las intrigas de mis contrarios, porque yo mismo con mi debilidad de padre he conjurado un peligro sobre Egipto, mas en adelante, por la gran Neith, mi señora, mostraré de una manera ostensible que soy el rey, y que antes he de sacrificar todo el clero, que la más mínima porción de mi voluntad. Calla y déjame.

El príncipe salió; el rey empero necesitó largo rato para poderse presentar con apariencia jovial ante los huéspedes de su casa.

Psamtik se fué directamente á ver al jefe superior de las

tropas indígenas para mandarle que desterrara á las canteras ²⁰¹ de la Tebaida, al torpe instrumento de su frustrada venganza, al capitán egipcio, y enviara otra vez á su país á los guerreros etíopes. Luego corrió á casa del supremo sacerdote de Neith, para comunicarles lo que había conseguido del rey.

Neithctep movió gravemente la cabeza al oír las palabras amenazadoras de Amasis y despidió al príncipe, después de hacerle una serie de advertencias sin las que no solía despedirle nunca.

Psamtik volvió á palacio. La venganza fracasada, la nueva infausta ruptura con su padre, el temor de la burla de los extranjeros, el sentimiento de su dependencia de la voluntad de los sacerdotes, la creencia en un destino funesto que, desde la cuna, se cernía sobre su cabeza, oprimían su corazón y ofuscaban su mente.

De una bella esposa y cinco hermosos hijos, sólo le quedaban una hija y un hijo pequeño á quien quería con el alma. Hacia éste le impulsaba el corazón; en él confiaba hallar consuelo y nuevo aliento vital. Los azules ojos y la boca risueña de su hijo, eran las únicas cosas que podían calentar el helado corazón de aquel hombre.

—¿Dónde está mi hijo?—preguntó al primer cortesano con quien tropezó.

—Ahora mismo el rey ha mandado por el príncipe, Nejo y su niñera—respondió el sirviente.

Entonces el mayordomo se acercó al príncipe con una carta escrita sobre papiro y sellada, é inclinándose profundamente dijo:

—De parte de tu padre, el rey.

Psamtik rompió con rabiosa premura la amarilla cera del sello que ostentaba el escudo y timbre del rey ²⁰², y leyó:

«He mandado trasladar á mi casa á tu hijo para que no se críe ciego instrumento de los sacerdotes, olvidando, como tú, lo que se debe á sí mismo y lo que debe á la patria. Yo cuidaré de su educación, porque las impresiones de la niñez influyen en el resto de la vida. No tengo inconveniente en que veas á Nejo, con tal de que antes me comuniques tu deseo.»

El príncipe se mordió los labios para ocultar su ira á los sirvientes que estaban en derredor suyo.

El deseo de su padre y rey, según costumbre egipcia, era tan obligatorio como la más severa orden. Después de pocos momentos de silenciosa reflexión, mandó por cazadores, perros, arcos y lanzas; montó en un ligero carro y se hizo llevar por su auriga á los terrenos pantanosos del Occidente, á fin de olvidar allí lo que le oprimía el corazón, persiguiendo con jaurías y proyectiles ²⁰³ á los animales de los bosques para desahogar su rabia en ellos en defecto del escapado enemigo.

Inmediatamente después de la entrevista de su padre con Amasis, Giges había sido puesto en libertad y recibido con evidente júbilo por sus compañeros. El faraón parecía redoblar sus atenciones para con el hijo de su amigo, en compensación de la captura, pues el mismo día le regaló un precioso carruaje tirado por dos caballos castaños ²⁰⁴, y le rogó se llevara á Persia, en recuerdo de Sais, un artístico juego de damas. Las piezas de este juego eran de marfil y de ébano, llevando algunas de ellas sentencias en signos jeroglíficos y engastes en oro y plata.

Amasis se rió mucho con sus huéspedes del ardid de que se había valido Giges; permitió á los jóvenes el libre trato con su familia, y se portó con ellos cual padre jovial con sus alegres hijos. Sólo durante las comidas echábase de ver que no podía dejar de ser egipcio, pues los persas habían de comer en una mesa especial. Según creencia de sus mayores, hubiérase contaminado, probando la comida á la misma mesa que los extranjeros ²⁰⁵.

Cuando por fin, tres días después de haber puesto en libertad á Giges, Amasis declaró que su hija Nitetis estaría dispuesta en dos semanas para su viaje á Persia, todos los persas sintieron no permanecer más tiempo en Egipto.

A Kresos le gustaba el trato del poeta y del escultor samios, y Giges participaba de la predilección de su padre por los artistas helénicos. Daríos que ya en Babilón se había ocupado en astronomía ²⁰⁶, tuvo, una noche que observaba el cielo, la inexplicable dicha de que el encanecido pontífice de Neith, le dirigiera la palabra y le invitara á seguirle al pilón

más alto, al observatorio principal del templo. El estudioso joven aceptó gustoso y luego fué cada noche á adquirir nuevos conocimientos, aprovechando las enseñanzas del anciano.

Psantik halló una vez al extranjero con su maestro, y después de retirarse Daríos, preguntó á Neithotep, cómo podría ocurrírsele instruir á aquel persa en los secretos egipcios.

—Le enseñe cosas—contestó el pontífice,—que todo sabio caldeo de Babilonia sabe tan bien como nosotros, y así consigo la amistad de un hombre cuyo astro excede en resplandor al de Kambises, como el sol á la luna. Ese Daríos será un día poderoso monarca; hasta he visto brillar su planeta sobre Egipto. Propio es de prudentes fijarse no sólo en lo actual, sino también en lo futuro, y así en la senda que se recorre, como en lo que hay en torno suyo; que no sabes al pasar junto á una casa si se abriga en ella un bien para el porvenir. Nada pases por alto de lo que halles en tu camino, ni pierdas nunca de vista las estrellas. Como el perro durante la noche vela acechando á los ladrones, así vigilo yo, cincuenta años há, á los viandantes celestes, á los eternos nuncios etéreos del destino, que determinan al hombre el día y la noche, el verano y el invierno, la dicha y la desgracia, la gloria y la ignominia. Ellos, los infalibles astros, me indicaron que era Daríos una planta destinada á ser árbol grandísimo.

A Bardiya le venían muy bien esas lecciones nocturnas de su amigo, pues obligaban á éste á dormir más de lo ordinario, y le facilitaban sus viajes clandestinos á Náukratis. En sus matutinales expediciones solía acompañarle Zópiros, á quien tomó por confidente. Mientras él conversaba con Sapó, su amigo y la servidumbre se entretenían en cazar gerbos, becasas, alcatraces ó chacales. De vuelta á casa, sostenían delante de Kresos, que en sus excursiones se dedicaban á la diversión favorita de los nobles persas, el liberal arte venatorio.

El cambio que se iba operando en lo íntimo del alma del príncipe con la fuerza del primer amor, sólo fué notado de Tajot, la hija de Amasis. Esta, desde el primer día en que Bardiya le dirigió la palabra, había concebido una pasión ar-

diente por el hermoso joven. Con el tierno instinto del amor, conoció bien pronto que entre ella y él debía de haberse interpuesto algo extraño. Así como antes Bardiya la había tratado como hermana, buscando su compañía, ahora evitaba cuidadosamente acercársele con familiaridad. El presumía el secreto que guardaba ella, y creyó que con sólo mirarla amistosamente, cometía un crimen de infidelidad contra Sápfo.

La pobre princesa se afligió al ver la indiferencia del joven, y confió sus penas á Nitetis, quien la alentaba y juntas, hacían castillos en el aire, imaginando la gloria que les cabría si pudiesen vivir en la misma corte sin tener que separarse. Mas los días pasaban uno tras otro, y el hermoso joven escatimaba cada vez más sus visitas á la princesa, y cuando iba á verla, estaba siempre con ella indiferente y grave. No por esto dejaba de ver la infeliz Tajot, que Bardiya, durante su permanencia en Egipto, se había puesto más gallardo y varonil, mitigándose en cambio el ardor de su arrogante mirada, y trocándose en meditabundo y especial sosiego, la petulancia juvenil de su carácter. Perdieron el color sus sonrosadas mejillas, mas esto le sentaba muy bien, mucho mejor que á ella, que también iba poniéndose más pálida cada día.

Entre tanto, Melita, la vieja esclava de Rodopis, se había convertido en protectora de los amantes, después de haber sorprendido una mañana á Sápfo con Bardiya. El príncipe, de cuya belleza estaba enamorada, le hizo tan ricos regalos, y la predilecta de su corazón supo rogarla tan encarecidamente y atraérsela con tales zalamerías, que prometió no revelar nada á su señora. Obedeciendo al instinto propias de las viejas de favorecer los amores de los jóvenes, acabó por prestar toda suerte de servicios para que ambos pudieran hablarse. La vieja veía ya á su dulce hijita, soberana de medio mundo, llamábala á solas princesa y reina, y en momentos de flaqueza soñó que ella misma era una de las damas ricamente ataviada de la corte de Kambises.



CAPITULO XI

Tres días antes de la época fijada para el viaje de Nitetis, Rodopis invitó á ir para Náukratis gran número de personas, entre ellas Kresos y Giges.

Los dos amantes habían convenido encontrarse en el jardín, durante el banquete protegidos por la noche y por la esclava. Cuando Melita se hubo cerciorado de que la conversación entre los convidados estaba en su período de mayor animación, abrió la puerta é hizo que pasara el príncipe al jardín, y condujo á su encuentro á la amorosa niña, luego se apartó para evitar que les sorprendiera algún intruso y quedó en avisarles palmoteando.

—Tan sólo tres días más te veré junto á mí—murmuró Sapfó.—¿Sabes? A veces me parece que ayer te ví por primera

vez; pero generalmente se me figura que hace una eternidad que me perteneces, y que te he amado desde que vivo.

—También yo creo siempre que te poseo desde que existo, pues no puedo imaginar que jamás haya vivido sin ti.

—¡Ojalá hubiese pasado ya el tiempo de la separación!

—¡Oh! cree que pasará más pronto de lo que te figures. Aguardar nos parecerá ciertamente largo, larguísimo: mas cuando volveremos á estar juntos, vamos á figurarnos que apenas acabamos de decirnos adiós. Así me ha sucedido cada día. Ansiosa aguardé la mañana por verte, pero cuando ésta llegaba, y estabas tú al lado mío, creía que no me había separado de ti, y que tu mano descansaba desde el día anterior en mi cabeza.

—Y sin embargo, cuando pienso en la hora de la separación, se apodera de mí una zozobra que antes no conocía.

—A mí no me asusta tanto. Cierto que mi corazón manará sangre cuando me darás tu adiós: pero sé que volverás y que no me olvidarás. Melita quiso preguntar al oráculo si me permanecerás fiel: también deseaba ir á casa de una vieja que acababa de llegar de Frigia, y sabe adivinar durante la noche por medio de cuerdas tirantes. Para ello y para las purificaciones, necesita de incienso, estoraque, galletas en forma de media luna, y hojas de espinos silvestres ²⁰⁷. Pero yo he rechazado todo esto, porque mi corazón sabe mejor que Pitia, que las cuerdas y el humo del sacrificio, que tú me permanecerás fiel y me amarás siempre.

—Y tu confianza no te engaña.

—Con todo no quedé sin recelo porque, como suelen las niñas, hasta cien veces he inflado una hoja de amapola, y luego la he dado un golpe. Cuando produjo chasquido me regocijé exclamando: no te olvidará. Mas cuando la hoja se rompió sin ruido alguno me afligí; pero casi siempre dió el resultado apetecido, de modo que más á menudo tuve ocasión de alegrarme que de entristecerme ²⁰⁸.

—Y así debes continuar.

—Sí; he de seguir así. Pero habla más bajo, querido mío, para que no nos oiga Knakias que va por agua al río.

—Hablaré bajo, así, y apartando tus sedosos csabellos, te diré al oído: te amo. ¿Me has comprendido?

—Lo que á uno le gusta oír, dice mi abuela, lo entiende fácilmente: mas aun cuando me hubieras dicho al oído: «te aborrezco,» tu mirada habría gritado con mil exaltadas voces que me amas. El mudo lenguaje de los ojos es más elocuente que todas las lenguas de la tierra.

—Si supiera hablar la hermosa lengua de los helenos como tú, entonces te explicaría...

—¡Oh! prefiero que no hables mejor, pues si supieras decirme todo lo que sientes, creo que me mirarías en los ojos con menos cariño. ¿Qué son, al fin, las palabras? ¿Oyes ese rui señor? El don de la palabra no le cupo en suerte, y sin embargo, creo que le entiendo.

—¿Quieres confiármelo? Me gustaría saber lo que Bùlbùl (así llamamos nosotros al rui señor,) tiene que concertar con su novia, allá en el bosque de rosales. ¿Puedes descubrirme lo que dice el pájaro?

—Te lo diré bajito. Filomele le canta á su esposo: *te amo*, y su respuesta es: *ilis, ilo, ilis 209*. Fijate si no.

—¿Y que significa: *ilo, ilo!*

—Lo acepto, lo acepto.

—¿Y ese *ilis!*

—Para entenderle exactamente, se ha de interpretar con arte. *Ilis* es un círculo: el círculo significa, según me enseñaron, la eternidad, pues no tiene principio ni fin. Por esto el rui señor canta: «Lo acepto, lo acepto por toda la eternidad.»

—¿Y si ahora yo te digo *te amo!*

—Te responderé como el cantor de la noche, con júbilo: «Lo acepto para hoy, para mañana, para la eternidad.»

—¡Qué noche! ¡cómo todo descansa y calla! Ya no oigo ni al rui señor que ahora está allí en la acacia, cuyas flores en racimos despiden aroma tan suave. Las copas de las palmeras se reflejan en el Nilo, y entre ellas resplandece la imagen de la luna, cual blanco cisne.

—Y sus rayos prenden con hebras de plata cuanto vive. Por esto el mundo entero yace inmóvil y en profundo silencio, cual mujer cautiva. Contenta como estoy, no podría ahora reír, ni mucho menos hablar en voz alta.

—Pues habla bajo ó canta.

—Tienes razón. Dame la cítara. Déjame reclinar la cabeza

en tu pecho y te cantaré, quedo, muy quedo, una cancioncita de paz. Alkman, el lidio, cuando vivía en Esparta, la compuso para celebrar el sosiego de la noche. Oyela atento... el suave canto que adormece, debe sonar muy quedo. No me des más besos ahora; no me beses más hasta que haya acabado; entonces yo misma te pediré un beso en recompensa:

«Duermen las cimas de las altas montañas,
 »duermen las rocas en el mar adormecido,
 »duermen los barrancos y tropel de las hojas
 »y el gusano que engendró la tierra nutridora.
 »Los animales silvestres se amodorran,
 »dormita el enjambre de industriosas abejas
 »y duermen en las aguas del purpúreo mar
 »los terribles engendros de las saladas honduras,
 »y los veloces pajarillos
 »y las aves en el colgante nido.»

—Ahora; venga un abrazo.

—Oyéndote me olvido de besarte, si besando me olvidaba de escuchar.

—¡Traidor!... ¿No es linda mi canción?

—Bella como todo lo que cantas.

—Y componen los grandes poetas griegos.

—También en esto soy de tu parecer.

—¿No tenéis cantores en Persia?

—¡Cómo tal pregunta! ¿Un pueblo que blasona de nobles sentimientos, podría menospreciar el canto?

—¡Tenéis costumbres tan malas!

—¿Cuáles?

—¡Tomáis por esposas á tantas mujeres!

—¡Sapfo mía!

—¡No vayas á entenderme mal! Mira; te quiero tanto que sólo deseo verte feliz y compartir contigo toda la existencia. Si tomándome por única esposa, pecas contra las costumbres de tu país, si por tu fidelidad han de despreciarte, ó al menos censurarte (que no hay quien se atreva á despreciar á mi Bardiya,) toma en buen hora otras mujeres, pero antes déjame poseerte sola dos ó tres años. ¿Quieres, Bardiya?

—Sí, lo haré.

—Y luego, cuando haya pasado mi época, y tú debas conformarte con la costumbre de tu país, pues por amor no te casarás con otra, déjame quedar en tu compañía, como tu primera esclava. ¡Oh! mi imaginación se finge magnífico este proyecto. Cuando vayas á la guerra, yo ceñiré tus rizos con la tiara, y tu cuerpo con la espada, y pondré las lanzas en tus manos. Cuando vuelvas victorioso, seré la primera en coronarte. Si sales á caza, te calzaré las espuelas; si á un banquete, he de ataviarte y untarte, y tejeré coronas de pobo y rosas para tu frente y hombros. Herido, te he de cuidar; enfermo, me tendrás siempre á tu lado; contento y satisfecho, me retiraré para regocijarme de lejos con tu gloria y tu felicidad. Tal vez entonces me llares, y tus besos me dirán que estás contento de tu Sapfó, y la quieres todavía.

—¡Oh Sapfó! ¡Ojalá fueras hoy mismo mi esposa! ¡Quien posea tan grande tesoro como yo en tí, ha de guardarlo sin buscar otros, harto pobres si se le comparan! Quien te ame á tí no amará otra alguna. Verdad que en mi país es costumbre tener muchas mujeres, pero esto es sólo tolerado, no prescrito por ley alguna. Mi padre tuvo cien esclavas, pero no más de una esposa verdadera, propia, legítima: nuestra madre Kasandana.

—¿Y seré yo tu Kasandana?

—No, Sapfó mía; lo que tú serás para mí no lo fué esposa alguna para su esposo.

—¿Cuándo vendrás por mí?

—Cuando pueda y me sea permitido.

—Esperaré resignada.

—¿Recibiré yo noticias de tí?

—Te escribiré largas cartas y encargaré saludos para tí á todos los vientos.

—Hazlo, amada mía. Las cartas entrégalas al emisario que llevará de cuando en cuando á Nitetis noticias de Egipto.

—¿Dónde le encontraré?

—En Náukratis dejaré un encargado que cuidará de cuanto le remitas. Con Melita nos concertaremos para los demás pormenores.

—Podemos fiarnos de ella, porque es prudente y fiel; mas

cuento todavía con otra amiga que, después de ti, es la persona que más me quiere, y á quien yo quiero más después de ti.

—¿Te refieres á tu abuela Rodopis?

—A mi buena ama y maestra.

—¡Noble mujer! Mi tutor la tiene por la más excelente; conoce á los hombres como el médico las hierbas y raíces; sabe que en unos se esconde fuerte veneno, y hace de otras bálsamo de salud. Muchas veces Kresos compara á Rodopis con una rosa que despide fragancia y da aceite que alivia á los enfermos débiles, aunque se marchita y deshoja y aguarda tranquila el viento que ha de disiparla.

—¡Oh! viva mil años, amado mío. Concédeme otra merced.

—Tenla por concedida antes de manifestarla.

—Cuando me lleves á tu país no dejes en Egipto á Rodopis. Debe seguirnos. Es tan buena y me quiere tanto, que es su dicha cuanto me complace, y le parece digno de cariño cuanto yo amo.

—Será el primer huésped de nuestra casa.

—¡Cuán bueno eres! Ahora estoy enteramente satisfecha y tranquila. La buena anciana necesita de mí; no puede vivir sin mí, sin su hija. Con mi risa ahuyento sus pesares. Cuando se sienta á mi lado para darme lección, cuando me canta coplas y me enseña á manejar el cálamo, ó cómo se pulsa la lira, entonces irradia su frente luz más pura, y se desvanecen los surcos de su frente que labró el pesar, sonríen sus ojos y olvida el triste pasado para gozar del presente.

—Le preguntaré antes de separarnos si nos querrá acompañar á mi lejano país.

—¡Qué feliz soy! ¿Sabes que el tiempo de la separación no me parece terrible, ni siquiera al principio? Ahora, mi esposo y señor, podré confiarte cuanto me aflija ó llene de gozo, aunque con todos los demás deba guardar silencio. Has de saber, pues, amado mío, que mientras vosotros vais á vuestro país, nosotras esperamos aquí á dos pequeños huéspedes, que son los hijos del buen Fanes, de aquel hombre en cuyo favor tu amigo, el hijo de Kresos, ha hecho una acción tan noble. Yo cuidaré siempre de los niños como una

madre, y en premio de su bondad, les referiré unos lindos cuentos de un príncipe, gallardo héroe, que escogió por esposa á una niña de la clase llana; y cuando luego describa el aspecto que ofrecía el príncipe y joven héroe, tú estarás delante de mis ojos con toda claridad, y sin que los dos chicos lo noten, te describiré de pies á cabeza. Mi héroe tendrá tu alta estatura, le adornarán tus dorados rizos, bajo su frente lucirán tus azules ojos, y la real magnificencia de tus vestidos realzará también su lozana figura; tu noble corazón, tu alma leal y sincera, el respeto de los dioses que te adorna, tu bizarría y heroísmo; en fin, todas las cualidades que en ti amo y aprecio, las tendrá el héroe de mi poema. ¡Cómo me escucharán los niños! Y cuando exclamen: «¡Oh, cuánto amamos al príncipe! ¡Qué hermoso y bueno es! ¡Oh, si pudiésemos ver al noble joven!» entonces les estrecharé cariñosa contra mi corazón, y les besaré como te he besado á tí, y el deseo de los niños se habrá cumplido también, porque reinando tú en mi corazón, vives en mí, cerca de ellos, y abrazándome á mí, te abrazarán también á tí.

—Yg, en cambio, explicaré á mi hermanita Atosa todo lo que he visto en mi viaje. Enalzando la gracia de los griegos, la esplendidez de sus obras, la belleza de sus mujeres, describiré tu linda figura, cual imagen de la adorada Afrodite. No me cansaré de hablarle de tu virtud, de tu belleza y de tu modestia; de tu canto, cuya armonía mueve á escucharla al mismo ruiñeñor; de tu amor, de tu cariño. Todo esto trasladaré de tí á la divina figura de Kipris, y besaré á mi hermana cuando exclame: «¡Oh, Afrodite, si pudiera verte!»

—¿Qué es eso? ¿oyes? La palmada del vigilante. Adiós; debemos separarnos hasta vernos pronto de nuevo.

—¡Otro beso!

—¡Adiós!

Melita, rendida por la edad y el cansancio, se había dormido en su puesto de vigilancia, cuando un gran rumor la arrancó de su sueño. Inmediatamente dió una palmada para avisar á la pareja y llamar á Sappó, conociendo por las estrellas que el alba no estaba lejos.

Cuando la vieja con su pupila se acercó á la casa, com-

prendió que aquel ruido que acababa de despertarla, procedía de los huéspedes que se disponían á retirarse.

Dándole prisa, introdujo á la espantada niña en la casa por la puerta de detrás, llevóle á su dormitorio, y se preparaba á desnudarla cuando entró Rodopis.

—¿Todavía estás levantada, niña?—preguntó.—¿Qué significa esto?

Melita tembló y asomaba ya una mentira á sus labios, cuando Sappó arrojóse en brazos de su abuela, y estrechándola cariñosamente y besándola con ternura, le contó sin reserva la historia de su amor.

Rodopis se puso pálida.

—Déjanos—dijo á la esclava con voz imperiosa.

Luego se colocó frente á su nieta, y poniendo sobre los hombros de ésta ambas manos, dijo:

—Mírame en los ojos, Sappó. ¿Puedes mirarme todavía de la misma manera alegre é infantil, que antes de la llegada de aquel persa?

La niña, risueña y alegre, miró á su abuela. Entonces Rodopis la abrazó apretándola contra su pecho y besándola dijo:

—Desde que dejaste los pañales, mi continuo afán ha sido hacer de ti una joven digna preservándote del amor. Disponíame ya á elegirte un esposo conveniente y darte por esposa suya según la costumbre helénica ²¹⁰, mas los dioses lo han decidido de otra manera. Eros se burla de las vallas que se le oponen, la ardiente sangre eolia ²¹¹ que corre en tus venas, ha clamado por amor, el ardiente corazón de tus abuelos palpita también en tu pecho. Contra lo hecho no hay remedio. Conserva, pues, las horas de gozo de este tu puro amor primero, cual preciosa alhaja en tu memoria, porque más pronto ó más tarde el presente de todo sér humano es tan seco y ruín, que necesita de semejantes tesoros de recuerdos para no marchitarse. Piensa secretamente en el hermoso joven, dile adiós cuando regrese á su país, pero guárdate bien de esperar que volverás á verle. El ánimo de los persas es ligero y variable; todo lo nuevo les atrae, todo lo extranjero lo acogen con los brazos ²¹² abiertos. Tu donaire y tu carácter han gustado al príncipe. Ahora arde por ti, mas

es joven; hermoso, muy pretendido y persa. Abandónale tú, para que no te abandone á ti.

—¿Cómo abandonarle, abuela? ¿No le he jurado eterna fidelidad?

—Vosotros los niños jugáis con la eternidad cual si fuese un instante. En cuanto á tu juramento no has hecho bien en prestarlo; pero me place que lo mantengas. Detesto ese adagio frívolo, que dice que Zeus no oye los juramentos de los enamorados. ¿Por qué la divinidad habría de hacer menos caso del juramento prestado por el más sagrado afecto del hombre, que de una promesa relativa á mezquinas cuestiones sobre lo mío y lo tuyo? Cumple, pues, lo prometido; no olvides jamás tu amor, pero acostúmbrate á la idea de renunciar á la persona del amado.

—¡Jamás, abuela! Bardiya no hubiera llegado á ser mi amigo, si no pudiese yo tener confianza en él. Precisamente porque es persa y estima la veracidad como su más bella virtud, puedo esperar confiada que tendrá presente su juramento, y que ha despecho de la mala costumbre de los asiáticos me hará su única mujer.

—Y si se olvida de su juramento, pasarás tu juventud mísera y triste, con el corazón envenenado.

—¡Oh, buena abuela querida! ¡Cesa de decir cosas tan terribles! Si le conocieras como yo le conozco, te regocijarías conmigo y creerías, como yo creo, que el Nilo puede agotarse y desplomarse las pirámides, antes que engañarme Bardiya.

Con tal seguridad y persuasiva confianza hablaba, con tanto calor y dicha brillaron cuajados de lágrimas sus negros ojos, que también el rostro de la anciana recobró su serenidad.

Sapfó echó otra vez los brazos al cuello de su abuela, repitiéndole una por una las frases de su novio, y terminó su largo discurso exclamando:

—Abuela mía, soy tan dichosa y feliz, que si vas con nosotros á Persia, no tengo más que pedir á los inmortales.

—Harto pronto les dirigirás otra vez tus preces—suspiró Rodopis.—Con envidiosa mirada contemplan la felicidad de los mortales, y nos deparan lo malo con largueza y lo bue-

no con escasez. Ahora ve á acostarte y reza conmigo para que todo acabe en bien. Saludé por la mañana á una niña, y doy ahora á una doncella las buenas noches. ¡Ojalá me beses con la misma alegría cuando casada! Mañana hablaré con Kresos acerca de vosotros. De lo que él me diga dependerá que pueda concederte alguna esperanza del regreso del persi; ó deba conjurarte á que olvides al príncipe para ser pronto la esposa de un heleno de mi elección. Duerme bien, querida nieta, descansa tranquila; tu vieja abuelita vela por ti.

Sapfó se durmió arrullada por felices ensueños, mas Rodopis tenía aun los ojos abiertos, ora sonriendo, ora frunciendo las cejas, cuando amaneció y salió el sol.

A la mañana siguiente Rodopis mandó recado á Kresos suplicándole le concediera una hora.

Sin ambages narró al anciano lo que había sabido por Sapfó, y terminó su narración con estas palabras:

—Ignoro qué prendas deben adornar en Persia á la esposa de un príncipe, pero puedo decirte que Sapfó me parece digna del primer monarca del mundo. Es hija de padre libre y noble, y oí decir que según vuestras leyes, sólo el padre determina el linaje del hijo. También en Egipto los descendientes de una esclava poseen los mismos derechos que los de una princesa, si son de un mismo padre *viz*.

—Te escuché sin interrumpirte—contestó Kresos,—y he de confesar que tampoco sé en este momento, si puedo alegrarme de este amor ó si he de lamentarlo. Kambises y Kasandana, la madre de Bardiya y del rey, deseaban casar al príncipe ya antes de nuestro viaje. Hasta hoy el rey no ha tenido descendencia alguna. Si quedase sin hijos, la única esperanza de continuar la estirpe de su padre Kiros, descansaría en Bardiya, porque el gran fundador de la nación persa no tuvo más que dos hijos: Kambises y el amante de tu nieta. Este último es el orgullo de los persas, el favorito de la corte y del país, la esperanza de empleados y súbditos, tan bello como generoso, tan virtuoso como amable. Se exige, es cierto, de los príncipes reales que casen con mujeres de su propia familia, la de los ajemenidas, pero los persas tienen extraordinaria afición á todo lo extranjero y, encantados por la hermosura de tu nieta, indulgentes con ella por el amor

de Bardiya, perdonarían luego la infracción de la antigua costumbre, amen de que toda acción que el rey aprueba, no admite ya objeción alguna por parte de los súbditos. La historia irania, además, ofrece bastantes ejemplos de esclavas que parieron reyes ²¹⁴. La madre del soberano, que goza de una autoridad casi igual á la de éste, no opondría obstáculos á la felicidad de su hijo más joven y favorito. Cuando vea que Bardiya no quiere desprenderse de Sappó; cuando observe que el risueño semblante del adorado retrato de su gran esposo difunto se pone sombrío, entonces para volver á verle alegre, no se opondrá al enlace aunque quisiera aquél casarse con una escita. Rogado oportunamente por su madre, Kambises tampoco negará su asentimiento.

—Pues entonces, todas las dificultades están allanadas — exclamó Rodopis gozosa.

—Lo que me causa inquietud no es el enlace, mas lo que seguirá.

—¿Crees que Bardiya?..

—De su parte nada temo. Tiene el corazón puro y ha permanecido tanto tiempo sin conocer el amor, que ahora, una vez rendido, amaré con ardor y constancia.

—Pero...

—Pero has de considerar que, aun cuando todos los hombres recibiesen con júbilo á la graciosa novia de su favorito, hay en los harenes de los grandes de Persia mil mujeres ociosas que procurarán con empeño mortificar á la joven intrusa con toda suerte de intrigas y artimañas, cuyo mayor gozo será perder y hacer infeliz á la inexperta niña.

—¡Mala opinión tienes de las mujeres persas!

—Son mujeres y envidiarán á la que supo conquistar al hombre que todas habían deseado para sí ó para sus hijas. La envidia, en la desocupación y el ocio que reina en las habitaciones del harén, se convierte fácilmente en odio; desahogarlo ha de ser para aquellas pobres una compensación á su falta de amor y libertad. Sappó, lo repito, cuanto más bella, más expuesta estará á malélicas intrigas, y aunque la ame entrañablemente Bardiya, y no tome otra esposa durante los primeros años, habrá de pasar horas tan amargas que

realmente no sé si puedo felicitarte por el porvenir, en apariencia brillante, de tu nieta.

—Lo mismo siento yo. Un simple heleno me habría gustado más para yerno, que ese noble hijo de un gran rey.

En aquel momento entró Bardiya, introducido por Knakias. Imploró de la anciana que no le negara la mano de su nieta, describió su ardiente amor á ésta y aseguró que Rodopis aumentaría su dicha si quisiera ir con él á Persia. Luego tomando la mano de Kresos, pidióle perdón por haberle llamado por tantos días, á él, su paternal amigo, lo que alborozaba su alma. Rogábale también que apoyara su pretensión.

Sonriendo oyó el anciano las apasionadas frases del joven y dijo:

—¡Cuántas veces, mi Bardiya, te puse en guardia contra el amor! Fuego es que abrasa.

—Pero sus llamas son brillantes, luminosas.

—El amor es causa de dolor.

—¡Pero dolores tan dulces!

—Atolondra.

—Pero fortifica.

—¡Oh!... ¡el amor!—exclamó Rodopis.—¿No habla el muchacho inspirado por Eros, como si en toda su vida hubiese tenido por maestro á un hablista ático?

—Yo—repuso Kresos,—tengo á los enamorados por los más indóciles discípulos. Ya puede demostrárseles cuanto se quiera que su amor es veneno, fuego, locura, muerte; á pesar de todo exclamarán: ¡pero es tan dulce! y seguirán impertérritos amando.

En esto vino Sapfó. Una túnica blanca festoneada con bordados de púrpura y de anchas mangas, envolvía sus tiernos miembros en sus holgados pliegues que reunía en torno de las caderas un cinturón de oro. Llevaba prendidas de su peinado rosas acabadas de coger, y lucía en su pecho la fulgente estrella, primer regalo del novio.

Con pudoroso donaire dirigió al anciano una reverencia.

Esta la miró fijamente largo rato. ¡Cuanto más contemplaba el lindo rostro virginal, más se alegraba el suyo! Acudieron á su mente ciertos recuerdos, y por un instante se rejuveneció. Con esto fuese hacia la joven involuntariamente,

besóla en la frente con cariño y la llevó hacia Bardiya diciendo:

—Tómala; ha de ser tu esposa, aunque todos los ajemenidas se juntaren contra nosotros.

—¿Y conmigo no contáis para nada?—preguntó Rodopis con lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios.

Entonces Bardiya cogió la derecha de la anciana y Sápfo la izquierda, y ambos fijaron en su rostro la mirada suplicante. Conmovida é irguiéndose como soberbia profetisa, exclamó:

—Que Zeus, Apolón y Eros, que os han juntado, os amparen. Cual dos rosas en un mismo tallo, os veo florecer amantes y felices en la primavera de la vida. Se oculta en el seno de los dioses, lo que os traerán el verano, el otoño y el invierno. Sonrían contentas las sombras de tus difuntos padres, mi Sápfo, cuando esta nueva de tu dicha llegue á ellos á orillas del Aqueronte.

Tres días después, el embarcadero de Sais estaba de nuevo atestado de inmenso y apiñado gentío. El pueblo se reunía allí para despedir á la hija egipcia, Nitetis, que partía á extranjero país. Vióse en aquel instante que á pesar de las intrigas de los sacerdotes, los egipcios estimaban mucho á sus reyes.

Cuando Amasis y Ladike llorando abrazaron por última vez á Nitetis; cuando en presencia de los saitas y estando ya en la gran escalera del río, Tajot echó sus brazos al cuello de la hermana, sollozando; cuando el barco que llevaba á la despedida novia real se alejó con hinchadas velas... entonces, pocos ojos permanecieron enjutos.

Sólo los sacerdotes contemplaron el conmovedor espectáculo, graves y fríos como siempre.

También, por fin, los barcos de los extranjeros que se llevaban á la egipcia, fueron empujados por el austro, y seguidos de execraciones y denuestos. La princesa que se quedaba, continuó largo rato agitando el pañuelo tras la que se iba, y llorando sin cesar. Mas, ¿derramaba su llanto por

la compañera de su juventud ó por el hermoso príncipe á quien quería?

Amasis abrazó, en presencia del pueblo, á su esposa é hija, y tomando en brazos el niño Nejo, su nieto, mostróle al pueblo que viéndole prorrumpía en gritos de júbilo. Psamtik, el padre del niño, estaba silencioso y con los ojos enjutos al lado del rey, que parecía no le hacía ningún caso. Luego acercósele Neithotep, el supremo sacerdote, y conduciéndole casi contra su voluntad hacia su padre, colocó su mano en la del rey y en alta voz invocó la bendición de los dioses sobre la real casa.

Mientras oraba, los egipcios permanecieron arrodillados levantando las manos al cielo. Amasis dió un abrazo á su hijo, y cuando el sacerdote hubo terminado su plegaria, le dijo en voz baja:

—Guardemos la paz entre nosotros, para nuestro bien y el de Egipto.

—¿Has recibido aquella carta de Nebenjari?

—Un pirata samio persigue la triera de Fanes.

—Allá va sin protesta la hija de tu antecesor, la legítima heredera del trono egipcio.

—La construcción del templo helénico de Menfis quedó suspendida.

—Isis nos dé paz, y la dicha y prosperidad se extiendan sobre Egipto.

Los helenos residentes en Egipto habían preparado una fiesta en Náukratis, en honor de la embarcada hija de su protector Amasis.

En los altares de los dioses griegos se inmolaron numerosas víctimas, y cuando las barcas del Nilo llegaron al puerto, sonó un atronador *ailinos*.

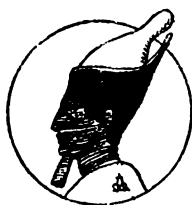
Jóvenes adornadas con sus atavíos de fiesta presentaron á Nitetis un aro de oro que, como corona nupcial, iba envuelto en mil olorosas violetas ²¹⁵.

Sapfó, como más bella entre las jóvenes de Náukratis, hubo de entregar la corona á la despedida princesa.

Nitētis, aceptando el regalo, besó agradecida la frente de la donadora, y luego subió á la triera que la aguardaba.

Los remeros pusieron manos á la obra entonando el KELEUSMA 216. El viento del Sur hinchó las velas y, por segunda vez, oyóse el *ailinos* proferido por miles de bocas. Desde la cubierta del barco real, Bardiya hizo á su novia las últimas señas de amoroso saludo. Sappó imploraba en voz baja á Afrodita Euploia, la patrona de los navegantes. Las lágrimas humedecían sus mejillas, pero en sus labios asomaba una sonrisa de esperanza y amor, mientras la vieja esclava Melita, que sostenía el parasol de la joven, lloraba desesperada. Cuando de la guirnalda que ornaba la frente de su pupila, cayeron por casualidad unas cuantas hojas, olvidó por un momento su aflicción y dijo en voz baja á Sappó:

—Bien se nota, corazón mío, que sientes amor, pues todas las niñas que pierden hojas de sus coronas tienen el corazón flechado por Eros 217.





CAPITULO XII

Siete semanas más tarde cruzaba por la carretera real ²¹⁸ que conducía á Babilón desde el Occidente, un largo convoy de coches y jinetes de diferentes clases, en dirección á la gigantesca ciudad, visible á gran distancia.

En uno de los vehículos de cuatro ruedas, que decían *harmámaxa* ²¹⁹, con muchos dorados y tapices de brocatel y oro, y que podía cerrarse con cortinas, bajo el techo que sostenían columnas de madera, iba sentada Nitetis, la princesa egipcia.

Junto al coche cabalgaban formando su séquito, nuestros conocidos los nobles persas, y el destronado rey de Lidia con su hijo.

Seguíanles cincuenta carros y seiscientas acémilas, prece-
diendo á la comitiva un destacamento de soldados persas en
soberbios corceles.

La carretera se extendía á lo largo del Eufrates, por entre
lozanos campos de trigo, cebada y sésamo ²²⁰, que rendían
dos y hasta tres veces centuplicadas las sementeras. Esbel-
tas palmeras con pesadas támaras se veían aquí y allá en los
campos atravesados en todas direcciones por bien manteni-
das acequias y canales ²²¹. El sol, aunque en invierno, res-
plandecía ardiente y fúlgido en un cielo sin nubes. En el cau-
daloso río, barcos grandes y chicos pasaban cargados con los
productos de la meseta armenia al llano mesopotámico, trans-
portando de Tápsakos ²²² á Babilón la mayor parte de las
mercancías procedentes de Grecia y del Asia menor. Rega-
dos los campos y las plantaciones ribereñas, salpicados de
numerosas aldeas; todo advertía al viajero la proximidad de
un estado de civilización antigua y de esmerada administra-
ción.

Enfrente de una casa muy ancha, construída de ladrillos y
embadurnada de negro asfalto ²²³ con plátanos á una y otra
parte, paró el coche y el séquito de Nitetis. Kresos se hizo
apear de su caballo, acercóse al carruaje de la princesa egip-
cia y dijo á ésta:

—Llegamos á la última posta. La elevada torre que se di-
buja á lo lejos en el horizonte, es el célebre templo de Bel,
una de las más colosales obras que, como vuestras pirámi-
des, erigió la mano del hombre. Antes de ponerse el sol, lle-
garemos á las bronceadas puertas de Babilón. Permíteme que
te haga bajar del coche y mande tus sirvientas á la casa. Hoy
debes vestírte con el traje de princesa persa, para agradar á
Kambises. En breve te hallarás ante tu esposo. ¡Qué pálida
estás! Procura que tus mujeres alegren tu rostro pintándote
con fingido arrebol. La primera impresión es á menudo la
que decide. Esta antigua experiencia no puede ser nunca tan
verdadera como tratándose de tu futuro esposo. Si le gustas
en el primer encuentro, de lo que no dudo, puede ser que
hayas ganado su corazón para siempre; si le desagradas hoy,
es probable, dado su genio áspero, que no te conceda jamás

una mirada amable. ¡Animo, hija mía, ánimo! Ante todo practica las reglas de conducta que te di.

Nitetic enjugó una lágrima y respondió:

—¿Cómo podré mostrarme bastante agradecida á tu bondad, oh Kresos, mi segundo padre, mi protector y consejero? ¡Oh! no me abandones tampoco en adelante; ¡sé siempre como durante este largo viaje por desfiladeros peligrosos, mi guía y amparo cuando el camino de mi pobre vida me conduzca por congojas y pesares! ¡Gracias, padre mío, mil gracias!

Esto diciendo la joven echó sus brazos alrededor del cuello del anciano y le besó en la boca como cariñosa hija.

Cuando entró en el patio de la casa oscura, le salió al encuentro un hombre seguido de multitud de sirvientas asiáticas. El hombre, jefe de los eunucos ²²⁴ y amo de los principales empleados de la corte persa, era alto y corpulento. Su rostro imberbe sonreía dulcemente; de sus orejas colgaban preciosas arracadas; sus brazos y piernas, cuello y vestidos largos como los de una mujer, estaban recubiertos de cadenas y anillos de oro; y las rígidas guedejas, que ceñía una cinta de púrpura, exhalaban perfumes penitentes.

Con respeto inclinóse Bogues (así se llamaba el eunuco,) ante la egipcia, y puesta en los labios su mano regordeta y cargada de sortijas, dijo:

—Kambises, el soberano del mundo, me envía á ti, ¡oh reina! para que refresque tu corazón con el rocío de sus saludos. Te envía, además, por mí su ínfimo esclavo, las vestiduras de las mujeres persas, para que tú, como conviene á la esposa del más grande de los reyes, te acerques á la puerta de las ajemenidas en traje medo. Estas mujeres, sirvientas tuyas, esperan tus órdenes. De esmeralda egipcia te convertirán en diamante pérsico.

Bogues se retiró, y con una seña dió permiso al posadero para ofrecer á la princesa, como regalo de bienvenida, una cestita de frutas, dispuesta con mucha elegancia.

Nitetic dió las gracias á ambos con algunas amables frases; entró en la casa, depuso con lágrimas los atavíos de su país, y dejó deshacer la larga trenza que llevaba al lado izquierdo como insignia de las princesas egipcias ²²⁵, para dejarse vestir por manos ajenas según el estilo medo.

Entretanto, sus compañeros de viaje mandaron servir una comida. Presurosos criados sacaron de los carros mesas, sillas y vajilla de oro; los cocineros se afanaron en ayudarse mutuamente con tal prisa y buena voluntad, que como por encanto tuvieron delante de sí los hambrientos viajeros, una mesa bellamente adornada, hasta con flores.

Con igual lujo se hizo el largo viaje, pues en las acémilas que seguían á los príncipes, se traía cuanto la mayor comodidad requiere, desde la impermeable tienda de brocado hasta el escabel de plata, y en los carros del convoy iban formando el séquito de sirvientes, no ya panaderos, cocineros, coperos y trinchantes, sino también perfumistas, adornistas y peluqueros.

Había además en la carretera, cada cuatro leguas, una posada con todas las condiciones apetecibles. Aquí se suplían los caballos caídos durante el viaje, más allá ofrecían refugio contra el bochorno del mediodía frondosas arboledas, y en el invierno estas posadas con sus encendidos hogares preservaban de la nieve y el frío.

Las posadas persas, parecidas á nuestras postas, debían su crecimiento y origen al gran Kiro, que procuró acortar las enormes distancias de su imperio colosal por medio de buenas carreteras. También estableció un servicio regular de correos. En cada posta los valijeros hallaban otros (dispuestos para reemplazarles con caballos de refresco,) quienes partían con toda velocidad con la valija, y la entregaban á su vez en la próxima posada, á otro conductor pronto también á marchar. Llamaron á estos correos *angares*, y eran tenidos por los más rápidos jinetes del mundo ²²⁷. Cuando los comensales, á los que se agregó Bogues el eunuco, alzaron los manteles, abrióse de nuevo la puerta de la posada y lanzaron los persas una prolongada exclamación. Tenían delante á Nitetis vestida con el precioso traje de la corte meda, soberbia y convencida de su irresistible belleza, pero teñidas las mejillas de virginal rubor ante la admiración de sus amigos.

Sin darse cuenta de ello, prosternáronse á su presencia los criados, según la costumbre asiática, y le hicieron una reverencia profunda y respetuosa los nobles ajemenidas. Pareció que, con la sencilla túnica de su país, depuso también la

princesa toda timidez, y que al ponerse aquellas prendas de seda con oro y piedras preciosas, revistióse igualmente del orgullo y altivez propios de una reina. El profundo homenaje de respeto que acababan de tributarle, la satisfizo al parecer, y dando con la mano muestras de deferencia, dió las gracias á los amigos asombrados, y luego dirigiéndose al jefe de los eunucos ²²⁷ con altiva afabilidad le dijo:

—Te has portado bien. No estoy descontenta de los vestidos, ni de las esclavas que me proporcionaste. Sabré recomendar tu circunspección á mi esposo. Por de pronto toma esta cadena de oro en señal de mi agradecimiento.

El omnímodo capataz de las mujeres del rey besó el vestido de su reina, y recibió el regalo en silencio. Con semejante orgullo no le había tratado aun ninguna de las confiadas á su vigilancia. Hasta entonces todas las mujeres de Kambises habían sido asiáticas; y éstas, conociendo la omnipotencia del jefe de los eunucos, solían granjearse su benevolencia con sumisión y zalamerías.

Bogues se inclinó otra vez profundamente ante Nitetis; mas ésta, sin hacer caso de él, dirigióse á Kresos y le dijo en voz baja:

—A ti, bondadoso amigo, no te puedo pagar con palabras ni con regalos lo que has hecho por mí, pues sólo á ti deberé que mi vida en esta corte sea si no feliz, apacible al menos.

Luego añadió en voz más alta, inteligible para los demás circunstantes:

—Acepta esta sortija, que desde la salida de Egipto no se ha separado de mi mano. Su valor es pequeño, pero grande su significación. Pitágoras, el más noble de todos los helenos, la dió á mi madre al pasar por Egipto para oír las sabias lecciones de nuestros sacerdotes; y mi madre me la dió al despedirme de mi patria. En esta sencilla turquesa figura un siete, número absolutamente indivisible que representa la salud del cuerpo y del espíritu ²²⁸, pues nada hay más indivisible que la salud. Cuando padece la más pequeña partícula del cuerpo, el cuerpo entero enferma: cuando una sola idea mala se anida en nuestro corazón, la armonía del alma entera se perturba. Dígate este siete, cada vez que lo mires,

lo que deseo para ti: el goce indiviso, imperturbable del bienestar físico, y larga duración á esa amable dulzura que te hace el más virtuoso, y por ende el más sano de los hombres. Nada de gracias, padre mío, pues yo quedaré deudora tuya aun cuando pudiera volver á Kresos los tesoros de Kresos.—Tú, Giges, toma esta lira lidia de marfil, y cuando sus cuerdas resuenen acuérdate de la dadora.—A ti, Zópiros, te ofrezco esta cadena de oro porque ví que eres el más fiel amigo de tu amigo, y nosotros los egipcios colgamos lazos y cordones de las lindas manos de nuestra diosa del amor y de la amistad, la hermosa Hator, como símbolos de su atractiva naturaleza.—A ti, Daríos, el amigo de la sabiduría egipcia y del cielo estrellado, te entrego este siete de oro en el cual descubrirás el zodiaco grabado en el metal por una mano perita ²²⁹.—Tú, Bardiya, mi querido cuñado, obtendrás la alhaja más preciosa que poseo. Toma este amuleto de pedrería azul ²³⁰. Mi hermana Tajot me la puso al cuello, cuando por última vez, antes de acostarme, le dí las buenas noches besando sus labios. Me dijo que este talismán proporcionará á los que le lleven dulce felicidad de amor. Lloraba al dármele, Bardiya. Ignoro en quién pensaba la pobrecita, pero creo corresponder á sus deseos, poniendo la joya en tus manos. Piensa que Tajot te lo presenta, por mí su hermana, y acuérdate alguna vez de nuestros juegos en los jardines de Sais.

Hasta aquí habló en griego, mas luego se dirigió á la servidumbre que esperaba á respetuosa distancia, y dijo en persa chapurrado:

—Recibid también vosotros mis dones. En Babilón os entregarán mil estáteres de oro ²³¹. Te ordeno, Bogues—añadió, dirigiéndose al eunuco,—procure distribuirlos pasado mañana á más tardar, entre los sirvientes. Acompáñame á mi carruaje, Kresos.

El anciano se apresuró á cumplir este deseo, y mientras conducía á Nitetis hacia el vehículo, ésta apretando contra su pecho el brazo de aquél, le dijo en voz baja:

—¿Estás contento de mí, padre mío?

—Te aseguro, hija—contestó el anciano,—que serás la primera en esta corte, después de la madre del rey, pues en tu frente reside el verdadero orgullo de reina, y posees el arte

de hacer mucho con poco. Créeme, un pequeño regalo, escogido y presentado como tú sabes hacerlo, depara más satisfacción al generoso, que montones de oro arrojados á sus plantas. Dar y recibir ricos regalos es costumbre de los persas. Ellos saben enriquecerse mutuamente; tú les enseñarás lo que deben hacer para lograr la felicidad. ¡Qué hermosa eres! ¿Estás cómoda, ó quieres más altas almohadas? Pero, ¿qué es eso? ¿No ves las nubes de polvo que se levantan desde la ciudad? ¡Tente erguida, niña! Ante todo, procura sostener la mirada de tu esposo y corresponder á ella. Pocos hay que resistan los rayos de sus ojos. Si consigues mirarle impávida y resueltamente á la cara, habrás vencido. Animo, ánimo, ¡hija mía! Adórnate Afrodita con su más seductora belleza. A caballo, amigos; páreceme que el rey viene hacia nosotros.

Nitetis se hallaba sentada en el dorado coche erguida y apretándose el corazón con las manos. La polvareda iba acercándose cada vez más. Ora brillaban á través de ella como los rayos en tempestuoso cielo, los fúlgidos reflejos del sol, quebrándose en las armas de los que venían; ora se rasgaba la nube y se divisaban disúntas las figuras. A veces desaparecía la cercana comitiva tras los espesos matorrales de las revueltas del camino, y luego, á la distancia de cien pasos, viéronse con palpable claridad los jinetes que galopando se acercaban cada vez más.

Ya parecía la cabalgata, abigarrada multitud de caballos, hombres, púrpura, oro, plata y joyas. Más de doscientos jinetes, montados todos en blanquísimos corceles, con jaeces cuajados de campanillas y abolladuras de oro, plumas, borlas y bordados ²³², seguían á un hombre caballero en poderoso bruto negro, que á veces parecía vencer al jinete, aunque más á menudo éste mostraba al indómito y espumante animal, con fuerza gigantesca, que era hombre para domeñar su briosa arrogancia. El tal caballero, cuyos poderosos muslos comprimían al caballo haciéndole temblar jadeante, traía puesto un manto con dibujos de escarlata y blanco, sembrado de águilas y halcones bordados de plata ²³³. Sus vestidos interiores eran de púrpura, y sus botas de cuero amarillo. Ceñía sus caderas un cinturón de oro, en el cual iba metida una daga corta como un puñal, con puño y vaina incrustados de

piedras preciosas. El resto de su atavío parecíase al de Bardiya. También su tiara estaba rodeada de la faja azul y blanca de los ajemenidas. Debajo de la misma brotaban espesos rizos negros como el ébano. Poblada barba, de igual color, ocultaba toda la parte inferior del rostro. Sus facciones eran páliditas é inmóviles; tenía los ojos, empero, más negros que su cabello y barba, y henchidos de fuego; no ardientes, abrasadores. Una cicatriz profunda y roja, huella del sablazo de un guerrero masageta, surcaba la elevada frente, la gran nariz corva y los delgados labios del jinete. En todo su porte se veía el sello de una fuerza soberana y de una soberbia sin límites.

Nitetis no sabía apartar los ojos de la figura de aquel hombre. Nunca había visto otro igual. En aquel semblante de extremada soberbia, creía descubrir la quinta esencia de la virilidad. Le parecía que el mundo, y especialmente ella misma, había sido creado para servir á semejante hombre. Temíale, y sin embargo, su humilde corazón femenino deseaba poderse enlazar al hombre robusto, como la vid al olmo. No acertaba á darse cuenta de si había de imaginarle padre de todo lo malo, el terrible Set, ó dispensador de toda luz, el gran Rá.

En su rostro alternaban, cual luz y sombra cuando al medio día del cielo se cubre de nubes, encendido rubor y profunda palidez. Se olvidó de las lecciones de su paternal amigo, y sin embargo, cuando Kambises obligó al indómito jadeante corcel á estarse quieto al lado del coche, miró sin pestañear los ojos de fuego de aquel hombre, que comprendió era el rey aunque nadie se lo dijera.

El rígido semblante del soberano de medio mundo se puso tanto más amable, cuanto más ella sostuvo su penetrante mirada, animada por maravilloso instinto. Por fin, le dirigió con la mano un saludo de bienvenida, y fuese hacia su comitiva que se había apeado. Unos se prosternaron ante su rey, y otros le hicieron profunda reverencia, ocultando las manos, según costumbre persa, en las mangas de sus vestidos.

Luego el rey bajó de su caballo, y en el mismo momento apeáronse todos los de su séquito. Los extiende-alfombras que le seguían, colocaron, con la rapidez del pensamiento, una



Kambises

gruesa manta de púrpura sobre la carretera para que los reales pies no hubieran de hollar el polvo del camino, y al poco rato Kambises saludó á sus amigos y parientes ofreciéndolas su boca para besarla.

Luego dió un apretón de manos á Kresos, y le mandó volviera á montar para acompañarle, en calidad de intérprete, al carruaje de Nitetis.

Los primeros ministros acudieron para colocar al rey en su silla; éste hizo una seña, y el convoy se puso otra vez en marcha.

Kresos trotaba al lado de Kambises junto al dorado coche.

—Es bella y agrada á mi corazón—dijo el persa al anciano lidio.—Ahora tradúceme fielmente lo que responderá á mis preguntas, porque no entiendo otras lenguas que la persa, la asiria y la meda.

Nitetis había entendido estas palabras. Un inefable deleite se apoderó de su corazón, y antes que Kresos pudiera contestar al rey, ella dijo ruborizada en voz baja y en chapurrado persa:

—¿Cómo mostraré mi gratitud á los dioses que me han hecho caer en gracia á tus ojos? No estoy por completo ignorante de la lengua de mi señor, pues este noble anciano me ha instruído durante nuestro largo viaje, en el dialecto persa. Dispensa si puedo contestar sólo con frases truncadas. Mi aprendizaje fué corto, y mi inteligencia es la de una pobre doncella poco instruída ²³⁴.

Kambises, siempre tan severo, sonrió. Su vanidad se sentía lisonjeada por el afán de Nitetis de conquistar su benevolencia, y la aplicación de una mujer le pareció tan rara como loable, acostumbrado á ver las mujeres creciendo en la ignorancia y haraganería, y pensando únicamente en atavíos é intrigas. Así es que contestó con visible satisfacción:

—Me gusta poder hablar contigo sin intermediario. Continúa esforzándote en aprender la hermosa lengua de mis padres. Mi comensal Kresos seguirá en adelante siendo tu maestro.

—Dichoso me haces con semejante mandato—dijo el anciano,—pues no podía dejar discípula más agradecida ni más aplicada que la hija de Amasis.

—Ella confirma la antigua gloria de la sabiduría egipcia —repuso el rey,— y pienso que comprenderá también en poco tiempo, y acogerá en su alma las doctrinas de los magos que la instruirán en nuestra religión.

Nitetic bajó los ojos. Lo que había temido, se acercaba: en lugar de los dioses egipcios, debería servir en adelante á los dioses ajenos.

Kambises no notó la intensa conmoción de la joven, y prosiguió:

—Mi madre Kasandana te iniciará en los deberes de mis esposas. Yo mismo te presentaré mañana. Lo que oíste sin querer, te lo repito ahora: places á mi corazón. Procura que este agrado continúe. Intentaremos hacerte grato este país, y ya que soy tu amigo, te doy el consejo de tratar con afabilidad á Bogues, que mandé á tu encuentro, pues en muchas cosas le habrás de obedecer porque es el superior de la casa de las mujeres.

—Aun cuando esté al frente de la casa de las mujeres— respondió Nitetic,— me parece que á tu propia esposa, ningún mortal, si no tú, debe mandar. Obedeceré á tus menores señas; mas considera que soy hija de rey, que vengo de un país en donde la débil mujer comparte los derechos del fuerte varón, y que en mi pecho, señor, también reina el orgullo que veo fulgurar en tus ojos. A ti, el grande, mi esposo y soberano, obedeceré como esclava; pero no puedo solicitar la gracia del más afeminado mancebo, de un criado venal, ni tampoco obedecer á las órdenes que pretendiera darme.

El asombro y la benevolencia de Kambises iban creciendo. No había oído expresarse en tales términos á mujer alguna, más que á su madre, y la manera discreta con que Nitetic reconocía inconscientemente, y hacía constar su poder, satisfacía el amor propio del soberano. La soberbia gustaba al soberbio. Asintiendo á lo dicho por la doncella con un movimiento de cabeza, contestó:

—Tienes razón, te señalaré una habitación especial. Yo sólo te diré cómo debes portarte. La apacible casa de los penitentes será alhajada hoy mismo para ti.

—¡Gracias, mil gracias!— exclamó Nitetic.— ¡Oh! ¡si supieran cuán dichosa me haces con tal concesión! Tu buen her-

mano Bardiya nos contó de esos jardines muchas cosas, y ninguna de las maravillas de tu vasto imperio nos gustó tanto como el amor de aquel rey que mandó elevar esta reverdeciente montaña.

—Mañana podrás ocupar tu nueva morada. Ahora d' me si te han gustado mis mensajeros.

—¿Cómo puedes preguntarlo? ¿Quién podría conocer á este noble anciano sin quererle? ¿Quién no admirará las prendas de los jóvenes héroes tus amigos? Todos se han granjeado los afectos de nuestra casa. Tu gallardo hermano conquistó especialmente todos los corazones. Los egipcios no gustan de extranjeros: mas cuando Bardiya se mostró, oyóse un murmullo de admiración en la asombrada muchedumbre.

A estas palabras de la princesa, el rey frunció las cejas. Dando á su caballo un fuerte latigazo que le hizo encabritar, volvió grupas, galopó al frente de su séquito, y en pocos minutos alcanzaba las murallas de Babilón.

A pesar de que Nitetis, como egipcia, estaba acostumbrada á ver construcciones grandiosísimas, quedó admirada de la gigantesca extensión y magnificencia de aquella inmensa ciudad.

Sus murallas parecían inexpugnables por completo, pues su altura era de cincuenta varas, y tan grande su anchura que dos carros podían pasar cómodamente á la vez. Doscientas cincuenta torres elevadas coronaban y protegían aquel inmenso baluarte. Se hubieran, empero, echado de menos más ciudadelas á no estar Babilón flanqueada por pantanos impenetrables. La ciudad gigantesca elevábase en ambas orillas del Eufrates, siendo su circunferencia de más de nueve leguas, y los muros que la rodeaban defendían tales edificios, que en dimensiones aventajaban á las mismas pirámides, y á los templos de Tebas y Menfis ²³⁵.

La puerta por la cual el convoy regio entró en la ciudad, había abierto de par en par sus hojas de bronce de cincuenta varas de alto, para dar paso á los encumbrados personajes. La entrada estaba protegida á cada lado por una torre fortificada, delante de la cual se elevaba á manera de guardia un gigantesco toro alado de piedra, ostentando una ca-

beza humana, grave y barbuda ²³⁶. Nitetis contempló admirada aquella puerta de gigantes, y vió con alborozo las largas calles de la gran ciudad que en su honor lucía las más hermosas galas de fiesta.

Cuando se presentaron el rey y el dorado coche, la apiñada muchedumbre prorrumpió en estrepitosas aclamaciones, que se convirtieron en algazara atronadora interminable, cuando el pueblo distinguió á su favorito Bardiya que regresaba de su viaje. Hacía mucho tiempo que el pueblo no había visto á Kambises, porque según costumbre meda, el rey se presentaba raras veces en público. Invisible como la deidad había de reinar, y su aparición ante la multitud era para ésta como una festividad. Así es que aquel día todo Babilón había salido á la calle para ver y saludar al temido monarca y al príncipe querido. Todas las ventanas estaban ocupadas por mujeres curiosas que echaban flores á los pies de los soberanos, y derramaban esencias aromáticas sobre sus cabezas. Cubrían el suelo hojas de arrayán y de palmera; verdes árboles de toda clase se alzaban hasta las puertas; alfombras y mantos colgaban de las ventanas, y de una á otra casa, guirnaldas de flores. Olor de incienso y sándalo embalsamaba el aire, y en apretadas hileras á ambos lados del camino, miles de absortos babilonios vestidos con camisas de tela blanca, sayas de lana abigarradas y muy corias tenían en las manos largos bastones coronados de granadas, pájaros ó rosas de oro, ó bien de plata ²³⁷.

Todas las calles por que pasó el convoy eran anchas y rectas; las casas construídas con ladrillos, altas y vistosas ²³⁸. Sobre todas ellas, descollaba visible desde cualquier punto de la ciudad, el templo gigantesco del dios Bel con su inmensa escalera, que se extendía por fuera del edificio redondo ó turriforme, y compuesto de pisos que iban achicándose conforme eran más altos. En torno de ellos se enroscaba la escalera como enorme serpiente, dando ocho vueltas anchísimas hasta la cúspide que contenía el verdadero santuario ²³⁹.

El convoy iba acercándose al regio alcázar ²⁴⁰, cuyas dimensiones correspondían al vastísimo trazado de toda la ciudad. Cubrían las murallas, circuito del palacio, figuras de todos colores, vidriadas y representando en rara confusión hom-

bres, aves, mamíferos y peces, cacerías, guerras y solcnes procesiones. Hacia el Norte y á lo largo del río, elevábanse los pensiles ²⁴¹, y al Este y á la otra margen del Eufrates, otro castillo real menor que el primero, con el cual comunicaba mediante la maravillosa fábrica de un sólido puente de piedra.

La comitiva pasó las puertas de bronce de las tres murallas que circuían el palacio. Detuviéronse los caballos de Nitetis, los porta-escabeles la ayudaron á bajar del coche. La joven hallóse ya en su nueva patria, y bien pronto en los aposentos del harén, donde debía habitar interinamente.

Kambises, Bardiya y sus amigos nuestros conocidos, rodeados de cien funcionarios con vestidos relumbrantes, estaban todavía en el patio cubierto de pintarrajadas alfombras, cuando se percibieron agudos gritos de mujeres, y vióse lanzarse al patio y hacia los hombres, perseguida por varias matronas, á una hermosísima joven persa ricamente ataviada, con preciosa sarta de perlas en la espesa cabellera rubia.

Kambises atajó sonriendo en su camino á la arrebatada niña, mas ésta con hábil movimiento se escabulló, y poco después ciñendo el cuello de Bardiya, reía y lloraba al par en sus brazos.

Las mujeres que la seguían se prosternaron á respetuosa distancia, y como Kambises observara que la niña no cesaba de prodigar sus caricias al hermano recién llegado, dijo:

—¡Avergüénzate, Atosa, de lo que estás haciendo! Piensa que llevas ya arracadas ²⁴², y has dejado por tanto de ser niña. Nada tengo que decir porque te alegre el regreso de tu hermano, mas ni aun en la mayor alegría debe olvidar una princesa el decoro. Date prisa, pues, en volver á reunirte con tu madre... ¡allí veo á tus ayas!... díles que te dejo sin castigo, porque este es día de júbilo. Mas si otra vez te introduces en este vedado recinto, diré á Bagues que te encierre por doce días. Tenlo presente, retozona. Dí á madre que voy á verla con Bardiya. Dame un beso. ¿No quieres?... ¡Ah! ¡traviesa!...

Esto diciendo, el rey corrió hacia la niña. Con la izquierda cogióle ambas manos, y apretó tanto que ella gritaba de dolor, y con la derecha echóle atrás la bella frente y la besó

aunque se resistía. Luego la hermana fuese corriendo y llorando hacia sus ayas y á su habitación.

Cuando Atosa hubo desaparecido, Bardiya dijo á su hermano:

—Cogiste demasiado fuerte á la pobre muchacha, Kambises; el dolor la hizo gritar.

El rey frunció las cejas, mas contuvo la brusca respuesta que asomaba á sus labios, y dirigiéndose á la casa dijo:

—Vente ahora á ver á madre, que me rogó te llevara inmediatamente después de tu llegada. Las mujeres, como siempre, rabian por verte. Nitetis me dijo que has hechizado también á las egipcias con tus rubios cabellos y tus rosadas mejillas. Suplica á tiempo á Mitra ²⁴³ que te otorgue perpetua juventud, y te preserve de las arrugas de la vejez.

—¿Quieres significar con esto—preguntó Bardiya,—que no poseo prenda alguna de las que adornan á las personas de más edad?

—No explico mis palabras á nadie. Ven.

—Más yo te suplicaré me proporciones ocasión de mostrarte que no soy inferior á ningún persa en varoniles virtudes.

—Las aclamaciones de los babilonios habrán podido mostrarte que no te son necesarias las hazañas, para lograr el aprecio de todos.

—¡Kambises!

—Vamos ahora. Estamos abocados á una guerra contra los masagetas. En ella tendrás ocasión de demostrar lo que puedes y lo que eres.

Pocos minutos después, Bardiya hallábase en los brazos de su madre ciega, que palpitante el corazón, aguardaba á su hijo predilecto, esperado con tanta ansiedad. Al oír por fin su voz, y al tocar con ambas manos su amada cabeza, lo olvidó todo, y gozándose en la presencia del recién venido, no hizo caso alguno de su hijo primogénito, del omnipotente rey, que con amarga sonrisa contemplaba cómo se desbordaba sobre su hermano menor la caudalosa fuente del maternal cariño.

Desde su infancia Kambises vió cumplido siempre el menor de sus deseos; su menor seña equivalía á una orden. Por esto no sufría contradicciones y se abandonaba fácilmente á

la cólera, pronto excitada cuando uno de sus súbditos (otros hombres no conocía,) osaba contradecirle. Kiros, su padre, el poderoso conquistador de medio mundo, cuyo grande ingenio había elevado el pequeño pueblo de los persas á la cumbre de terrenal grandeza, granjeándose el respeto de innumerables tribus sojuzgadas; aquel Kiros no supo practicar en el pequeño círculo de su familia el sistema de educación que con tal éxito empleara en la conquista de grandes naciones²⁴⁴. Considerando ya al niño Kambises como futuro rey, impuso á sus súbditos la obediencia ciega al príncipe, olvidando que quien viene destinado á mandar, debe primero aprender á servir.

La esposa de su corazón y de su juventud, Kasandana, dióle primero Kambises, luego tres hijas más, y al cabo de quince años Bardiya. Mucho tiempo hacía que el primogénito se había abstraído á las caricias paternas, cuando el hijo menor vino al mundo á conquistar para sí cuanto esmero y cuantos cuidados reclama la tierna infancia. Como fuese el rezagado, lindísimo, sensible y afectuoso, llegó á ser para sus padres cual las niñas de sus ojos, y le prodigaron la más ardiente solicitud, el más vivo cariño, mientras hubo de contentarse Kambises con las esmeradas consideraciones que usaban para con él. En muchas guerras se distinguió por su bravura y bizarría el heredero del trono, pero altivo, imperioso en sus modales, sólo supo ganarse amedrentados siervos; en cambio Bardiya, afable y afectuoso, hizo de sus compañeros amigos predilectos. El pueblo, en fin, á Kambises le temía y le temblaba en su presencia, á pesar de los ricos dones que solía prodigar, y á Bardiya, de apacible condición, lo amaba viendo en él, el retrato del difunto Kiros, padre de su pueblo.

Kambises sabía perfectamente que era imposible comprar aquel afecto, que en todas partes tributaban con espontáneo impulso á su hermano. No le odiaba, sin embargo; sólo sentíase molestado al ver que sin haber probado su valía con sus actos, fuese el joven estimado y querido por todos los persas, cual héroe y bienhechor. Lo que no le gustaba, lo tenía por injusto, y lo que tenía por injusto, había de censurarlo, siendo su reprobación terrible desde su infancia, aun para los más grandes.

Las entusiastas aclamaciones con que recibió el pueblo á Bardiya, las ardientes muestras de cariño de su madre y hermana, y especialmente los calurosos elogios que le tributara Nitetis, infundieron á Kambises tales celos, como nunca sintiera su orgulloso corazón. Quedó de Nitetis prendado. Aquella hija de poderoso monarca que se sometía por completo á su grandeza, y altiva como él, desdeñaba lo pequeño, aquella mujer que, por granjearse su afecto, se tomó la molestia de aprender el idioma persa; aquella joven de alta estatura, cuya belleza especial, medio egipcia, medio griega (pues griega era su madre,) embargó su admiración como algo nuevo y nunca visto; aquella mujer le había causado impresión profunda. Por esto le contrariaron los elogios prodigados á Bardiya é hirieron su ánimo propenso á los celos.

No bien hubo salido con su hermano del aposento de las mujeres, tomó una rápida resolución, y antes de separarse les dijo:

—Me pediste ocasión en que probar tu valentía. No quiero negártela. Los tapuros se han sublevado, y envé un ejército á sus fronteras. Vete á Ragas, toma el mando y muestra lo que eres y puedes.

—Gracias, hermano—dijo Bardiya.—¿Puedo llevar conmigo los amigos Daríos, Giges y Zópiros?

—No quiero negarte este favor. Portaos como valientes y no tardéis, para que dentro tres meses os vea de vuelta con el grande ejército que deberá partir en primavera para emprender la expedición de venganza contra los masagetas.

—Mañana mismo partiré.

—Pues, adiós.

—¿Quieres acceder á una súplica por si Auramazda me conserva la vida y vuelvo victorioso?

—Quiero.

—¡Oh! entonces venceré, aunque me batiera con mil hombres contra diez mil tapuros.

Los ojos del joven fulguraban: pensaba en Sappó.

—Me alegraré de que conviertas tus buenas palabras en hechos. Mas espera; aún he de decirte otra cosa. Tienes veinteaños y debes casarte, Roxana la hija del noble Hidarnes es ya casadera. Dicen que es bella y por su linaje digna de ti.

—¡Oh, hermano mío! no me hables del matrimonio. Yo...

—Tú debes tomar mujer, pues yo no tengo hijos.

—Eres joven y no quedarás sin prole. Tampoco digo yo que no quiera casarme jamás, mas ahora precisamente, no te enfades, cuando he de probar mi valor, no quiero oír hablar de mujeres.

—Entonces habrás de casarte con Roxana cuando regreses del Norte. Pero te aconsejo que te la lleves contigo á campaña. El persa, suele combatir mejor, si además de sus alhajas, tiene que defender á una hermosa en su campamento.

—Dispénsame de cumplir este mandato, hermano mío. Por el alma de nuestro padre, te conjuro á que no me castigues dándome por compañera á quien no conozco ni quiero conocer. Da la Roxana á Zópiros que gusta de mujeres; dásele á Daríos ó á Besos, que son parientes de Hidarnes; yo sería desgraciado con ella...

Rióse Kambises é interrumpiendo á su hermano, exclamó:

—Quien te oyese, diría que has dejado de ser persa para volverte egipcio. Verdaderamente me arrepiento de haber enviado á país extranjero á un muchacho como tú. No estoy acostumbrado á que me contradigas, y una vez acabada la guerra, no aceptaré excusa de ningún género. Ahora no me importa nada que vayas á la guerra sin mujer, porque no quiero imponerte nada que pueda poner en peligro tu virilidad, según tu opinión. Por lo demás, me parece que has de tener algún otro motivo secreto para rehusar mi fraternal propuesta. Lo sentiría por ti. Ahora vete con Dios. Después de la guerra, no admitiré contradicción alguna. Ya me conoces.

—¡Oh! después de la guerra, tal vez yo mismo te pediré lo que ahora no quiero aceptar. Si es criminal hacer la infelicidad de alguno, es imprudencia también imponer á la fuerza la dicha. Agradezco tu indulgencia.

—No la pongas á prueba muy á menudo. ¡Qué contento pareces! Voy á creer que estás enamorado, y desprecias á las demás mujeres, por amor á la dama de tu corazón.

El rostro de Bardiya se encendió de rubor, y cogiendo á Kambises la mano, contestó:

—No indagues más por ahora. Repito que te doy las gra-

cias y adiós. ¿Me permitirás que después de despedirme de madre y de Atosa, me despida también de Nitetis?

Kambises se mordió los labios y clavó en Bardiya penetrante mirada. Creyendo observar en su rostro cierto embarazo, le dijo en tono seco y amenazante:

—Dete prisa en salir al encuentro de los tapuros; mi esposa no necesita ya de tu amparo... ahora ya tiene otros guardianes.

Con estas palabras volvió la espalda á Bardiya, y relumbrante con el oro y púrpura y piedras preciosas de sus vestidos, fuese á la sala donde aguardábanle sus generales, sátrapas, jueces, tesoreros, escribas, consejeros, eunucos, porteros, introductores de embajada, camareros, ayudas de cámara, escanciadores, caballerizos, jefes de caza, médicos de palacio, jefes de policía, ojos y oídos del rey ²⁴⁵, y mensajeros de todas clases.

Precedíanle heraldos con bastones; seguía multitud de porta-abanicos y escabeles, pajes de litera, criados con alfombras y secretarios que apuntaban en el acto la más pequeña orden de su señor, y toda concesión, recompensa ó fallo, no bien eran pronunciados, á fin de remitirlos para su ejecución á los empleados respectivos.

En medio del salón, alumbrado por la claridad del día, estaba puesta la dorada mesa, que apenas podía sostener el peso de la vajilla de oro y plata, copas y fuentes en elegantes hileras. Más preciosa era todavía y costaba tal vez millones, la que había en otra mesita, en la inmediata habitación, cerrada por cortinas de púrpura. En esta mesita solía comer el rey, oculto á las miradas de todos tras las cortinas, desde donde él podía, en cambio, abarcar con la mirada el salón entero y los más insignificantes gestos de sus comensales ²⁴⁶. Contarse en el número de éstos se tenía por el más grande honor que cabía ambicionar, y aun también era singular merced, de la cual podía vanagloriarse el favorecido, recibir una porción de la comida real.

Cuando Kambises entró en el salón, casi todos los presentes se prosternaron. Sólo los individuos de su familia, que se distinguían por la cinta azul y blanca de sus tiaras, se limitaron á saludarle haciendo una respetuosa reverencia.

No bien el rey hubo tomado asiento á su mesa, sentáronse los comensales, y empezó una gran comilona. Sacáronse animales enteros asados, y luego una vez satisfecho el apetito, se sirvieron las más raras golosinas. Con el tiempo llegaron á hacerse célebres, aun entre los griegos, los postres de los persas 247.

Al terminar, vinieron los esclavos á limpiar la mesa de los restos de la comida, y trajeron otros gigantescos cántaros de vino. El rey salió de su cuarto para sentarse á la cabecera de la mesa grande. Numerosos escanciadores llenaron con profusión las copas de oro, no sin catar antes el vino en prueba de que no contenía veneno, y pronto empezó una de aquellas orgías en que el mismo Alejandro Magno olvidaba la templanza y la amistad.

Kambises estaba aquel día en extremo taciturno. Había surgido en su ánimo la sospecha de que Bardiya amaba á su nueva esposa. ¿Por qué se negó el mancebo á casarse con una joven bella y distinguida, contra toda costumbre, y oponiéndose al cumplimiento de un deber necesario, puesto que Kambises no tenía hijos, deber discutido muchas veces? ¿Por qué quiso ver de nuevo á Nitetis antes de salir contra los tapuros? ¿Por qué se ruborizó al formular aquella súplica? ¿Por qué le había tributado tantos elogios la egipcia, antes de ser interrogada?

—Bueno es que se marche; no ha de robarme también esa mujer—pensaba el rey.—Si no fuese mi hermano, le detestaba al país de donde no se vuelve.

Después de media noche alzáronse los manteles. Bogues, el jefe de los eunucos, pareció para conducirle al harén, al que solía ir Kambises á aquella hora, cuando no se lo impedía la borrachera.

—Fedima te aguarda con impaciencia—dijo el eunuco.

—Deja que aguarde—contestó el rey.—¿Cuidaste del arreglo del palacio de los pensiles?

—Mañana estará habitable.

—¿Qué aposentos se han destinado á la egipcia?

—La antigua habitación de la segunda esposa de tu padre Kiros, la malograda Amitis.

—Está bien. Nitetis debe ser tratada con el mayor respe-

to; tú mismo no le darás otras órdenes que las que te encargue especialmente para ella.

Bogues se inclinó.

—Procura que nadie, incluso Kresos, hable con ella, antes que mi... hasta nueva orden.

—Kresos habló con ella esta noche.

—¿Qué pretendía de mi esposa?

—No lo sé, porque no entiendo el griego, pero oí repetir varias veces el nombre de Bardiya, y creo que la egipcia ha recibido una mala noticia. Su semblante era muy triste cuando pregunté por sus órdenes después de haber salido Kresos.

—Que Angramaiños corrompa tu lengua—murmuró el rey, volviendo las espaldas al eunuco y siguiendo á los porta-antorchas y ayudas de cámara que le acompañaron á sus aposentos á desnudarle.

Al mediodía siguiente Bardiya marchó con sus amigos y numerosa servidumbre hacia la frontera tapúrica. Kresos acompañó á los jóvenes héroes hasta las puertas de Babilón. Antes de darles el último abrazo, Bardiya dijo en voz baja á su anciano amigo:

—Si el mensajero de Egipto trajese en su valija una carta para mí, mándamela.

—¿Sabrás leer los caracteres griegos?

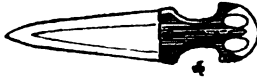
—Giges y Eros me ayudarán.

—Nitetis, á la que he enterado de su viaje, te saluda y dice que no te olvides de tus amigos egipcios.

—Ciertamente que no lo haré.

—Así te guarden los dioses, hijo mío. Sé clemente, como tu padre, con los revoltosos, que no se han sublevado por soberbia, sino por el bien más hermoso que posee el hombre, la libertad. Piensa, también, que vale más hacer beneficios que derramar sangre, pues la espada mata, pero la bondad y clemencia del soberano hacen á los hombres felices. Termina

la guerra tan pronto como puedas, porque pervierte la naturaleza. En la paz, los hijos sobreviven á sus padres; en la guerra los padres sobreviven á sus hijos. Pasadlo bien, jóvenes héroes, y regresad victoriosos.





CAPITULO XIII

Kambises pasó la noche sin poder dormir. Con los celos, que no sintiera hasta entonces, creció el deseo de poseer á la egipcia á quien no le era lícito aún llamar esposa suya, porque según la ley persa, el rey sólo podía casarse con extranjera cuando se hubiera ésta formalizado con los usos iranos, y adoptado la religión de Zoroastro ²⁴⁸.

Según la ley, Nitetis habría necesitado un año entero ²⁴⁹ para hallarse en condiciones de ser la esposa de un príncipe persa; ¿pero qué significaba la ley para Kambises? La consideraba personificada en su propia persona, y decía que bastarían tres meses para que Nitetis comprendiera todas las doctrinas de los magos, y pudiera celebrar sus bodas con él.

Sus restantes mujeres le parecían ya odiosas y hasta repugnantes. Desde su más temprana juventud había visto su casa llena de mujeres. Trajéronle doncellas hermosas de todas las comarcas de Asia; armenias ojinegras, blancas caucásicas, tiernas niñas de orillas del Ganges, gallardas babilonias, persas de dorados cabellos y muelles hijas de la llanura meda. Otras de la familia de los más nobles ajemenidas, habían concedido su mano al hijo del rey, como legítimas esposas.

Fedima, hija del noble Otanes, sobrina de Kasandana la madre del rey, había sido hasta ahora la favorita de éste, ó mejor dicho, la única que podía creerse más querida que una esclava comprada. Pero aun ésta parecía vil y despreciable al aburrido y hastiado monarca, sobre todo cuando pensaba en Nitetis.

La egipcia se le antojó dotada de mayores y más dignas prendas que todas las demás. Estas eran serviles adadoras; Nitetis, una reina. Las demás yacían prosternadas en el polvo á sus pies: á Nitetis, la imaginaba siempre erguida, tan altiva y soberbia como él. A partir de entonces, debía ocupar el puesto de Fedima, y aún pensó el rey en alzarla á la altura á que su padre Kiros alzara á su esposa Kasandana.

Ella sola podía asistirle con sus conocimientos y consejos, cuanto que las demás, ignorantes como niñas, se preocupaban sólo de atavíos y aderezos, de mezquinas intrigas é insubstanciales fruslerías. La egipcia había de quererle porque él era su solo arrimo, su señor, su padre y su hermano en país extranjero.

—Ella debe amarme—dijo para sí.

Y su voluntad le parecía al tirano equivalente á un hecho consumado.

—Obre Bardiya con cautela—añadió refunfuñando,—ó ha-

brá de probar lo que aguarda á quien se atreva á salirme al paso.

Nitetic á su vez pasó una noche agitada.

En la sala donde se reunían las mujeres contigua á sus aposentos, reinó el bullicio, la gritería y el canto hasta media noche. Con frecuencia distinguía la estridente voz de Bogues que reía y bromeaba con sus pupilas. Cuando por fin restablecióse el silencio en los espacios salones del palacio, hubo de acordarse de la remota patria y de la pobre Tajot, que anhelaría, sin duda, estar con ella y el hermoso Bardiya, quien había de partir para la guerra, y tal vez al encuentro de la muerte á la siguiente mañana, según le refirió Kresos. Luego rendida á la fatiga del viaje, durmióse para soñar en su marido. Soñó que el rey iba montado en un caballo negro, el cual asustado á la vista del cadáver de Bardiya tendido en mitad del camino, arrojó al jinete, y le arrastró hasta el Nilo, cuyas aguas empezaron á correr de súbito en oleadas de sangre. Con la angustia, clamaba la princesa pidiendo socorro, y resonaron sus gritos en las pirámides con eco prolongado, y cada vez más recio y terrible, que al fin la despertó.

—Pero, ¿qué ocurría? Aquella voz lastimera y ronca que oyera en sueños, sonaba ahora también en su despierto oído.

Abrió presurosa y de par en par los postigos de una ventana, y miró en torno suyo. Vasto y magnífico jardín, con surtidores y largas hileras de árboles, humedecido aun con el rocío de la noche, se extendía ante sus ojos ²⁵⁰. Sólo se percibía el extraño sonido que la sacaba del lecho, y aun éste acabó por disiparse en alas del viento matutino. A poco oyó á lo lejos gritos y alboroto; luego el bullicio de la gigantesca ciudad, que fuese trocando en sordo rugido, semejante al de las olas del mar en la playa.

El aire fresco de la mañana acabó de despertar sus sentidos de tal modo, que no quiso acostarse otra vez, y asomándose de nuevo á la ventana, vió á dos personas que salían de la casa que habitaba. Reconoció en una de ellas al eunuco Bogues, y era la otra una hermosa mujer que hablaba con él é iba vestida con cierto desaliño. Ambos se acercaron á la ventana. Nitetic se escondió detrás de los entreabiertos pos-

tigos con el intento de escucharles, porque le había parecido oír su nombre.

—La egipcia duerme todavía. Estará muy cansada del viaje—dijo el eunuco.

—Contéstame pronto—interrumpió la persa.—¿Crees realmente que me amenaza algún peligro por parte de la extranjera?

—Ciertamente, ángel mío.

—¿Qué te induce á sospecharlo?

—La nueva esposa no ha de obedecer á mis órdenes, y sí tan sólo á las del rey.

—¿Esto es odo?

—No, alma mía, no. Conozco al rey, y leo en sus facciones como un mago en los sagrados libros.

—Entonces debemos tratar de su perdición.

—Fácil es decirlo; pero difícil ejecutarlo, ¡paloma mía!

—Quietas las manos, insolente.

—Vaya, vaya, que nadie nos ve, y vas á necesitar de mí.

—Sea, pero dime presto lo que hay que hacer.

—¡Gracias, Fedima de mi corazón! Mira; por de pronto debemos permanecer quietos y aguardar la ocasión. Cuando se haya ido Kresos, el odioso hipócrita, que parece proteger á la egipcia, será hora de armarle una treta.

Nitētis no pudo oír más porque los dos interlocutores se alejaron largo trecho conversando. Muda de indignación, cerró el postigo y llamó á las sirvientas para que la vistieran. Ya conocía á sus enemigos; sabía los mil peligros que la rodeaban, y sin embargo, se sentía con aliento y ánimos, porque había de ser la legítima esposa de Kambises. Nunca estuvo tan complacida de su propio valer, como enfrente de tales miserables. Con pasmosa seguridad, su corazón confió desde luego en la victoria, pues creía firmemente en la fuerza mágica del bien y de la virtud.

—¿Qué significaba el horrible estruendo de la madrugada? —preguntó á la primera de las doncellas persas que la estaba peinando.

—¿Te refieres al sonido del bronce, señora?

—Hace apenas dos horas desperté asustada por extraño sonido.

—Era el bronce sonoro que despierta todas las mañanas á los hijos de los nobles, que se educan á las puertas del palacio del rey. Ya te irás acostumbrando á ese sonido. Mucho há que nosotras no lo notamos, antes por el contrario nos despierta si calla, como en las grandes fiestas la insólita quietud. En los pensiles podrás ver todas las mañanas, así en verano como en invierno, multitud de muchachos que llevan á bañar. Apenas cumplen seis años los arrancan de los brazos de sus madres, para educarlos en común con los demás de su condición, bajo la vigilancia del rey.

—¿Tan pronto les acostumbran al lujo de esta corte?

—¡Ah!... eso no; los pobres chicos lo pasan muy mal. Duermen sobre el duro suelo, y se levantan antes que amanezca. Se alimentan con agua, pan y un poco de carne. Ignoran por completo qué sean el vino y los postres. A veces han de sufrir inútilmente hambre y sed durante largos días; dicen que es para habituarlos á las privaciones. Cuando vivimos en Pargadas ó en Ekbatana ²⁵¹, pueden estar seguros de tomar baños, cuanto más intenso sea el frío, y aquí ó en Susa, cuanto más calor hace, más se les obliga á emprender fatigosas caminatas.

—Y esos niños, educados con tal sencillez y vigor, ¿se convierten luego en hombres tan crapulosos?

—Siempre acontece así: cuanto más se ayuna, más sabrosa parece luego la comida. Esos nobles jóvenes tienen delante de sí diariamente los esplendores del mundo, saben que son ricos, y sin embargo, viven en la indigencia. ¿Qué mucho, pues, que cuando los sueltan, gocen de todos los placeres de la vida con deleite mil veces mayor? Mas si se trata de ir á la guerra ó á una cacería, tampoco les rinde el hambre ó la sed; corren y saltan por el lodo tan campantes con su primoroso calzado y sus calzones de púrpura, y duermen en una roca lo mismo que en sus lechos de blanda lana arábiga. Has de ver los arriesgados ejercicios que los muchachos emprenden, especialmente cuando el rey los presencia. Kambises te permitirá, sin duda, acompañarle, si lo pides.

—Todo esto ya lo conozco. También en Egipto se obliga á la juventud, sin distinción de sexos, á los ejercicios corporales. Mis propios miembros adquirieron su agilidad merced

á la carrera, á forzadas actitudes y á los juegos de pelota y de aros.

—¡Qué rareza! Aquí (sea dicho entre nosotras,) las mujeres nos criamos como queremos, sólo aprendemos un poco á hilar y tejer. ¿Es cierto que á las más de las egipcias se les alcanza algo, incluso del arte de leer y escribir?

—Casi todas se instruyen en estos primores.

—Por Mitra, debe ser el tuyo un pueblo muy culto. Fuera de los magos y escribas, pocos persas hay que aprendan esas difíciles ciencias. A los muchachos nobles no les enseñan más que á decir la verdad, á ser obedientes y esforzados, á venerar á los dioses, á cazar, montar, cultivar árboles y distinguir las hierbas. El que quiere aprender el arte de la escritura, debe dirigirse más tarde á los magos, como ha hecho el noble Daríos. Las mujeres no pueden dedicarse á tales ciencias; antes se les prohíbe terminantemente. Ya estás lista. Esta sarta de perlas que el rey te ha mandado esta mañana contrasta bellamente con tus cabellos negros como el cuervo. ¿Osaré rogarte que te levantes? A fe que estos zapatos son anchos para tu pie. Prueba estos otros. Brillas como una diosa; pero se ve que no estás acostumbrada aún á llevar los anchos calzones de seda, y los altos tacones de las botas. Da un par de vueltas por la sala y superarás á todas las persas en la ligereza del andar.

En aquel momento llamaron á la puerta y entró Bagues, el eunuco para conducir á Nitetis á las habitaciones de la ciega Kasandana, donde la esperaba Kambises.

El eunuco se presentó como su más humilde esclavo, y deshaciéndose en un torrente de floridas adulaciones, comparando á Nitetis con el sol, el cielo estrellado, un manantial puro de felicidad y un jardín de rosas.

Nitetis no se dignó decirle una palabra siquiera, y con el corazón palpitante entró en el aposento de la madre del rey.

En las ventanas de la estancia, cortinas de verde seda india velaban la claridad del sol. Con esto se lograba cierta semi-obscuridad, muy buena para los ojos de la ciega. Gruesa y mullida alfombra, donde como en el musgo hundíanse los pies, cubría el suelo y las paredes rico mosaico de marfil, concha, oro, plata, malaquita, lapilázuli, ébano y ámbar ²⁶². Los arma-

zones de oro de los asientos, iban también cubiertos de pieles de leonas. La mesa, colocada también junto á la ciega, era de plata maciza, y precioso el sillón en que se sentaba, vestida con un traje violáceo con muy ricos bordados de plata. Envolvía su cabellera, blanca como la nieve, largo velo de finísimos encajes egipcios, que le ceñía el cuello y remataba en un gran lazo debajo de la barba²⁵³. El rostro de la ciega sexagenaria, envuelto en la mantilla como en un marco, era bien proporcionado; revelaba gran viveza de ingenio, suma bondad y ardiente amor al prójimo.

Aunque los ciegos ojos de la anciana permanecían siempre cerrados, hubiérase dicho que al abrirse habían de irradiar suavísima luz como un par de estrellas, y aún sentada por su actitud y continente la reina parecía desde luego de alta estatura. Su porte, en fin, era en todo digno de la viuda de Kiros el grande, el bueno.

A los pies de la anciana y en pequeño taburete, su hija menor Atosa, se entretenía en sacar de su huso de oro largos hilos; enfrente estaba Kambises, en pie y en el fondo de la sala medio oculto en la penumbra, el oculista egipcio Nebenjari.

Cuando Nitetis hubo pasado los umbrales de este aposento, el rey fué hacia ella y la llevó junto á su madre. La hija de Amasis se arrodilló á los pies de la venerable anciana, y besóle la mano con verdadera efusión.

—Bien venida seas—dijo la ciega, palpando con insegura mano la cabeza de la joven.—Me han hecho de ti grandes elogios, y espero que serás para mí hija cariñosa.

Nitetis besó otra vez la delicada mano de la reina, diciéndole en voz baja:

—¡Cuánto te agradezco estas palabras! ¡Oh! permíteme llamarte madre, á ti, la esposa de Kiros. Mi lengua, acostumbrada á pronunciar este dulce nombre balbucea de placer, cuando tras tantos días dice de nuevo: ¡Madre mía! ¡Ah! me esforzaré en hacerme digna de tu bondad, mas cumple á tu vez lo que tu amable rostro parece prometerme; asísteme, en este país desconocido para mí, con tus consejos y con tus lecciones; deja que halle un refugio á tus pies, cuando la nostalgia me rinda ó mi corazón sea demasiado débil para so-

brellevar sola sus pesares ó sus deleites; sé para mí, y esta palabra lo expresa todo, sé para mí una madre.

La vieja sentía caer lágrimas ardientes sobre sus manos. Tocó con sus labios cariñosos la frente de quien las vertía, y dijo:

—Comparto tus sentimientos. Mi corazón, como mi morada, estará siempre abierto para tí, y como yo te llamo *hija* con toda mi alma, llámame tú, *madre* con entera confianza. Dentro de pocos meses serás la esposa de mi hijo, y más tarde los dioses te concederán tal vez un precioso don que te hará innecesario el auxilio de una madre, sintiéndote tal á tu vez.

—Bendiga Auramazda ese instante—exclamó Kambises.—Pláceme, madre mía, que mi esposa sea grata también á tu corazón. Sé que ha de sentirse bien entre nosotros, tan pronto como conozca nuestros usos y costumbres pérsicos. Si presta atención, la boda podrá celebrarse dentro cuatro meses.

—Pero la ley... quiso replicar la madre.

—Yo mando. Dentro cuatro meses—insistió el rey,—y quisiera saber quién podrá oponerse á ello. Y ahora quedad en paz. Cuida de los ojos de la reina, Nebenjari, y si mi esposa lo permite, podrás visitarla mañana. Adiós. Bardiya os manda sus saludos. Se halla en camino en persecución de los tapuros.

Atosa enjugó una lágrima de sus ojos sin hablar palabra. Kasandana, empero dijo:

—Hubieras podido dejarnos el muchacho por pocos meses. Tu general Megabizos sabrá castigar sin su auxilio al pequeño pueblo de los tapuros.

—No lo dudo—contestó el rey,—mas Bardiya mismo deseaba una primera ocasión de distinguirse en la guerra; por esto le he enviado á campaña.

—¿No hubiera preferido él esperar la gran guerra de los masagetas, en la que podría conquistar mayor gloria?—preguntó la ciega.

—¿Y si le toca una flecha de los tapuros?—gritó Atosa,—le habrás impedido cumplir el más sagrado de los deberes de un hombre, vengar la memoria de nuestro padre.

—Cállate—dijo Kambises á su hermana,—si no quieres que te enseñe lo que sienta bien en las mujeres y en los chi-

quillos. El favorito de la fortuna, Bardiya, no morirá, y espero ha de ganarse ese amor que ahora con sobrada libertad echan á su regazo, cual limosna.

—¿Cómo puedes hablar así? ¿No adornan á tu hermano todas las virtudes del hombre? ¿Es acaso culpa suya que no haya tenido aun ocasión de señalarse en el combate, como tú?—preguntó Kasandana.—Tú eres el rey, cuyos mandatos respeto, mas debo censurar á mi hijo porque priva á su ciega madre, ignoro con qué motivo, del más dulce regalo de su vejez. Bardiya hubiera seguido gustoso con nosotros hasta la guerra de los masagetas, pero á tu capricho no le plugo así.

—Y lo que yo quiero, bien está Kambises interrumpiendo á su madre y palideciendo. No quiero oír hablar más de este asunto.

Con estas palabras salió precipitadamente de la sala y se fué á la de audiencia, camopañado de su séquito que no le dejaba nunca, donde quiera que fuese.

Hacia una hora que Kambises había salido del cuarto de su madre, y aún seguía Nitetis al lado de la amable Atosa y á los pies de la anciana.

Estas escuchaban con atención lo que les iba contando la egipcia, y no se cansaban de dirigirle preguntas sobre las cosas más notables de Egipto.

—¡Oh, cuánto me gustaría visitar tu país!—exclamaba Atosa.—Vuestro Egipto debe ser muy diferente de Persia y de cuanto ví hasta hoy. Las fértiles riberas del inmenso río, más caudaloso aun que nuestro Eufrates, los templos con el sin número de pintadas columnas, las montañas artificiales de las pirámides, en las que yacen enterrados los reyes de la más remota antigüedad... ¡Ah!... todo esto ha de ofrecer un espectáculo delicioso. Pero lo mejor para mí son vuestros convites de que participan á su antojo hombres y mujeres. Los días de año nuevo y de cumpleaños del rey, también las persas comemos en compañía de los hombres, pero entonces nos está prohibido el hablar, y aun sería indecoroso por nuestra parte levantar los ojos. Entre vosotras, ¡qué diferencia! Por Mitra, madre, que quisiera ser egipcia, porque nosotras, infelices, no somos más que esclavas miserables, y sin embargo, no dejo de sentir también en mí, que soy hija del gran

Kiros, y no menos buena que un hombre. ¿Verdad? ¿No sé acaso mandar y obedecer? ¿No siento aspiraciones á la gloria? ¿No puedo aprender á montar, á tirar el arco y la espada y á nadar, si quieren que me ejercite y robustezca?

La niña se había levantado de un brinco, y con llameantes ojos blandía el huso sin parar mientes en que se enredaba la madeja, y las hebras se rompían.

—No olvides el decoro—dijo Kasandana en tono de reprehensión.—La mujer debe someterse humildemente á su destino, más tranquilo que el hombre, y no aspirar nunca á varoniles proezas.

—Con todo, hay mujeres que viven como los hombres—replicó Atosa.—A orillas del Termodón, en Temiscira y en las márgenes del río Iris, en Komana, viven aquellas amazonas que llevaron á cabo grandes guerras, y aun hoy andan armadas como los hombres.

—¿Por quién sabes esto?

—Me lo contó mi aya, la vieja Estefanía de Sinope, que padre trajo á Pasargadas como prisionera de guerra.

—Yo te contaré mejor—dijo Nitetis.—En Temiscira y Komana hay ciertamente sinnúmero de mujeres que se arman como soldados; pero son sacerdotisas que se visten como la bélica diosa á quien sirven, para mostrar á los fieles, en sus propias formas, una efigie de la deidad. Kresos dice que nunca ha existido tal ejército de amazonas, sino que los griegos, muy propensos á formar bellas leyendas de todas las cosas, después de encontrarse con estas sacerdotisas, han hecho de las doncellas armadas de aquella diosa, toda una nación de guerreras 254.

—¡Pues entonces son unos mentirosos!—exclamó la niña desengañada.

—Ciertamente—contestó Nitetis;—para los helenos la verdad no es tan sagrada como para vosotros; pero el inventar semejantes cuentos y el referirlos á los admirados oyentes, con hermosas palabras, dispuestas en ritmos discurridos con ingenio, no lo llaman «mentira,» sino «poesía.»

—Exactamente como aquí—dijo Kasandana.—Los vates que ensalzan la gloria de mi esposo, han transfigurado y exornado maravillosamente la historia de la juventud de Kiros, sin

ser por ello tachados de mentirosos. Pero, dime, hija mía, ¿es verdad que los helenos no son más bellos que los demás hombres, y que entienden mejor todas las artes que los egipcios mismos?

—Sobre esto no me atrevo yo á juzgar. ¡Nuestras obras de arte son tan diferentes de las de los helenos! Entrando en nuestros vastísimos templos para rezar, me ha parecido siempre que debía postrarme en el polvo ante la grandeza de los dioses, rogándoles que no aplastaran al pobre gusano; mas en las gradas del santuario de Hera, en Samos, hube de levantar mis manos para dar alegremente las gracias á los dioses por haber hecho la tierra tan hermosa. En Egipto pensaba siempre, cómo me habían enseñado á creer, que la vida es sueño, que sólo en la hora de la muerte, despertamos para la verdadera existencia en el reino de Osiris. En Grecia, empero, pensaba yo, para la vida he nacido y para el gozo de este mundo que florece y brilla tan hermoso, y alegre en torno mío.

¡Ah! ¡cuéntanos más de Grecia!—exclamó Atosa,—pero primero Nebenjari debe curar los ojos á mi madre.

El oculista, hombre alto y serio, puesto el vestido blanco de los sacerdotes egipcios, practicó la cura, y después de haberle saludado Nitetis cordialmente, se retiró silencioso al fondo de la sala. En esto un eunuco entró á preguntar si Kresos podía ofrecer sus respetos á la madre del rey.

Poco después vino el anciano, y á fuer de antiguo y probado amigo de la familia real persa, fué recibido con sincera cordialidad. La vehemente Atosa abrazó al que había echado de menos tanto tiempo; la reina tendióle la mano y Nitetis le saludó como á un padre querido.

—Doy gracias á los dioses que me permiten volver á veros—dijo el ágil y robusto anciano.—A mi edad, un año más debe tomarse como inmerecida concesión de los dioses, mientras que la juventud considera la vida como cosa muy natural, como patrimonio que de derecho le pertenece.

—¡Cuánto envidio tu genio vivaz!—suspiró Kasandana.—Soy más joven que tú; pero cada nuevo día, cuya aurora ver

me niegan los dioses, me parece nuevo castigo de los inmortales.

—¿La esposa del gran Kiros es la que habla así?—preguntó Kresos.—¿Desde cuándo el ánimo y el valor han abandonado al fuerte corazón de Kasandana? Recobrarás la vista, y como yo, darás las gracias á los dioses por tu bella ancianidad. El que ha estado muy enfermo, sabe apreciar en mayor grado el valor de la salud, y la persona que ha estado ciega y recobra la vista, debe ser amigo muy especial de los dioses eternos. Figúrate al vivo, si no, las delicias de aquel momento en que por primera vez, tras luengos años, volverás á ver la clara luz del sol, los rostros de las personas queridas y la belleza de todo lo creado, y convendrás conmigo en que el placer de tal hora puede equivaler á toda una vida de noche y de ceguera *255*. Cuando estarás curada, empezará para ti, en tu vejez, una nueva juventud, y ya te oigo asentir á lo que dijo mi amigo Solón.

—¿Qué dijo éste?—preguntó Atosa.

—Dijo que Mimnermos de Kolofón *256*, quien había contado que una vida hermosa había de terminar á los sesenta años, debía enmendar sus versos, haciendo del seis un ocho.

—¡Oh, no!—dijo Kasandana,—tan larga existencia me parecería terrible, aun cuando Mitra quisiera renovar la luz de mis ojos. Sin mi esposo, paréceme que soy como viajero que va errando por el desierto sin guía ni objeto.

—¿Te olvidas enteramente de tus hijos y de este reino que has visto nacer y crecer?

—Esto no, pero mis hijos ya no necesitan de mí, y el soberano de este reino no apetece el consejo de una mujer.

Atosa cogió la mano derecha, y Nitetis la izquierda de la ciega, y la egipcia dijo:

—Por tus hijas, por nuestra felicidad debes desear una larga vida. ¿Qué sería de nosotras sin tu amparo y ayuda?

Kasandana se sonrió, y con voz apenas perceptible dijo:

—Tenéis razón, hijas mías, necesitáis de mí.

—En estas palabras reconozco á la esposa de Kiros—dijo Kresos besando el vestido de la ciega.—Dígame, Kasandana, que necesitarán de ti y pronto tal vez. Kambises es comparable al duro acero que saca chispas cuando hiere, y á ti in-

cumbe procurar que estas chispas no produzcan un incendio entre tus predilectos. Tú eres la única que puedes amonestar al rey por su carácter irascible; á ti sola considera igual á él en majestad. Si desprecia al parecer de todos, le duele tu reprobación. Así, pues, estás obligada á perseverar en tu tarea de mediadora entre el rey, el reino y los tuyos, procurando que la soberbia de tu hijo se vea humillada por tus reprobaciones severas, antes que por el castigo de los dioses.

—¡Oh! ¡si pudiera conseguirlo!—contestó la ciega.—Pero, ¡cuán pocas veces mi soberbio hijo hace caso del consejo de su madre!

—Por lo menos habrá de oírlo—repuso Kresos,—y con esto se ha ganado mucho, pues aunque no practique tus enseñanzas, éstas no dejarán de resonar en su pecho cual divinas voces, é impedirán que cometa muchas atrocidades. Yo seguiré siendo tu aliado, porque tu padre al morir me encargó que le asistiera con mis consejos, y á veces me atrevo también á oponer algunas frases severas á sus extralimitaciones. Somos las dos únicas personas de esta corte cuya censura teme. Animo, pues, y cumplamos lealmente con nuestra misión de consejeros, tú por amor á Persia y á tu hijo, yo por gratitud para con el grande hombre que un día me perdonó la vida y respetó mi libertad. Sé que te pesa no haber educado de otro modo á Kambises, pero el remordimiento tardío es veneno nocivo que conviene evitar. Enmendarse es el único remedio que aplican los cuerdos á sus errores, y no el remordimiento, pues éste consume el corazón, lo cual no sucede con la enmienda, que le hinche de noble orgullo y deja que lata á sus anchas.

—Entre nosotros, en Egipto—dijo Nitet's,—el remordimiento, es uno de los cuarenta y dos pecados mortales. «No consumirás tu corazón,» es uno de nuestros más grandes preceptos 257.

—Con tales palabras—dijo el anciano,—me recuerdas que me encargué de repartir contigo el tiempo en la enseñanza de los usos pérsicos, la religión, y la lengua de este país. Gustara de retirarme á Barene, la villa que Kiros me regaló, y descansar allí en el más apacible y ameno valle de la tierra; mas por ti y el rey, me quedo y continuaré instruyéndote en

la lengua persa. Kasandana te iniciará por ti misma en las costumbres de las mujeres de esta corte; Oropastes el supremo sacerdote ha de enseñarte la doctrina de los dioses iraníes por mandato del rey. El será tu tutor espiritual, y yo, en las cosas del mundo ²⁵⁸.

Nitētis que hasta entonces sonriera contenta, bajó los ojos y preguntó con apagada voz:

—¿Habré de renegar de los dioses de mi país á los que rogué hasta hoy, sin que dejaran nunca de complacerme?

—Puedes y debes—dijo Kasandana con firmeza,—porque la mujer no tiene otros amigos que su marido, y los dioses son los primeros, los más fieles, los más poderosos del hombre. Por esto tienes el deber de respetarlos, y así como vedas tu casa á forasteros pretendientes, debes cerrar tu corazón á los dioses y supersticiones de tu primitivo país.

—Y luego—dijo Kresos,—no se trata de privarte de la divinidad; te la dan bajo otro nombre. Del modo que la verdad es siempre la misma, bien la llames *maa* como los egipcios, ó *aletheia* como los griegos, así la esencia de Dios no cambia jamás, ni en parte alguna. Mira, hija; yo mismo, cuando reinaba, sacrifiqué con veneración sincera al helénico Apolón, sin que creyese ofender con aquel acto de piedad al dios solar Jandón. Los jonios dirigen devotas oraciones á la asiática Kibele, y ahora, hecho un persa, alzo mis manos á Mitra, Auramazda y la graciosa Anahita ²⁵⁹. Pitágoras, cuyas doctrinas conoces, ora solamente á la divinidad; la llama Apolón, porque de ella, como del dios solar helénico, parten la pura luz y las armonías, que son para él lo más elevado que existe. Jenofanes de Kolofón ²⁶⁰, por fin, se ríe de los dioses multiformes de Homero, y eleva al solio una deidad única, la Naturaleza, que crea sin cesar, y cuyos caracteres esenciales son el pensamiento, la razón y la eternidad. Todo ha nacido de ella; ella es la fuerza que persiste eternamente igual, mientras la materia de lo creado se completa y renueva en constante mudanza. El fervoroso anhelo por un sér superior á nosotros, en el que podamos apoyarnos cuando no basten nuestras propias fuerzas; la maravillosa aspiración de nuestro ánimo á poseer un discreto confidente en todos los goces y pesares; la gratitud que sentimos al contemplar este hermo-

so mundo, y los bienes que nos depara tan largamente la fortuna; todo eso lo llamamos piedad. Conserva vivo este sentimiento, pero hazte cargo de que ni los dioses egipcios, ni los griegos, ni los persas, gobiernan el mundo exclusivamente, mas todos son iguales, y una Divinidad indivisible, aunque bajo diversos nombres y figuras, rige los destinos de los pueblos y los individuos ²⁵¹.

Las dos persas escuchaban al anciano con asombro. Su poco ejercitada inteligencia no podía seguir el vuelo de las ideas de Kresos, pero Nitetis le comprendió perfectamente, y dijo:

—Ladike, mi madre, discípula de Pitágoras me enseñó algo parecido; los sacerdotes egipcios, sin embargo, califican tales ideas de sacrílegas, y llaman á sus partidarios, despreciables de los dioses. Por esto he procurado ahogar semejantes ideas en mi corazón. Mas ahora no lucharé más contra ellas. Lo que cree el piadoso y sabio Kresos, no puede ser impío. Venga Oropastes; dispuesta estoy á escuchar sus lecciones y á dejar Amón, el dios de Tebas, por Auramazda, y Hator ó Isis por Anahita. Devotamente levantaré los ojos hacia la Divinidad que comprende á todo el mundo, que hace verdear y florecer también este país, y que vierte asimismo la confortación y el consuelo en los corazones de los persas que á ella dirigen sus oraciones.

Kresos se sonrió. Había creído que á Nitetis le costaría más abandonar los dioses de su país, porque conocía el inflexible apego de los egipcios á lo tradicional y acostumbrado. Pero no se acordaba de que la madre de esta joven era helena, y que la doctrina de Pitágoras no había sido ajena á los hijos de Amasis, ni sabía que la joven tenía un vehemente deseo de conquistarse el agrado de su soberbio señor.

El mismo Amasis, aunque estimaba mucho al sabio de Samos, aunque cedía en muchas cosas al influjo helénico y merecía el nombre de egipcio liberal, habría trocado antes la vida por la muerte que sus multiformes dioses por la noción de la Divinidad.

—Eres una discípula dócil—dijo Kresos, colocando su mano sobre la cabeza de su pupila.—En recompensa te será permi-

tido todas las mañanas y tardes, hasta la puesta del sol, visitar á Kasandana ó bien recibir á Atosa en los pensiles.

Este aviso fué recibido con alborozo por la joven persa, y con mirada de agradecimiento por la egipcia.

—También os he traído de Sais—continuó Kresos,—unas pelotas y unos aros, para que podáis divertirlos á la usanza egipcia.

—¿Pelotas?—preguntó Atosa asombrada.—¿Qué hemos de hacer con esas pesadas bolas de madera? ²⁶²

—Descuida—dijo Kresos riendo.—Las pelotas á que nos referimos, son ligeras y elegantes, hechas de piel de pez, llenas de viento, ó bien de cuero. Un niño de dos años puede arrojarlas, mientras os costaría trabajo levantar una de esas bolas de madera con que se divierten los muchachos y los jóvenes persas. ¿Estás contenta de mí, Nitetis?

—¿Cómo podré demostrarte mi gratitud, padre?

—Escucha, pues, otra vez la división de tu tiempo. Por la mañana, visitarás á Kasandana para conversar con Atosa y escuchar las enseñanzas de la ilustre madre.

La ciega hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

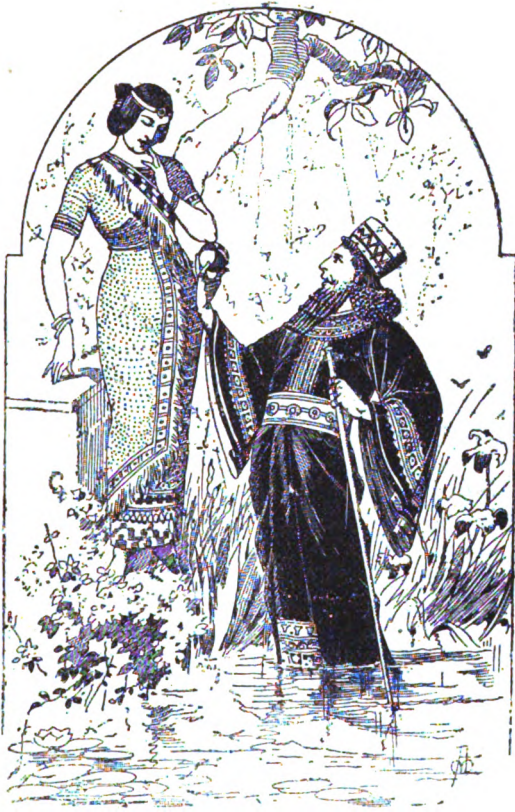
—Al mediodía vendré yo para instruirte en la lengua persa, hablándote de Egipto y de los tuyos, sino dispones otra cosa. Nitetis se sonrió.

—Día por otro, Oropastes te visitará para iniciarte en la religión de los persas.

—Me aplicaré todo lo posible para comprenderle pronto.

—Por la tarde tendrás la compañía de Atosa mientras quieras. ¿Te parece bien así?

—¡Oh, Kresos!—exclamó la joven, y besó la mano de su tutor.



CAPITULO XIV

Al día siguiente, Nitetis se alojó en la casa de campo de los pensiles, donde su vida fué monótona, pero ocupada y grata según la prescripción de Kresos.

Diariamente la llevaron en una litera bien cerrada, á ver á Kasandana y Atosa.

La ciega reina llegó á ser para ella cariñosa y muy querida madre, y la vivaracha y vehemente hija de Kiros, casi como su hermana Tajot que había dejado á orillas del lejano

Nilo. Nitetis no podía desear mejor compañía que la de la arrogante joven, pues con sus chanzas y carácter alegre, alejaba del corazón de la princesa la nostalgia y el mal humor.

La seriedad de ésta se disipaba con la alegría de Atosa, cuya vehemencia trocábase en tranquila jovialidad, al influjo del noble y templado carácter, siempre imperturbable de la egipcia.

Kresos y Kasandana estaban igualmente satisfechos de su nueva hija y discípula. El mago Oropastes se hacía lenguas cada día de las facultades y de la aplicación de la princesa. Nitetis aprendió el persa pronto y bien. El rey sólo iba á ver á su madre, cuando presumía que había de hallar á la egipcia, á quien regalaba constantemente nuevas joyas y nuevos vestidos. El favor más grande se lo hacía no visitándola nunca en su casa de los pensiles, porque con esto demostraba que su intención era que Nitetis perteneciese al corto número de sus esposas legítimas, favor escatimado á muchas hijas de príncipes, admitidas en su harén.

La bella y grave niña ejercía mágico encanto sobre aquel hombre violento é impetuoso. Parecía que su sola presencia bastaba para ablandar la rigidez de aquél. Horas enteras se pasaba contemplando el juego de los aros, sin apartar por un momento los ojos de los graciosos movimientos de la egipcia. Una vez habiendo caído al agua una pelota, saltó tras ella sin parar mientes en el pesado y precioso traje que vestía, y la sacó. Nitetis lanzó un grito al ver la inopinada y galante acción del rey. Kambises le presentó con una sonrisa el mojado juguete, y dijo:

—Ten cuidado, si no quieres que te asuste más.—Y se quitó del cuello una cadena de oro guarnecida con piedras preciosas, para regalarla á la sonrojada niña, quien le dió las gracias con una mirada que expresaba perfectamente lo que su corazón sentía por su futuro esposo.

Kresos, Kasandana y Atosa notaron muy pronto que Nitetis amaba al rey. De su temor hacia aquel hombre prepotente y soberbio, había efectivamente nacido una pasión ardiente. Creyó iba á morir si la privaban de verle. Aparecía á sus ojos tan deslumbrador y omnipotente como la misma Divinidad. El deseo de poseerle le parecía temerario y sacríle-

go, y sin embargo, la satisfacción del mismo se le presentaba más hermoso que el regreso á su país, que la reunión con los que hasta ahora había amado exclusivamente.

Ella misma no se daba cuenta cabal de esta pasión, y trataba de mantenerse en la creencia de que temía solamente á Kambises, y que temblaba de miedo, no de deseo de verle. Kresos la había comprendido pronto é hizo ruborizar profundamente á su predilecta cantándole en tono de viejo y por chanza, la novísima copla de Anacreón que Ibikos le había enseñado en Sais:

«En el anca lleva el caballo la marca hecha á hierro ardiendo. A todos los partos sin excepción, por la tiara se les conoce. Cuando veo á dos enamorados, sé luego que se quieren; todos llevan la marca en el corazón.»

De esta manera entretenida en sus trabajos y en sus juegos, en cosas graves y chanzas, amor y más amor, Nitetis vió pasar días, semanas y meses. Cumplióse la orden de Kambises de que había de gustarle aquella vida, y cuando hubo pasado la primavera mesopotámica que en aquella comarca sigue al lluvioso diciembre; cuando llegado el equinoccio primaveral, se hubo celebrado la mayor festividad de los asiáticos, la fiesta de año nuevo; cuando el sol de mayo empezó á calentar con sus ardores, Nitetis se sintió aclimatada en Babilón, y los persas supieron que la joven egipcia había suplantado á Fedima, hija de Otanes, en la gracia del rey, con la seguridad de ser la primera esposa privilegiada de Kambises.

La autoridad del jefe de los eunucos, Bogues, iba disminuyendo, porque se sabía que el monarca no entraba ya en su harén, y aquél debía únicamente su influjo á las mujeres que con sus halagos y caricias obtenían de Kambises lo que el eunuco pedía para sí ó para otros. Cada día el menguado y la favorita en desgracia se confabulaban acerca del modo de perder á la egipcia, pero sus más sutiles intrigas y artimañas, iban á estrellarse contra el amor de Kambises y la conducta intachable de su novia.

Fedima, la mujer humillada, impaciente, sedienta de venganza, no cesó de incitar al prudente Bogues á que emprendiera

diera algo decisivo, pero éste aconsejaba la paciencia y la oportunidad.

Por fin, al cabo de muchas semanas, fué á verla lleno de alegría, y le dijo:

—Cuando Bardiya haya vuelto, prenda mía, habrá llegado nuestra vez. He discurrido un plan que partirá de medio á medio á la egipcia, como me llamo Bogues.

Y esto diciendo, aquel medio hombre siempre risueño, frotábase las manos lisas y regordetas, y su semblante expresaba tan vivo contento como si hubiese llevado á cabo una buena acción. Por lo demás, no enteró á Fedima, ni por asomo, de su plan, limitándose á contestar á todas sus preguntas y ruegos:

—Antes metería la cabeza en la boca de un león, que un secreto mío en los oídos de una mujer. Mucho aprecio tu valor, pero sabe que el del hombre se prueba con obras, y el de la mujer con la obediencia. Haz, pues, lo que te diga, y aguarda con paciencia el porvenir.

Nebenjari, el oculista, siguió curando á Kasandana, rehusando, empero, todo trato con los persas. Su carácter hosco y taciturno, hizo que su nombre pasara á ser proverbial, pues en la corte á todo hombre placentero le llamaban Bardiya, y á todo desabrido Nebenjari. Por el día permanecía silencioso en las habitaciones de la reina madre, hojeando grandes rollos de papiro ²⁶³; de noche, subía muchas veces con permiso del rey y del sátrapa ²⁶⁴ de Babilón, Tritantejmes, á una de las altas torres de la muralla para observar las estrellas.

Los sacerdotes caldeos, antiquísimos cultivadores de la astronomía, le habían ofrecido, para practicar las observaciones convenientes, su propio observatorio, situado en la cima del gran templo de Bel, mas el médico negóse terminantemente á aceptar la invitación, persistiendo en su altanero aislamiento. Cuando Oropastes el mago quiso explicarle el célebre gnómon babilonio, introducido también en Grecia por Anaximandro de Mileto, Nebenjari con sonrisa burlona le volvió la espalda diciendo:

—Esto ya lo conocíamos nosotros antes que vosotros supierais lo que es una hora ²⁶⁵.

Nitetis se le había acercado con amabilidad, mas él no hizo

caso, y hasta parecía evitarla de intento. Un día le preguntó:

—¿Hallas en mí algo malo, Nebenjari? ¿Te ofendí en algo?

El contestó:

—Me eres indiferente, pues mal contaré entre los propios á la que puede abandonar tan fácil y voluntariamente los dioses y los usos patrios.

Bogues el eunuco notó muy pronto que el oculista estaba enojado con la futura esposa de su rey, y trató de ganar en él un aliado, pero Nebenjari rechazaba con dignidad sus adulaciones, regalos y miramientos.

Cuantas veces un angar entró en el patio del palacio con un mensaje para el monarca, el eunuco se apresuró á sonsarle preguntándole de dónde venía, y si sabía algo de lo que pasaba en el ejército contra los tapuros. Por fin pareció el deseado mensajero con la noticia de que la tribu rebelde había sido vencida, y que Bardiya volvería pronto.

Tres semanas pasaron, anunciando siempre los mensajeros, uno tras otro, la próxima llegada del victorioso príncipe. Por fin las calles lucieron otra vez sus más ricos adornos de fiesta; el ejército entró en Babilón; Bardiya dió las gracias al pueblo alborozado, y se halló poco después en los brazos de su madre.

El mismo Kambises recibió á su hermano con sincera cordialidad, y le condujo á ver á Kasandana, precisamente cuando sabía que allí había de encontrar á Nitetis.

Su corazón estaba segurísimo de que la egipcia le amaba. Quiso mostrar á Bardiya que tenía confianza en ella, y ya le parecían los pasados celos necia alucinación.

Su amor le hacía benévolo y amable; sus manos no se cansaban de dar y hacer el bien, y adormecida la cólera que le poseyera, revoloteaban y graznaban en la plaza de Babilón, muertas de hambre, las cornejas, buscando en vano como antes en numeroso tropel las cabezas de los ajusticiados puestas hasta entonces allí como espantajos aterradores.

Menguó la influencia de los aduladores eunucos, ralea de hombres sólo conocida en la corte de Kiros desde la conquista de Media, Lidia y Babilonia, donde ocupaba los más altos empleos del Estado y de Palacio. Aumentó en cambio el valimiento de los ajemenidas, y Kambises se acostumbró, en

beneficio del país, á escuchar la voz de sus parientes antes que los consejos de los eunucos.

El anciano Hidaspes, padre de Daríos y gobernador del propio país de los persas, que solía residir en Pasargadas; un primo del rey, Farnaspes; su abuelo materno Otanes; su tío y suegro, Intafernes; Aspatines, Gobriás, Hidarnes; el general Megabizos ²⁶⁶, padre de Zópiros; el embajador Prexaspes, el noble Kresos, el viejo héroe Araspes, los más distinguidos prohombres persas, en fin, se hallaban precisamente ahora en la corte del rey. Agréguese á esto que toda la nobleza del imperio, los sátrapas ó gobernadores de todas las provincias y los supremos sacerdotes de las ciudades, se encontraban á la sazón en Babilón porque debía celebrarse el cumpleaños del rey ²⁶⁷.

Los altos funcionarios y representantes de las provincias afluyeron á la capital para ofrecer regalos al soberano, felicitarle y tomar parte en los grandes sacrificios en que solían inmolarsé á los dioses miles de caballos, ciervos, toros y asnos.

En ese día festivo todos los persas recibían regalos, y cada uno podía presentar al rey una súplica que raras veces era desatendida. También se daba de comer al pueblo de todas las ciudades, á expensas del soberano. Kambises había determinado que ocho días después de su cumpleaños se celebrarían sus bodas con Nitetis, y que á este acto se había de invitar á todos los grandes del reino.

Las calles de Babilón hormigueaban de forasteros; los gigantescos palacios de ambas orillas del Eufrates estaban atestados, y las casas ostentaban sin excepción sus galas de fiesta. Semejante esmero por parte de su pueblo, la aglomeración de hombres reuniendo en las personas de los representantes de las provincias todo el imperio á su alrededor, no contribuyeron poco á aumentar la jovialidad del monarca. Su vanidad estaba satisfecha y el único vacío de su corazón, la falta de amor, lo había llenado ya Nitetis. Por primera vez en su vida creyó ser perfectamente feliz, y repartió sus regalos no sólo porque el rey de Persia debía hacerlos, sino porque realmente el hacerlos le causaba placer.

El general Megabizos no tenía palabras con que elogiar las

hazañas de Bardiya y sus amigos. Kambises abrazó á los jóvenes héroes, les regaló cadenas de oro y caballos, les llamó hermanos y recordó á Bardiya aquella súplica á que le había prometido acceder después del victorioso regreso.

Bajó el mancebo los ojos, sin saber en aquel instante cómo aducir su pretensión, y el rey dijo riendo:

—Mirad, amigos, á nuestro héroe ruborizándose como una niña. Creo que habré de concederle algo muy importante. Mejor será, empero, que espere mi cumpleaños para decirme al oído durante el convite, cuando el vino le haya dado ánimo, lo que ahora no tiene valor de pedir. Que sea grande la petición ¡Bardiya! Soy feliz y deseo ver felices á todos mis amigos.

Bardiya le contestó con una sonrisa y fué á comunicar á su madre por primera vez, lo que su corazón anhelaba.

Temía tropezar con dura resistencia, pero Kresos le había preparado el terreno tan perfectamente, contando á la ciega tantas cosas loables de Sappó, ensalzando tanto su virtud y donaire, sus gracias y prendas, que las niñas afirmaban que la nieta de Rodopis había dado á beber un filtro á Kresos. Kasandana, después de formular ligeras objeciones, cedió á los ruegos de su hijo predilecto.

—¡Una helena esposa legítima de un príncipe persa!—exclamó la ciega.—Esto no se ha visto nunca. ¿Qué dirá Kambises? ¿Cómo conseguiremos su anuencia?

—No te inquietes por esto, madre—replicó Bardiya,—tan seguro estoy del consentimiento de mi hermano, como de que Sappó será un adorno de nuestra casa.

—Kresos me ha contado buenas y bellas cosas de la doncella; y pláceme que por fin te decidas á casarte. Semejante casamiento, empero, no me parece conveniente para un hijo de Kiros. ¿Has meditado bien que los ajemenidas difícilmente reconocerán como rey á un futuro hijo de esta griega, si Kambises quedase sin descendencia?

—Nada temo, porque nada me importa la corona. Por lo demás, madre, algunos reyes de Persia han sido hijos de mujeres de más baja condición que mi Sappó ²⁶⁸. Seguro estoy que mis parientes no me censurarán cuando les mostraré la joya que he adquirido á orillas del Nilo.

—Quisiera que Sappó se pareciese á nuestra Nitetis. La quiero como á mi propia hija y bendigo el día en que pisó esta tierra. Con sus ardientes miradas ha fundido el genio duro de tu hermano; su bondad y dulzura hermocean mi noche y mi vejez; su grave suavidad ha convertido á tu hermana Atosa, de niña indómita en dócil muchacha. Ahora, hijo mío, llama á las que están jugando allá en el jardín, para que les comuniquemos que vas á proporcionarles una nueva amiga.

—Dispensa, madre—contestó Bardiya,—que te ruegue callar este asunto á la hermana, hasta que hayamos obtenido el consentimiento expreso del rey.

—Tienes razón, hijo. Debemos ocultar tu deseo á las niñas, aunque fuese solamente para evitarles un posible desengaño. El frustrarse una bella esperanza es más difícil de soportar que un mal imprevisto: aguardemos, pues, el asentimiento de tu hermano. Que los dioses te concedan su bendición.

A la madrugada del regio cumpleaños los persas hicieron sus sacrificios en las márgenes del Eufrates. En una montaña artificial se veía un inmenso altar de plata, en el cual ardía una gran fogata arrojando llamas y perfumes hacia el cielo. Unos magos vestidos de blanco alimentaban la pira con pedazos esmeradamente cortados de finísimo sándalo, y la atizaban con hacecillos de varas.

Los sacerdotes ceñían las sienes con una faja, la *pastidhana* 269, cuyos extremos les tapaban la boca, para evitar que llegase al fuego sagrado su impuro aliento. En una pradera, junto al río, inmolaron las víctimas, cortando en pedazos la carne 270, espolvoreada con sal y extendida sobre delicados céspedes y trébol, flores de arrayán y hojas de laurel, porque nada muerto ni ensangrentado tocara la hermosa hija de Auramazda, la paciente, sagrada tierra.

Luego Oropastes, el supremo destur (sacerdote,) se acercó al fuego, echándole manteca fresca, que produjo una gran llamarada. Todos los persas hincaron las rodillas y ocultaron el rostro, porque creían que la llama salía al encuentro de su padre, el gran dios. Después el mago tomó un almirez, echó en él hojas y tallos de la sagrada hierba haoma 271,

y después de machacarla, derramó el rojizo zumo de la planta, el manjar de los dioses, sobre las llamas.

Después alzó al cielo las manos, entonando una gran oración de los sagrados libros, mientras los demás destures no cesaban de echar manteca fresca al fuego que seguía llameando cada vez. La plegaria se dirigía á implorar de los dioses que bendijeran todo lo bueno y puro, y en particular al monarca y al reino entero. Fueron alabados los buenos espíritus de la luz, de la vida, de la verdad, de las nobles acciones, de la tierra liberal, del agua refrescante, de los fúlgidos metales, de los pastos, de los árboles y de todas las criaturas, y fueron maldecidos, en cambio, los malos espíritus de la obscuridad, de la mentira que extravía á los hombres, de la enfermedad y la muerte, del pecado, del desierto, del frío riguroso y la sequía desoladora, de la asquerosa suciedad, y de todo mal bicho juntamente con su padre Angramañños. Por fin, todos los presentes cantaron á coro:

«—La pureza y la gloria esperan al justo y puro.» 272

La ceremonia del sacrificio terminó con la oración del rey. Kambises, en su más rico atavío, subió á su coche de oro, adornado con ámbar, topacios y cornerinas, tirado por cuatro caballos blancos niseos, y se fué al gran salón de recepciones para recibir á los altos funcionarios y delegados de las provincias.

Cuando el rey con su séquito se hubo retirado, los sacerdotes escogieron para sí los mejores pedazos de la carne de los sacrificios, y permitieron á la muchedumbre que se acercaba á ellos, que tomaran lo que quedaba.

Los dioses persas desdeñan la carne de los sacrificios; no quieren más que las almas de los animales inmolados, y muchos pobres, especialmente sacerdotes, se mantienen con la carne de los sacrificios regios.

Como rezó el mago, debían rezar todos los persas. Su religión les prohibía pedir algo individualmente á los mortales; todos habían de orar por todos, y especialmente por el rey, puesto que cada individuo era parte del conjunto y participaba de la felicidad común cuando los dioses concedían su bendición al país. Este bello sacrificio de la propia personalidad por el bien general, hizo grandes á los persas. Si se

oraba especialmente por el rey, era porque á él le consideraron como personificación de todo el reino.

Los sacerdotes egipcios presentaban los faraones al pueblo como verdaderas deidades; los persas llamaron únicamente á sus príncipes, hijos de los dioses²⁷³, y sin embargo, éstos fueron más absolutos que aquéllos, porque habían sabido libertarse de la tutela de la casta sacerdotal que, según vimos, si no dominaba á los faraones, ejercía por lo menos su influencia en los principales asuntos.

El carácter intolerante de los egipcios que tendía á alejar del Nilo á los dioses ajenos, era desconocido en Asia. Los babilonios, vencidos por Kiroso é incorporados á su gran imperio, seguían invocando á sus antiguas deidades de la misma suerte que antes de la conquista. Los judíos, los jonios y demás pueblos del Asia menor, la muchedumbre, en fin, de tribus sometidas al cetro de Kambises, no fueron molestadas por sus heredadas costumbres y religiones.

Así se explica que en Babilón, el día de cumpleaños del rey, ardiesen, además de los altares de fuego de los magos, muchas otras fogatas de sacrificios, encendidas por los delegados provinciales á los dioses venerados en su respectivo país.

La ciudad colosal semejaba desde lejos á un inmenso horno de fundición, porque sobre sus torres flotaban espesas nubes de humo que oscurecían la luz del ardiente sol de mayo.

Cuando el rey hubo llegado al gran palacio imperial, dirigiéronse á éste los delegados en interminable procesión por las rectas calles de la capital.

Todas estaban cubiertas de arrayán y palmas, rosas y flores, adormideras, adelfas, hojas de pobo, palmeras, laureles, y el aire, henchido de incienso, mirra y mil otros perfumes. Banderas y alfombras ondeaban por todas las casas. El numeroso pueblo babilónico, que sometido poco há al imperio persa, llevaba por adorno sus propias cadenas, según costumbre asiática, temeroso al mismo tiempo del poder de sus vencedores, ahogó con el júbilo y a'gazara la ruidosa música de las trompas medas, y los suaves sonidos de las flautas frigias, los címbalos y arpas de los judíos, los tamboriles de los paflagonios, las liras de los jonios, los timbales y

platillos de los sirios, las conchas y los atabales de los arios de las bocas del Indo, y los recios sonos de las belicosas trompetas bactrianas.

Los perfumes, la variedad de colores, el resplandor del oro y de las joyas, el relincho de los caballos, la algaraza y los cantos, producían un conjunto que atolondraba los sentidos y llenaba los corazones de arrebatada alegría.

Ninguna de las festivas embajadas había ido sin especial obsequio. Unas traían pares de nobles caballos, otras llevaban gigantescos elefantes y lindos monos, otras varios rinocerontes y búfalos cubiertos con mantillas y borlas, otras iban seguidas de camellos bactrianos de dos jibas, con aros de oro alrededor del velludo cuello, otras, en fin, conducían carretadas de maderas raras y de marfil, tejidos preciosos, vasos de oro y plata, cajas llenas de oro en polvo y en rieles, plantas raras para los jardines y animales exóticos para los parques de caza del rey, entre los que se distinguían antílopes, cebras, especies raras de monos y pájaros²⁷⁴, encadenados en verdes árboles y batiendo las alas, ofreciendo un espectáculo alegre.

Estos regalos se consideraban como tributos de los pueblos sojuzgados. Después de mostrarlos al monarca, los tesoreros y escribas los pesaban, examinaban y aceptaban como suficientes ó los rechazaban como escasos. Cuando esto acontecía, los donadores deficientes habían de pagar dos veces más²⁷⁵.

La comitiva llegó sin estorbo á las puertas del palacio real, porque los porta-látigos y soldados, formando calle, mantenían el camino libre de los empujones de la muchedumbre.

Si la cabalgata del rey en el sitio de los sacrificios había sido magnífica (quinientos caballos ricamente adornados habían sido llevados detrás de su coche,) ²⁷⁶ si la comitiva de los delegados debía llamarse espléndida, el aspecto de la gran sala del trono era deslumbrador y mágico.

En el fondo resaltaba tras una gradería de seis escalones (cada uno de los cuales estaba como guardado por dos perros de oro,) el trono, de oro también, sobre el cual extendían un baldaquino de púrpura montado sobre cuatro co-

lumnas de oro guarnecidas de piedras preciosas, y cuyo techo llevaba dos discos alados, los férveres del rey ²⁷⁷.

Detrás del trono, hallábanse situados los hisóperos y abaniqueros del rey, cuyos empleos cortesianos eran de distinción; á ambos lados los comensales, parientes y amigos del monarca, los altos funcionarios del reino, y los principales sacerdotes y eunucos.

Cubrían las paredes y el techo de la sala fúlgidas láminas de oro, y el suelo alfombras de púrpura: unos toros alados con cabezas humanas figuraban como guardianes de las puertas de plata de la sala, y en el patio del alcázar estaba formada la guardia real, las lanzas adornadas con manzanas de oro y plata. Sus individuos ostentaban corazas de oro sobre túnicas de púrpura, espadas en vainas de oro, en cuyos puños relucían piedras preciosas, y altos gorros pérsicos. Distínguíanse, entre ellos, por su elevada estatura y gallardo porte, el escuadrón de los inmortales ²⁷⁸.

Heraldos é introductores, con pequeñas varas de marfil en la mano, introdujeron los mensajeros en la sala hasta el pie del trono. Llegados cerca de las gradas, se prosternaron como para besar la tierra ocultando las manos en las mangas de sus vestidos. Antes de contestar á una pregunta del soberano, se les tapaba la boca y la barba con un pañuelo, para que su impuro aliento no tocara la persona pura del rey.

Kambises habló con los principales delegados, ya en tono amable, ya con severidad, según lo contento que quedó de los regalos y de la obediencia de las diferentes comarcas. Cuando al final de la comitiva, la embajada de los judíos se acercó á su trono, dirigió un «alto» afable á los hebreos precedidos por dos hombres muy graves de abultadas facciones y luengas barbas.

El primero vestía á estilo de los más ricos y distinguidos babilonios; el segundo llevaba un traje de púrpura tejido de una sola pieza con borlas y cascabeles, y ceñido por un cinturón azul, rojo y blanco ²⁷⁹.

Sobre el vestido llevaba una esclavina azul. De su cuello pendía una bolsita con las suertes sagradas (urim y tumim), adornada con doce piedras preciosas engastadas en oro, y ostentando los nombres de las tribus de Israel. Una venda

blanca cuyos extremos pendían sobre los hombros, ceñía la severa frente del gran sacerdote.

—Celebro verte de nuevo, Beltsazar ²⁸⁰—dijo el rey al personaje del traje babilónico.—Desde la muerte de mi padre no te habías dejado ver á mis puertas.

El personaje á quien iban dirigidas estas palabras, se inclinó humildemente, y contestó:

—La gracia de mi señor hace feliz á tu siervo. Si quieres dejar brillar el sol de tu favor sobre tu siervo indigno, atiende á una súplica de mi pobre pueblo al que tu gran padre permitió el regreso al país de sus padres. Este anciano que está á mi lado, Josua, el gran sacerdote de nuestro Dios, no ha temido el largo camino á Babilón, para presentártela. Que su discurso sea agradable á tu oído, y que sus palabras encuentren un fecundo lugar en tu corazón.

—Ya presumo lo que vais á pedir—exclamó el rey.—¿Acierito, sacerdote, si pienso que vuestra demanda se refiere otra vez á la construcción del templo de vuestro país?

—Nada puede quedar oculto á mi señor—contestó el sacerdote, inclinándose profundamente.—Tus siervos de Jerusalén anhelan ver el rostro de su soberano, y ruegan por mi boca que vayas á visitar el país de sus padres, y les des el permiso de continuar la construcción del templo que autorizó tu ilustre padre, que Dios tenga en gloria.

Sonrióse el monarca y repuso:

—Sabes formular tu súplica con la astucia propia de tu pueblo, escogiendo la palabra apropiada y la hora oportuna. El día de mi cumpleaños, difícilmente podré negarme á una petición de un pueblo fiel, así es que te prometo visitar, tan pronto como me sea dable, la buena ciudad de Jerusalén y el país de tus padres

—Harás por todo extremo felices á tus siervos—contestó el sacerdote.—Nuestros olivos y nuestras cepas producirán en cuanto te acerques, frutos más bellos; nuestras puertas se ensancharán para recibirte, y los hijos de Israel acogerán con júbilo á su señor, doblemente felices, si pueden saludarle como nuevo constructor.

—¡Alto, sacerdote, alto!—exclamó Kambises.—Vuestro primer ruego será atendido conforme he indicado, porque hace

tiempo deseaba conocer la rica Tiro, la adorada Sidón y tu Jerusalén con su superstición extraña; mas si os concediese ya hoy el permiso de continuar la construcción de vuestro templo, ¿qué me quedaría para otorgaros en el año próximo?

—Tus servidores darán la bienvenida á su señor con dádivas y no con ruegos—dijo el sacerdote;—mas dí la palabra ahora y consiente que edifiquemos una casa al Dios de nuestros padres.

—Estos palestinos son rara gente—observó Kambises.—He oído decir que creéis en un solo Dios irrepresentable por imágenes, porque no es más que un espíritu, ¿opináis, pues, que ese Sér aéreo apetece una casa? A fe que vuestro gran Espíritu debe ser débil y miserable cuando necesita de un cobertizo contra el viento y la lluvia, ó de un abrigo contra el calor que él mismo ha producido. Si vuestra Deidad es omnipresente como la nuestra, postraos ante la misma, y orad como nosotros, en cualquier punto, seguros de ser oídos por donde quiera.

—El rey de Israel oye á su pueblo en todas partes—exclamó el gran sacerdote.—Nos oyó cuando gemíamos lejos de la patria, en el cautiverio faraónico, y cuando llorábamos juntos á las aguas de Babilón. Escogió á tu padre por instrumento de nuestra libertad, y también atenderá hoy mi ruego y ablandará tu corazón. ¡Oh, gran rey! permite á tus siervos que edifiquen un templo en que las doce tribus, separadas de su pueblo, puedan sacrificar en común en un altar, desde cuyas gradas oren reunidas por ti; una casa en que puedan santificar juntos sus días festivos. Por esta merced imploramos incesantemente la gracia del Señor sobre tu cabeza, y su maldición sobre tus enemigos.

—Permite á mis hermanos la construcción de su templo—rogó también Beltsazar, el más rico y distinguido de los judíos que habían quedado en Babilón, y al que Kiros había tratado con gran deferencia, y consultado varias veces.

—¿Guardarías la paz, si cediese á vuestras instancias?—preguntó el rey.—Mi padre os permitió empezar la obra, y os dió los medios para acabarla. Unidos y felices salisteis de Babilón para regresar á vuestro país, mas durante la construcción del templo se apoderó de vosotros el espíritu de discor-

dia. Numerosas peticiones, firmadas por los sirios más principales, indujeron á Kiros á prohibir la continuación del edificio. Poco há se me rogó con instancia por vuestros paisanos los samaritas que la interrumpen también. Orad, pues, á vuestro Dios, dónde y del modo que os plazca, pero precisamente por lo mucho que os quiero, no puedo autorizar la continuación de una obra que enciende entre vosotros la discordia y la disputa.

—¿Quieres, en un día como ese, revocar una merced que tu padre nos otorgó mediante cédula real?

—¿Una cédula?

—Debe conservarse aun hoy en los archivos de tu reino.

—En cuanto la encontréis y me la presentéis—repuso el monarca,—no sólo autorizaré la construcción, más coadyuvaré á ella. La voluntad de mi padre es para mí tan sagrada como un mandato de los dioses.

—¿Me permites—dijo Beltsazar,—que mande buscarla á tus escribas en el archivo de Ecbátana donde debe hallarse?

—Te lo permito, pero me temo que no descubriréis nada. Dí á tus compatriotas, sacerdote, que estoy satisfecho del armamento de los guerreros que mandaron á Persia para la lucha contra los masagetas. Mi general Megabizos elogia su conducta y su aspecto. Que hagan prueba como en las guerras de mi padre. A ti, Beltsazar, te convidó á mis bodas con la egipcia, y te encargo digas á tus paisanos, Mesaj y Abed-Nego ²⁸¹, los primeros personajes de Babilón, después de ti, que los espero esta noche á mi mesa.

—El Dios del pueblo de Israel te otorgue felicidad y bienandanza—dijo Beltsazar inclinándose profundamente.

—Acepto este voto—contestó el soberano,—pues no tengo por impotente á vuestro grande Espíritu, que diz ha obrado grandes milagros. Otra cosa, Beltsazar. Varios judíos han insultado el otro día á los dioses de los babilonios, por lo cual han sido castigados. Avisa á tus paisanos. Se hacen odiosos por su rígida superstición ²⁸² y la soberbia con que se atreven á afirmar que vuestro grande Espíritu es la única deidad verdadera. Tomad ejemplo de nosotros que, contentos con lo que tenemos, no estorbamos á los demás en lo que poseen. No os tengáis vosotros mismos por mejores que

todos los demás hombres. Os quiero bien, porque el orgullo y el amor propio agrada á mi corazón; pero guardaos de que el orgullo no degenera en temeridad para vuestro daño. Pasadlo bien y estad seguros de mi benevolencia.

Los hebreos se retiraron desengañados, pero no desesperanzados, porque Beltsazar sabía con seguridad, que aquel documento relativo á la construcción del templo de Jerusalén, debía encontrarse en el archivo de Ecbátana.

A la embajada de los judíos siguió la de los sirios y de los griegos jonios. Como últimos en el desfile, presentáronse unos hombres de fisonomía extraña, de aspecto salvaje y vestidos con pieles de animales. Sus cinturones, talabartes, carcajes, hachas y puntas de lanza eran de oro macizo toscamente labrado; sus altos gorros de pieles llevaban asimismo adornos de oro. Precediales un hombre en traje persa, cuyas facciones indicaban que pertenecía á la misma raza de los que le seguían ²⁸³.

El rey contempló con asombro aquellos embajadores mientras se acercaban al trono. Su frente se puso ceñuda, y haciendo una seña al introductor exclamó:

—¿Qué quieren estas gentes de mí? Si no me equivoco pertenecen á esa raza masageta que pronto temblará ante mi venganza. Diles, Gobrias, que un ejército bien armado está dispuesto en la llanura meda á darles con la espada, cruenta respuesta á cualquiera petición.

El introductor de embajadores dijo inclinándose:

—Estos hombres han entrado en Babilón esta mañana, durante el sacrificio, con grandes cargas del oro más puro para comprar tu indulgencia. Cuando supieron que se celebraba una fiesta en tu honor, me instaron á facilitarles hoy mismo la merced de poderse presentar ante ti y comunicarte los encargos con que sus compatriotas los han enviado á tu puerta.

Serenóse la frente sombría del rey, y examinando con penetrante mirada las altas figuras de los barbudos masagetas, exclamó:

—Lleguen: curioso estoy por saber qué proposiciones se atreven á hacerme los asesinos de mi padre.

Gobrias hizo una seña; el más alto y más viejo de los masagetas, acompañado del hombre vestido á estilo persa,

acercóse al trono y empezó á hablar en voz alta y en la lengua de su país. Su vecino, prisionero de guerra de Kiros, había aprendido el idioma persa y tradujo al rey, párrafo por párrafo, el discurso del embajador de los nómadas.

—Sabemos—comenzó diciendo,—que tú, gran soberano, estás airado contra los masagetas porque tu padre cayó en un combate con nuestras fuerzas, provocado por él mismo aunque nosotros no le habíamos ofendido.

—Mi padre tenía motivos de castigaros—interrumpió el rey al orador,—porque vuestra soberana Tomiris cometió la temeridad de renunciar á su mano.

—No te enojés, ¡oh, rey!—contestó el masageta;—no puedo callar que el pueblo entero aprobó la negativa. A un niño no podía ocultársele que el anciano Kiros deseaba agregar nuestra reina al número de sus esposas, sólo porque, ávido de agregar países á sus estados, esperaba ganar con ella nuestro territorio.

Kambises calló, y prosiguió el embajador:

—Kiros mandó echar un puente sobre el Araxes ²⁸⁴ nuestro río fronterizo. Nosotros no temíamos nada; Tomiris le mandó decir que podría ahorrarse la molestia de construir un puente, porque estábamos dispuestos á esperarle tranquilos en nuestra tierra dejándole libre el paso sobre el río, ó bien á irle á encontrar en su propio país.

Kiros, siguiendo el consejo del destronado rey de Lidia, Kresos, según nos dijeron después unos prisioneros de guerra, decidióse á penetrar en nuestra propia tierra y perdersen con un ardid. Destacó contra nosotros una pequeña fracción de su ejército, que destruimos con nuestras flechas y lanzas, y permitió que nos apoderáramos de su campamento sin desenvainar siquiera la espada. Creyendo haber vencido al invicto, nos regalamos con vuestras ricas provisiones. Cuando envenenados por esa dulce bebida que no habíamos catado nunca y que llamáis *vino*, habíamos caído en soporífero letargo, vuestro ejército nos asaltó y mató á un gran número de nuestros soldados. A muchos les hicisteis prisioneros, entre ellos al heroico Espargapises, el joven hijo de nuestra reina.

Apenas supo éste que su madre estaba dispuesta á concluir la paz con vosotros, á condición de ponerle en libertad,

el noble joven héroe rogó que le quitasen las cadenas. Así se hizo. Apenas hubo recobrado el uso de sus manos, cogió una espada y se pasó el pecho exclamando: «Me sacrifico por la libertad de mi pueblo.»

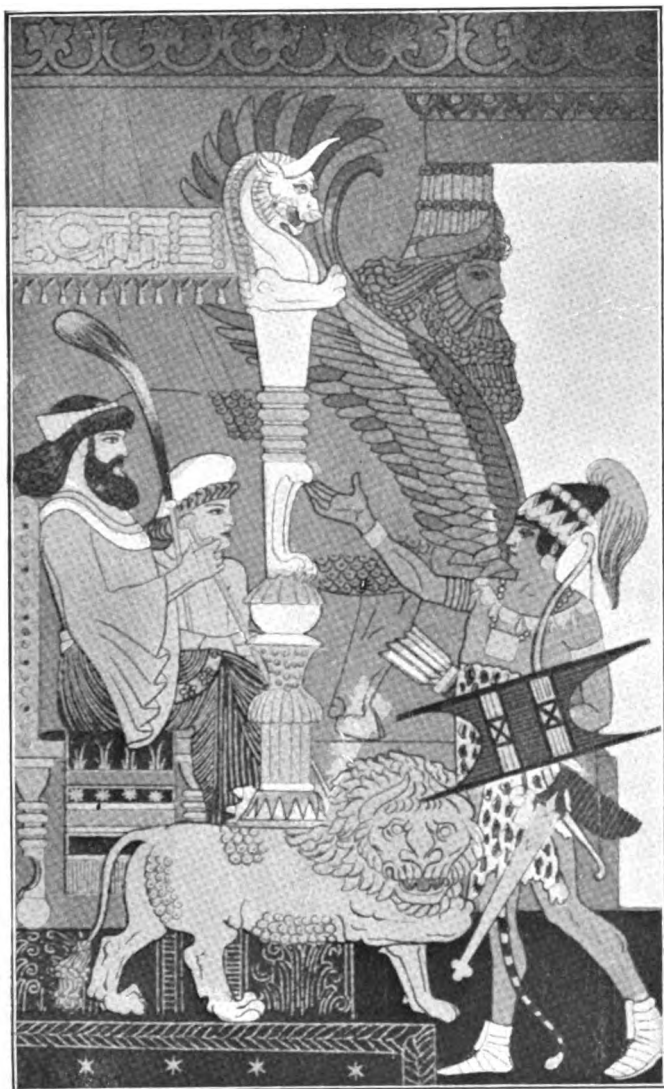
—Cuando recibimos la noticia de la magnánima muerte del príncipe querido, reunimos todas las fuerzas que nos habían dejado vuestras espadas y cadenas. Hasta los muchachos y los ancianos se armaron para marchar contra tu padre y vengar al noble Espargapises sacrificándose, como él, por la libertad de los masagetas. Libróse la batalla. Vosotros fuisteis batidos, Kiros cayó, Tomiris encontró su cadáver en un charco de sangre humana, y exclamó: «¡Insaciable! ahora estarás harto de sangre.» El escuadrón de los nobles que llamáis los inmortales, nos repelió, y sacó de entre nuestras más apretadas filas el cadáver de tu padre. Tú mismo estuviste al frente de ellos, y luchaste como un león. Te reconozco perfectamente. Sabe que esta mi espada te infirió esa herida que ahora, cual purpúrea condecoración, adorna tu varonil semblante.

La multitud de los que escuchaban se estremeció temblando por la vida del atrevido orador; mas Kambises, en vez de enojarse, le hizo una seña de aprobación, y dijo:

—También yo te reconozco ahora. Montabas aquel día un alazán con jaeces de oro. Nosotros, los persas, sabemos honrar la valentía, te lo probaremos. Amigos míos, nunca he visto espada más afilada, nunca brazo más incansable que el de este hombre. Inclinaos ante él, porque el heroísmo merece respeto de los valientes, bien sea del amigo, bien del enemigo ²⁸⁵. A ti, masageta, te aconsejaré que regreses pronto á tu casa y te armes, porque el recuerdo de vuestro valor y de vuestra fuerza, redobla mi deseo de luchar con vosotros. Por Mitra que enemigos fuertes como vosotros, me gustan más que amigos débiles. Os dejaré salir indemnes, pero no os detengáis demasiado tiempo cerca de mí, ó de lo contrario, el pensamiento de la venganza que debo al alma de mi padre, podría despertar mi cólera, y entonces sería próximo el fin de vuestra vida.

La boca del guerrero cubierta por el pelo de la barba, mostró una sonrisa amarga cuando contestó al rey:

—Los masagetas creemos que el alma de tu padre ha sido



El embajador masageta ante Kambises

vengada harto terriblemente. En su lugar murió el único hijo de nuestra reina, el orgullo de nuestro pueblo, el que no era menos noble ni menos ilustre que Kiros. Cincuenta mil cadáveres de mis compatriotas han reblandecido con su sangre, cual víctimas fúnebres, las duras orillas del Araxes, mientras que de vuestra parte cayeron sólo treinta mil hombres. Nosotros nos batimos tan bizarramente como vosotros, mas vuestras corazas son más sólidas que las vuestras, y resisten á las flechas que atraviesan nuestras pieles. Finalmente, como venganza más cruel, habéis muerto á nuestra noble reina Tomiris.

—¿Tomiris murió?—interrumpió Kambises.—¿Dices que los persas hemos asesinado á una mujer? ¿Qué ha sucedido á vuestra reina? ¡contesta!

—Tomiris murió de pesar, hace diez meses, por la muerte de su único hijo; por esto puedo decir que ella también cayó víctima de la guerra con los persas, y en venganza del alma de tu padre.

—Era una gran mujer—murmuró Kambises.

Y alzando la voz, añadió:

—Realmente, masagetas, empiezo á creer que los dioses mismos se han encargado de vengar á mi padre en vosotros. Pero por graves que parezcan vuestras pérdidas, Espargapises, Tomiris y cincuenta mil masagetas no valen el alma de un rey de Persia, y mucho menos la de un Kiros.

—En nuestra tierra—replicó el mensajero,—la muerte lo iguala todo, y el alma de un rey muerto no pesa más que la de un pobre villano. Tu padre era un grande hombre; pero lo que nosotros hemos sufrido por él, es inmenso. Sabe, ¡oh, rey! que no te has enterado aun de toda la desgracia que atrajo sobre nuestro país aquella funesta guerra. Después de la muerte de Tomiris, la discordia ha estallado entre los masagetas. Dos hombres creían tener igual derecho al trono vacante. Una mitad del pueblo combatió por el primero, la otra por el segundo. Terrible guerra civil, seguida inmediatamente de una peste asoladora, ha diezariado las filas de nuestros guerreros. No podríamos resistir á tus fuerzas si nos atacases, y por esto te proponemos la paz, comprándola con pesadas cargas de oro puro.

—¿De modo que queréis someteros sin desenvainar la espada?—preguntó Kambises.—El número de mi ejército reunido en la llanura meda, puede probaros que esperaba algo más de vuestro heroísmo. Sin enemigos no podemos combatir. Despediré á los guerreros y os mandaré un sátrapa. Os doy la bienvenida como nuevos súbditos de mi imperio.

Al oír estas palabras del monarca, las mejillas y la frente del héroe masageta se cubrieron de ardiente rubor, y contestó con voz trémula:

—Te equivocas, ¡oh, soberano! si crees que hemos olvidado el antiguo valor ó cobrado amor á la esclavitud. Mas conocemos tu poderío, y sabemos que el pequeño número de nuestros hombres, escapados á la guerra y á la peste, no puede resistir á tus numerosos y bien equipados ejércitos. Con la franqueza y lealtad que suele un masageta, lo confesamos; pero al mismo tiempo declaramos que continuaremos gobernándonos á nosotros mismos, y no toleraremos jamás que nos imponga leyes y preceptos un sátrapa persa. Me miras enojado, pero sostengo tu mirada, y repito mi declaración.

—Y yo te digo lo siguiente—exclamó Kambises.—No tenéis más que una alternativa. O bien os sometéis á mi cetro, adhiriéndoos al reino persa, bajo el nombre de provincia masageta, recibiendo con el debido respeto un sátrapa como representante de mi propia persona, ó bien os consideraréis como mis enemigos, y forzados por mis ejércitos, os acomodareis á lo mismo que ahora os ofrezco buenamente. Hoy todavía podéis granjearos un soberano benévolo; más tarde habréis de temer en mí á un conquistador y un vengador. Meditad lo que os digo antes de contestar.

—Tcdo lo hemos meditado antes—dijo el guerrero,—y comprendido que nosotros, los libres hijos de las estepas, recibiríamos más gustosos la muerte que la servidumbre. Oye, pues, lo que el consejo de nuestros ancianos te manda anunciar por nuestra boca: Nosotros, los masagetas, no por nuestra propia culpa, sino por graves apariciones de nuestro dios, el Sol, nos sentimos harto débiles para que podamos resistiros á vosotros los persas. Sabemos que habéis armado un gran ejército contra nosotros, y estamos dispuestos á com-

praros la paz y la libertad con tesoros que pagaremos anualmente. Sabed que si intentáis, á pesar de todo, sojuzgarnos por la fuerza de las armas, vais á ser causa de vuestro propio daño. Tan luego como un ejército se acerque al Araxes, partiremos todos, con nuestras mujeres y nuestros hijos en busca de una nueva patria, porque no vivimos cual vosotros en ciudades y casas fijas, más acostumbrados á vagar, jinetes en nuestros corceles, y á dormir bajo tiendas. Llevaremos con nosotros nuestro oro, y cegaremos y destruiremos las ocultas minas, donde podríais encontrar nuevas riquezas. Conocemos todos los sitios que encierran los metales preciosos, y estamos dispuestos á proporcionarlos en gran abundancia con tal que nos concedáis la paz y la libertad; mas si nos hacéis la guerra, otra cosa no vais á conseguir que dominar en una estepa despoblada, mientras subsistirá el enemigo, á quien nunca daréis alcance, y que repuesto de las duras pérdidas que diezmaron sus filas, será para vosotros terrible. Si conseguimos de vosotros la paz y la libertad, hemos de enviaros anualmente, además del oro, cinco mil veloces caballos de estepa, y os auxiliaremos cuando el reino persa se vea amenazado de graves peligros.

El mensajero calló. Kambises, pensativo fijaba la vista en el suelo. Largo rato estuvo sin contestar, mas dijo por fin poniéndose en pie:

—Esta noche deliberaremos de sobremesa, y mañana se os comunicará la contestación que debéis dar á vuestro pueblo. Procura Gobrias, que nada falte á estos hombres. Al masageta que me hirió en el rostro, le enviarás una parte de los mejores platos de mi propia mesa.





CAPITULO XV

Durante estas ceremonias, Nitetis se había quedado sola y sumida en profunda tristeza en su morada de los jardines pensiles. Hoy por primera vez asistió al sacrificio común de las mujeres del rey, é intentó orar á los nuevos dioses, al aire libre, ante el altar de fuego, y oyendo en torno suyo extraños cánticos.

Los más de los moradores del regio harén, vieron á la egipcia por primera vez con ocasión de la festividad, y lejos de dirigir los ojos al cielo, no los apartaron de Nitetis.

Esta, azorada por las miradas curiosas y hostiles de sus rivales, distraída con la estruendosa música que resonaba desde la ciudad, dolorosamente conmovida por el recuerdo de las devotas plegarias que ofreciera á los dioses de su niñez, en la solemne calurosa tranquilidad de los templos colosales de su patria, y al lado de su madre y su hermana, no podía elevarse en alas de verdadera devoción, aun cuando se

sentía impulsada á implorar de los dioses felicidad y bienandanza para el rey amado, en el día de su fiesta.

Kasandana y Atosa estaban de rodillas junto á ella, siguiendo con alma entera los cantos de los magos que para el corazón de la egipcia no eran más que un vago rumor, vacío de sentido.

Estas oraciones, muy poéticas sin duda alguna en muchos fragmentos, cansan á la larga con la continua repetición de nombres, y las invocaciones de gran número de espíritus buenos y malos. A los persas les inspiraban gran devoción, porque de niños aprendieron á considerar estos himnos como los más sagrados y sublimes cantares. Estas melodías acompañaron sus primeras oraciones, por lo que las estimaban y veneraban como cuanto heredamos de nuestros padres, y en la época en que mayor es la fuerza de asimilación, en la niñez, nos ofrecieron como venerable y divino. Mas no podrían agradar mucho al regalado espíritu de la egipcia, familiarizada con las más bellas poesías griegas. Aun no había podido asimilarse lo que con mucho trabajo aprendió, y mientras las persas practicaban las formalidades externas de su culto como una cosa congénita, naturalísima, ella hubo de hacer un esfuerzo mental para no descuidarse de las ceremonias prescritas, y descubrir así un flaco á las rivales que la escuchaban envidiosas. Había recibido, además, la primera carta de Egipto, pocos momentos antes del sacrificio. La dejó sin leer en su tocador, y cada vez que empezaba á rezar, se acordaba de la carta. ¡Qué noticias contendrá! ¡Cómo estarán los padres y cómo se habrá conformado Tajot con la separación de la hermana, y del príncipe, de quien se había enamorado!

Terminada la solemnidad abrazó á Kasandana y Atosa, exhalando un profundo suspiro, cual si hubiese escapado á grave peligro. Luego se hizo llevar á sus habitaciones, y apenas llegada corrió ansiosa y ligera hacia el tocador, sobre el cual había dejado la grata misiva. La joven superiora de las sirvientas, la misma que la vistió en el viaje con el primer traje persa, recibíola con picaresca y maliciosa sonrisa que se convirtió en asombro, al ver que su señora no se dignaba mirar siquiera los aderezos que había en la mesa, sino

que alargaba la mano hacia la carta, tanto tiempo esperada.

Nitetic rompió con presteza la cera del sello, y estaba á punto de sentarse para empezar el penoso trabajo de leer, cuando la doncella se plantó cerquita y enfrente, y juntando las manos exclamó:

—Por Mitra, señora, debes estar enferma, ó contiene acaso ese feo pedazo de tela gris algún ensalmo que ciega para todo lo bello al que lo mira. Deja ese rollo y contempla estas magníficas alhajas que te mandó el gran rey (al que Auramazda dé la victoria,) mientras tú asistías á la fiesta. ¡Mira esta preciosa túnica de púrpura con listas blancas y el rico bordado de plata! ¡Mira esta tiara con los diamantes regios! ¿No sabes que semejantes regalos significan más que los presentes ordinarios? Kambises te ruega (te ruega, dijo el mensajero, no manda,) que te adornes con esas preciosidades para el convite de hoy. ¡Cuánto rabiará Fedima! ¡Cómo abrirán los ojos las demás mujeres que no recibieron nunca regalos parecidos! Hasta hoy Kasandana, la madre del rey, fué la única mujer de esta corte á quien se permitió el uso de la púrpura y los diamantes; con estos regalos Kambises te iguala con su ilustre madre, y te hace á los ojos de todo el mundo su esposa favorita y reina ²⁸⁶. Te ruego, te suplico que me permitas ornarte con estas nuevas y magníficas prendas. ¡Qué hermosa estarás! ¡Qué envidia, qué rabia tendrán las demás mujeres! ¡Ah, si pudiera verte entrar en la sala! Vamos, señora; déjate quitar estos sencillos vestidos para que te componga sólo por vía de prueba, como conviene á la nueva reina.

Nitetic había escuchado silenciosa á la bachillera, contemplando con muda sonrisa los suntuosos regalos. Era bastante mujer para no dejar de gozarse en su contemplación; venían de manos de quien amaba más que á su vida; probáronle que para el corazón del rey era más que todas sus otras mujeres; que Kambises la amaba. La carta que aguardo con tal ansiedad, cayóse de sus manos sin leerla, y cedió en silencio á los ruegos de la doncella, y en pocos momentos estuvo hecho su tocado. La regia púrpura realizaba su majestuosa belleza, y su espléndida y esbelta figura parecía engrandecida por la alta, centelleante tiara. Cuando el espejo

metálico de su tocador reflejó por primera vez su rostro, brillando con todo el ornato propio de una reina, sus facciones expresaron nuevos afectos como si en ellas se reflejase una parte del orgullo de su soberano. La frívola camarera hincó las rodillas involuntariamente, cuando la radiante mirada de la mujer querida del más poderoso de los reyes chocó con la suya, que equivalía á una sonrisa y á un elogio.

Nitetis contempló breve rato á la niña de hinojos; luego moviendo ruborizada la bella cabeza, se inclinó hacia ella, la levantó con afabilidad, bebióla en la frente y le hizo el regalo de un brazaletes de oro. En esto, como viera la carta en el suelo, le mandó que la dejase sola. Mandana salió de la habitación de su señora, corriendo más que andando para enseñar el regalo á las subordinadas, doncellas y esclavas. Nitetis, con los ojos y el corazón henchidos de entrañable felicidad, echóse en la butaca de marfil delante del tocador, pronunciando una corta oración de gracias á su diosa egipcia favorita, la hermosa Hator. Luego se entretuvo en besar la cadena de oro que Kambises le había regalado después de aquel salto al agua, y la carta venida de su patria. Abrióla con cierta petulancia é interna satisfacción, y arrellanándose cómodamente en las purpúreas almohadas, dijo para sí á media voz:

—¡Qué contenta estoy!... ¡Qué felicísima soy! ¡Ah, pobre carta! No se habrá figurado quien te escribió que te dejase rodar por el suelo un cuarto de hora antes de abrirte.

Empezaba á leerla alegremente cuando bien pronto se trocó su sonrisa en gravedad, y no bien hubo llegado al final se le cayó otra vez de las manos.

Aquellos ojos cuya soberbia mirada habían prosternado á la sirvienta, se anegaron en lágrimas; la cabeza antes erguida se inclinó sobre las alhajas que cubrían el tocador. Gotas de su llanto se mezclaron con los diamantes y las perlas: raro contraste como el que ofrecía la soberbia tiara y su afligida portadora.

La carta contenía las siguientes frases:

«Ladike, esposa de Amasis y reina del Alto y Bajo Egipto, á su hija Nitetis, esposa del gran rey de Persia.

»Si estuviste, mi querida hija, sin noticias de tu país, por

tan largo tiempo, no ha sido por culpa nuestra. La triera que debía llevar á Egas las cartas destinadas para ti, ha sido detenida y conducida al puerto de Astipalea ²⁸⁷ por unos buques de guerra samios que mejor debieran llamarse barcos piratas.

»La soberbia de Polikrates á quien suele salir bien cuanto emprende, crece de día en día.

»Ningún barco está seguro de sus corsarios desde que ha batido á los lesbios y milesios ²⁸⁸ que intentaron poner coto á los abusos.

»Los hijos del difunto Pisistratos ²⁸⁹ son sus amigos. Ligdamis le está obligado y necesita del apoyo samio para sostener su soberanía en Naxos. Se ha conciliado la voluntad de los anfitriones griegos, regalando al Apolón de Delos la vecina isla de Rénia ²⁹⁰. Todas las naciones marítimas reciben gran daño de sus galeones de cincuenta remos que requieren una tripulación de veinte mil navegantes. Nadie, empero, se atreve á atacarle; tiene guardias perfectamente adiestradas, y ha fortificado su castillo de manera que es casi inexpugnable, y así también los magníficos muelles del puerto de Samos.

»Los comerciantes que siguieron al afortunado Koleos ²⁹¹ hacia el Oeste, y esos buques piratas que no conocen la piedad, harán de Samos la más rica isla, y de Polikrates el hombre más poderoso, como no sea, dice tu padre, que los dioses envidien la dicha perfecta de un hombre y se preparen á hundirle en precipitada ruína.

»Con semejantes temores, Amasis aconsejó á su antiguo amigo, que para aplacar la envidia de los dioses les sacrificara lo que en más tuviese, y cuya pérdida le causara mayor pena, y de tal modo, que no hubiera esperanza de recobrarlo nunca. Polikrates atendió á este consejo de tu padre, y tiró al mar, desde la torre redonda de su castillo, la sortija de sello más preciosa que poseía, obra de Teodoros, conteniendo una sardónica enorme sostenida por dos delfines y en que estaba grabada, con arte exquisito, una lira, signo del tirano ²⁹².

»Seis días más tarde sus cocineros encontraron esta sorti-

ja en el vientre de un pescado. Polikrates nos dió inmediatamente noticia de este maravilloso suceso; tu padre, empero, lejos de alegrarse, movió tristemente la cabeza diciendo que veía bien que nadie puede escapar á su suerte. El mismo día rompió la antigua amistad con Polikrates, mandándole decir que procuraría olvidarle para preservarse del dolor de ver desgraciado á un hombre á quien quería.

»Polikrates recibió con una risotada este mensaje, y nos devolvió con un saludo sarcástico las cartas que sus corsarios habían quitado de nuestra triera. En adelante, todas nuestras cartas irán por el camino de Siria.

»Si me preguntas por qué te he contado esta larga historia que te interesará menos que las noticias referentes á la casa paterna, te diré que he querido prepararte para que no te alarmes por el estado de tu padre. ¿Acaso reconoces á Amasis alegre, vivaracho, desenfadado en aquellas melancólicas palabras que dirigió á su amigo Samio?

»¡Ah, no le falta motivo á mi esposo para estar triste! ¡Los ojos de tu madre no se han enjugado más desde tu salida de Egipto! Del lecho de tu hermana enferma corro á tu padre para consolarle y guiar sus pasos.

»Me aprovecho de la noche para escribirte estas líneas aunque me hace falta el sueño.

»En este punto he sido interrumpida por las enfermeras que me llamaron al lado de tu hermana Tajot, tu verdadera amiga.

»¡Cuántas veces la querida niña ha pronunciado tu nombre en los delirios de la fiebre! ¡Cuán cuidadosamente conserva tu efigie de cera ²⁹³, cuya maravillosa semejanza demuestra la altura del arte griego y la maestría del gran Teodoro! Mañana la mandaremos á Egina para que en uno de los talleres de allí la imiten en oro. La rubia cera se echa á perder con los besos y las manos calientes de tu hermana que la tocan tantas veces.

»Ahora, hija mía, concentra tu valor como yo también emplearé toda mi fuerza para contarte seguidamente lo que los dioses han deparado á nuestra casa.

»Los tres días siguientes á tu partida, Tajot no cesó de llorar. Todas nuestras palabras de consuelo, todas las amones-

taciones de tu padre, todos los sacrificios y plegarias no consiguieron aliviar ni distraer la aflicción de la pobre niña. En voz baja y con aparente resignación, contestaba cuando la preguntábamos algo; mas la mayor parte del día permanecía silenciosa con su huso. Los dedos, antes tan hábiles, rompían todos los hilos ó descansaban horas enteras en la falda de la soñadora. La que antes se reía tan de veras con las chanzas de tu padre, ahora las oía con indiferencia y apatía; mis advertencias maternas las escuchaba con fatigada atención.

»Cuando yo besaba su frente rogándola que se dominase, se levantaba sonrojada, me abrazaba, volvía á sentarse al huso y sacaba los hilos con presteza convulsiva; al cabo de media hora, empero, sus manos yacían otra vez inertes en su falda, mientras que sus ojos se dirigían soñando sobre un punto en el aire ó en el suelo. Si la obligábamos á tomar parte en un convite, andaba apática entre los convidados.

»Cuando nos la llevamos á la gran romería de Bubastis, en la que el pueblo egipcio se olvida de su formalidad y dignidad, y se convierten las orillas del Nilo en un vasto escenario donde los embriagados coros representan unos juegos satíricos que arrastran á la más desenfrenada licencia; cuando en Bubastis ²⁹⁴ vió por primera vez en su vida á toda una nación entregarse agitada á los más bulliciosos regocijos y á licenciosas chanzas, entonces despertó de su mudo sopor, y empezó de nuevo á derramar lágrimas, como en los primeros días después de su partida.

»Tristes y casi sin saber qué hacernos, volvimos con la pobre á Sais. Todo su aspecto parecía el de una deidad. Se había puesto más delgada y todos creíamos que había crecido. Lucía su piel con transparente blancura, sus mejillas se tiñeron de suave cármín, que sólo acierto á comparar con el colorido de los pétalos de rosa en el tierno capullo, ó con las primeras sonrisas de la Aurora. Sus ojos resplandecían aun hoy, con belleza y claridad realmente maravillosas. A veces me figuro que tales miradas penetran más allá de lo que se mueve en la tierra y en el cielo, y más allá de lo creado, en otros y lejanos mundos.

»Como le ardían las manos y la frente, y á veces cierto calofrío estremecía sus delicados miembros, hicimos venir á

Sais á Imhotep de Tebas, el médico más afamado para las enfermedades internas.

»El experio sacerdote, en cuanto hubo visto á tu hermana, meneó la cabeza, y pronosticó que la amenazaba una enfermedad grave. Desde entonces, se le ha prohibido hilar, y hablar mucho. Todo género de pociones hubo de tomar; saludaron y conjuraron su mal ²⁹⁵, se consultaron los astros y los oráculos, y se hicieron ricos sacrificios y regalos á los dioses. Los sacerdotes de Hator, de la isla de Filas, nos enviaron para la enferma un amuleto consagrado; los de Osiris de Abidos mandaron un mechón del pelo de Osiris engastado en oro, y Neithotep, el gran sacerdote de nuestra patrona, celebró un gran sacrificio que había de volver la salud á tu hermana.

»Pero ni los médicos, ni los conjuros, ni los amuletos sirvieron de nada á la enferma. Por fin, Neithotep no me ocultó ya que las estrellas de Tajot no prometen gran esperanza. El sagrado toro de Menfis murió por aquellos días, y los sacerdotes no encontraron el corazón entre las entrañas, y presagiaron calamidades para Egipto. Aun hoy no se ha encontrado nuevo Apis, y se cree que los dioses están airados contra el reino de tu padre, y el oráculo de Buto ha declarado que los inmortales no volverán á otorgar su gracia á Egipto, hasta que estén destruidos todos los templos erigidos á los dioses extranjeros en la tierra negra, y queden expulsados de Egipto todos los que sacrifican á las deidades falsas.

»Los pronósticos aciagos no han mentido. Tajot fué acometida de una calentura terrible. Nueve días enteros estuvo entre la vida y la muerte, y aun hoy está tan débil que la han de llevar en brazos porque no puede mover las manos ni los pies.

»Durante la excursión á Bubastis, Amasis se sintió molesto por una inflamación en los ojos, cosa bastante común en Egipto ²⁹⁶. Lejos de procurarles algún descanso, siguió trabajando como siempre desde la salida del sol hasta el mediodía, y en los malos días de la calentura de tu hermana, su padre, á despecho de nuestros ruegos, no se alejó ni un instante de la cabecera de su cama. Deja que sea breve,

hija de mi corazón. La oftalmia fué siendo diariamente más intensa, y el mismo día en que recibimos la nueva de tu feliz llegada á Babilón, Amasis se quedó ciego.

»Desde entonces, de jovial y esforzado que era, se ha convertido en viejo enfermizo y melancólico. La muerte del Apis, las malas constelaciones y los oráculos llenan su corazón de angustia. Las tinieblas en que vive sumido, perturban su ánimo, y cuando piensa que no puede andar sin guía, siente enflaquecerse su voluntad. Aquel osado monarca, que la tenía propia, está á punto de no ser otra cosa que instrumento de los sacerdotes.

»Horas enteras pasa en el templo de Neith, orando y haciendo sacrificios. Allí mismo ocupa sinnúmero de obreros en la construcción de un sepulcro para su propia momia, mientras otros albañiles se emplean en arrasar el santuario de Apolón que los helenos empezaron en Menfis. Su propia desgracia y la de Tajot es, según dice, justo castigo de los inmortales.

»Las visitas que hace á la enferma son de poco consuelo para ésta, la pobre; pues en vez de animarla trata de darle á comprender que ella también ha merecido el castigo de los dioses. Con toda la fuerza de su victoriosa elocuencia procura persuadir á la pobre niña, á que olvide en absoluto el mundo, y se ponga en gracia de Osiris y de los jueces del infierno con sacrificios y plegarias incesantes. Así atormenta el alma de nuestra cara enferma que gustaría tanto de vivir. Yo tal vez sigo siendo demasiado griega para reina de Egipto, pero la muerte es tan larga y tan breve la vida que llamaría necios á esos sabios que preocupados constantemente con la idea del tenebroso Hades, le conceden poder sobre la mitad de la vida.

»Otra vez he sido interrumpida. Imhotep, el gran médico, había llegado para ver cómo seguía nuestra enferma. Da pocas esperanzas, hasta parece extrañar que ese delicado cuerpo pueda resistir tanto tiempo á los rudos ataques de la muerte. Mucho há que no existiría, dijo ayer, si no la sostuviese la firme voluntad de vivir y su incansable anhelo. Si el ansia de la vida la abandonase, podría morirse del modo que nos dormimos. Satisfecho su deseo, tal vez, aunque no

es verosímil, se prolongaría su existencia algunos años; mas si sus esperanzas tardan en realizarse, el mismo anhelo que ahora impide que muera, la consumirá y la matará.

»¿Presumes, acaso, que anhela? Nuestra Tajot se ha dejado embelesar por el hermano de tu esposo. No quiero decir con esto que como cree Ameneman el sacerdote, el joven ha empleado mágicos artificios para enamorarla, pues de menos se necesita para cautivar el corazón de una inocente doncella, de una casi niña, que no la gran belleza y garbo que posee Bardiya. Pero con todo, su pasión es tan ardiente, y tan grande su mudanza, que yo mismo he pensado muchas veces en influencias sobrenaturales. Poco antes de tu viaje, observé ya que tu hermana era afecta al persa. Sus primeras lágrimas, las atribuíamos aun á tu partida, mas cuando se entregó á aquellas mudas meditaciones, Ibikos, que á la sazón seguía en nuestra corte, dijo que la joven era víctima de una profunda pasión.

»Un día que la halló sentada y meditabunda ante el huso, le cantó al oído en mi presencia, el cantar amoroso de Sappó: «¡Oh! dulce madre, no puedo hilar, no puedo quedarme sentada en el cuarto pequeño, en la estrecha casa, la rueda se pára, el hilo se rompe, ¡oh! dulce madre, he de salir.»²⁹⁷ Al oír estas palabras palideció y preguntó:

»—¿Has compuesto tú mismo este canto, Ibikos?

»—No—contestó éste,—la lesbia Sappó lo cantó hace cincuenta años.

»¡Cincuenta años!—repitió Tajot pensativa.

»—El amor fué siempre el mismo—dijo el poeta,—como Sappó amaba cincuenta años há, así se amaba siglos atrás, así se amaré en los que vendrán.

»La enferma asintió con una sonrisa, y desde entonces repitió muchas veces la copla, tarareando quedito ante el huso que no movía.

»A pesar de esto, evitamos con cuidado toda conversación que pudiese recordarle el objeto de su amor. Mas cuando fué arrebatada por los desvaríos de la fiebre, sus ardientes labios no se cansaban de pronunciar el nombre de Bardiya. Cuando hubo recobrado el conocimiento, le contamos sus

devaneos, y entonces me descubrió toda su alma, y dijo en voz solemne mirando al cielo cual profetisa:

»—Yo sé que no he de morir hasta que le haya visto otra vez.

»El otro día la habíamos hecho llevar al templo porque tenía deseos de orar en los lugares sagrados. Cuando terminadas las oraciones pasamos por delante de los niños que juegan en el vestíbulo, vió á una niña que contaba algo con gran empeño á sus amiguitas. Entonces mandó á los pajes que parasen la litera y llamasen á la niña.

»—¿Qué estabas diciendo?—preguntó á la chiquilla.

»—Contaba á las demás cosas de mi hermana mayor.

»—¿Lo puedo saber también?—preguntó Tajot en tono tan amable que la pequeñita, sin ningún reparo, empezó á cantar:

»—Batán, el novio de mi hermana, ha vuelto de Tebas anoche inopinadamente. Al salir la estrella de Isis ²⁹⁸, se presentó de súbito en la azotea donde Kerimama estaba precisamente jugando á las damas con padre. Le trajo una hermosa corona nupcial de oro.

»Tajot dió un beso á la niña y le regaló su precioso abanico. Cuando estuvimos otra vez en casa, me dijo sonriéndose con cierta malicia:—Ya sabes, mamita, que las palabras de los niños del vestíbulo del templo pasan por oráculos ²⁹⁹. Si la chiquilla no ha mentido, él debe venir. ¿No has oído que traerá también la corona nupcial? ¡Oh, madre! sé de cierto, sé de fijo que le volveré á ver.

»Cuando pregunté ayer á Tajot, si tenía un encargo para tí, me rogó que te dijera, que te mandaba memorias y besos mil, y que pensaba escribirte ella misma, en cuanto se haya reforzado algo, pues tenía muchas cosas que confiarte. En este momento me trae el adjunto billete destinado para ti sola, y que ha acabado con gran trabajo.

»Me veo obligada á terminar á toda prisa esta carta, porque el mensajero la espera hace rato.

»Bien quisiera comunicarte algo satisfactorio, mas por donde quiera sólo veo miserias. Tu hermano se entrega cada día más á la ambición de nuestros sacerdotes, y dirigido por Neithotep, despacha los negocios del gobierno por tu pobre padre ciego.

»Amasis deja á Psamtik en completa libertad, diciendo que poco le puede importar que su sucesor ocupe su puesto unos cuantos días más pronto. No impidió á tu hermano sacara á viva fuerza de la casa de la helena Rodopis á los hijos del antiguo jefe de la guardia real, Fanes, y hasta aprobó que su hijo entrara en tratos con los descendientes de los doscientos mil guerreros emigrados á Etiopía³⁰⁰, en el reinado del primer Psamtik, por creerse pospuestos á los mercenarios jonios. El príncipe quería en caso de regresar aquellos á su patria, despedir á los soldados helénicos. Las negociaciones no dieron resultado; mas Psamtik había ofendido gravemente á los griegos por la manera indigna como trataba á los hijos de Fanes. Aristómajos amenazaba con salir de Egipto llevándose diez mil de los mejores soldados, y pidió la licencia cuando el niño de Fanes fué asesinado por orden de Psamtik. De repente el espartano desapareció sin que nadie sepa qué ha sido de él; los helenos, empero, se dejaron corromper por grandes sumas y quedaron en Egipto.

»A todo esto Amasis se calló, y haciendo sacrificios y rezando contempló con tranquilidad cómo su hijo ora ofendía, ora halagaba indignamente á todas las clases del pueblo. Los generales helenos y egipcios, así como los nomarjos de diferentes provincias, me han declarado que tal estado de cosas es intolerable. Nadie sabe lo que puede esperarse del nuevo soberano que hoy manda lo que ayer prohibió airado, que amenaza con romper el bello lazo que hasta ahora unía al pueblo egipcio con sus reyes.

»Adiós, hija mía; acuérdate de tu amiga, tu madre; perdóná á tus padres si llegas á saber tarde lo que tanto tiempo te hemos callado. Ora por Tajot; saluda á Kresos y á los jóvenes persas que conocemos; transmite también á Bardiya los saludos de tu hermana, los cuales le ruego considere como el legado de una moribunda. ¡Ojalá pudieses enviar á tu hermana una prueba de que el joven persa no la ha olvidado del todo!...

»¡Adiós, y sé feliz en tu nueva y floreciente patria!»



CAPITULO XVI

Como trae á veces la dorada aurora días de lluvia, la alegre esperanza es también en ocasiones mensajera de infaustos sucesos.

Nitetic se las había prometido felices para cuando recibiera la carta, y sin embargo, ésta debía amargar el almíbar de su dicha, destruyendo como por ensalmo buena parte de lo que era su vida, los gratos recuerdos de su querida patria y de los compañeros de su felicidad en la niñez.

Vestida de púrpura y reclinada en el sillón, lloraba pensando con tristeza en la pesadumbre de la madre, los sufrimientos del padre, y la enfermedad de su hermanita. Desvaneciéndose á sus ojos el risueño porvenir, que le prometía amor, poder y ventura. La predilecta de Kambises olvidó al amado que le aguardaba; la futura reina de Persia sentía profundo dolor por la desdicha de la familia real de Egipto.

Era ya más de mediodía cuando la camarera volvió á entrar para dar la última mano al tocado de la señora.

—Duerme—pensó la doncella;—aún puede descansar un cuarto de hora; la ceremonia del sacrificio la habrá fatiga-

do, y conviene que en el convite luzca toda su frescura y belleza, y venza á las demás como la luna á las estrellas.

Sin que la señora lo advirtiese salió de la sala, para dar una vuelta por el jardín, que con la ciudad gigantesca, el río y la fertilísima llanura babilónica, ofrecía un panorama delicioso, visible desde las ventanas de los aposentos de la reina.

La doncella corrió directamente, ajena á cuanto la rodeaba, hacia un bancal de flores para coger rosas. Sólo fijaba los ojos en el nuevo brazaletes, en cuya preciosa pedrería se reflejaban los rayos del sol de la tarde. Así es que no echó de ver á un hombre ricamente vestido, quien alargando el cuello miraba por una ventana de la sala, donde Nitetis quedó llorando. Viéndose estorbado el espía, fuese inmediatamente hacia la doncella y le dijo con voz de tiple:

—Te saludo, hermosa Mandana.

La doncella se volvió asustada, y reparando en el jefe de los eunucos, le dijo:

—¡Vaya una broma!... ¡Asustar así á una pobre muchacha! Por Mitra, si llego á verte antes de oírte, me da un desmayo. Una voz de mujer no me sorprende, pero es tan raro hallar un hombre en esta soledad, como un cisne en el desierto.

Sonreíase Bogues con bondad, aunque comprendió perfectamente la maliciosa alusión á su voz aguda, y frotándose las gordas manos, contestó:

—Ciertamente, es muy duro para una joven y bella palomita como tú, consumirse en tan solitario nido; pero ten paciencia, corazón mío, que pronto tu señora será reina y te proporcionará un marido joven y guapo. Más ha de agradarte vivir sola con él, que con la hermosa egipcia.

—Mi señora es más hermosa de lo que conviene á algunos—contestó picada,—pero yo no encargué á nadie que me busque un marido. Ya le hallaré sin tu ayuda.

—¿Quién podrá dudarle? Tan bella palmita atrae á los hombres como una lombriz á los peces.

—Yo no me dedico á la pesca de hombres, ni menos de tu jaez.

—Ya lo creo, ya lo creo, ¡ji, ji, ji!—replicó el eunuco.—

Pero dime, ¿por qué me tratas con tal dureza? ¿Te hice algún mal? ¿No he sido yo quien te ha proporcionado este elevado puesto? ¿No soy paisano tuyo, medo como tú?

—¿Y no somos ambos personas humanas? ¿No tenemos los dos diez dedos en la mano, y la nariz en medio de la cara? La mitad de la gente de aquí somos medos; si todos, por ser paisanos, fuesen amigos, mañana podría ser reina. Tampoco te debo á ti mi puesto al lado de la egipcia, sino al gran sacerdote Oropastes, que me recomendó á la gran Kasandana; aquí arriba nada tenemos que hacer de ti.

—¿Cómo puedes decir esto, amor mío? ¿No sabes que ninguna camarera se nombra sin mi aprobación?

—Lo sé tanto como tú mismo, pero...

—Pero las mujeres sois una raza ingrata que no es digna de nuestra bondad.

—No olvides que hablas con una hija de buena familia.

—Lo sé, corderito mío; tu padre era mago y tu madre hija de mago. Los dos murieron pronto entregándote al destur Ixabates, padre del gran sacerdote Oropastes, y te has criado con sus hijos. Cuando recibiste las arracadas, Gaumata ³⁰¹ el hermano de Oroapstes (no hay que ruborizarse por esto, Gaumata es un hombre bonito,) se enamoró de tu sonrosada carita, y quería tomarte por mujer, aunque sólo tenía diecinueve años. ¡Gaumata y Mandana! ¡Qué bien consueñan estos nombres! ¡Mandana y Gaumata! Si fuese poeta, mi héroe había de llamarse Gaumata y su amada Mandana.

—¡No me ofendas con estas burlas!—exclamó la muchacha sonrojándose y pataleando.

—¿Te enfadas conmigo porque hallo que vuestros nombres hacen buen efecto juntos? Más razón tendrías en enfadarte con el orgulloso Oropastes que mandó á su hermano menor á Ragas ³⁰², y á ti á la corte para que os olvidéis el uno del otro.

—¡Calumnias á mi bienhechor!

—¡Que la lengua se me pudra si no digo la pura verdad! Oropastes te separó de su hermano porque tiene proyectos más grandes con respecto al hermoso Gaumata, que el casamiento con la pobre huérfana de un humilde mago. Amittis ó Menishe ya le parecían aceptables; una pobre doncella

como tú, que todo lo debe á su benevolencia, no puede ser más que estorbo á sus planes de ambición. El quisiera, te lo digo en confianza, ser regente del reino durante la guerra con los masagetas, y haría grandes sacrificios si de una ú otra manera pudiese emparentar con los ajemenidas. A su edad ya no se piensa en mujeres; su hermano, empero, es joven y bello, y hasta dicen que se parece al príncipe Bardiya.

—Es verdad—exclamó la camarera.—Figúrate que yo al ver por primera vez á Bardiya en el patio de la estación, á la que fuimos á recibir á nuestra señora, le tomé al principio por Gaumata. Se parece como gemelos y son los mejores mozos del reino.

—¡Cómo te entusiasmas, rosita mía! Pero no es tan engañadora la semejanza de los dos. Pues saludando esta mañana del gran sacerdote...

—¿Gaumata está aquí?—interrumpió la camarera con la vehemencia de la pasión.—¿Le has visto realmente, ó quieres tan sólo sonsacarme para burlarte de mí?

—Por Mitra, paloma mía, le he besado en la frente hoy y he tenido que contarle todo acerca de su novia, y por él quiero hacer lo imposible, porque soy harto débil para resistir á esos lindos ojos azules, esa dorada cabellera rizada, y esas mejillas de melocotón. Guarda tu rubor, mi florecita de granada, guárdalo hasta que te lo haya contado todo. En adelante, ya no tratarás tan duramente al pobre Bogues, porque comprenderás que posee un corazón bueno y que rebosa amistad por Mandana, su bella y displicente paisanica.

—No me fío de ti—dijo la doncella interrumpiendo tales protestas.—Me han prevenido contra tus zalamerías y no sé cómo puede haber merecido el interés que demuestras por mí.

—¿Conoces esto?—preguntó el eunuco, mostrando á la muchacha una cinta blanca, cubierta de flámulas de oro artísticamente bordadas.

—El último regalo que bordé para él—exclamó Mandana.

—La contraseña que he perdido á Gaumata. Yo presumía que no tendrías confianza conmigo. ¿Quién ha visto alguna vez que el preso quiera á su carcelero?

—Presto, presto, dime lo que pide de mí el compañero de

mis juegos. Mira á Occidente cómo el cielo empieza á colorearse; cae la tarde y debo ataviar á la señora para la fiesta.

—Despacharé aprisa—dijo el eunuco poniéndose de repente tan serio que Mandana sintió miedo.—Si no quieres creer que por amistad á ti me expongo á un peligro, suponte que favorezco vuestro amor para humillar el orgullo de ese Oropastes que amenaza suplantarme en la gracia del rey. A despecho de todas las intrigas del jefe de los magos, serás la esposa de tu Gaumata, tan cierto como me llamo Bogues. Mañana por la noche, después de salir el Tistar 303, tu amante vendrá á verte. Ya sabré alejar á todos los guardias para que pueda llegar á tu presencia sin peligro, y quedarse contigo una hora, ¿oyes? no más que una hora, que basta para concertar las bodas. Tu señora, lo sé de cierto, será la esposa favorita de Kambises; entonces ella te ayudará para arreglar tu casamiento con Gaumata, porque te quiere y no sabe cómo ponderar bastante tu fidelidad y destreza. Mañana por la tarde al salir el tistar, volviendo á su usada alegría empezará á brillar el sol de tu dicha. Bajas los ojos y te callas. ¿La gratitud te cierra la boquita, eh? ¿Tengo razón? Te suplico, paloma mía, no seas tan muda el día que se trate de alabar al pobre Bogues á tu poderosa señora. ¿Saludaré de tu parte al hermoso Gaumata? ¿Puedo decirle que no le has olvidado y que le esperas gozosa? ¿Vacilas? ¡Ay de mí! empieza á obscurecer. Debo irme á ver si todas las mujeres están compuestas debidamente para el gran convite del cumpleaños. Otra cosa aun; Gaumata debe salir de Babilón pasado mañana. Oropastes teme que te vea y le ha mandado que vuelva á Regás en cuanto la fiesta esté concluída. ¿Aún te callas? Entonces no puedo hacer nada por ti ni por el pobre muchacho. Aun sin vosotros no dejaré de lograr mi intento, y al fin y al cabo vale más que olvidéis vuestro amor. Guárdente los dioses.

La muchacha no sabía qué decir. Presumía que Bogues la quería engañar; una voz interna le mandaba rehusar la cita al amado, y la rectitud y prudencia iban predominando en su corazón, de modo que estuvo á punto de exclamar: «dile que no le recibiré,» cuando sus ojos se encontraron con la cinta de seda que en tiempos pasados bordó para el hermoso jo-

ven. Con la rapidez del rayo pasaron por su memoria los placenteros cuadros de su niñez, los cortos minutos de amoroso arrobó; el amor, la ligereza, los deseos sobrepusieron á la virtud, el presentimiento y la prudencia, y antes que Bogues pudiera pronunciar su despedida, ella le dijo casi contra su voluntad y corriendo hacia la casa cual corzo adorado:

—Le aguardo.

Bogues atravesó con presteza los floridos senderos de los jardines pensiles. Enfrente al parapeto del alto edificio se detuvo para abrir cautelosamente una trampa oculta que tapaba una escalera secreta, construída en el hueco de uno de los enormes pilares que sostenían los jardines, sin duda, con el objeto de facilitar al dueño. la entrada en los aposentos de su esposa sin ser visto. La trampa se movía fácilmente sobre sus goznes, Bogues la cerró de nuevo, y la cubrió con algunas cáscaras de almejas de las que había en los senderos del jardín, de forma que era difícil dar con ella, aun á los que la buscaran de intento. Con su acostumbrada y amable sonrisa se frotaba el eunuco las manos, cargadas de sortijas, é iba diciendo para sus adentros:

—Ahora ha de salir bien; la moza cae en el garlito; el amante obedece á mis indicaciones, la vieja escalera está á punto. Nitetis ha llorado amargamente en este día de regocijo. El lirio azul abrirá su capullo mañana por la noche... Sí, sí, mi pequeño plan saldrá á pedir de boca. ¡Ah! hermosa gatita egipcia, tus aterciopeladas patas van á quedar cogidas mañana en el lazo que te tiende el despreciado eunuco, que nada debe mandarte.

Y un rayo de malicia centelleaba en sus ojos, mientras se iba corriendo.

En la escalera grande encontró al eunuco Neriglisar que vivía en los jardines pensiles, en calidad de jardinero superior.

—¿Qué tal el lirio azul?—le preguntó Bogues.

—Se desarrolla magníficamente—dijo el jardinero entusiasmado con su plantel de flores.—Mañana cuando salga el tistar, lucirá en todo su esplendor, como te dije ya. Mi señora egipcia tendrá un gran placer, porque le gustan las flores, y

te suplico comuniqués también al rey y á los ajemenidas, que con mis cuidados he conseguido que florezca esa planta rara. Sólo cada diez años ostenta toda su belleza durante una sola noche. Dilo á los nobles ajemenidas y tráelos acá.

—Se cumplirá tu deseo—dijo Bogues sonriéndose;—al rey no le esperes, sin embargo, porque presumo que no entrará en estos jardines antes de sus bodas con la egipcia; mas unos cuantos ajemenidas no dejarán de comparecer. Son tan aficionados á la horticultura y á la floricultura que no dejarán pasar un espectáculo tan raro. Tal vez podré conducir acá á Kresos: no es tan entendido en floricultura como los aficionados persas, pero se goza en todo cuanto ofrece á la vista un aspecto agradable.

—Tráele también, te lo agradecerá, pues mi princesa de la noche es más hermosa que todas las flores que se han visto en los jardines regios. Tú has visto en la límpida piscina el capullo coronado de verdes pétalos; cuando se abra, parecerá una gigantesca rosa celeste. Mi flor...

El entusiasmado jardinero iba prolongando su discurso encomiástico; mas Bogues le plantó con un saludo benévolo, bajó la escalera, subió al carro de dos ruedas que le esperaba y mandó al cochero, á cuyo lado se colocó en pie como él, que apretase á los caballos adornados con borlas y cascabels, los cuales partiendo al trote largo le trasladaron pronto á la puerta del jardín que circuía la gran casa de las mujeres del rey.

La bulla y efervescencia reinaba hoy en el harén de Kam-bises. Bogues había mandado que todas las mujeres de la corte, para presentarse en lo posible hermosas y frescas, tomasen un baño antes de empezar el gran festín; por esto se fué directamente al ala del palacio donde había los baños.

De lejos oyó ya el confuso alboroto de voces, gritos, risotadas y charla de más de trescientas mujeres, que envueltas en espesa nube de vapor acuoso se movían en la inmensa sala calentada con exceso. En pintoresca amalgama, recorriendo las calientes y marmóreas baldosas del baño, mientras caía del techo pulverizada lluvia de agua tibia, se las hubiera creído fantásticas figuras; semidesnudas como iban,

sus leves túnicas de seda se les pegaban al cuerpo, empapadas de agua.

Aquí se veían alegres grupos de diez ó veinte garridas beldades, charlando á más y mejor; allí reñían dos reinas cual niñas mal educadas; acullá chillaba otra lastimada por la elegante chinela de su vecina, y más allá otra se tendía en el caliente y húmedo suelo, inmóvil como un cadáver, en pereza contemplación. Seis armenias cantaban á coro y con voz clara unas coplas amorosas y picarescas en el idioma de su país, mientras un tropel de rubias persas se entretenían en maldecir á la pobre Nitetis de tal modo, que si alguien las hubiese oído sin conocerla, se hubiera figurado que la hermosa egipcia era un vestiglo, propio para asustar muchachos.

Aumentaban semejante batiburrillo las esclavas desnudas que traían en la cabeza paños calientes para envolver con ellos á sus amas, y los gritos de los eunucos de centinela junto á las puertas, dando prisa á las bañistas, y las chillonas voces de éstas llamando á sus esclavas. Con esto y los penetrantes perfumes, mezclados con el caliente vapor acuoso, el espectáculo que se ofrecía era verdaderamente aturridor.

Un cuarto de hora después, se hubiera visto á las mujeres del rey bajo un aspecto diametralmente opuesto.

Cual rosas cuajadas de rocío, yacían inmóviles, soñando sin dormir, sobre los blandos divanes que rodeaban las largas paredes de otra inmensa sala. Tenían aun la suelta cabellera mojada con el oloroso líquido. Las ágiles esclavas con blandos cepillos de pelo de camello enjugaban los delicados cuerpos, hasta dejarles sin la menor humedad que penetrara en sus poros.

Cubriéronse después los hermosos y fatigados miembros con ricas cubiertas de seda. Una partida de eunucos cuidaba de que ninguna, pendenciera ó traviesa, perturbase la tranquilidad del batallón mujeril entregado al sueño.

Rara vez, á pesar de todas las guardias, reinó en aquella sala tan profunda tranquilidad como aquel día, porque si alguna de ellas la hubiese perturbado hubiera sido excluída del gran banquete.

Una hora entera habrían descansado sin decir palabra,

mas sonó el repique de un metal y cambió el espectáculo. Todas se pusieron en pie. Un ejército de esclavas penetró en aquel recinto. Frotaron los cuerpos de las mujeres con ungüentos y perfumes, trenzaron artísticamente sus ricas cabelleras, adornáronla con piedras preciosas. Traíanse para ellas costosas alhajas y túnicas de lana y de seda con todos los colores del iris y zapatos incrustados de perlas. Ciñeron las caderas con ricos cinturones de oro *305*.

El atavío de la mayor parte de las mujeres (el cual en su conjunto representaba ciertamente el valor de todo un reino,) había ya terminado, cuando Bogues entró en el salón.

El eunuco fué saludado con un general chillido de júbilo. Veinte mujeres cogidas de las manos formaron un círculo alrededor de su risueño guardián, y se echaron á bailar y cantar unas groseras coplas compuestas en el harén en loor de sus virtudes. Como en semejante día el rey solía acceder á la modesta súplica de cada una de sus mujeres, rota la cadena del baile, la turba de ped'güeñas cayó sobre Bogues acariciándole las mejillas y besándole las carnosas manos para obtener de él que recomendara sus deseos, los cuales le decían por lo bajo cuchicheando.

El alegre déspota de las mujeres se tapaba los oídos, y rechazaba risueño y retozón á las más importunas. A la meda Amitis prometía que la Fenicia Ester sería castigada, y á ésta que lo sería aquélla; á Parmis que había de recibir un aderezo más lindo que el de Parisatis, y á Parisatis *306* que el suyo sería más precioso que el de Parmis. Cuando, por fin, no pudo resistir á la arremetida de tantas como le suplicaban, tocó un pito de oro, cuyo agudo sonido produjo mágico efecto en la turba de mujeres. Las levantadas manos se bajaron, cesó el pataleo de los menudos pies, callaron todas. El estrépito se convirtió en profundo silencio.

La que no obedeciese al sonar este pito que era como la proclamación del estado de sitio ó la voz de silencio en nombre del rey, tenía seguro un castigo ejemplar. En aquella ocasión el agudo sonido produjo su efecto con singular perfección y rapidez. Bogues lo notó y sonrióse satisfecho. Dedicó á la asamblea benévola mirada, expresión de su agra-

do, é hizo un florido discurso prometiendo apoyar ante el rey las peticiones de todas sus blancas palomitas. Al terminar les mandó que se colocaran en dos largas hileras. Las mujeres obedecieron y se dejaron examinar, como soldados por su jefe, ó como esclavos para su comprador.

Bogues quedó satisfecho del atavío de la mayor parte de ellas, pero á unas las obligaba á poner más colorete, á otras á suavizar con polvos blancos el color sobrado sano de la tez, á otras á enderezar más el pelo, teñir de negro las cejas ó untar mejor los labios.

Terminada la revista, Bogues salió de la sala para llegar-se á las habitaciones de Fedima, la cual, como legítima esposa del rey, vivía separada de las mancebas.

La favorita caída, la humillada descendiente de los ajemenidas, estaba esperando al eunuco ya hacía rato.

Se había vestido con extraordinaria esplendidez, é iba casi recargada de preciosas joyas. De su pequeña tiara colgaba un tupido velo de gasa entretejida de oro, y ceñíala la venda azul y blanca que indicaba la procedencia ajemenida de la dueña.

Bien podía llamársele hermosa, aunque empezaba á ostentar aquella exuberancia de formas que suele ser achaque de las mujeres de Oriente, al cabo de pocos años de ocio en el harén. Rebosaba por debajo de la tiara, pegándose á las sienes, la rubia y dorada cabellera asaz abundante, entretejida con cadenillas de plata y láminas de oro.

Cuando Bogues entró en el aposento, Fedima corrió hacia él, y echando al espejo una mirada y otra al eunuco, preguntóle temblando de agitación:

—¿Te gusto? ¿Le gustaré á él?

Sonriéndose como siempre, Bogues le contestó:

—A mí me gustas siempre, dorada pavoncita mía, y también al rey gustarías si te viese como ahora te veo; en el punto en que me lo has preguntado, estabas seductora. La pasión ennegreció tus azules ojos, que parecían la noche de Angramaiños, y el odio entreabriendo tu boca me mostraba las dos hileras de dientes, más blancos que la nieve del Demavend.

Fedima, visiblemente satisfecha, respondió esforzándose en repetir aquella mirada:

—Déjanos ir á la mesa cuanto antes, pues te digo, Bogues, que aún brillarán mis ojos con más sombrío fuego, y mayor será la blancura de mis dientes cuando vea á la egipcia ocupando el puesto que me pertenece á mí.

—No lo ocupará por mucho tiempo.

—¿Tu proyecto se realiza pues? ¡Oh! habla, Bogues, no me calles más lo que intentas. Seré muda como un cadáver y te obedeceré.

—No puedo ni debo charlar, mas para endulzarte esta amarga velada, te digo que todo sale á las mil maravillas; está abierto el abismo en que hundiremos á nuestra enemiga Nitetis, y pienso elevar de nuevo á mi dorada Fedima á su antiguo puesto, y acaso colocarla aun más alto, con tal que me obedezcas á ciegas.

—Habla, ¿qué es lo que debo hacer? Estoy dispuesta á todo.

—¡Muy bien, bizarra leona! Haz lo que te diré y todo irá bien. Si te exijo cosas difíciles, más preciosa será tu recompensa. No me contradigas porque no tenemos tiempo que perder. Quitate todos estos adornos supérfluos y conténtate con el collar que el rey te dió por regalo de boda. En vez de este traje claro te has de poner vestidos sencillos y oscuros. Después de prosternarte ante Kasandana, la madre del rey, harás una reverencia humilde á la egipcia.

—¡Imposible!

—¡Es necesario! Presto, presto, despójate de los atavíos, te lo suplico; así va bien; sólo obedeciendo asegurarás el éxito. El cuello de la más blanca perí es oscuro en comparación con el tuyo.

—Pero...

—Cuando te llegará el turno de pedir algo al rey, dirás que tu corazón ha cesado de desear desde que tu sol te priva de su luz.

—¡Bien!

—Cuando tu padre te pregunte cómo estás, échate á llorar.

—Lloraré.

—Llorarás de tal modo que todos los ajemenidas te vean llorando.

—¡Qué humillación!

—Nada de humillación; es sólo un medio para elevarse más seguramente. Quitate pronto el rojo arrebol de la cara y tíñela de blanco; ponte pálida, más blanca todavía.

—Realmente necesitare de este color para ocultar mi sonrojo. Me exiges cosas terribles, Bogues; pero obedeceré si me enteras...

—Camarera, presto, el nuevo traje verde oscuro de la señora...

—¡Pareceré una esclava!

—La verdadera gracia es bella aunque vista harapos.

—¡Cuánto más lucirá la egipcia que yo!

—Todos han de ver que tú estás muy lejos de quererte medir con ella. Todos se dirán: ¡Si la viésemos tan peripuesta como esta orgullosa, Fedima estaría tan hermosa como ella!

—¡Mas no puedo hacerle una reverencia!

—Es preciso.

—Me quieres perder y humillar.

—¡Mentecata! Oye brevemente mis razones y obedece. Mucho nos importa que los ajemenidas se indignen contra nuestra enemiga. Figúrate el enojo de tu abuelo Intafernes, la rabia de tu padre Otones, cuando te verán á los pies de una extranjera. Su orgullo lastimado les aliará á nosotros, y aunque sean «demasiado caballeros,» como dicen para emprender algo contra una mujer, cuando necesite de ellos, preferirán ayudarme que estorbarme. Una vez aniquilada la egipcia, el rey, si me obedeces, se acordará de tus pálidas mejillas, de tu humildad, de tu desinterés. Los ajemenidas y hasta los magos le instarán á que haga reina á una mujer noble de su propia prosapia. ¿Y qué mujer persa puede preciarse de más alto linaje que tú? ¿Quién recibirá la púrpura sino mi espléndida paradísea, mi bellísima rosa Fedima? Como no se debe temer una caída de caballo, si se quiere aprender á montar, asimismo no debe importarle nada una humillación á quien trata de ganar el más alto premio.

—Obedeceré—exclamó la hija del príncipe.

—Entonces hemos de vencer—repuso el eunuco.—Ahora tus ojos brillan otra vez con el verdadero color negro obscuro. Así te quiero, reina mía: así ha de verte Kambises, cuando los perros y los buitres se ceben en la tierna carne de la egipcia, y por primera vez después de luengos meses, yo abra al rey tus dormitorios, en silenciosa noche. ¡Ea, Armogues! manda á las mujeres que se preparen á subir á las literas; yo voy delante para enseñarles los puestos.

Miles de luces, cuyas llamas se reflejaban en el dorado de las paredes, alumbraban el gran salón de fiestas con claridad superior á la del día. Una mesa interminable estaba en medio de la sala ofreciendo un aspecto de lujo fabuloso por la riqueza de oro y plata que ostentaba en el sinnúmero de copas, platos, fuentes, vinagreras, jarros, vasos, fruteras y pebeteros.

—El rey está por llegar—dijo el jefe del servicio, funcionario distinguido, al copero del rey, noble pariente de Kambises.—¿Están llenos los jarros, catados los vinos, colocadas las copas y vaciados los odres que envié Polikrates?

—Todo está listo—contestó el escanciador.—Ese vino de Jios es superior á cuanto bebí hasta hoy, y para mi gusto es mejor aun que el de Siria *307*. Prueba un poco.

Diciendo esto, cogió con una mano una elegante copita de oro y con la otra un jarro del mismo metal, elevólo rápidamente y vertió la preciosa bebida con tanta habilidad en delgado chorro, que ni una sola gota se escapó de la reducida cavidad de la copa. Luego la presentó, cogida con la punta de los dedos, al parador de la mesa con una elegante reverencia *308*.

Este sorbió pausadamente, y chasqueando con la lengua el delicioso líquido y devolviendo la copa al escanciador dijo:

—A fe mía, que es bebida preciosa doblemente delicada cuando se ofrece al bebedor con la gracia que á ti te distingue. Razón tienen los extranjeros en admirar como los más hábiles de todos á los escanciadores persas.

—Muchísimas gracias—contestó el otro besando la frente

del amigo,—estoy orgulloso de mi oficio que el gran rey confía solamente á sus amigos. Sin embargo, casi llega á cargarme en esta bochornosa Babilón. ¡Cuándo nos trasladaremos, por fin, á las residencias veraniegas, á Ecbátana ó Pasargadas!

—Hoy he hablado con el rey de este asunto. En vista de la guerra con los masagetas, no quería mudar de residencia, mas salir á campaña directamente de Babilón; pero si, según parece en virtud del mensaje de hoy, la guerra no se hace, partiremos para Susa tres días después de las bodas del rey, es decir, dentro una semana.

—¿Para Susa?—preguntó el escanciador.—Allí se goza poco más fresco que aquí, y además, están reedificando el antiguo castillo de Memnón³⁰⁹.

—El sátrapa de Jusa ha traído la noticia de que el nuevo palacio está listo, y supera en esplendor y magnificencia á cuanto se ha visto. Apenas lo oyó Kambises, exclamó: Entonces después de las bodas nos iremos allá. Quiero enseñar á la hija del rey de Egipto, que en Persia sabemos construir tan bien como sus antepasados. Está acostumbrada en el Nilo á días calurosos, y se encontrará bien en nuestra hermosa Susa. El rey parece grandemente prendado de esta mujer.

—Ciertamente. Por amor á ella desatiende á todas las demás mujeres y pronto la hará reina.

—Esto no está bien; la ajemenida Fedima tiene derechos más antiguos y más legítimos.

—Es cierto; pero lo que el rey quiere, está bien.

—La voluntad del soberano es la voluntad de Dios.

—Bien dicho. Los buenos persas se gozan en poder besar la mano de su rey, aunque esté teñida con la sangre de sus hijos.

—Kambises mandó decapitar á mi hermano, pero no le guardo por ello más rencor que á la divina Providencia que me robó mis padres. ¡Ea, mozos! descorred las cortinas; los convidados se acercan. Afanaos, podencos, y atended á vuestro servicio. Adiós, Artabazos. ¡Qué noche tan calurosa nos espera!



NOTAS

1 (Pág. 8.) «Wilkinson, Manners and customs of the ancient Egyptians III, p. 196 y lám. 14. Un bonito cuadro de las embarcaciones de que se valían los antiguos egipcios, se halla en «Dümichen, La armada de una reina egipcia», I-V XXV-XXXI. Allí vemos también los barcos que vuelven de un viaje á Ofir, trayendo además de los pavos, todos aquellos tesoros de que sabemos por el libro I de los Reyes (cap. 9, v. 28 y cap. 10, v. 11) que enriquecían á Salomon, quien con su amigo Hiram de Fenicia mandó hacer expediciones marítimas. Hasta del progreso del arte náutico nos dan noticia los monumentos egipcios. El timón móvil fué introducido más tarde. Los monumentos representan astilleros en la época de las pirámides, v. g. en las mastabas de Saqara, que los Grandes de Egipto durante el reinado de la cuarta dinastía, construyeron por vía de sepulcros y capillas sepulcrales. Daban á las mastabas la forma de pirámides truncadas; dejaban sin adornar las paredes externas, el interior fué ornado tanto más ricamente con esos bajo-relieves delicados pero bien caracterizados que aún hoy excitan la admiración de nuestros escultores. Véanse las representaciones de barcos en el mastaba del Tí. Dümiche, «Resultados del viaje emprendido por orden de S. M. el Rey Guillermo I. Tomo I, lám. II y IV. Como suplemento de esta obra, el autor reproduce una excelente Memoria de «Graser», el mejor

conocedor de la marina antigua: «La marina de los antiguos egipcios.

2 (Pág. 8.) Esta ciudad que será el teatro de una parte de nuestro relato, estuvo situada en el Noroeste del Delta del Nilo en el nomos ó distrito saítico, á la orilla izquierda de la boca canónica del Nilo. Según Estrabon y Eusebio, la fundaron los milesios por los años 749 antes de J. C. según los cálculos de Bunsen. Parece que primitivamente á los barcos griegos les era permitida la entrada en la boca canónica sólo en los casos de necesidad. En aquella época todo el comercio de los egipcios con los odiosos extranjeros estaba concentrado en la pequeña isla de Faro, situada enfrente de la ciudad de Tamis. Homero, *Odisea*, IV, 36; Herodoto, II, 113 y 114. E. Curtius en su ingenioso opúsculo sobre los jonios; trata de probar que hubo mucho antes cierto comercio de los egipcios especialmente con los jonios. Ciertamente, hubo tal comercio, mas no directamente con aquella tribu griega, sino que la costa septentrional de Egipto había sido colonizada muy pronto por los fenicios que adoptaron las costumbres egipcias pudiendo llamarse egipto-fenicios, y observando fielmente la política de sus parientes de Tiro y Cartago, cerraban por fuerza y maña á todos los extraños las plazas de cambio y comercio abiertas para ellos. Para más detalles véase nuestra obra: «Egipto y los libros de Moisés», p. 195. Recientemente, Brugsch ha suministrado algunos nuevos argumentos en apoyo de la opinión expresada aquí. «Histoire d'Egipte» 2, de ed, p. 128, chap. XI. «Le semitisme en Egipte». Tan pronto como los griegos se hubieron establecido en Náukratis, la fortificaron y construyeron templos á sus dioses: los eginetas á Zeus, los samios á Hera, los milesios á Apolon. Además fundaron un gran templo común de muchas ciudades y tribus, y una especie de unión comercial ó mercantil, el Helenion. En la cercanía de esta floreciente ciudad, Alejandro escogió más tarde el sitio para la fundación de Alejandría.

3 (Pág. 8.) Estamos en octubre, época en que el Nilo empieza ya á descender. Las causas de la crecida son bien conocidas desde el grandioso trabajo tabular de Enrique Barth, (*Zeitschrift für allgemeine Erdkunde*, 1863. T. XVI y S. Baker, *Viaje en Abisinia*.) Las lluvias tropicales y la fusión de la nieve en las altas montañas del Ecuador, producen la crecida. A principios de junio se nota un crecimiento paulatino del río: entre el 15 y 20 de julio la subida lensase

convierte en crecida rápida; á principios de octubre el Nilo alcanza su mayor altura, á que aspira de nuevo después de haber empezado á retroceder para bajar luego, primero gradualmente y después cada vez más aprisa. En enero, febrero, marzo y abril, el agua desaparece poco á poco, y en mayo el río alcanza su nivel más bajo, siendo entonces su caudal de agua veinte veces menor que en octubre.

4 (Pág. 9.) Los espartanos no acostumbraban á llevar bigotes.

5 (Pág. 9.) Los griegos se hacían á menudo distraer en sus convites por la música; pero también en Egipto los cuadros nos presentan ordinariamente en las reuniones, mujeres cantantes ó que tocan la flauta doble, arpistas ciegas, etc.

6 (Pág. 9.) Alkman (en dialecto ático Alkmeon) florecía por los años de 650 en Esparta. Nacido en Sardes de una esclava lidia, llegó á ser propiedad del espartano Agesides que le dió la libertad. Pronto sus bellas canciones le proporcionaron la vecindad lacedemonia, y el ser elegido director general del arte musical, en cuya calidad supo aclimatar la suave música lidia, que Polimnestes había dado á conocer. (Himerio, orat, 5.) Su lenguaje es el dorio-lacónico. Dicen que después de dedicar su vida al canto, á los goces de la mesa y al amor, murió de una enfermedad terrible. Por los muchos coros de vírgenes (partenios) que compuso, por sus cantos encomiásticos de las mujeres, y por las relaciones amistosas que entretuvo con las espartanas entre las que distinguía especialmente á la rubia Megalóstrata, merece el nombre del «Alaba-mujeres» lacedemonio. También son muy célebres sus poesías y sus himnos. Los fragmentos de sus obras han sido coleccionados por Welcker, y se encuentran en Bergk, «Poetæ Lyrici græci», y en Hartung, «Los líricos griegos», texto griego con traducción métrica alemana. Sus cantares deben de haberse propagado en Egipto, si bien acaso muy tarde, pues entre los papiros más preciosos que se han encontrado recientemente á orillas del Nilo, uno contiene una parte de las canciones de Alkman.

7 (Pág. 10.) Wilkinson, II, 136-145; Rosellini, «Monumenti civili», lám. 68 y 69. Las mejores representaciones de jardines de los antiguos egipcios se han encontrado en los sepulcros de «Tel el Amarna», 18 Dinastía. Véase Lepsius, Monumento de Egipto y Etiopía, parte III, lám. 102, etc. Otros se hallaron en unos sepulcros de «Abd el Curnah» en la necrópolis de Tebas, v. g. en los sepulcros 34 y 35 y en la

tumba descubierta por nosotros, del general «Amen em heb» que fué un gran aficionado á flores.

8 (Pág. 10.) En los portales de las casas de campo de los egipcios se hallaban á veces obeliscos con el nombre del propietario y tampoco eran raras las banderas. Con todo, éstas se encontraban casi exclusivamente en los portales de los templos donde se hallan aún hoy vestigios de las argollas de bronce en que se metían las astas de las banderas. También los griegos conocían las banderas. De unas inscripciones en los mástiles en los pilones, resulta que si bien los primeros no se colocaron directamente como para-rayos, sin embargo se había notado que atraían el rayo.

9 (Pág. 11.) La comida principal, el «deipnon», solía ser muy tarde, especialmente en Atenas.

10 (Pág. 11.) Las heteras de los griegos no pueden compararse de ninguna manera con las prostitutas modernas, pues las mejores de ellas representaban la inteligencia é ilustración de la población femenina de Hélada, sobre todo en la parte jónica. Recuérdese Aspasia y sus relaciones bien averiguadas con Pericles y Sócrates. También nuestra Rodopis era muy célebre. La hetera Targalia de Mileto fué la esposa de un rey de Tesalia. Ptolomeo Lagi se casó con Tais, con la que tuvo una hija, Irene, y dos hijos, Leontisco y Lago. Ateneo, XIII, p. 576. A varias heteras se les erigieron estatuas. De esto tratan extensamente F. Jakobs, Vermischte Schriften IV, y Becker, Charikles II, p. 51-69. Más pormenores hay en nuestro texto.

11 (Pág. 21.) Epiménides era sacerdote de Zeus en Knossos de Creta, alcanzó, según Plinio, la edad de 299 años, mas según Xenofanes de Colofon, su contemporáneo, tan sólo llegó á los 154. Laercio Diógenes cuenta que podía morir y resucitar á voluntad. Habiendo estado en Esparta en 576, es posible que le haya visto el viejo Aristómajos.

12 (Pág. 12.) Antiguamente los griegos llamaban «Aigyp-tos» al Nilo; véase Homero, Odisea, IV, 478. El Nilo desbordado del Egipto Bajo, se llama en algunos monumentos «Akab», probablemente según el país que bañaba en su desembocadura, porque la costa del Delta poblada prístinamente por los egipcio-fenicios, parece haberse llamado «Aikab-t ó Aigab-t»; el país de la costa curva, y los griegos oyeron ciertamente el nombre de Egipto por primera vez de boca fenicia.

13 (Pág. 12.) Esopo (620-550), según Herodoto, era tra-cio, según otros frigio ó de Mesembria, cierta colonia milesia

en la costa del mar Negro, fué vendido como esclavo á Jadmon de Samos, en cuya casa vivió junto con Rodopis y más tarde obtuvo la libertad. Herodoto, II, 134. Habiendo cobrado fama por sus fábulas, dicen que hizo de abogado y tuvo la amistad de Kresos. Cuando muy viejo ya, fué á Delfos por encargo de aquel rey, los sacerdotes que había ofendido (descubriendo sus imposturas) le acusaron de haber robado una copa de oro, y fué condenado á muerte y precipitado de la peña délfica. En los tiempos posteriores, toda regla de conducta práctica ilustrada por un cuento de la historia natural, recibió el nombre de fábula esópica. Acerca de él y sus compasiones, véase «Grauert de Esopo et fabulis esopiis». Bonn, 1825. Recientemente varios escritores y especialmente Zündel, «Revue Archeologique», III, p. 354, han afirmado, apoyándose en buenas razones, que el origen de las fábulas esópicas ha de buscarse en Egipto. Generalmente se tienę á la India por patria de la fábula de animales. En la villa Albani de Roma, hay la célebre estatua por desgracia mutilada de Esopo, «un tipo ideal concentrado, del ingenioso jorobado.»

14 (Pág. 13.) Según Herodoto, II, 134 y 135, Rodopis era tan bella, que todo griego conocía su nombre.

15 (Pág. 13.) Alkaios (Alceo), contemporáneo y amigo de Sappó, procedía como ésta de una de las más distinguidas familias lesbianas, y merece contarse entre los mejores líricos de toda la antigüedad. Dotado de todas las ventajas, pero también de todo el orgullo y todas las preocupaciones de su clase, puso todo en juego para derribar la tiranía, expulsar de Sígeo á los atenienses inmigrados en Lesbos, y conservar el gobierno aristocrático de la nobleza que se defendía enérgicamente contra los tiranos Malanjios, Megalagiros, Marsilos y los Kleanaktidos. Desgraciado en sus dos últimas empresas cuando Pitakos se había hecho jefe del pueblo, hubo de huir con sus hermanos y sus partidarios. Los primeros entraron en el servicio militar de Nebukadnezar (Nabocodonosor) de Asiria, mientras que los otros y con ellos Alkaios vagaron por el mundo. No cabe duda que el poeta ha estado también en Náukratis junto con Járaxos, hermano de Sappó. Cuando Pitakos hubo llevado á cabo su legislación que le valió el nombre de sabio, llamó á los desterrados y perdonó al poeta aunque éste le había atacado aun en el destierro con los más acerados versos. Los cantares de Alkaios rebosan la poesía caballeresca de la nobleza de Miti-

lene, que criada en todas las artes de la educación oligárquica, levantada por orgullosa altivez, y segura de la herencia de los más bellos privilegios, podía dividir su vida entre la actividad y el goce, sin perder la ligereza de ánimo ni en el infortunio. «Era un espíritu fogoso que cantaba en formas perfectas porque se sentía forzado á cantar cuando una alegría le animaba ó un pesar le oprimía. Lúcido, maravillosamente despreocupado, libre de anhelos y gozando del instante, debe considerársele como uno de los más importantes modelos de Horacio que adoptó no solamente sus metros sino también muchos de sus pensamientos. Las relaciones con Sápfo mencionadas en el texto, son confirmadas por algunos de sus fragmentos que se encuentran en A. Mathiac, *Alcaci reliquiae*, Lipsia 1827; Welcker, *escritos menores*, I, p. 126-147; Bergk, *Lyr. gr. ed.* p.^a p. 569-598; Hartung, *los líricos griegos con traducción métrica alemana*, V, p. 18. Su estatua-retrato se ha encontrado cerca de Monte Calvo y corresponde enteramente al carácter del hombre arriba pintado. Es probable que otra estatua excelente de la Villa Borghese de Roma representa á nuestro poeta, si bien Braun cree que es un Píndaro.

16 (Pág. 13.) La célebre poetisa Sápfo vivió, según Ate-neo, en la época del rey de Lidia Aliates, es decir, entre 620 y 563 antes de J. C. según la crónica de Eusebio en la olimp. 44, es decir, el año de 600. Otros la mencionan como contemporánea de Pitakos, Alkaios y Rodopis, lo cual concuerda con aquellas fechas. No erraremos pues haciéndola nacer en Mitilene de Lesbos por los años de 620. Su padre se llamaba Eskamandroninos ó Esbamon. Así opinan además de Herodoto, Eliano y otros autores antiguos, Welcker, Bernardy, Richter y otros modernos. Su madre y su hija llevaban el nombre de Kleis. Además de Járaxos mencionado por nosotros, tenía otro hermano, Larijos, quien, según Ate-neo, desempeñaba un alto empleo honorífico en el prítaneo de Mitilene. De esto y de la expulsión de Sápfo y Járaxos en la época de Pitakos se deduce que pertenecía á una familia muy distinguida que debió ser también rica, porque de lo contrario Járaxos no habría podido comprar á Rodopis como cuenta Herodoto. Suidas llama expresamente hombre muy rico al esposo de la poetisa, Cerkolas. Entre sus adoradores no debe olvidarse á su célebre contemporáneo Alkaios, mientras que su pasión por el joven Faon es con razón calificada de fábula por Bernhardy. Tampoco es cierto que

Anakreon, quien floreció algunos decenios más tarde, dedicara á Sappó ciertos versos eróticos que van dirigidos á otra lesbía. Asimismo pertenecen á la fábula su pasión por las niñas bellas y su salto de la roca leucádica. Véase Welcker, Ritchter, Bernhardy y Koechly. Del exterior de la poetisa sabemos muy poco. Platon, Plutarco y otros la llaman «la bella Sappó». Alkaios ensalza su cabellera negra y su encantadora sonrisa. Welcker la cuenta entre las bellezas celebradas de la antigüedad. En las monedas de su país, en cuadros y estatuas ha sido representada muchas veces, pero, según parece, de diferente manera. Demójaris hace de uno de sus retratos la siguiente descripción: «La naturaleza misma, la creadora te ha inspirado un día, oh pintor, á representar así á la musa mitilénica. Los ojos despiden plácido brillo para manifestar claramente cómo su espíritu creador hervía de potencia viva. Pero las carnes en su desarrollo natural libre de toda lozanía excesiva, nos indican la sencillez de su corazón, y la mezcla de alegría y cordura en su semblante, dice que en ella Kipris se confunde con la musa.» Millares de coplas le han sido dedicadas; basta mencionar aquí solamente los siguientes epigramas de Píritos y Antípater de Sidon, contenidos en la Antología griega.

«La tierra no cubre Sappó mas que las cenizas y los huesos y el nombre, su discreto canto empero disfruta de la inmortalidad.»

«Me llamaron Sappó; vencí los cantares de las mujeres

de muchos países, lo mismo que Homero vence los cantares varoniles.»

La ortografía «Sappó» es eolia; «Sapo» se encuentra solamente en una vasija de Viena, y es un error de pluma según la opinión de Welcker. Los fragmentos de sus poesías se encuentran en Bergk, «Los líricos griegos». Un excelente artículo sobre Sappó se halla en «Koechly», «Conferencias académicas y discursos», p. 153 y 11. Solon manifestó el deseo expresado en el texto, á su sobrino «Estobeo», Serm. XXIX, 28. Digno de mencionarse en este lugar es el relieve encontrado en Melos, representando á Sappó y á Alkaios que le quiere arrancar la lira y que se conserva en el Museo británico. Para explicar el monumento Overbeck en su historia de la plástica t. I. p. 148 cita la siguiente anécdota referida por Aristóteles. Alkaios amaba á su bella é ingeniosa paisana, y cuentan que un día la apostrofó con estas palabras de amor vergonzante: «Casta Sappó del cabello oscuro y de la

dulce sonrisa, bien quisiera decirte algo, mas me detiene el temor.» A las que la poetisa contestó recatada y algo díscola: «Si un deseo bello y noble te impulsase, y tu lengua no quisiese decir algo malo, la vergüenza no te haría bajar los ojos, sino que dirías con franqueza lo que es justo.»

17 (Pág. 13.) Hemos escogido para este rey su nombre bíblico Hofra por ser más conocido. Los griegos le llamaron Uafris y Apries. Sus cartelas jeroglíficas son: Uah-ph-ra-het de donde las transcripciones Uafris y Hofra (Uafra). Reinó de 588-569. Estas cifras son ciertas y confirmadas una vez por los datos contemporáneos asegurados, y luego especialmente por los sepulcros de Apis descubiertos por Mariette, y cuyas inscripciones dan clara luz sobre los reinados de los reyes de la dinastía 26, á la que pertenece Hofra. Fué destronado por Amasis que era su amigo según Ateneo, con ocasión de una rebelión que mencionan los profetas del Antiguo Testamento (Jerem. 44, 30 y 46, 24-26) y que describe Herodoto (II, 169). Esta parte de la historia egipcia recibe mucha luz de los monumentos asirios y sus inscripciones cuneiformes, que van descifrándose con una certidumbre cada vez mayor.

18 (Pág. 13.) Amasis que reinó de 570 á 526 y del que se hallará mucho en el texto, se llamaba, según sus cartelas jeroglíficas (Lepsius, libro de los Reyes, lám. 48, 8), Aahmes (luna joven). Su apellido ordinario era Se-net, hijo de Neith. Los nombres y retratos se encuentran en piedras de la fortaleza de Kairo, en un relieve de Florencia, en una estatua del Vaticano, en sarcófagos de Estocolmo y Londres, en una estatua de la villa Albani, en un templete de granito rosado de Leiden. Una bella cabeza retrato de asperón que poseemos nosotros representa probablemente al mismo rey.

19 (Pág. 14.) Los antiguos egipcios, en cuanto á sus relaciones con los extranjeros, pueden compararse con los modernos japoneses. Todos los negocios les eran odiosos, pero desde antiguo se vieron obligados á dar entrada en su país á los extranjeros, y no pudieron impedir que especialmente los fenicios en cuyas manos se hallaba el comercio de importación y exportación (como en el siglo 16 medió con los portugueses y españoles en el Japón), alcanzaran una influencia grande en todas las esferas de la vida, hasta en las ideas religiosas del pueblo. Y como en el Japón los holandeses siguieron á los iberos, así en Egipto á los fenicios siguieron los griegos, que después de la invasión persa y

las expediciones de Alejandro dominaron el valle del Nilo.

20 (Pág. 14.) Sabemos, sin que quepa duda alguna, que la sabiduría sacerdotal egipcia gozaba gran fama entre los griegos; pero muchos pasajes de los autores clásicos demuestran que los griegos y romanos de las primeras épocas que no vieron más que las extrañas formas externas de la religión egipcia, la tenían efectivamente por absurda. Más tarde los neoplatónicos adoptaron mucho de las doctrinas del clero de Heliópolis, Tebas, etc.

21 (Pág. 14.) Herodoto II, 35.

22 (Pág. 14.) Masalia, la Marsella de hoy, fué fundada por los años de 600 antes de nuestra era por los foceos, cuya ciudad situada en la costa jonia del Asia menor, había caído en poder de los persas 19 años antes del tiempo de nuestra relación, después de alejarse todos sus habitantes en sus barcos. Antes de establecerse allí los foceos, parece haber existido una factoría fenicia en Marsella. Lo cierto es que más tarde encontramos á los fenicios como copropietarios del punto, hecho confirmado no solamente por los autores clásicos, sino también por los monumentos é inscripciones encontradas allí. Los antiguos griegos llamaban keltas no solamente á los galos sino también á las tribus germánicas y á las españolas ó ibéricas.

23 (Pág. 15.) En Egipto existía una policía muy rigurosa y entendida, cuya organización fué perfeccionada por Amasis. Numerosas inscripciones y papiros nos dan noticias de un cuerpo de guardias civiles en cuyas filas se admitía con preferencia á los extranjeros.

24 (Pág. 15.) Poco antes de la época de nuestra narración varios helenos ambiciosos, como Pisistratos de Atenas (murió en 527), Polikrates de Samos (murió en 522) y Ligdamis de Naxos (murió en 524), habían conseguido derribar la aristocracia y apoderarse de la soberanía.

25 (Pág. 15.) La distribución interna de las habitaciones de las casas griegas que describimos, es la admitida por Becker y K. F. Hermann. El plano de la casa que acompaña la obra de Barthelemy, «Anacharsis», diseñada según la descripción poco clara de Vitruvio es demasiado extensa para nuestro objeto. El plano de Hirt nos gusta menos que los otros, mientras que el esbozo de Hermann (Charikles II, 99.) nos parece trazado con severa crítica y artística interpretación de los respectivos pasajes de los autores. Járaxos, como hombre rico, podía muy bien construirse una casa parecida,

aunque las casas particulares de los griegos habían sido, sobre todo en aquella época, más sencillas que la descrita por nosotros. Una idea más clara podemos formarnos de la casa romana que nos es dable reconstruir perfectamente según los edificios conservados en Pompeya, asunto tratado con gran agudeza y claridad por J. Overbeck en su «Pompeji», 3.^a edición, 1866. Tomo I, p. 230.

26 (Pág. 16.) El arte plástico de los eginetas era célebre en una época muy temprana. En los restos de composiciones eginéticas se conoce más claramente la transición de las formas típicas á la libre imitación de la naturaleza. Los grupos del frontispicio del templo de Atenea de Egina, descubiertos en 1811 por una sociedad de viajeros ingleses, daneses y alemanes y conservados ahora en Munich, merecen el calificativo de monumentos los más interesantes del arte primitivo helénico. Las figuras representan combates entre griegos y troyanos por los cadáveres de los primeros, de una boda de Aquiles y del otro de Oikles. El grupo del frontispicio occidental con la estatua de Atenea en el centro es sobre todo notable y bien conservado. Compárese «Clarac. Musée de sculpture», p. 815, etc., y las obras alemanas de Wagner, Gerhard, Welcker, Overbeck, O. Müller, y con respecto á la influencia del arte egipcio en los principios del griego véanse las obras de Thiersch y de Lepsius.

27 (Pág. 16.) Dicen que en la isla de Jios empezaron á labrar el mármol para obras de arte.

28 (Pág. 16.) Wilkinson II, lám. XI, p. 192, etc., y Rosellini, mon. civ. lám. 66, 90 y 91, se ven sillones y sofás bastante parecidos á los nuestros. Abundan los asientos aún los para varias personas, elaborados con elegancia, ocupados por las efigies en relieve ó en pintura de los poseores de sepulcros ó por las estatuas de dioses y reyes. El palo de tuya procedía del oasis de Júpiter Amon en el desierto líbico, y era tan precioso que Cicerón pagó por una mesa de tuya un millón de sestercios (unas 200 mil pesetas). En Argel vi yo una exposición de los productos de la provincia, una plancha muy pesada de madera de cedro, hermosa y maciza, parecida á nuestro Abedul vetado y que en el catálogo se llamaba probablemente por conjetura del autor: «madera de la raíz del tronco de tuya de Teniet el had.»

29 (Pág. 16.) Aceite del fruto del ricino, llamado kiki por los egipcios y usado para alumbrar y para unguentos. Herodoto II, 94, Estrabon 825, Plinio XV, 7, Dioskor IV, 164.

En los monumentos, pero más frecuentemente en los papiros, v. g., en el gran papiro Ebers se habla de nueces kuku ó kaka que nos parecen idénticos con los frutos oleaginosos de los antiguos egipcios, porque también llevan el nombre de «neter kaka», nueces sagradas.

30 (Pág. 16.) Ya Salomón, por los años 1000 antes de nuestra era, mandó comprar caballos y coches en Egipto. Un caballo costaba 150 siclos y un coche 600. Un siclo (pieza de plata de algunas traducciones de la Biblia) valía unos siete reales. (I Reyes X, 18 y 19, II Crónicas I, 16 y 17). Los monumentos no representan solamente hermosos caballos enganchados en los coches de los faraones, sino hasta talleres de construcción de coches. Por otra parte los monumentos prueban que los caballos y los coches no se han introducido en Egipto hasta el tercer milenario antes de nuestra era. Las yeguas parecen haber estado en el Norte de Egipto donde había grandes llanuras. Se mencionan jefes de yeguas (Esiela de Tanio con la era de 400 años) y los faraones de dinastías anteriores á la 26.^a á la que pertenecía Amasis daban ya gran importancia al fomento de la cría de caballos. Estela de Pianji. Acerca de los arneses de los egipcios y las diferentes partes de los vehículos, en cuya fabricación se distinguían los sirios más que otros, se hallan buenas noticias en el análisis del papiro Anastasi I por «Chabas, Voyage d'un Egyptien», etc. Todo un coche, de construcción ligera, bien conservado, se ha descubierto en la tumba de su antiguo poseedor (que no lo habrá conquistado en la guerra) y se conserva en el Museo egipcio de Florencia.

31 (Pág. 17.) Herodoto II, 180, Píndaro Pit., 7, 9.

32 (Pág. 17.) Anaximandro de Mileto, nacido 611 y muerto 546, famoso geómetra, astrónomo, filósofo y geógrafo, escribió un libro sobre la naturaleza, diseñó el primer mapa mundi en bronce, é introdujo en Grecia una especie de reloj que parece tomó de los babilonios. Según él, existe un sér primordial indefinible que gobierna el universo y del que depende lo material y concreto á pesar de ser él mismo infinito é inmensurable. El «lodo primitivo» contiene el germen de todo lo creado, saliendo del mismo el agua, la tierra, las plantas, los animales, los hombres. Véase Zeller, Filosofía de los griegos I, 70 y Brandis I, 123.—Anaximenes 570-500 era igualmente filósofo naturalista de Mileto y sos-

tenía que el «aire» era la materia primitiva. Véase «Plutarco», plac. fil. 2-3-6 y las obras de Zeller y Brandis.

33 (Pág. 17.) Teodoro, oriundo de una célebre familia de artistas de Samos, hizo progresar la arquitectura y la fundición artística. Véanse las obras de Thiersch, Brunn, Overbeck y Bursian.

34 (Pág. 17.) Ibikos, de la Italia inferior, floreció á mediados del siglo VI; poeta muy ilustrado y apasionado, fué llamado á la corte de Polikrates. Los sucesos después de su muerte violenta, se habían hecho proverbiales en la antigüedad, y ahora los conoce todo el mundo por «Las grullas de Ibicos», de Schiller. Los fragmentos de sus poesías se hallan reunidos en Schneidewin, Ibici carm. reliq. y en Bergk, poetæ lyr. gr. En ninguna parte se hace mención de que ha estado en Egipto; sólo se dice que enseñó á los griegos la identidad del lucero del alba y del héspero conocida por los egipcios mucho antes. Véase «Achilles Tatius», Isag. in Arati Phaenon en el «Uranolok Petavii», p. 136. Este pasaje y la amistad entre Polikrates y Amasis, nos permiten presumir que Ibikos ha estado en Egipto.

35 (Pág. 17.) Síbaris era una ciudad de la Italia inferior que en toda la antigüedad tenía mala fama por su lujo; según Estrabon (62) fué fundada por los ajeos. En 510 fué tomada por los crotoniatas, asolada y más tarde reconstruída bajo el nombre de Turii.

36 (Pág. 19.) Anacreon de Teos vivió también en la época de nuestro relato, en la corte de Polikrates. En el curso de nuestra narración tendremos aún muchas veces que nombrar y citar el célebre y amable cantor del amor y del vino. El pasaje citado aquí es el XV de los fragmentos editados por Moebius. Su estatua-retrato se halla en la villa Borghese de Roma y ha sido reproducida en las Memorias de la Real Academia de Ciencias, Sajona III, p. 730, etc., con explicación de Otto Jahn.

37 (Pág. 21.) Ordinariamente cada convidado habrá tenido su propia mesita, pero ya en Homero se habla de grandes aparadores. Ilias IX, 206, 215. Odisea I, 111. En el «symposion» de Jenofanes escrito por el tiempo de nuestro relato, se lee el arreglo de una mesa que nos ha servido de ejemplo. V. Xenophanes fragm. ed. Bergk I. En la época homérica se comía sentado; más tarde se generalizó la posición horizontal.

38 (Pág. 22.) Los griegos solían beber el vino mezclado.

El zumo de uvas puro estaba prohibido so pena de muerte, por Qaleucos y bajo castigo severo por Solon, á todos los ciudadanos no enfermos. La proporción corriente era mezclar tres partes de agua con dos de vino. Véase el escoliasta de Aristófanes, Caballeros V, 1184.

39 (Pág. 22.) Los griegos como los egipcios tenían copas de varias formas y diferentes sustancias. Muy conocidas son las formas graciosas de los vasos griegos, pero también los egipcios sabían fabricar copas bonitas, de metales preciosos, de bronce (las de los sacerdotes, según Herodoto), de arcilla fina en parte vidriada (en el Museo de Berlín los hay de vidriado azul) y raras veces de cristal. Muchos eran esmaltados con varios colores ofreciendo la forma de una flor que se abre ó remedando la cabeza de un mamífero ó un ave en cuyos cuellos se bebía; otros, en fin, se parecían á nuestras tazas y jcaras. Ejemplares de todas clases se conservan en los museos de Berlín, Londres, París, Leide, Turín, Bulaq, etc. Reproducciones en las obras citadas de Wilkinson, Rosellini y Ebers (Egipto y los libros de Moisés.)

40 (Pág. 22.) Cuentan que el comedor de Cleopatra se cubría con rosas hasta la altura de una vara. «Ateneo». Deipnos. IV, 148, ed Meineke.

41 (Pág. 22.) Los griegos comían siempre con coronas en la cabeza. Antes de la comida los esclavos lavaban los pies de los convidados. «Platon», Symposion p. 213. También se echaba agua sobre las manos antes de ponerse á la mesa. «Ateneo», II, 60.

42 (Pág. 22.) Hiponax, de la época de nuestro relato, menciona este plato. «Hipponestos», fragm. 34, ed. Bergk.

43 (Pág. 22.) Las mujeres solían comer sentadas. Los griegos tenían sillones y butacas como los egipcios. De Pompeya y por las representaciones de muchos dioses y personajes distinguidos, conocemos la forma de los solios ó tronos que tenían un respaldo alto bastante derecho, y en los lados apoyos para el descanso de los brazos. Generalmente se elegía por medio de la suerte de los dados, un presidente del comité ó simposiarca; en nuestro caso era natural que Rodopis hiciera las veces de presidente. Un esclavo de la casa presidía á la mesa de los esclavos que acompañaban á los convidados.

44 (Pág. 22.) En la época de nuestro relato el arte dramático estaba aún en ciernes. Tespis dió una forma dramática á los coros dionisios, introduciendo al diálogo y las

máscaras. El primer poeta trágico propiamente dicho fué Frínijos.

45 (Pág. 22.) Los esclavos de Esparta que frecuentemente intentaron escaparse de su servidumbre que suele describirse como harto pesada y dura.

46 (Pág. 23.) Después de la comida propiamente dicha, empezaba el simposión ó compotación, poniéndose los convidados las coronas, lavándose las manos con jabón (smegna) y empinando las copas, cuernos, etc.

47 (Pág. 23.) El egipcio cargado de deudas podía empeñar las momias de sus antepasados y lo sacrificaba todo antes que dejar de desempeñarlas; de lo contrario, habría sido deshonrado y su cadáver no habría encontrado sepultura. «Diodoro», I, g. 3.

48 (Pág. 24.) Traducción propia según Simonidis, fragm. ed. Bergk.

49 (Pág. 24.) Dicen que la ciudad de Menfis fué fundada por Menes, que los antiguos cronólogos siguiendo generalmente á Maneton, llaman el primer rey de Egipto. Del mismo dicen que ha desviado el Nilo que antes corría tocando las montañas líbicas, elevando un dique á 100 estadios por arriba de Menfis, cegando su primera madre y obligándole de esta manera á tomar su curso á igual distancia de las cordilleras occidental y oriental. Todavía en la época de Herodoto, bajo el mando de los persas, aquel dique de rectificación se conservaba y se reparaba cuidadosamente, porque su ruptura habría expuesto á Menfis á los peligros de una inundación. Aunque de estos diques no han quedado rastros, no puede dudarse de la exactitud de la comunicación porque desde la aldea de Seft al Nilo se dirige hacia el Oeste, y á no doblar otra vez hacia el oriente cerca de la isla de Esh Shekame, alcanzaría las alturas líbicas. El nombre de Menes se ha encontrado varias veces en los monumentos, como primero en la genealogía de los reyes; así en la tabla de los reyes que termina con Seti I, y que fué descubierta por Dúmichen. Menes (en egipcio Mena), á pesar de la sospecha que podría suscitar el nombre, debe considerarse como persona histórica real. Véase: «de Rouké», Mem. sus les VI prem. dyn. aeg. Según Lepsius, que ha registrado con severa crítica todos los cronógrafos y las inscripciones conservadas, Menes reinó en el año de 3892 antes de J. C., y esta fecha obtenida por un método riguroso, se halla confirmada maravillosamente por una nota astronómica calen-

dariana encontrada en el dorso del papiro Ebers. Según Maneton, sacerdote de Heliópolis que por los años de 250 antes de J. C. tradujo al griego los libros sagrados de los egipcios por orden de los reyes Ptolomeos, el hijo y sucesor de Menes hizo construir el palacio de Menfis. De esta ciudad gigantesca no han quedado más que restos insignificantes cerca de las actuales aldeas de Bredeshein y Mitraheneh, consistiendo en montones de escombros, la estatua colosal de Ramses II, mencionada por los autores clásicos, descubierta por Cavaglia y Slaone, y hoy propiedad de los ingleses, ruinas de columnas y estatuas, rastros de los muros del templo de Ptah, un número de tiosos y monumentos pequeños. Sin embargo, no es dable formarnos una idea aproximada de su configuración. Sus calles estrechas y largas de media jornada aún en el siglo XII, se extendían entre el Nilo y el Bahr Jusuf, entre Gizeh al Norte, y la latitud de las pirámides de Dashur al Mediodía. El barrio en que se celebraban los extravagantes cultos de la diosa de amor fenicia y egipcia, y en que más tarde los extranjeros podían establecerse, se llamaba «Ta anj», el mundo de la vida. También se llamaba el barrio de los srios, y con sus sagrados bosques habrá estado situado hacia el Mediodía. El palacio Real estaba en un cerro que existe todavía á tres cuartos de kilómetro al Este de Mitraheneh, desde donde la vista domina todas las pirámides aún hoy, y es probable que los faraones dirigían la construcción de sus mausoleos. Especialmente magnífico era el antiquísimo barrio Auchi, en el que estaban los templos de los dioses principales, entre los que no había ninguno más célebre ni más antiguo que el de Ptah fundado por Menes, y con el cual se relaciona toda la historia de la ciudad. Los conquistadores mahometanos trasladaron su residencia á un punto de la orilla derecha del Nilo, situado enfrente de la parte más septentrional de Menfis y allí nació la moderna Cairo en la cercanía de la fortificada Babilón. La necrópolis de Menfis se ha conservado mejor. Las pirámides persistirán eternamente; el serápeo, los sepulcros de los apis, mastaba, etc., han sido excavados por el malogrado Mariette-Bey, sabio francés al servicio del virrey. Las habitaciones de los reyes no se hallaban en los templos como muchos han afirmado, sino que los palacios de los faraones, lo mismo que los casos particulares de los egipcios, fueron construídos de un material más ligero y más susceptible de destrucción que

el de los templos. Estos se hacían casi sin excepción, de sillares duros, y aquéllas de ladrillos de lodo de Nilo.

50 (Pág. 24.) El primer Psamtik, más conocido bajo su nombre griego Psametijos, perteneció á la dinastía XXVI, ó saítica. El fué el primero en abrir Egipto al comercio con el extranjero. En este caso las inscripciones de las tumbas de los apis son tan seguras que podemos fijar el día del advenimiento de Psamtik I, en 5 de febrero de 664.

51 (Pág. 25.) El gato era sin duda el mas sagrado de los muchos animales sagrados de los egipcios. Mientras que muchos de ellos se veneraban sólo en comarcas determinadas, el gato era sagrado para todos los súbditos de los faraones. Herodoto cuenta (II, 6, 6) que los egipcios cuando se quemaba una casa, no pensaban en apagar el fuego hasta que hubiesen salvado los gatos; y que cuando fallecía algún gato de muerte natural, la gente de la casa se rapaba las cejas á navaja. El que matara uno de éstos, sea de intento, sea por casualidad, había de morir por tamaño crimen. Diodoro (I, 81) vió como los egipcios asesinaron á un infeliz romano que había dado muerte á un gato, aunque las autoridades por temor á la venganza de los romanos habían hecho todo lo posible para calmar al pueblo. Los cadáveres gatunos fueron momificados y sepultados cuidadosamente. Entre los muchos animales embalsamados los que se encuentran con mayor abundancia son los gatos envueltos cuidadosamente en tiras de lienzo; todo museo guarda ejemplares momificados. A pesar de la cría de gatos, no habrán faltado los ratones en Egipto. En una provincia (la atribítica) se veneraba la musaraña, y un papiro obscuro y satírico de Turín, describe una guerra entre gatos y ratones; el papiro Ebers contiene remedios contra los ratones. Poseemos una musaraña de bronce primorosamente labrada. M. de Potonnier, compañero del conocido fundador del camino terrestre de India, Weghorn nos contó en el Cairo que pernoctando una vez entre unos viejos muros, fué atacado por las ratas, cuyas mordeduras dejaron cicatrices indelebles por luengos decenios.—Aun cuando el islam hubo penetrado ya en Egipto, los gatos siguieron disfrutando especial respeto. En el Cairo le legaron grandes sumas para alimentar á los gatos hambrientos, y no ha mucho la gran romería á Meca fué acompañada por una vieja, llamada la madre de los gatos, porque llevaba consigo varios de estos animales.

52 (Pág. 25.) La diosa Pajt (Sejet y Bast) que se repre-

sentaba con una cabeza de gata, tenía su principal santuario en Bubastis, en la parte oriental del Delta. (Véase «Ebers», Por Gosen al Siná.) Allá llevábanse regularmente las momias de gatos, aunque se han encontrado también con frecuencia en el serapeo de Speos Artemidos y en otras partes. Según Herodoto equivalía á la griega Artemis (Diana) y se llamaba la bubástica. Según Esteban de Bizancio el nombre egipcio de gato era bubastos. Pero el nombre vulgar era «mau», y en las formas más modernas «emu y shau». Parece que Pajt se veneraba también como protectora del parto y de la fecundidad. Su efigie se halla reproducida en «Birch» Gallery, p. 16 y «Wilkinson», VI, lám. 27 y 35. Después de la publicación de las inscripciones del templo de Dendera por «Dümichen», ya no cabe duda que el culto de Bast tenía cierta semejanza con el de Astarte (Afrodite Xenia, Venus Urania) introducido en Egipto por los fenicios. Acerca de la romería á Bubastis véase p. 100 y la nota 292.

53 (Pág. 25.) Las grandes pirámides están al Oeste de Menfis. Más pormenores en el tomo II.

54 (Pág. 26.) Mus ó mys, nombre bastante común entre los griegos, significa «ratón».

55 (Pág. 26.) La diosa del amor de los egipcios, la anti-quisima diosa del horizonte y madre del joven Horo es una de las principales deidades egipcias. Su gran santuario estaba en Dendera (Tan-tarer, tierra del hipopótamo, de la diosa hipopotámica), donde se la llamaba con todos sus nombres, de los que más de 300 se encuentran en Edfu. Siempre parece como principio femenino que concibe, y para opuesto el masculino que engendra, y cósmicamente como mundo, como representación de Dios en el mundo visible, la naturaleza en medio de la cual actúa la diosa. Como personificación de la fecundidad, representa también la de los campos, y como ésta depende en Egipto del Nilo, Isis-Hator, es la que hace creer el Nilo oportunamente. Es la sublime diosa del amor, la gran madre celeste, que con su divino amparo asiste á las madres, la dadora de todos los bienes de la vida, la del rostro hermoso que llena el cielo y la tierra con sus beneficios. En los tiempos posteriores se identificó por completo con las musas. El baile, el canto, la broma, hasta la embriaguez estaba bajo su patronato; mas especialmente la veneraban como diosa del amor. La sogá y el tamboril que lleva en la mano, simbolizan la fuerza atractiva y el placer del amor. Es llamada la gran reina de

la corona de oro y el ama que asiste á las parturientas, era la diosa favorita de las mujeres de la casa real. Su animal sagrado era la vaca, y ordinariamente parece bajo la figura de una mujer con cabeza de vaca, llevando el disco solar entre los cuernos, que recuerdan la media luna, ó como vaca que en el horizonte pare el joven sol. Reproducciones en «Birch», Gallery, «Champollión», Panthéon égyptien, «Rose-llini», Monumenti, etc. Las mejores noticias sobre nuestra diosa hállanse en «Dkmichen», Documento arquitectónico de Dendera. Leipzig, 1865. Isis es Hator en sentido metafísico, la fecundidad como idea inmanente del mundo orgánico.

56 (Pág. 26.) El templo del gran dios de Menfis, Ptah, era uno de los monumentos más célebres de Egipto, y se atribuía al rey Menes su primera construcción, ensanchándolo después los faraones de las dinastías 3-6 residentes en Menfis. Amenemha III, de la dinastía 12, conocido bajo el nombre de œris, adornó con propíleos la fachada septentrional, y los reyes que después de la expulsión de los hicsos residían en Tebas, contribuyeron también á enriquecer el santuario de Ptah. Diz que Ramses II hizo colocar su estatua y las de su esposa y dos hijos delante de este templo. La estatua colosal del rey ha sido descubierta en 1820 por Caviglia y Slaone y se halla en su puesto. Ramses III, según refiere el papiro Harris, dotó el templo ricamente. Hasta los etíopes respetaron el santuario Ptah y el primer rey de la dinastía 26 á la que perteneció también Amasis, lo restauró espléndidamente. Amasis hizo colocar aquí unas estatuas, la mayor de las cuales ya se hallaba derribada en la época de Herodoto. Sobre el apis que veneraban aquí, hab'aremos más adelante. Escasos vestigios del templo se ven aún hoy cerca del pueblo árabe de Mitraheneh.

57 (Pág. 27.) Este tribunal que Diodoro I, 75 compara con el areópago de Atenas y la gerusia de Esparta, constaba de 30 jueces de la casta sacerdotal (sendas decenas de Heliópolis, Menfis y Tebas), que elegían presidente al más conspícuo de ellos. Todas las acusaciones y defensas habían de hacerse por escrito, para que la palabra y el rostro no influyera en el ánimo de los jueces. Este tribunal era independiente hasta del rey. Muy instructivos con referencia al enjuiciamiento egipcio, son un papiro de Turín y el papiro Albott, más conocido como «papiro judicial». Mas sobre este asunto se encuentra en «Ebers»; Por Gosen al Sinai.

58 (Pág. 27.) Según la ley egipcia, el que tenía conoci-

miento de un crimen y no lo denunciaba, era tan culpable como el autor.

59 (Pág. 28.) Parece que el destierro no se usaba como castigo de los indígenas, mientras que á los extranjeros lo imponían fácilmente.

60 (Pág. 28.) El rey Amasis hizo una campaña feliz contra Chipre. Herodoto, II, 178. Diodoro, I, 68.

61 (Pág. 29.) Esta aspiración y deseo de unidad no era desconocida entre los helenos, aunque rara vez lo vemos expresado. Aristóteles dice que los helenos si se uniesen para formar un solo estado, podrían dominar á todos los bárbaros.

62 (Pág. 30.) Ateneo I, 25, llama el vino de Antila el mejor de los de Egipto. Los monumentos mencionan diferentes clases de vino, además de los tintos y claros; v. gr. el de Kakem. Véase Ebers, Egipto y los libros de Moisés, p. 322.

63 (Pág. 30.) Ateniense distinguido que vivía en la época de nuestro relato y es mencionado por muchos autores, especialmente por Herodoto, VI, 122, por la gloria que adquirió en Olimpia donde logró como vencedor el primer premio en la corrida de un caballo singular, y el segundo en la de la cuadriga, etc.

64 (Pág. 31.) Así describe Herodoto los barcos samios famosísimos en aquellos tiempos; barcos que por lo común llevarían cabezas de jabalí en los espolones. Al menos es lo que se desprende del relato de Estrabón que los eginetas cortaron las cabezas de jabalí de las galeras apresadas. Herodoto dice lo mismo. III, 59.

65 (Pág. 31.) «Th. Hope». Costume I, 138. También se han conservado brazaletes egipcios en forma de culebras.

66 (Pág. 31.) También los antiguos solían traer á sus amigos pequeños regalos de viaje. Así por ejemplo, Teócrito trajo á la esposa de su amigo Nikias, un huso de marfil que acompañó de lindos versos. Recordamos la preciosa traducción de esta poesía de circunstancias por T. Rückert.

67 (Pág. 31.) La segunda victoria de los caballos de Kimón debe haber mediado en el año de 528, como dice acertadamente Duncker en su historia de la antigüedad. Los mismos caballos vencieron por tercera vez cuatro años más tarde. Kimón, agradecido, les erigió un monumento en «la calle hueca» cerca de Atenas. Recuérdese que los griegos se valían de la repetición de los juegos olímpicos para fijar los años. Los certámenes se celebraron cada cuatro años. Como primero, se admitió el correspondiente al año 776 antes de

J. C. Para indicar el año se decía 1, 2, 3 ó 4 de la olimpiada tal ó cual.

68 (Pág. 31.) Después de los alkmeonidas, la familia noble más distinguida de Atenas preciándose de proceder de Ajax, el héroe homérico de Salamis, cuyo hijo Fileos se consideraba como fundador de la familia de los Miltiades y Kimón. El primer Miltiades que casó con una hija de Kípselos, fué uno de los primeros arjontes anuales de Atenas (Pausanias IV, 23.5 y VIII, 39.2) desempeñando este cargo en 664 ó 659. Duncker comunica la genealogía de la familia desde aquel Miltiades.

69 (Pág. 32.) Kalias es llamado «dadujos», porque en su familia era hereditario el derecho de llevar antorchas en los misterios eleusinos. «Jenofonte», Hel, VI, 3.2.

70 (Pág. 33.) «Virtruv.» 7. pref. 15. Pausan, I, 18. «Dicoearjos», fragm. ed. Müller 59. Sólo el templo de Artemis de Efesos era más espléndido.

71 (Pág. 33.) Este venció tres olimpiadas más tarde con sus cuatro caballos padres, Fénix, Korax, Samos y Knakias, á los que mandó erigir monumentos. «Paus. VI, 14.

72 (Pág. 34.) De éste, el más fuerte de todos los helenos, se refieren actos de fuerza increíbles. Venció siete veces en Olimpia, nueve veces en Nemea, seis veces en Delfos y diez veces en el Istmo. «Diodoro,» XII, 9. Sabemos de fijo que obtuvo la corona en la olimpiada 62 (Krause, Olimpia, p. 329), de modo que bien puede haber luchado en la 63, es decir, en el año de 528 antes de J. C.

73 (Pág. 34.) «Meyer», Juegos olímpicos. «Schkman», Antigüedades. Las mujeres casadas no podían asistir so pena de muerte.

74 (Pág. 34.) Altis era el nombre del sagrado bosque de plátanos y olivos que, cerrado por una muralla, se hallaba entre el río Alfeos y el arroyo Kladeos. (Píndaro. Olimp. VIII.) De algún tiempo á esta parte los sabios alemanes están haciendo excavaciones á expensas de su gobierno en el término de la antigua Olimpia, con notabilísimos resultados. Estas excavaciones terminaron en 1880.

75 (Pág. 34.) El teatro de las luchas.

76 (Pág. 34.) Pausanias, VI, 14. Euseb. crón. 6, ol. 72. Epigramas de Simónides (fragm. 179; Bergk Hartung 222:.) «He aquí el retrato de Milon, tan bello como él mismo; en Pisa ha vencido seis veces sin caerse de rodillas.» Siete veces habría sido más acertado, pues aunque generalmente no

se habla sino de seis victorias de Milon, sin embargo en la Anthología, Plan 24, se lee «heptaki», no «hexaki».

77 (Pág. 35.) Las niñeras espartanas tenían fama y eran buscadas en toda la Grecia.

78 (Pág. 35.) Los grupos de los agonistas se determinaban por la suerte después de comprobarse la libertad y honradez de cada uno.

79 (Pág. 35.) Las langostas son unos crustáceos sabrosos que se pescan en las costas del Mediterráneo y del Mar Rojo; también se encuentran á veces en el Atlántico.

80 (Pág. 36.) Este célebre médico era oriundo de Croton de la Italia inferior, y nació á mediados del siglo VI antes de J. C. Tratado duramente por su padre, abandonó la patria y fué médico de los Pisistrátidas por 10,000 pesetas y luego de Polikrates por 15,000. Trasladado más tarde á la corte persa por la fuerza, dió pruebas de su habilidad y logró evadirse mañosamente. En 510 llegó á Croton donde se casó con la hija del célebre atleta Milon.

81 (Pág. 36.) Venció en la olimpiada 59 del pugilato.

82 (Pág. 36.) Según las leyes agonísticas, el agonista cuyo adversario murió, no podía pretender el premio.

83 (Pág. 39.) Los cinco éforos de Esparta habían sido instituidos para reemplazar á los reyes ausentes durante la guerra mesenia. Más tarde la nobleza se valía del eforado para oponer al poder de los reyes otro procedente de su seno. Como suprema autoridad jurídica, pedagógica y moral, supieron pronto colocarse por encima de los reyes en la mayoría de los asuntos. Todo noble mayor de 30 años tenía el derecho de pretender el eforado cada año. Arist. Polit., II y IV. Dióg. Lart., I, 68.

84 (Pág. 40.) Los griegos solían hacerse acompañar de sus esclavos cuando iban á un convite; así v. g., Alkibíades, según Platón, se llevó á sus criados cuando fué á participar del simposión de Agaton.

85 (Pág. 42.) Becker, Charikles, III, 67; Pollux, X, 67; A. Rich bajo Cestulus; Overbeck, Pompeii, 3.^a ed. p. 375. Allí mismo encuéntrase la reproducción de un biombo hallado en Pompeya. Las camas antiguas eran de madera, bronce ó marfil; frecuentemente eran de mampostería, representando un escalón de 60 á 75 cm. de alto y de 2 á 2'5 metros de largo, con el borde anterior un poco saliente para colocar el colchón, las cubiertas, etc.

86 (Pág. 42.) Para protegerse contra la desgracia y dis-

frutar prosperidad constante, los antiguos griegos, llevaban á menudo amuletos. Véase «Ardili, Il fascino e l' amuleto presso gli antichi». Más aún usaban de amuletos los egipcios, no solamente los vivos, sino hasta los difuntos para apartar el mal de las almas.

87 (Pág. 42.) Si bien las alfombras de Sardes y de Babilón tenían una fama especial, sin embargo, Homero ya encomia las mantas de Egipto, que llama «tapetes». Odisea, IV, 124. Teócrito llama las alfombras purpúreas de Alejandría «más blandas que el sueño». Había alfombras egipcias preciosas, velludas de ambos lados (anfípatas.) Ateneo, V, 197.

88 (Pág. 45.) Es indudable que Pitágoras estuvo en Egipto en el reinado de Amasis, probablemente á mediados del siglo VI (calculamos que por los años de 536). Herodoto, II, 81 y 123. Diodoro, I, 98. Jeremón en «Porfirio» de abstin., V; Iamblijos, vida de Pitágoras, 35. Muchos datos sobre Pitágoras trae la «Historia de nuestra filosofía occidental» por Roeth, autor muy erudito, pero muchas veces demasiado atrevido en sus conjeturas.

89 (Pág. 45.) Pitágoras fué el primer pensador helénico que no se llamó «sabio», sino tan sólo «amante de la sabiduría» (filósofo).

90 (Pág. 45.) Halicarnaso (hoy Bodru ó Bodrun), situada en la costa noroeste del Asia menor, era una colonia doria en territorio cario. Del famoso sepulcro del rey Mausolos (Mausoleo) que estaba allí, se han conservado ruinas que, descubiertas en 1856, fueron excavadas bajo la dirección de Newton y Pullans, sacándose á luz los magníficos productos del arte griego que ahora adornan el Museo Británico al lado de las obras plásticas del Partenon. Herodoto, oriundo de Halicarnaso, llama á Fanes hijo del mismo pueblo. Herodoto, I, 63 y 64. Nosotros le hemos hecho ateniense para presentarle como tipo de noble ático. Por esto nos censura tal vez con razón el sabio catedrático holandés Vesh en una reseña bibliográfica muy bien escrita. Á no tener gran empeño en presentar actuando á un griego jonio habríamos hecho enteramente halicarnáseo á Fanes en la segunda edición.

91 (Pág. 46.) Tukídides, VI, 56 y 57.

92 (Pág. 46.) Los juegos píticos celebrábanse cada cuatro años en la vecindad de Delfos, en honor de Apolón por haber dado muerte á Pitón. Su fecha correspondía al año 3 de las Olimpiadas.

93 (Pág. 47.) Herodoto, VI, 35 y 36. Diog. Laert., I, 47. Miltiades fué elegido soberano de los doloncos por haber dado hospedaje á las personas que esta tribu tracia, atacada por sus vecnios, había enviado á Delfos.

94 (Pág. 49.) Según varios cuadros que se ven en los monumentos antiguos de Egipto. Las madres, según Wilkinson, III, 363. Isis y Hator con el niño Horo en la falda ó en el pecho, se hallan representadas mil veces, aun en la época posterior y en estilo griego. Estas últimas parecen haber servido de modelos para los cuadros más antiguos de la Virgen con el niño Jesús.

95 (Pág. 49.) Wilkinson, III, 386. Estos bastones de la colección del Sr. Salt, fueron hallados en Tebas y siempre son de cerezo, lo cual sería muy raro, porque hoy no se cultivan en Egipto los cerezos, ni otra especie del género «prunus». En casi todos los monumentos, aun los más antiguos, se ven egipcios con bastones largos, y ejemplares de los mismos se conservan en muchos museos arqueológicos.

96 (Pág. 50.) Este amuleto representa á «Ma», diosa de la verdad que llevaba una pluma de avestruz en la cabeza y también se halla representada con los ojos cerrados. Véase Wilkinson, II, 28 y VI, lám. 49. Eliano llama este amuleto una efigie de piedra zafiro (agalma safiru lizu.) Diodoro dice que estaba guarnecido de piedras preciosas. Toda la clase ú orden sacerdotal de los pteroforos llevaba la pluma de avestruz, y varias otras órdenes sacerdotales llevaban otras plumas en la cabeza. Véase el decreto de Kanopus, línea 5 del texto griego, y Clemens Alex. Strom., ed. Potter, p. 768 y 769 (VI, 4). Wilkinson, I, 1, Ebers Egipto, I, p. 343.

97 (Pág. 50.) Wilkinson, III, lám. 3. Rosellini, Mon. stor, I, 79. Mon. civ., I, 121.

98 (Pág. 50.) En muchos monumentos; así por ejemplo Rosellini, Mon. stor., I, lám. 81.

99 (Pág. 50.) Casi todas las veces que se presenta el faraón, va acompañado de hombres que llevan esta clase de bastones. En la servidumbre de la corte había muchos «flabelíferos ó porta-abanicos».

100 (Pág. 50.) En el museo de Berlín se conserva aún semejante peluca, cuyas trenzas tienen 75 centímetros de largo. Este tocado habrá sido la consecuencia natural del precepto religioso de afeitarse la cabeza, empleando los egipcios la peluca, como aún hoy los pueblos del Oriente sus

turbantes, para proteger la cabeza afeitada contra los rayos del sol y el relente de la noche.

101 (Pág. 51.) Wilkinson, p. 211, lám. 16. Ezequiel, XXVII, 7. «Sus velas eran de seda bordada de Egipto.» Dümichen, Armada de una reina egipcia. Más brillantes todavía eran los cuadros colorados. Rosellini, Mon. civ., láms. 107 y 108.

102 (Pág. 51.) A los egipcios, como á los judíos, les estaba rigurosamente prohibido el consumo de la carne de cerdo. Una mención escrita de esta prohibición encuéntrase en una tumba de Abd-el-Qurnah y en otras. Véase también Porf. de abstin. IV. El cerdo se consideraba como animal muy impuro, perteneciendo á Set (Tifón) que había tomado su figura, como el jabalí pertenecía á Ares; y los porquerizos eran despreciadísimos. Sólo en las fiestas de Osiris y de Eileithya, sacrificábase ganado de cerda. Herodoto, II, 47. Es probable que los preceptos de limpieza de Egipto indujeron á Moisés á prohibir el consumo de carne de cerdo. Si algunos egipcios ricos se jactan (véase Brugsch, viaje en Egipto, p. 213) de haber poseído hasta 1,500 cerdos, hay que explicarlo por el mencionado relato de Herodoto. Acerca de los sacrificios de cerdos ofrecidos á Eileithynia, nos dan noticia también los monumentos de «el-Kale».

103 (Pág. 51.) Trompetas. Véase Wilkinson, I, 290, lámina 13, y Dümichen, Armada de una reina egipcia, lám. 8 y 10.

104 (Pág. 51.) Todas las casas distinguidas poseían sus barcas más ó menos suntuosas. En el sepulcro de Ti, de Saqqara, perteneciente á la época de las pirámides, encontramos á un inspector general de los numerosos barcos de aquel noble egipcio.

105 (Pág. 52.) Este Bardiya es más conocido bajo el nombre de Smerdis, sin que se sepa por qué los griegos le llamaron así. En las inscripciones cuneiformes de Bisitun ó Behistan se llama Bártija, ó según Spiegel: «Antiguas inscripciones cuneiformes persas,» p. 5, X, Bardiya, forma que preferimos por ser más fácil de pronunciar. Al hijo de Amasis le llamamos Psambik, según las cartelas jeroglíficas de Karnak, de la isla de Filae, etc., mientras que los griegos le llamaban Psametijos, Psamenitos ó aún Psamejerites, nombre que Unger, Cronología de Maneton, p. 284, presume es una metátesis de Psamtik-ra.

106 (Pág. 52.) Curtius, III, 3. Jenofonte, Cirop. VIII, 3, 7. Ester, I, 6, 8, 15. Esquilo, Persas 661, Esculturas persepoli-

tanas en Niebuhr y otros. Por lo demás, nuestra fuente es el célebre mosaico, la batalla de Isos, reproducido en cromotipia por Overbeck en su Pompeji, 3.^a ed. p. 541. Este mosaico fué hallado en la «casa del fauno» de Pompeya y se guarda ahora en el museo borbónico de Nápoles. Probablemente es obra de una pintora, Helena, hija de Timón, de Egipto. La opinión de Schneider, que se trata de una representación de la batalla de Clastidium, es indudablemente errónea.

107 (Pág. 52.) Con motivo de estas botas que se mencionan en muchos autores, el oráculo llamó á Kreso: «lidio de pies blandos» (lydé podabré). Herodoto, I, 55.

108 (Pág. 53.) Herodoto, I, 85.

109 (Pág. 53.) Chabas dice en sus «Mélanges égyptologiques» que los egipcios llamaban á los judíos hebreos (apuriu), identificación que combate E. Brugsch.

110 (Pág. 53.) Estos datos son exactos, porque en la época de la dinastía ajemenida los persas no tenían templos, sino tan sólo aras, y abandonaban sus muertos á los perros y buitres, porque siendo el cadáver impuro habría mancillado la tierra, el fuego y el agua. Mas siendo imposible hacer desaparecer los cadáveres, construían unos dakhmas ó puntos de entierro que debían tener un pavimento cementado de cuatro pulgadas de grueso por lo menos y estar rodeados de cordones para indicar que todo el recinto se suponía colgando en el aire sin tocar la tierra pura. Spiegel, Avesta, II, lám. I.

111 (Pág. 54.) Hicsos es el nombre de unos invasores de Egipto cuya procedencia es difícil de averiguar. Su existencia es atestiguada no solamente por Maneton, sino también por unos monumentos, pocos en número pero interesantísimos, hallados en Tanis en el Delta y que representan las facciones de soberanos extraños adictos al dios Set, aunque hechos por artistas egipcios. Además tenemos en el papiro Sallier I un documento que refiere los sucesos de los últimos tiempos de la dominación extranjera. En el sepulcro del almirante Ahmes en «El Kalb» se halla una descripción de la toma de su fortaleza Abaris por los egipcios que la asaltaron por tierra y por mar. El papiro regio de Turín conserva algunos nombres de reyes hicsos; la estela encontrada en Tanis y que contiene la era de 400 años, así como un pequeño león hallado en Bagdad, etc., se refieren á la época de los hicsos. Los últimos reyes de la dinastía 17 empren-

dieron la lucha contra los extranjeros, y al principio de la 18 todo el reino estuvo otra vez bajo un solo cetro. Nosotros creemos que los hicsos eran los colonizadores fenicios del Delta, unidos con unas tribus árabes y palestinas; su dominación duró más de 400 años antes de J. C. De ninguna manera deben ser confundidos con los judíos. Compárese «Chabas, Les pasteurs en Egypte, Amsterdam, 1868, y «Brugsch, Histoire d'Egypte», 1878. Soberanos etiípicos reinaron en Egipto tres, siendo expulsado el último Taharka ó Tirhaka, en el año de 693. Etiíope era también el rey sacerdotal del Egipto alto, Pianji, que tuvo que sostener rudos combates con los pequeños dinastos del Delta. El nombre «aat-u» que los egipcios daban como apodo á los invasores, ha sido interpretado correctamente por Chabas en sus «Mélanges égyptologiques», como significando azote, hombre apesado.

112 (Pág. 54.) Herodoto, VIII, 83; Jenofonte, Cirop. VIII, 10 y Anab VI, 4. Según Ateneo, en el séquito de Daríos, hecho prisionero por Alejandro, hubo 277 cocineros, 29 galopines, 17 toneleros, 70 guarda-bodegas, 40 perfumistas y 66 guirnalderos.

113 (Pág. 54.) En las obras de Rosellini y Lepsius, se encuentra el retrato de Amasis joven, y las facciones hacen presumir que Herodoto ha caracterizado correctamente á este príncipe.

114 (Pág. 55.) Bias, filósofo jonio, florecía por los años de 560 antes de J. C., y era célebre por sus sabias sentencias y máximas. Después de su muerte, que acaeció en una sesión pública del tribunal ante el que defendía á un amigo, sus paisanos le erigieron un santuario. Diog. Laert. I, 88.

115 (Pág. 57.) Estos eran realmente los títulos de Amasis. Rosellini, Monumenti del Egipto, II, 149. Los demás faraones tenían calificativos parecidos y fueron venerados como dioses, según demuestran miles de inscripciones jeroglíficas, como también la de Roseta y el decreto de Canopo.—Perteneciente á la dinastía 26 se encuentra varias veces el título «Nebpehti», señor de la gloria de guerra.

116 (Pág. 57.) Según Herodoto, II, 72 y sig. Diodoro, I, 95.

117 (Pág. 58.) Rá, con el artículo masculino Phra, debe considerarse como centro del culto del sol de los egipcios, el cual á nuestro entender forma la base de su religión. Su principal punto de adoración era Heliópolis, en egipcio An, en hebreo On. En los monumentos solían representarle con

color encarnado. Su animal sagrado era el gavilán. En el libro de los muertos desempeña el papel más importante. A él dirigíanse especialmente los himnos y las oraciones. Sus sacerdotes enseñaron á Platón, Eudoxo y probablemente á Pitágoras. A él se le consagraban los obeliscos que al mismo tiempo eran columnas conmemorativas en las que los reyes perpetuaban sus nombres y títulos de gloria. Plinio dice que representaban los rayos del sol. Rá como dios de la luz dirigió toda la creación visible, mientras que Osiris gobernaba el mundo espiritual. Rá es la manifestación terrenal de Osiris; Osiris es el «alma de Rá»; como Rá pasa por este mundo visible cambiando de nombre y forma de existencia cada noche al entrar en su propio reino, del que sale por la mañana otra vez rejuvenecido como Horos-Rá. Véase Lepsius, los textos más antiguos del libro de los muertos. El mito de Osiris, Isis y Horo, da á estas ideas una forma alegórica-dramática. El fénix, en egipcio «benu», pertenecía al culto de Rá, saliendo cada 500 años de la tierra de las palmeras (el Este de Fenicia,) para quemarse en el templo de Heliópolis y resucitar de sus cenizas más hermoso que antes; significaba un periodo de cinco siglos que seis veces repetido fijaba el tiempo de que necesitaba el alma para salir purificada de sus migraciones. Lepsius, Cronología, página 180 y sig.

118 (Pág. 58.) Herodoto, II, 177. Diodoro, I, 95.

119 (Pág. 59.) Diodoro, I, 70.

120 (Pág. 60.) Esta conocidísima costumbre de los antiguos egipcios es confirmada por los monumentos y sepulcros en los que se han encontrado, aun que borrados con intención, los nombres de los fundadores de la costumbre. No nos parece motivada la duda, de si los griegos no han convertido en juicio de muertos sobre la tierra el juicio de las almas en el otro mundo.

121 (Pág. 61.) Toda alma humana era considerada como parte del alma universal, Osiris, con la cual volvía á unirse después de la muerte del cuerpo. El cielo y la tierra y el abismo, he aquí los tres grandes reinos del Kosmos egipcio. En el enorme Océano que circuye la bóveda celestial, el sol viaja en una lancha tirada de planetas y estrellas; allí giran en sus barcos las grandes constelaciones; allí está el reino de los dioses beatos que en eterna beatitud residen entre las estrellas por encima del Océano celeste. Se llega al gran río

por el Oriente donde cada mañana el dios del sol como recién nacido sale del líquido. Los hombres que habitan la superficie de la tierra participan de los tres grandes reinos cósmicos, recibiendo el alma de lo alto del cielo de donde mana la luz y el cuerpo, la materia, de la tierra el teatro de su vida, mientras que la figura, la forma extensa, por medio de la cual un hombre se distingue por su aspecto del otro, la sombra pertenece á los infiernos. Con la muerte del hombre, el alma, el cuerpo y la sombra se separan una de otra; el alma para regresar á su punto de partida, el cielo, formando parte del Osiris; el cuerpo para convertirse en tierra de la que está formado á imagen de su Criador; la sombra para bajar á los infiernos, el reino de las sombras, cuya puerta estaba en el Occidente en la mañana del crepúsculo, allí donde el sol se pone cada día, donde muere. De ahí las relaciones mutuas de alternativa entre salir y ponerse, venir é irse, nacer y morir... La conservación esmerada del cuerpo después de la muerte, tanto contra la destrucción interna ó sea descomposición, como contra las influencias externas, era una condición capital (instituida tal vez por los sacerdotes por consideraciones de higiene pública) para la pronta salvación del alma y su futura unión con el origen de la luz y de lo bueno. Durante un largo ciclo de años solares, el alma quedaba aún enlazada con el cuerpo, que sin embargo podía abandonar temporalmente para presentarse visiblemente á los hombres en formas diferentes según las horas y prescritas exactamente en palabras y dibujos. Véase Brugsch, *El mundo sepulcral egipcio*, p. 6.

122 (Pág. 62.) Herodoto, II, 84. Bœrner. *Antiquitates medicinae aegyptiaca*, p. 20 y las historias de la medicina por Sprengel, Hirsch, Häser, etc. Sobre todo esto arroja una nueva luz el gran papiro médico adquirido por nosotros en Tebas. En esta obra llamada por Clemente de Alejandría el libro hermético de los medicamentos, se proponen remedios contra las enfermedades más diversas. Es un conjunto de monografías escritas por varios autores, habiéndose conservado los nombres de algunos, á pesar de lo cual el libro se atribuía al otro Tot (Hermes). Demuestra que los médicos egipcios disponían ya de un gran número de remedios, que sabían observar, que no ignoraban las medidas profilácticas, y que, aunque especialistas, conocían todos los ramos del arte de curar, puesto que el papiro Ebers ostenta notas mar-

ginales y correcciones de la misma mano en todas sus partes que tratan de enfermedades muy distintas.

123 (Pág. 62.) Las columnas egipcias remedaban las formas de las plantas. Dábase á los capiteles la forma de capullos de papiro, de flores ó de cápsulas seminales de loto, cuando no se prefería ornarlos con pelucas ó caretas de dioses. No son raros los fustes que representan un haz de cañas de papiro. Acerca de la relación de las columnas antiguas egipcias y dóricas, véase el trabajo de Lepsius, «Sur l'ordre des colonnes piliers», etc., y otro más moderno sobre algunas formas del arte egipcio, Champollion, «Lettres écr. d'Egypte et de Nubie», p. 74.

124 (Pág. 52.) Herodoto, II, 175.

125 (Pág. 67.) La descripción de toda esta sociedad es tomada de los cuadros murales reproducidos por Wilkinson, Rosellini, Lepsius, etc., cuyos originales se hallan en las capillas de los sepulcros, ó sea las primeras salas de las tumbas de los egipcios ricos escavadas en la roca. En estas capillas reuníanse los deudos de los difuntos para celebrar funerales y aniversarios, y los cuadros murales recordaban la vida, los honores, las aficiones, etc., de los difuntos. Los más notables de estos cuadros se hallan en Kom el ajmar cerca de Minieh, el Kab, y Abd el Gurnah que pertenece á la necrópolis de Tebas.

126 (Pág. 67.) Esta costumbre reina todavía en el Oriente, empleándose para el objeto la planta henna (*Lauronia spinosa*). El gobierno de Egipto ha prohibido teñirse, pero esta vieja costumbre tardará mucho en desarraigarse. También se estila aún hoy el afeite de los bordes de los párpados. El antimonio arábigo se menciona muchas veces en el papiro Ebers, y en los monumentos de la época de los faraones bajo el nombre de «mestem».

127 (Pág. 67.) Herodoto, II, 181. Según la cartela regia de la segunda esposa de Amasis (Lepsius, libro de los reyes, II, lám. 49), ésta se llamaba Sebaste, nombre que lo mismo puede ser egipcio que griego, significando en el primer caso «hija de Bast» y en el segundo «augusta», demostrando que efectivamente la segunda esposa de Amasis fué helena.

128 (Pág. 67.) En el tocado de todo rey y reina de Egipto, se veían las serpientes ureas (con cola), símbolo de la soberanía. En el museo de Leiden se guarda un tocado de reina, de plata, con las cabezas de serpientes. Reproduccio-

nes en las obras de Lepsius, Champollion, Rosellini, Wilkinson y otros.

129 (Pág. 67.) Lepsius, libro de los reyes, II, lám. 38. Amasis parece haber tenido por primera esposa á Aujnas, viuda de Psamtik II, á la que tomaría probablemente por razones políticas, puesto que ya era vieja.

130 (Pág. 67.) Las egipcias no tenían fama de bellas en la antigüedad; sin embargo, en los monumentos se ven caras muy lindas de reinas y princesas. Muestras preciosas de bellas caras egipcias, se han encontrado en las excavaciones de Saqqara, y se hallan reproducidas en el Serapeum de Mariette. Denon dice de los antiguos retratos de mujeres egipcias: «El de las mujeres se parece aún al rostro de las mujeres lindas de hoy; redondez, voluptuosidad, nariz pequeña, ojos grandes poco abiertos; el carácter de la cabeza de las más era de bello estilo.» El general Heilbronner, en su «Viaje», se expresa aún más favorablemente sobre las cabezas de las mujeres egipcias. Realmente, á pesar de la opinión contraria de Hartmann, no cabe duda de que los egipcios son un pueblo de la raza caucásica emigrado de Asia. Eurípides habla del Nilo, cuyas orillas están habitadas por niñas hermosas. También es cierto que hubo egipcias rubias. Maneton llama á la reina Nitakris «rubia de color,» y entre los retratos publicados por Rosellini (Mon. stor. lámina XIX) hay el de una princesa rubia llamada Ranofre, hija de Tutmes III, según Lepsius. Casi todas las mujeres retratadas en los monumentos tienen la tez clara, amarillenta, hasta en los monumentos más antiguos, entre los cuales podemos contar en primera línea la mastaba de Meidun en la que las esposas de los parientes de Snefru, primer rey de la dinastía IV, presentan la tez muy clara. Las coptas, que pueden considerarse como las descendientes directas de las antiguas egipcias, son á veces bellísimas.

131 (Pág. 68.) Wilkinson reproduce una bailarina que se acompaña ella misma con la guitarra, arpistas, tamborileras, hombres que tocan la flauta doble, una compañía de bailarinas y músicos juglares, etc. En los museos se conservan muchos instrumentos músicos. Las bailarinas que cantaban al mismo tiempo, pueden compararse con las modernas gavasi que, por sus bellas formas, su canto y su baile animan los convites de los cairenos y demás ribereños del Nilo. Antiguamente se llamaban ajennu y parecen haber formado parte de la servidumbre de los grandes señores. En las fa-

milias distinguidas había cantantes domésticos, como el representado en la tumba de Acd el Gurnah, perteneciente á Neferhotep, que vivió bajo la dinastía 18. Al lado del cantante se lee su canción en la que abundan lindos fragmentos.

132 (Pág. 68.) En los monumentos se ven figuras de borrachos, hombres y mujeres. Un borracho es llevado á casa sobre la cabeza de sus criados como una tabla. Wilkinson II, 168. Otro está de cabeza. Ibid. 169. Varias señoras están á punto de arrojar la bebida. Ibid. 167. En la gran fiesta de Teju que se celebraba en Dendera, la borrachera parece haber sido obligatoria, como en las fiestas de Dioniso bajo los Ptolemeos, uno de los cuales conmina de muerte al que no se emborrache. Por lo demás, los egipcios consideraban también la embriaguez como un estado indigno y punible. En el papiro Anastasi IV, se dice de un borracho: «Eres como un santuario sin Dios, como una casa sin pan,» y luego «que es necesario evitar el hek (la cerveza.)» Un gran número de pasajes de los papiros se dirigen contra los gastrónomos y los bebedores.

133 (Pág. 68.) Preciosos sillones regios, dorados y tapizados de muchos colores, se hallan representados en las paredes de las tumbas y los templos. Véanse las obras de Lepsius, Wilkinson y Rosellini.

134 (Pág. 69.) Herodoto, II, 78; Petronio, Satiricón, c. 34; Nicol. Dam. orat. I; Wilkinson, II, 410, reproducen algunas de estas momias que se han conservado en gran número. Luciano vió cómo pasaron de mano á mano en un convite. Parece que los griegos de Alejandría adoptaron esta costumbre embelleciéndola, porque en lugar de una momia pasaban un genio alado de la muerte. No son raras las sentencias como éstas: «Deja atrás todos los pesares, piensa en los goces hasta que llegue el día del viaje que conduce al reino donde gusta el silencio.» Así se lee en la tumba de Neferhotep en Abd el Gurnah.

135 (Pág. 70.) Especialmente el Demavend. Véase la ascensión del mismo en Brugsch, Viaje á Persia, I, p. 284.

136 (Pág. 71.) Herodoto, I, 52, 54, 69, 70. Jenofonte, VI, 25.

137 (Pág. 72.) Zópiros supo más tarde realizar esta afirmación, al parecer hiperbólica.

138 (Pág. 73.) Esta división del día de un rey de Egipto, que refiere Herodoto, I, 70, es confirmada en general por los monumentos.

139 (Pág. 74.) Herodoto, II, 173.

140 (Pág. 74.) Nómarjos es el nombre griego del gobernador de una provincia ó «nomos» que originalmente habrá significado distrito pastoral. El nombre egipcio de provincia era «p-tash ó hesp». Gracias á los trabajos de Harris, Brugsch, Parthey, Dümichen y Jaime de Rougé, conocemos perfectamente la división del reino faraónico. Todo el país estaba dividido en 56 provincias, 26 del Egipto alto y 24 del bajo, subdividiéndose cada una en tres partidos. Los lindes de las provincias eran trazados matemáticamente, sin hacer caso de los accidentes del terreno. Bajo los gobernadores que solían residir en la capital que daba el nombre á la provincia, estaban los subgobernadores (tóparjos) de los partidos que á su vez se dividían en distritos ó campiñas. Estrabón, 787.

141 (Pág. 74.) La naturaleza especial del Nilo hacía necesarias las regularizaciones del cauce. Los faraones tenían á honra el cuidar de ellas. Herodoto refiere que Menes encauzó el brazo occidental del Nilo cerca de Menfis. Tampoco es dudoso que el lago de Moeris ha sido cavado para regularizar las inundaciones.

142 (Pág. 75.) Herodoto, I, 138; Jenofonte, Cirop. VIII, 8.7. Avesta (Spiegel), Fargard, IV.

143 (Pág. 76.) Ramses el Grande, hijo de Sethos, llamado Sesostris por los griegos, reinó de 1394-1328 antes de J. C. Bajo este rey, el poderío de Egipto tuvo su mayor desarrollo; según Diodoro, I, 52, 58, el ejército con el cual sujetó á muchos pueblos de Asia y Africa, constaba de 800,000 infantes, 24,000 jinetes, 27,000 combatientes á carro y 409 buques de guerra; como trofeo hizo grabar su nombre y efigie en las rocas de los países subyugados. Herodoto vió dos de estas efigies (II, 102-106) y aún hoy pueden verse dos cerca de Beirut, el antiguo Beroe» ó «Berytus». Reproducciones de las mismas se hallan en las obras de Guys y Wyse, y en Lepsius. A causa de estos retratos, los monumentos egipcios le llaman «el que tiene cogido el mundo por medio de monumentos.» Tácito, Anales, II, 60, dice que los inmensos tributos que afluían á Egipto, hacían posible la construcción de edificios maravillosos desde Nubia á Tanis, especialmente, empero, en la capital y villa coronada Tebas. Uno de los obeliscos que erigió en Tebas, está hoy en la «Place de la Concorde» de París; la inscripción fué traducida por Chabas. En las paredes conservadas de los palacios y tem-

plos construídos por aquel poderoso rey, encontramos aún hoy mil cuadros que le representan á él, á sus ejércitos, á los muchos pueblos que sometió y á los dioses á quienes creía deber sus victorias. Un respeto especial parece haber tributado á Amon y á Bast. Por otra parte, vemos por las inscripciones que los celestiales no se cansaban nunca en cumplir todos los deseos de su favorito. Sus combates contra los jetas se hallaban descritos poéticamente en largas hileras de jeroglíficos en la pared meridional de la inmensa sala de las columnas de Karnak, en Lucsor y en el papiro Sellie. La misma epopeya referente á sus hazañas se halla en seis diferentes lugares. El interesantísimo tratado de paz que concluyó con los getas se ha conservado y Chabas lo ha traducido completamente. Su retrato con la nariz aguileña, que le presenta como ánimo emprendedor, debe llamarse sumamente característico. La más hermosa de sus estatuas-retratos se conserva en el museo egipcio de Turín. Como los monumentos de Abidos nos dan á conocer su juventud, así hay otros que nos permiten seguir toda su vida hasta la muerte, informándonos acerca de cada miembro de su familia. Bajo el reinado de su padre Seti, el arte egipcio alcanzó su mayor florecimiento.

144 (Pág. 76.) El judío Josefo narra que Ramses venció también á los medos. Esto no sería inverosímil si pudiésemos tomar por Ecbátana Bajtan, de la que un faraón de la dinastía 30 saca tributos. Contra esta etimología hay muchas objeciones. Ecbátana significa «caballeriza». Lo cierto, empero, es que Bajtan estaba situada en Asia.

145 (Pág. 77.) Herodoto, II, 177. Parece exagerada esta noticia, puesto que, según Diodoro, Egipto no tenía más de 7 millones de habitantes en la época de los Ptolomeos (Diodoro, I, 31. Josefo da 7.500,000 almas. El número de Teócrito no es más que un mnemotécnico con el número 3. Lane, en su «Account of the manners and customs of the modern Egyptians», calcula que este país puede alimentar á 8 millones de habitantes. «Champollion le jeune» supone de 6 á 7 millones. Según Stepham, «El Egipto de hoy», 1872. Egipto tenía en 1866 solamente 4.848,629 habitantes.

146 (Pág. 77.) Los antiguos egipcios eran muy entendidos en el arte de fortificar. Los cuadros de los monumentos presentan fortalezas con muros y almenas. En nuestras obras sobre Egipto hemos intentado probar que el nordeste del país, desde Pelusium hasta el Mar Rojo, estaba fortificado

contra las invasiones de los asiáticos por una hilera de fortificaciones.

147 (Pág. 79.) Tifon en egipcio Set, dios del mal, ha experimentado una transformación curiosa en la conciencia religiosa de los egipcios, puesto que en los tiempos antiguos se presenta menos terminantemente como deidad funesta. Mariette ha demostrado que su culto data de la dinastía 5, pero sólo durante la dominación de los hicsos que le veneraban exclusivamente, parece haber tomado para los egipcios el carácter de deidad infausta. Anteriormente el principio malvado se personificaba en la serpiente Apep. Set era dios de la guerra y del extranjero. Cuando se vencía á los extranjeros se veneraba á su dios; cuando ellos triunfaban su dios quedaba postergado. Ramses gustaba de llamarse su adorador; los reyes posteriores borraron su nombre doquiera lo hallaban. Acabó por ser aborrecido como principio de destrucción. Según Plutarco, rige todo lo apasionado, desordenado, inconstante, falso y necio que se observa en la mente humana. En un papiro le llamaban «omnipotente, destructor y asolador». En su carácter, reflejábanse, pues, también las fuerzas destructivas de la naturaleza, perteneciéndole todas las plantas y bestias nocivas, así como el mar inhospitalario, móvil, estéril. El terco asno, el torpe hipopótamo, el voraz cocodrilo y el feroz jabalí son sus animales favoritos. Su color era el rojo, y por esto dicen que antiguamente le sacrificaban á los hombres de pelo rojo á los que llamaban tifónicos. Diodoro, I, 88. Lo mismo refiere Plutarco, y en el papiro Ebers las cosas malas y dañinas se llaman simplemente «rojas». Los sacrificios humanos cesaron en una época muy temprana, mas aún mucho tiempo después los egipcios de pelo rojo se veían atropellados y despreciados. Las imágenes de Set le presentan en figura de un animal semejante al galgo, con las orejas puntiagudas y el rabo hendido ó bien con setas en las espaldas y la cabeza de un cocodrilo, asno ó hipopótamo. Set-Tifón interviene también en el mito de Isis y Osiris.

148 (Pág. 79.) Los astrólogos egipcios tenían fama. Herodoto, II, 82, dice que los egipcios inventaron la astrología y Aristóteles afirma que fueron los primeros astrónomos. Cada hora tenía sus planetas presagiando los unos dicha, los otros desgracia, y para los horóscopos importaba también la posición mutua de los astros. Amón (Júpiter) era siempre fausto, Seb (Saturno) siempre siniestro, Tot (Mercurio) am-

biguo. Hasta en los diferentes miembros del cuerpo influían diferentes astros. «Firmicus Maternus» (IV, 16) cita los nombres de dos astrólogos egipcios célebres, Petosiris y Ne-jepso. En los monumentos abundan las representaciones astronómicas, y los calendarios que se han conservado hasta nuestros días confirman lo que los autores clásicos refieren de la astronomía de los egipcios.

149 (Pág. 84.) Los templos egipcios están contruídos de modo que haciéndose los espacios cada vez más bajos, la devoción y la seriedad de los fieles se han de concentrar cada vez más. Todos los caminos están señalados, no hay lugar á diversión, no es posible extraviarse. Entre las hileras de los animales sagrados, entre los portales caminamos respetuosos. Ancho y poderoso preséntase allí el portal, un anchuroso patio recibe al devoto; las paredes laterales se acercan, los patios se rebajan, el suelo sube, todo tiende hacia un punto objetivo. Así seguimos caminando sustraídos ya á la distracción del cielo libre, estrechados por la gravedad del edificio, por lo sagrado de las efigies. Así las paredes consagradas nos rodean cada vez más de cerca hasta que finalmente sólo el pie del sacerdote pisa el solitario y sonoro aposento del dios mismo. Schnaase. Historia del arte, I, 394.

150 (Pág. 83.) Este lago que hemos visto con nuestros propios ojos, existe aún hoy cerca de las ruinas de Sais, «Sa el hagr». Casi todos los templos tenían lagos dedicados á la deidad respectiva.

151 (Pág. 84.) Sólo muy recientemente los monumentos han arrojado plena luz sobre la significación del disco solar alado. En los textos de Edfu, publicados por Naville y traducidos por Brugsch, se nos dice que Hor-Hut, en forma de un disco solar alado, aplastó al malvado y sus compañeros, y que en recuerdo de sus victorias el disco alado guarnecido de serpientes ureas debía colocarse sobre las entradas de todos los templos y santuarios de Egipto, de modo que este símbolo hace presente á los fieles la victoria final del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas, de la fecundidad sobre la sequía, de la vida sobre la muerte.

152 (Pág. 86.) Mandamiento egipcio que como el correspondiente hebreo contiene una promesa. Está en el papiro Prisse, el más antiguo de los documentos hieráticos conservados.

153 (Pág. 88.) Isis, esposa ó hermana de Osiris, es la

naturaleza en la que Dios se manifiesta y revela. Más por menores se darán en el tomo II.

154 (Pág. 89.) No solamente á los simples egipcios, sino hasta á los faraones les vemos representados jugando á las damas ú otro juego parecido. El rey Ramses jugando con su hija en Rosellini, dos egipcios en Wilkinson. Un tablero especialmente hermoso se halla en la colección egipcia del Louvre de París y otro en el museo de Bulaq.

155 (Pág. 89.) Véanse las obras de Minutoli y Rosellini' Wilkinson y otros. En el museo de Leiden y otros se conservan pelotas halladas en las tumbas.

156 (Pág. 90.) Según Diodoro, I, 29, las reinas egipcias tenían más autoridad que los reyes, y los monumentos prueban que las mujeres podían ejercer la soberanía y heredarla para entregarla al que se casase con la heredera. Tenían sus propias rentas, y después de muertas y recibidas entre las diosas, sus propias sacerdotisas. En los templos de los Ptolomeos, muchas monedas llevan la efigie de reinas y muchas ciudades se apellidan con sus nombres. Obsérvese que los hijos al hablar de su procedencia mencionan más veces su madre que su padre, que las mujeres casadas recibían el nombre de «señoras» y de «dueñas de la casa» que tenían libre disposición de los bienes muebles é inmuebles aportados por ellas, en fin, que el sexo débil gozaba de los mismos derechos que el sexo fuerte. Muchos pretendientes trataban de casarse con una princesa de una dinastía legítima. En la ausencia del rey, la regencia pertenece á su esposa. Diodoro, I, 17.

157 (Pág. 91.) Simónides de Amorgos, poeta iámbico que vivió por los años de 680, se deleitaba en hacer versos picarescos contra las mujeres. Las divide en diferentes clases y las compara con malos bichos. Sólo la mujer comparable con la abeja es buena y puede hacer feliz á su marido. Compuso también la conocida fábula de Pandore. Mas tampoco faltaron egipcios que censuraran las malas mujeres, comparándolas con las fieras (hienas, leones, panteras.) De una mujer viciosa se dice: «(Chabas, Papyrus magique Harris, p. 135,)» que es una colección de todas las maldades y un saco de intrigas. Fokilides de Mileto, hombre brusco é incisivo, pero observador exacto, imitó á Simónides. Menos recatado aún era el contrahecho y perdido Hiponax de Efeso (550.) «En sus coliambos se refleja su fealdad en todas sus formas.» Los fragmentos de estos poetas se hallan en las ediciones de Welker, Schneidewin y Bergk.

158 (Pág. 92.) Según la excelente versión de F. G. Richter.

159 (Pág. 92.) Acerca de este apodo que Daríos recibió más tarde, véase el final del tomo II.

160 (Pág. 92.) Auramazda, llámase en las inscripciones cuneiformes el dios supremo y puro de los persas, conocido bajo la forma de Ormuzd, mientras que su antagonista, el principio malo vulgarmente llamado Arimanes, tiene el nombre de Angramiñus. En el Zend-Avesta se escribe Ahura-Mazda.

161 (Pág. 93.) Dicen que Nabucodonosor ó Nebukadnezar hizo construir esta obra gigantesca para su esposa Amitis. Véase la nota 237.

162 (Pág. 93.) Dicen que con semejantes helenos criados en Egipto, Psamtik I formó una casta nueva, la de los intérpretes. Herodoto, II, 154. Este autor tendría por guía á uno de esos «dragomanes» (ó trujamanes.)

163 (Pág. 93.) Wilkinson, II, p. 102. 95. 1.

164 (Pág. 94.) Wilkinson, II, p. 119 y 121. Herodoto, II, 95. Aun hoy encuéntrase tales torrecillas.

165 (Pág. 94.) Según parece indicar las ruínas de Alabastrón y Menfis, las calles egipcias eran empedradas, por lo menos las que conducían á los templos.

166 (Pág. 94.) Lepsius y antes de él los sabios de la expedición francesa, vieron los montones de escombros que indican el sitio de la acrópolis de Sais; nosotros mismos hemos subido allí en 1873.

167 (Pág. 94.) En el antiguo Egipto como en el moderno, los artesanos trabajan al aire libre ó en talleres abiertos.

168 (Pág. 95.) Muchos pasajes de la Biblia (Salmos, 58, 48, Jerem. VII, 17,) y de los autores profanos (Eliano, hist. anim. XVII, 5,) prueban que los encantadores y domadores de serpientes, no escaseaban en Egipto, como aun hoy abundan. Lane cuenta sólo en el Cairo unos 300. Hemos escogido para patronos del mágico á las deidades Junsu y Hekt porque la imagen del primero servía para exorcizar y la segunda era la diosa de la magia.

169 (Pág. 96.) Diodoro, I, 77.

170 (Pág. 97.) El juramento por Mitra, el dios del sol, era especialmente sagrado entre los persas.

171 (Pág. 98.) Ajemeiodes (Aquemenios,) llamábanse los descendientes, reyes y príncipes, de Ajémenes, ó según las inscripciones cuneiformes, «Hajámanis.»

172 (Pág. 98.) Herodoto, I, 88.

173 (Pág. 99.) Los griegos determinaban la mañana por la frecuentación del mercado, diciendo: «cuando se llena el mercado, cuando el mercado está lleno, cuando el mercado se vacía.» No es posible ahora fijar las horas correspondientes, pero es probable que el mercado ó la plaza estaba llena de 10 á 1.

174 (Pág. 100.) Se sabe de cierto que antes de la conquista persa, y por consiguiente en esta parte de nuestra narración, los egipcios no acuñaban monedas, sino que pesaban los metales preciosos dándoles la forma de aros ó anillos que aun en la época de los Ptolomeos que acuñaban mucha moneda, tenían curso. En unas balanzas reproducidas por Wilkinson, se pesan anillos de oro con un peso en forma de animal. Conocemos el valor de varios pesos egipcios.

175 (Pág. 102.) Este número y lo que sigue está tomado de Diodoro, I, 98. Platón cuenta que una ley obligaba á los egipcios de su época á dar á sus imágenes el mismo grado de belleza ó fealdad que mil ó más años atrás. Esto lo confirman los monumentos, si bien cada época poseía su estilo particular perceptible para el inteligente. En la antigüedad las formas eran más comprimidas: bajo Seti I, la belleza de las proporciones llega á su punto culminante; desde la dinastía 20 el estilo se pervierte, en la 26 bajo los Psamtikides el arte florece sin llegar á recuperar la antigua pureza de las formas á pesar del gran esmero en los detalles.

176 (Pág. 103.) Estas estatuas de madera representaban al rey mismo. Herodoto, II, 182. Las estatuas-retratos se han conservado en número regular. Atestigua el desarrollo de la escultura egipcia en la época de las pirámides la estatua de Jefren, trabajada precisamente en material muy duro, que en la exposición de París en 1867 llamó la atención de todos los admiradores del arte y se conserva hoy en el museo de Bulaq, donde está también la estatua de madera llamada del alcalde pedáneo, hallada en Saqqara y perteneciente á la época de las pirámides cuya delicadeza de trabajo y realismo de las formas es insuperable.

177 (Pág. 104.) La noble familia ática de los alkmeonidas huyendo de Atenas por temor á Pisistratos, había emprendido la construcción de un templo nuevo en Delfos cuyos habitantes debían contribuir en la cuarta parte de los gastos, por cuyo motivo hicieron colectas también en Egipto, recaudando una suma considerable según Herodoto, I, 180.

178 (Pág. 104.) Herodoto, I, 53; Jenofonte, Cirop, VII, 2.

179 (Pág. 104.) Este oráculo fué dado á Giges que se ha-

bía apoderado del trono lidio asesinando al rey Kandaules. Herodoto, I, 8 y sig.

180 (Pág. 105.) El talento ático valía según Bôckh unas 6.000 pesetas, la mina (mna) 100 pesetas, la dracma (drajmé) 1 peseta, y el óbolo medio real.

181 (Pág. 105.) Agariste llamábase la rica heredera de Klis-tenes de Likion, que se casó con el alkmeonida Megakles. Herod. VI, 126-130; Diod. VII, 19.

182 (Pág. 105.) Herodoto, VI, 125.

183 (Pág. 106.) Herodoto, II, 180.

184 (Pág. 106.) El pasaje de Herodoto puede entenderse en el sentido de que todos los griegos de Náukratis dieran juntos 20 minas ó sea 2.000 pesetas. Siendo esto poco para una ciudad tan importante y mucho (según Valle,) para cada individuo, presumimos que Herodoto habla de las diferentes comunidades y parroquias de Náukratis.

«Y no fué ciertamente del Egipto de donde menos alcanza-ron, habiéndoles dada Amasis 1.000 talentos de alumbre y 20 minas los griegos allí establecidos.» Trad. del P. Bart. Pou public. 1878 en la «Biblioteca clásica.»

185 (Pág. 107.) Rodopis envió semejante regalo á Delfos según Herodoto, II, 35.

186 (Pág. 107.) Los dentistas de Egipto deben de haber sido muy hábiles, pues en las mandíbulas de las momias se han encontrado dientes artificiales. En el papíro Ebers hay recetas contra varias afecciones dentarias.

187 (Pág. 107.) Ateneo, XII, 20; Plut. sept. sap. p. 147.

188 (Pág. 108.) «Ne ton kina.» Juramento de Radamanto para evitar los nombres de los dioses.

189 (Pág. 109.) El agua del Nilo, como podemos afirmar por experiencia propia, tiene muy buen sabor. Un viajero la califica de Champagne de las aguas. Las damas del harén del gran sultán se hacen enviar el agua del Nilo á Constantino-pla, y los árabes dicen que si Mahoma hubiere catado el agua del Nilo, habría deseado vivir eternamente.

190 (Pág. 111.) Según algunos versos de Teognis de Mé-gara, quien murió en 480 antes de J. C.

191 (Pág. 114.) Propia traducción de un peggion anacreón-tico de cuya autenticidad se ha dudado sin motivo, á nuestro entender.

192 (Pág. 117.) En el museo de Leiden se guarda un útere bien conservado.

193 (Pág. 117.) Perros falderos de Sicilia tenían fama en la

antigüedad, pareciendo que los primeros en criarlos fueron los lujosos sibaritas.

194 (Pág. 117.) Así llamábase también el perro fiel de Ulises.

195 (Pág. 118.) Aun hoy los persas contraen amistades solemnes, sobre todo en la fiesta llamada de sucesión. «Dos persas que quieran contraer amistad para toda la vida, se presentan ante el molá, manifiestan su intención y se hacen consagrar solemnemente como «brader ha» ó sea hermanos.» Brugsch, Viaje á Egipto.

196 (Pág. 118.) Herodoto, I, 131 y 132, así como muchas otras fuentes, nos informan que los persas de la época de los ajemenidas no poseían templos ni imágenes de dioses. El principio bueno y el principio malo, Auramazda y Angramaiñus, eran seres invisibles que con su numeroso séquito de espíritus buenos y malos llenaban toda la naturaleza. El tiempo eterno creó el fuego y el agua. De esto resultó Auramazda, el genio bueno, brillante y puro. Después de crear en 12.000 años el cielo, el paraíso y las estrellas, vió al espíritu malo, Angramaiñus, que era negro, impuro, hediondo y malvado. Auramazda resolvió aniquilar á Angramaiñus, empezando una gran lucha en la que sucumbió el malvado para yacer postrado é impotente y atónico durante 3.000 años. Durante este período Auramazda creó el cielo, el agua, la tierra, los vegetales buenos, el toro y la primera pareja de hombres, todo en un año. Después de esto se levantó otra vez Arimanes y fué vencido de nuevo, pero no muerto, porque después de la muerte los elementos, el fuego, el agua, el aire y la tierra, de que se compone todo lo viviente, se unen con los elementos primitivos y el día de la resurrección lo separado se junta de nuevo. Nada vuelve á la no existencia; todo se junta solamente con sus partes elementales. Para poder matar á Arimanes, su impureza habría debido transformarse en pureza, sus tinieblas en luz. Así el malvado siguió viviendo para crear cosas malas é impuras, siempre que el genio bueno creaba algo bueno y puro. Esta lucha continuará hasta el día del juicio. Entonces Arimanes será puro y santo porque los dives ó daevas (genios malos,) han ido absorbiendo todo lo malo, desapareciendo ellos mismos antes del día del juicio. Con el castigo de cada hombre después de su muerte, los dives que habitaban en él como partes de Arimanes, son aniquilados.

197 (Pág. 118.) Aun hoy existen en las montañas las aras

de los parsis que pueden usar siempre que se hallen cerca del fuego y del agua. También Herodoto, I, 132, dice que los persas hacían sus sacrificios al aire libre.

198 (Pág. 119.) Los reyes solían recompensar con semejantes regalos las acciones nobles de sus súbditos. Herodoto, III, 130, VIII, 118; Plutarco, Artajerjes, 10, 14; Jenofonte, Anal. I, 2, Cyrop. VIII, 3.

199 (Pág. 122.) Más datos sobre los reyes de Persia contendrán los capítulos siguientes.

200 (Pág. 123.) Parece que en Egipto había comadronas para la asistencia de las parturientas; el Exodo (I, 15,) menciona á dos, Sifra y Pua. A las reinas les asistían en el parto unas diosas buenas hadas, las hatoras.

201 (Pág. 125.) Un terrible castigo común para los facinerosos. Véase el tomo II.

202 (Pág. 125.) Los anillos-sellos se llevaban en Egipto en una época muy remota. En el libro I de Moisés, 41 y 42, el faraón entrega su anillo á José. En todos los museos egipcios se hallan muchos de estos anillos de los que algunos tienen más de 4.000 años. Wilkinson, III, p. 374, reproduce una serie de sellos. Lepsius trae el dibujo del sello hallado por Ferlini, que procedente de Nubia, se guarda en Berlín. Muchas de las momias llevaban sellos en los dedos; nosotros pcosemos varios de esta procedencia.

203 (Pág. 126.) Los reyes y grandes egipcios parece fueron muy aficionados á la caza. Además de varias razas de perros, adiestrábanse también para la caza de fieras, como la pantera y el león. Una caza de leones se encuentra reproducida en Rosellini, Mon. stor., II, lám. 129. El rey ha alcanzado un león que atravesado de flechas muere á sus pies mientras que otro herido se escapa á las cañas. En uno de los llamados escarabeos de boda, leemos que el faraón ha muerto 110 leones con su propia mano.

204 (Pág. 126.) Véase la nota 30. Unos hermosísimos caballos ricamente compuestos, esculpidos en la piedra y pintados por mano artística, se hallan en los monumentos de Tebas.

205 (Pág. 126.) Herodoto, II, 41, cuenta que los egipcios no querían besar á ningún extranjero, ni comer con él del mismo puchero, ni tocar siquiera la carne trinchada con el cuchillo de un griego. En la estela de Pianji los pequeños di-nastas del Delta no traspasan los umbrales del faraón, por-

que eran impuros y comían pescado. En el Génesis, los hermanos de José comen separados de los egipcios.

206 (Pág. 126.) Los caldeos de Babilón eran, después de los egipcios, los astrónomos más hábiles. Según Herodoto, Daríos quería bien á los egipcios y apreciaba mucho su sabiduría.

207 (Pág. 130.) Los mismos oráculos los quería preguntar Glicera, cuando su amante, el trágico Menandro, fué llamado á Egipto por el rey Ptolemeo. Su carta es tan ingeniosa como amable. Me remito también á la magnífica poesía de Teókríto, de la niña enferma de amor y sus conjuros.

208 (Pág. 130.) Este oráculo floral, parecido á nuestro deshojar acacias y bellis perennis, no era desusado en la antigüedad y aun lo interrogan las niñas de la Grecia moderna. Bybilakis. Vida de los griegos modernos, p. 20.

209 (Pág. 131.) Así es como Esquilo hace cantar al ruiseñor. La interpretación artificial del «itys, ito,» es un juego que podíamos permitirnos en boca de la infantil Sappó. Originalmente el grito «itys» del ruiseñor tiene otro significado; véase Ovidio, Metamórfosis VI, 425, etc.

210 (Pág. 136.) Mientras los espartanos se casaban siguiendo la inclinación de su corazón, en Atenas los padres ó tutores arreglaban la boda. Era esta la causa ó la consecuencia de la vida muy retirada de las jóvenes áticas. Más detalles en el tomo II.

211 (Pág. 136.) El abuelo de Sappó, Járaxos, hermano de la poetisa Sappó era lesbio y por ende eolio.

212 (Pág. 136.) Herodoto, I, 135. También en esto prueban los persas su origen ario. Aun hoy, como en los tiempos de Herodoto, gustan con avidez de cosas nuevas y extranjerías.

213 (Pág. 138.) Diodoro, I, 81.

214 (Pág. 139.) Libro de los reyes de Fírdusi. Hijos de Feridum.

215 (Pág. 142.) Las coronas nupciales de los helenos se formaban de violetas y arrayanes.

216 (Pág. 143.) El ritmo de «Keleusma» era indicado generalmente por un flautista, el «triéraules.» En «Las ranas» de Aristófanes, los habitantes palúdicos cantan el Keleusma. V, 205.

217 (Pág. 143.) Véase el epigrama de Kalímajos, 45, en Ateneo, XV, p. 669.

218 (Pág. 145.) La llamada «carretera real» de la que ha-

blaremos más, fué construída por Kiros y mantenida con especial esmero por Daríos.

219 (Pág. 145.) La «armamaxa» era un coche de viaje asiático cuya primera mención encontramos en el Anábasis de Jenofonte quien dice que una reina viajaba en tal vehículo. Los romanos la adoptaron para el mismo fin.

220 (Pág. 146.) Planta oleaginosa que se cultivaba en gran escala en la llanura de Babilón, para la fabricación de aceite. «(Sesamum orientale.)»

221 (Pág. 146.) Herodoto, I, 193. Layart, «Ninive and Babylon,» reproduce un acueducto y unos bajo-relieves representando la comarca bien regada y cultivada.

222 (Pág. 146.) Importante ciudad comercial del Eufrates. Estación de las determinaciones geométricas de Eratóstenes.

223 (Pág. 146.) El betún que todavía se encuentra en la cercanía de Babilón, servía y sirve á los babilonios de argamasa y mortero.

224 (Pág. 147.) Esta clase desgraciada debe su origen más bien á los celos de los orientales y su deseo de conservar pura su descendencia, que al deseo de la fabulosa Semíramis de rodearse de hombres imberbes y de voz aguda como ella misma.

225 (Pág. 147.) En casi todos los cuadros egipcios que representan á hijos del faraón, varones y hembras, estos llevan trenzas que desde la frente llegan hasta el cuello.

226 (Pág. 148.) Herodoto, V, 14 y 49-52. Jenofonte, Cyrop, VIII, 69; Plutarco, Artajerjes, 25. Aun hoy encuéntranse postes miliarios en la carretera que unía Ninive con Ecbátana. Los curdos los llaman keli-hin, columnas azules.

227 (Pág. 149.) Según el libro de Esther II, 14 y 15, había un jefe de los eunucos, guarda de las mujeres, y otro guarda de las concubinas. Siendo la época de Kambises de mucho anterior á la de Esther, hacemos desempeñar á Bogues los dos cargos á la vez.

228 (Pág. 149.) Siete, el número «sin madre» no tiene factor ni múltiplo en la decena.

229 (Pág. 150.) Diodoro, I, 49, cuenta que en la tumba de Osimandias (el llamado Rameseo, palacio de Ramses II, en Tebas,) estaba un aro de oro de una vara de ancho y 365 de circunferencia, conteniendo un calendario astronómico completo. El Zodíaco de Dendera, adorno astronómico de techo que se conserva en París, no tiene, como demostró primero

Letronne, quien lo atribuye á los últimos Ptolomeos, la gran antigüedad que presumían los que le descubrieron. V. «Lauth,» *Les Zodiaques de Denderah*, Munich, 1865.

230 (Pág. 150.) El «lapizlázuli» era una piedra muy apreciada por los antiguos egipcios que sabían imitarla lo mismo que la esmeralda.

231 (Pág. 150.) Según Herodoto, I, 94, los estateres fueron las primeras monedas acuñadas. Por lo demás Brockh y Brandis han demostrado que los asirios ya tenían mucho antes medidas y pesos fijos. Los daricos que valían unas 30 pesetas, deben su nombre á Darío Histaspis según la opinión general, á otro Darío anterior según Suidas, y á la palabra «zara,» oro, según otros. Los trabajos más recientes y exactos sobre la metrología oriental, se deben á Brandis.

232 (Pág. 151.) Según las láminas de las obras de Gosse y de Layard.

233 (Pág. 151.) Según Curcio, Jenofonte y Esquilo. Según Plutarco, Artajerjes, 24, los vestidos y atavíos del rey valían 12.000 talentos, es decir, unos 60 millones de pesetas.

234 (Pág. 153.) Diodoro cuenta que Temístocles aprendió el persa en su viaje á Susa; por consiguiente, no exageramos en atribuir á Nitetis la misma hazaña.

235 (Pág. 155.) Según los datos de Herodoto, Diodoro, Estrabón y Arriano. Aristóteles dice que Babilón tenía más bien la extensión de una nación que de una ciudad, y las ruínas sugieren aún hoy la idea de una circunferencia enorme.

236 (Pág. 156.) «J. Bonomi,» *Niniveh and its Palaces*; fig. 33, y Layard en muchas láminas. Originales y copias de muchos productos del antiguo arte asirio se hallan en los museos de Londres, París y Berlín. Las esfinges asirias habrán tenido por objeto simbolizar la omnipotencia divina uniendo la mayor fuerza en el tronco de toro, la mayor inteligencia en la cabeza humana y la mayor velocidad en las alas de águila.

237 (Pág. 156.) Herodoto, I, 195; Ezequiel, XIXII, 15. Este traje concuerda asimismo con las imágenes de asirios que se hallan en los monumentos egipcios. Véase Rosellini y Lepsius. En la célebre enumeración de las campañas de Tutmes III, se habla de Asuri y Bebel. Niniveh se halla mencionada en varios monumentos de la época de la dinastía 18.

238 (Pág. 156.) Herodoto, I, 180.

239 (Pág. 156.) Este templo de Bel que muchos pretenden identificar con la torre de Babel, se halla mencionado por Herodoto, Diodoro, Estrabón y otros autores. Las ruínas «Bris

Nimrud,» castillo de Nimrud, por los habitantes del país. En la época de nuestra historia este edificio colosal debe de haber ostentado todo su esplendor, pues sabemos que Nebukadnezar lo renovó con magnificencia. La base del templo parece haber sido cuadrangular.

240 (Pág. 156.) También la construcción de este castillo se atribuye á Nebukadnezar; al menos los ladrillos encontrados en las ruínas de Hillah, llevan en escritura cuneiforme el nombre de este gran rey. Aun hoy se hallan muchos fragmentos de relieves vidriados.

241 (Pág. 157.) Un montón de ruínas llamado hoy «el Kars» (alcázar,) se extiende á lo largo del Eufrates en una longitud de 9,400 pies y una anchura de 1,800. «Al norte de esta colina artificial desde uno de los puntos más elevados, un solitario taray grueso y muy viejo mira abajo sobre el río; los árabes cuentan que es el único árbol que ha quedado de los jardines pensiles de Semíramis.» Duncker, Historia de la Antigüedad, I, p. 572. Diodoro, II, 10, dice que los jardines se parecían á las gradas de un teatro. Layard encontró en una tabla unos bajos relieves representando un jardín sostenido por columnas.

242 (Pág. 157.) Las niñas persas recibían las arracadas cuando tenían 15 años. A esta edad varones y hembras empezaban á llevar el cordón sagrado «(Kuzti) ó «(Kosti,» que sólo de noche podían quitarse, y cuya preparación exige muchas formalidades aun entre los persas modernos. Debe tener 72 hilos, siempre negros.

243 (Pág. 158.) La misma observación se halla en Séneca, «De ira» y en Platón «Sobre las leyes.»

244 (Pág. 159.) Herodoto, VII, 83 y 187, y Jenofonte; Ciropedia, VII, 10.

245 (Pág. 162.) Los «ojos» y «oídos» del rey corresponderán á nuestros jefes de orden público. Puede ser que Darío ha tomado estos títulos de Egipto, en cuyos monumentos se habla de los dos ojos del rey de Egipto alto, los dos oídos del rey de Egipto bajo. Por lo demás el niño Kiros (Herodoto, I, 114,) nombró á uno de sus compañeros de juegos «ojo del rey.» Según Herodoto (I, 100,) el espionaje de la policía meda empezó ya con Degokes, y en sus tiempos abundaban en el país los espías y escuchas. Los demás empleados de la corte, mencionados por varios autores, se hallan enumerados en Duncker, Historia de la Antigüedad.

246 (Pág. 162.) Plutarco, Artajerjes, 5, cuentan que la madre y la esposa favorita estaban sentadas al lado del rey.

247 (Pág. 163.) Herodoto, I, 133, dice que los persas piensan que los griegos se levantan de la mesa con hambre, porque después del plato principal nada se sirve que valga la pena. Por los viajeros modernos sabemos que los iraníes modernos son aun muy aficionados á las golosinas, y el poeta Abn Jshak no canta de otra cosa.

248 (Pág. 167.) Zoroastro, propiamente Zarathustra ó Zerehashtro, fué uno de los más grandes legisladores y fundadores de religión. El nombre se ha interpretado como «estrella de oro» y como «brillante cual oro.» Las noticias biográficas son tan vagas y dudosas, que se ha negado la existencia de su personalidad. La redacción del Zend-avesta data probablemente de los tiempos de Artajerjes; la doctrina de Zoroastro es más antigua.

249 (Pág. 168.) Según el libro de Esther, II, 12, este año de aprendizaje se empleaba en iniciar á las mujeres en el uso de los ungüentos, perfumes y afeites. Mas para esto, el plazo nos parece demasiado largo, y más verosímil que el tiempo se ha empleado en preparar á las mujeres extranjeras para que puedan cumplir los preceptos de Zoroastro, quien declara (Vendidad, XVIII, 123,) que antes que las víboras merecen la muerte los que se junten con adoradores de los devas. Los mazduyasnas (mazdeitas,) orgullosos de su religión, no trataban de hacer prosélitos, pero admitían á los extranjeros en su seno. Más tarde bajo los sasanidas se perseguía á los heterodoxos.

250 (Pág. 169.) Los jardines de los persas tenían fama en la antigüedad, y los arreglaban con más libertad y soltura que los egipcios. Hasta los reyes no se desdeñaban de ocuparse en horticultura, y los ajemenidas distinguidos poseían hermosos parques llamados paraísos. Herodoto, Jenofonte, Cirop. VIII, 6, 9; Econom. 4; Diodoro, XVI, 41; Plutarco, Alkibiades, 24. Su predilección por los vegetales esbeltos era tan grande, que Jerjes adornó con atavíos de oro un hermosísimo árbol que encontró en su expedición á Grecia. Firdusi, el más grande poeta épico persa, no conoce mayor alabanza de la hermosura humana que el calificarla de «cipresina.» A algunos árboles les tributaban los iraníes veneración divina, y en su paraíso había árboles sagrados así como los hebreos y los egipcios tenían su «árbol de la vida.»

251 (Pág. 171.) Sitios reales donde los reyes de Persia pa-

saban el verano) y en que puede llegar á hacer frío. Ecbátana estaba situada al pie de la elevada montaña de Orontes ó Elburs, en los alrededores de la actual Hamadin. Pasárgadas estaba cerca del monte Rajmet en la parte alta de Iran (Ruínas cerca de Firuzabad.)

252 (Pág. 172.) El lapislázuli y la malaquita se mencionan ya en una época muy remota entre los tributos ofrecidos á los faraones por los pueblos asiáticos.

253 (Pág. 173.) Este lujoso arreglo de las habitaciones de una madre del rey de Persia no puede parecer exagerado, porque todos los detalles son tomados de los autores antiguos. Llamo egipcios los encajes que lleva Kasandana, porque en la época de nuestra historia no se fabricaban tejidos más finos que los de Egipto, según sostienen los autores clásicos, y confirman los monumentos que presentan muchos vestidos transparentes. Además sir Gardener Wilkinson poseía un pedazo de tejido antiguo sumamente fino.

254 (Pág. 176.) Según «Duncker,» Historia de la Antigüedad. Está probado que las amazonas pertenecen á la mitología, y es curioso que también entre los chinos se formó una fábula parecida. El museo etnográfico de Jena del que fui director, posee un cuadro chino muy interesante representando una expedición de amazonas.

255 (Pág. 178.) Nadie hallará un anacronismo en estas palabras, teniendo presente la cita aristotélica en Cicerón, «De natura Deorum,» que expresa sentimientos análogos.

256 (Pág. 178.) Mimnermos, Fragm. ed. Bergk. C. Ibid. Solón, fragm. 20.

257 (Pág. 179.) Casi cada papiro fúnebre trae la representación del alma, cuyo corazón es pesado y juzgado. El discurso que pronuncia se llama la justificación negativa, porque ante los 42 jueces asegura no haber cometido los 42 pecados mortales que enumera. Esta justificación es tanto más curiosa en cuanto contiene casi toda la ley moral mosaica, que parece ser la quinta-esencia general de la moral humana. El correspondiente precepto de Pitágoras tiene casi la misma forma que el egipcio.

258 (Pág. 180.) Desde el momento que el niño parsi lleva el cinturón «Rosti,» debe escogerse un patrono entre los yazatas, y un director espiritual entre los destures ó sacerdotes. Ese padrino es el padre espiritual del niño.

259 (Pág. 180.) Anahita ó Ardi-cura llamábase la diosa de las fuentes, y ha sido parangonada con la griega Afrodite. De

la fuente Anahita salían todas las aguas y su fuerza purificativa era absoluta. La suposición de nuestro traductor holandés, que Anahita es una deidad de origen semítico, refundida con el genio acuático femenino de los persas, no deja de tener sus fundamentos, y nosotros mismos la hemos expresado en otro sitio. Su culto, en efecto, no parece sino bajo Artajerjes Mnemon.

260 (Pág. 180.) Célebre librepensador que por sus burlas contra los dioses homéricos hubo de sufrir muchos vituperios y persecuciones. Floreciendo ya en la época de nuestra historia, alcanzó tan grande vejez, que vivía aun á mediados del siglo quinto. Cuentan que estuvo también en Egipto. Expuso sus especulaciones en verso; y hemos hecho mención de sus fragmentos.

261 (Pág. 181.) El que conozca las sentencias de Jenofanes procedentes de la misma época, no tendrá por anacronismo este discurso.

262 (Pág. 182.) En Persia el juego de pelota es aun hoy una diversión de los hombres, lo mismo que en Europa. Charpin vió una partida de 300 jugadores. Véase Hyde. «De ludis orientaliu.»

263 (Pág. 186.) El nombre de los sagrados «ambres» parece una corrupción de las palabras con que empezaban las secciones de los textos grandes; «ha em re» principio de los capítulos. Horapolón, I, 58, ed. Leemans, menciona el libro de las enfermedades, mientras que Manetón, en Africano y Eusebio, cuenta de Atotes, sucesor del primer rey de Egipto Menes, que ha escrito libros anatómicos; pero como generalmente los libros sabios y especialmente los médicos se atribufan al dios Tot, puede haber ocurrido una confusión por la semejanza de los nombres. Entre las escrituras sagradas de los egipcios dicen había seis de medicina.

264 (Pág. 186.) Sátrapas llamábanse los gobernadores de las provincias que más bien eran virreyes ó bajáes. El nombre parece derivar de «shóitrapan» protector de provincia. En un texto egipcio Ptolomeo Lagi es llamado «Schatrapan» (sátrapa ó virrey.)

265 (Pág. 186.) Aunque los caldeos, según informes de Aristóteles, poseían cálculos astronómicos que se remontaban á 1903 años antes de Alejandro, es decir, 2,234 años antes de J. C., sin embargo, es cierto que la astronomía egipcia era más antigua, y según Diodoro, I, 81, los sacerdotes egipcios afirmaban que los caldeos de Babilón eran colonistas egipcios

instruídos por los sacerdotes, afirmación que puede ser verdad, aun cuando los egipcios mismos hayan emigrado mucho antes del Asia occidental.

266 (Pág. 188.) Estos nombres tomados de Herodoto se encuentran en parte también en la inscripción de Behistan, si bien en una forma algo diferente.

267 (Pág. 188.) El cumpleaños del rey era la fiesta mayor de los persas llamada la «perfecta.» Herodoto, I, 133. En general había costumbre en la antigüedad de celebrar los cumpleaños, especialmente de los reyes. Drumann, en su comentario del texto griego de la tabla de Roseta, cita muchos pasajes referentes al cumpleaños de los reyes.

268 (Pág. 189.) Leemos, por ejemplo, en el libro de los reyes de Firdusi, que el linaje de Feridun fué conservado por medio de una esclava. También Sal, padre de Rustem, se casó con una extranjera de la cual se había enamorado. Sean míticos ó no, los personajes de la epopeya persa, ciertamente no era inaudito que un príncipe casara con una esclava.

269 (Pág. 190.) Este pedazo de tela cuadrangular, ancho de 2 á 7 dedos, lo deben tener ante la boca todos los persas cuando recen. Según Estrabón, la paiti-d'hana colgaba del gorro cual borla sobre los labios.

270 (Pág. 190.) Herodoto, I, 132, y Estrabón, p. 733. Todos los utensilios usados en los sacrificios de los parsis modernos se halla descrito y dibujado en la obra de Anquetil.

271 (Pág. 190.) Haoma ó Soma es el nombre de una planta cuyo zumo habría sido el alimento de los dioses y que en ciertas ceremonias religiosas se catava é instilaba en el fuego. También es el nombre de un dios.

272 (Pág. 191.) El parsi debe recitar esta bella oración en cuanto se despierte.

273 (Pág. 192.) Más tarde los reyes de Persia se hacían adorar, aunque no directamente como deidades.

274 (Pág. 193.) Hemos descrito esta procesión según los bajos relieves que debemos á las excavaciones de Layard, y á un obelisco de Nínive del que existen moldes en varios museos de Europa, entre otros en Dresde, además de los de Mengs.

275 (Pág. 193.) En la época de nuestra historia los reyes de Persia cobraban las contribuciones en los plazos y las cantidades que querían. Daríos fué el primero que introdujo un sistema ordenado, lo cual le granjeó el apodo de «mercader.» Mas aun posteriormente ciertos distritos tenían la obligación

de mandar á la corte determinados productos naturales. Herodoto, I, 192; Jenofonte, «Anábasis,» IV, 5.

276 (Pág. 193.) Herodoto, VII, 41, 54, 55. Jenofonte, VIII, 4; Cucio, III, 4.

277 (Pág. 194.) El férver ó férver es la parte intelectual del hombre, su alma racional. Existía antes de nuestro nacimiento, se une con el cuerpo en el instante de salir éste á luz y lo abandona en la muerte. En cuanto nos abandona, el cuerpo se descompone. Si ha obrado bien durante la vida, será inmortal; si ha obrado mal, irá al infierno. Debemos implorar al férver y pedirle socorro con sacrificios. El lleva nuestra oración á Dios y por esta razón se le presenta cual disco alado.

278 (Pág. 194.) Estos «inmortales» debía su nombre á la circunstancia de que en cuanto uno de ellos caía ó moría de enfermedad, su lugar era ocupado por un suplente, de modo que su número no podía disminuirse, quedando siempre 10,000. Cuentan que Kiros instituyó esta guardia.

279 (Pág. 194.) Véanse las obras de Ewald, Weiss, Winer y Kitto.

280 (Pág. 195.) Aunque según las nuevas investigaciones de Hizig, Lengerke, Mere y Kuenen, ya no es lícito presentar á Daniel como compañero de Josua, gran sacerdote en la época de nuestra historia, no hay nada inverosímil en que haya quedado en Babilón un judío rico y distinguido; asimismo es histórico el documento de Kiros en virtud del cual más tarde Daríos permitió la construcción del templo. Esdras, VI.

281 (Pág. 197.) Conservamos los nombres de Mesaj y Abed Nego por no encontrar otros más convenientes para israelitas distinguidos domiciliados en Babilón, que aquellos que el libro de Daniel da á los compañeros del piadoso joven.

282 (Pág. 197.) Tácito, Historia, V, 2, 5, se expresa aun más duramente sobre la intolerancia de la religión judía.

283 (Pág. 198.) Este episodio es tomado de Herodoto, I, 204, 216; Diodoro, II, 44 y Jurt, I, 8; Kresias, Persica, 9, cuenta que Kiros fué herido por un indio en un combate contra los derbios y murió á consecuencia de la herida. Jenofonte le hace morir tranquilamente, acaso para hacerle pronunciar un bello discurso de despedida.

284 (Pág. 199.) El río Araxes (Aras,) nace en la meseta armenia y desemboca en el mar Caspio.

Herodoto confunde evidentemente con el Araxes el Yaxartes ó acaso el Oxos.

285 (Pág. 200.) Este rasgo es perfectamente propio del carácter persa. Si bien Herodoto, VII, 238, hace obrar á Jerjes de un modo muy diferente, el siguiente epigrama de Antifilo de Bizancio prueba que los griegos no ignoraban la caballería persa:

- «A. Este vestido de púrpura, ¡oh, Leonidas! envíate Jerjes, honrando el gran valor que en el combate mostraste.
 B. A traidores, ofreced semejante regalo; á mí cúbreme el [escudo aun aquí en la tumba; de nada sirve al muerto el suntuoso adorno.
 A. Muerto ya, ¿por qué has de odiar aun á los persas?
 B. ¡El amor á la libertad no muere jamás en el pecho del [espartano!»

286 (Pág. 207.) El libro de Esther, I, 11 y 19; II, 4 y 17; V, 1; Heliodoro de Emesa, Etiopica, VII, 19.

287 (Pág. 209.) Egas, puerto de Misia. La Astipalea mencionada aquí, no debe confundirse con la isla de Astipalea en la que los colonistas dóricos construyeron Akragas, «la ciudad más bella de los hombres mortales.» (Píndaro, Pífticos, 12, 1.) Asimismo (Villavieja,) llamábase el castillo fortificado con torres redondas, de Políkrates de Samos, cuyas murallas tenían 12 pies de grueso y cuya guarnición era la guardia escita del tirano.

288 (Pág. 209.) Herodoto, III, 39.

289 (Pág. 209.) Pisistratos murió muy viejo en 527 antes de J. C., sucediéndole su hijo mayor Hípías.

290 (Pág. 209.) Renia es una de las ciclades septentrionales. Herodoto, III, 39; Tukidides, I, 1, 13; III, 104.

291 (Pág. 209.) Koleos, navegante samio del siglo VII antes de J. C., haciendo rumbo hacia Egipto, fué llevado por el viento hacia el Oeste y fué el primer griego que pasó las columnas de Hércules, ó sea el estrecho de Gibraltar. Herodoto, IV, 182.

292 (Pág. 209.) Plinio, XXXVIII, 2, y Solino, 38, llaman sardonix la piedra de esta conocida sortija. En la época de este último autor el templo de la Concordia poseía, como regalo de Augusto, un anillo que pasaba por ser el de Polikrates. Clemente de Alejandría refiere que en la piedra estaba grabada una lira. Los árabes cuentan aun hoy una historia parecida, sólo que el héroe pierde su sortija por casualidad.

Schiller ha sacado el asunto de su hermoso romance, de Herodoto, III, 40, etc., que trae entera una carta supuesta escrita por Amasis. Todavía se conservan sellos de sardónica, como por ejemplo el que perteneció al rey Abibal de Fenicia y se halla ahora en Florencia. Véanse las obras de Gari, «*Gemma antiquæ*,» etc., y de Luynes, «*Essai sur la numismatique des satrapies*,» etc.

293 (Pág. 210.) Anacreón que vivió en la época de nuestra historia, dirige una de sus canciones á un Eros de cera que compró de un muchacho por una peseta. Platón usa también de la palabra «*Keroplastes*,» escultor en cera. Parece empero, que más generalmente se imitaban en cera las frutas.

294 (Pág. 211.) Una descripción de esta fiesta disoluta se halla en Herodoto, II, 60. «Y tanto es el vino que durante la fiesta se consume, que excede á lo que se bebe en lo restante del año, y tan numeroso el gentío que allá concurre, que sin contar los niños, entre hombres y mujeres asciende el número á 700.000 personas, según dicen los del país.» Unas fiestas parecidas celébranse en Dendera cuya Hator se llamaba la grande de Bubastis. Las extravagancias de estas fiestas y todo el carácter de la Bast ó Sejet de Bubastis, atribúan, sin duda, en el culto que los colonizadores fenicios introdujeron en el Delta. Dicha fiesta tiene un sucesor siempre floreciente en la feria que anualmente se celebra en Tanta, situada á corta distancia del punto donde estaba la antigua Bubastis. Nosotros hemos visto las barcas que llenas de mujeres y de algazara se dirigían á Tanta, hemos presenciado la exuberante alegría de la feria, y nos ha parecido que ciertos caracteres del Sem egipcio han sido transferidos al santo Said Bedani á cuya tumba concurren anualmente centenares de miles de romeros.

295 (Pág. 212.) Los médicos egipcios parecen haber saludado muchas veces las enfermedades. Muchas fórmulas de salutación se han conservado en los papiros hieráticos, de los que era célebre el papiro médico de Berlín, editado y comentado por Brusck y Chabas. He aquí una muestra de descripción sintomatológica: «Su vientre está pesado, la boca de su estómago está ardiente, los vestidos le molestan, y aunque se ponga muchos no le calientan. Durante la noche siente sed; el gusto de su corazón está corrompido como un hombre que ha comido higos de sicomoro; tiene un nido (foco,) de inflamación en su vientre, y cuando se levanta parece un hombre impedido.» Uno de los remedios externos era vino de pal-

mas mezclado con sal é incienso. Para destruir el germen de una enfermedad, debía invocarse á Isis. Cuando una mujer en cinta quería saber el sexo de su futuro hijo, mojaba en su orina dos granos de diferente especie de cereales y los sembraba uno después del otro. Si el primero germinaba antes que el segundo, había de parir una hembra, y si el segundo brotaba antes, un varón. También merecen mencionarse los papiros de Leiden publicados por Leemans, y los papiros mágicos publicados por Barthey. En el invierno de 1872-73 tuvimos la suerte de adquirir el más bello y más grande de todos los papiros médicos hallados hasta hoy, y cuya publicación está ya terminada, constando de la reproducción exacta y verdaderamente artística de las 110 páginas del original, una extensa introducción, el índice de todas las enfermedades contra las que se proponen remedios, y un vocabulario conteniendo todas las palabras usadas en el texto. Aun cuando tampoco en esta obra faltan las saluciones, sin embargo, recomiéndanse contra las más de las enfermedades medicamentos compuestos por peso y medida, de muchas drogas de todos los reinos de la naturaleza y á veces importadas de lejanas tierras. Curioso es que en esta obra del siglo XVI antes de J. C., se hallan aprovechados unos escritos fenicios, lo cual prueba que los egipcios, con todo su separatismo, no tenían reparo en utilizarse de la capacidad intelectual de sus vecinos. (Un ejemplar de dicha reproducción del papiro Ebers verdaderamente espléndida, adorna la socorrida biblioteca del Dr. D. José de Letamendi, actualmente catedrático de Patología general de la Facultad de Medicina de Madrid. Por lo demás el papiro Ebers confirma el juicio de Galeno que todos los libros terapéuticos de los egipcios eran «necesidades.»)

296 (Pág. 212.) La oftalmía egipcia, que desgraciadamente no es conocida en Europa, debe de haber hecho estragos á orillas del Nilo en una época muy remota. Los oculistas egipcios tenían fama en los tiempos de nuestra historia. En los monumentos se hallan representaciones de ciegos. Aun hoy es muy frecuente el catarro purulento del ojo. El papiro Ebers indica muchos remedios contra la granulacion de los ojos.

297 (Pág. 214.) Sappó, ed. Neue, XXXII. Traducción de F. Rükert.

298 (Pág. 215.) El planeta Venus llevaba en Egipto el nombre de la diosa Isis, y los monumentos muy antiguos demuestran que conocían la identidad de Hesper y el astro del alba.

299 (Pág. 215.) Plutarco, *Iris y Oriris*, 14; Pausanias, VII, 22.

300 (Pág. 216.) Según Herodoto, II, 29, 31, fueron 240.000; según Diodoro, I, 67, más de 200.000. En Abusimbel de Nubia, e grandioso templo construido por Ramses II en la roca, se han encontrado inscripciones griegas y fenicias escritas por los perseguidores de los fugitivos.

301 (Pág. 219.) Conocido entre los griegos bajo el nombre de Smerdis, mas las inscripciones cuneiformes le llaman Gumata ó según Spiegel Gaumata. Justino, I, 9, da el verdadero nombre aunque desfigurado, llamándole «Kometes.» Por esto hemos tomado de él el nombre de Oropastes, al que Herodoto, III, 61, llama Patizeites.

302 (Pág. 219.) Ragas llamada Europes en la época de Alejandro, Arsakia en la de Seleucos, Nicator y Rici en nuestros tiempos, es una de las ciudades más antiguas de Persia. Dicen que en ella nacieron Zoroastro y Harun-ar-reshid. Es la Rages de la Biblia. Aquí existía una famosa escuela sacerdotal.

303 (Pág. 221.) La estrella Tistar (probablemente Sirio del Can mayor,) la «Tistrya» del Avesta, la «Tishya» de los Vedas, se invocaba como estrella fúlgida y poderosa que traía á los persas la preciosa lluvia; en las Sagradas Escrituras de los parsis se la menciona muchas veces.

304 (Pág. 223.) Diodoro, VII, 77, dice que el rey de Persia tenía tantas mujeres como días el año. Por la batalla de Isos cayeron en poder de Alejandro 329 concubinas del último Daríos. El primero tuvo cuatro mujeres legítimas siendo Atosa la principal; los siete conspiradores contra el mago Smerdis, convinieron que en adelante las mujeres legítimas del rey, debían pertenecer á una de las siete familias. (Herodoto, III, 84.) Mahomet permitió á sus fieles casarse con cuatro mujeres, sancionando así una antiquísima costumbre oriental, según opina el Sr. de Hammer.

305 (Pág. 225.) Varios reyes dieron á sus esposas para alfileres las rentas de ciudades enteras. Jenofonte, *Anab.*, I, 4; Cicerón, *Verr.*, III, 83. Del precioso calzado se habla en *Judith*, XVI, 9; de los tesoros repletos de las mujeres persas, Herodoto, III, 130.

306 (Pág. 225.) Este nombre significa «del linaje de los perís,» siendo propiamente, según Rogge, «Pairkazana» ó «Pai-rikanafa.»

307 (Pág. 229.) El vino de Jios era el más apreciado por

los griegos; el de Biblos (Cebal,) de Siria tenía gran fama por su fino aroma.

308 (Pág. 229.) Jenofonte, Ciropedia, I, 3, 8, elogia mucho la habilidad y gracia de los escanciadores persas.

309 (Pág. 230.) El castillo de Susa fué llamado «Castillo de Memnon» por los antiguos y aun por Ktesias que estuvo mucho tiempo de médico en la corte persa. Diodoro, II, 22; Herodoto, V, 53 y 54; VII, 151; Esquilo en Estrabón, 718. Acerca del personaje místico de Memnon las mejores noticias se hallan en los escritos diversos (Miscelánea,) de Federico Jacobs.

FIN DEL TOMO PRIMERO

LA MITAD DEL MUNDO

VISTA DESDE UN AUTOMOVIL

De Pekín á París en 60 días

POR

LUIS BARZZINI

PRÓLOGO DEL

Príncipe D. Escipión Borghese

Forma un voluminoso tomo impreso en rico papel satinado, de cerca de 600 páginas con 200 ilustraciones y una carta mapa del itinerario.

Precio en rústica.—10 pesetas.

Encuadernada en tela con primorosas planchas doradas.—12'50

La mujer, médico del hogar

POR LA DOCTORA

ANA FISCHER DÜCKELMANN

Es la obra más importante y más útil de cuantas se han publicado hasta el día. Resulta imprescindible para toda mujer, amante de la familia, que desee criar hijos sanos y robustos. Habla extensamente de los cuidados que requiere la salud y de los indispensables para que la mujer pueda conservar largo tiempo la juventud y la belleza. Contiene instrucciones provechosísimas para el período del embarazo y los momentos críticos del parto. Da saludables consejos á los que deseen ardentemente tener hijos para que puedan conseguirlos, y enseña delicadamente los medios de no llenarse de ellos hasta el punto de hacer imposible la vida.

Un tomo ricamente empastado, de 850 páginas con 448 grabados en negro y 28 preciosas láminas en color, impreso sobre magnífico papel y encuadrado en un estuche.—30 pesetas.

Obras poéticas

Obras poéticas de José Espronceda.—Magnífica edición ilustrada con ocho primorosas láminas.—*8 pesetas.*

Obras completas de D. Ramón de Campoamor.—Cuatro tomos ilustrados: 1.^o *Los pequeños poemas*, 2.^o *Doloras y Humoradas*, 3.^o *Poemas*, 4.^o *Poesías y cantares*.—Cada tomo *2 pesetas.*

La Poesía en el mundo, por M. R. Bianco Belmonte.—Un hermoso tomo profusamente ilustrado.—*2 pesetas.*

Los trovadores de México.—Poesías líricas de autores contemporáneos. Un tomo.—*2 pesetas.*

Parnaso argentino.—Poesías selectas recopiladas. Edición ilustrada con veintiséis retratos, un tomo.—*2 pesetas.*

Parnaso venezolano.—Selecta recopilación de las mejores poesías, impresas sobre magnífico papel satinado. Un tomo de 470 páginas, ilustrado con más de treinta retratos.—*2 pesetas.*

Parnaso cubano.—Selectas composiciones poéticas coleccionadas por Adrián del Valle, con un prólogo del mismo. Ilustrada con 42 retratos.—*2 pesetas.*

Poesías completas de José Santos Chocano.—Nueva edición cuidadosamente corregida por el autor, con un prólogo de *M. González Prada*, un tomo.—*2 pesetas.*

Tesoro del Parnaso americano.—Obra ilustrada con retratos, dos tomos.—*4 pesetas.*

Poesías escogidas de Juan de Dios Pea.—Única edición autorizada por el autor y aumentada con varias composiciones inéditas. Un tomo.—*2 pesetas.*

Obras de Manuel Acuña.—Un tomo con 8 magníficas ilustraciones.—*2 pesetas.*

Poesías de Antonio Plaza.—Un tomo ilustrado con 8 primorosas láminas.—*2 pesetas.*

Pasionarias, por Manuel Flores.—Edición ilustrada con 8 preciosas láminas.—*2 pesetas.*

Fuñilezas, por J. Ferrer Esteller.—Un precioso tomo ilustrado, encuadernado en tela, con planchas doradas.—*2 pesetas.*

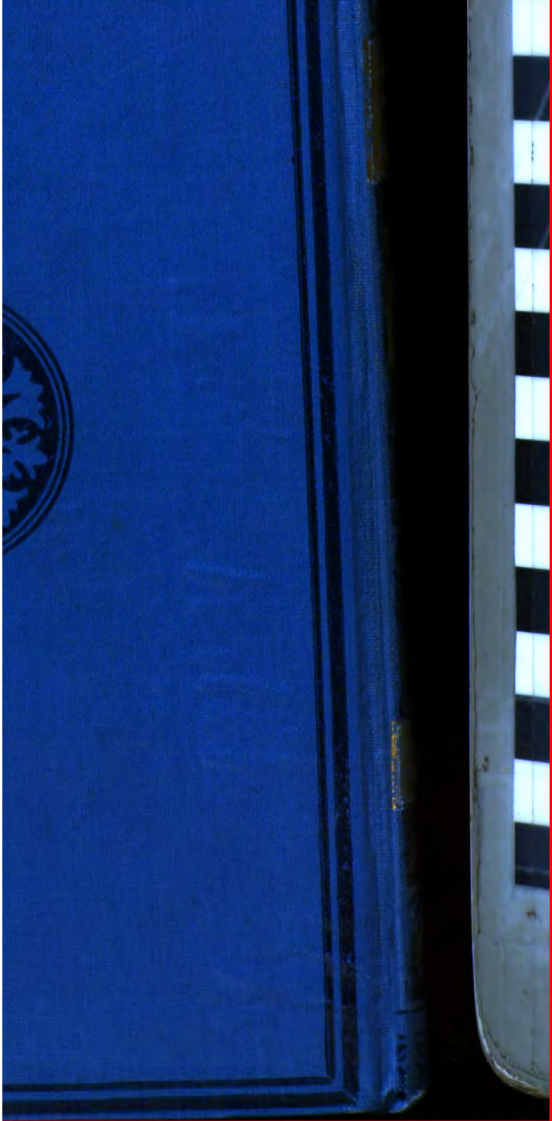
~~~~~  
Cada uno de estos tomos cuesta *250 pesetas* encuadernado en tela con plancha dorada.

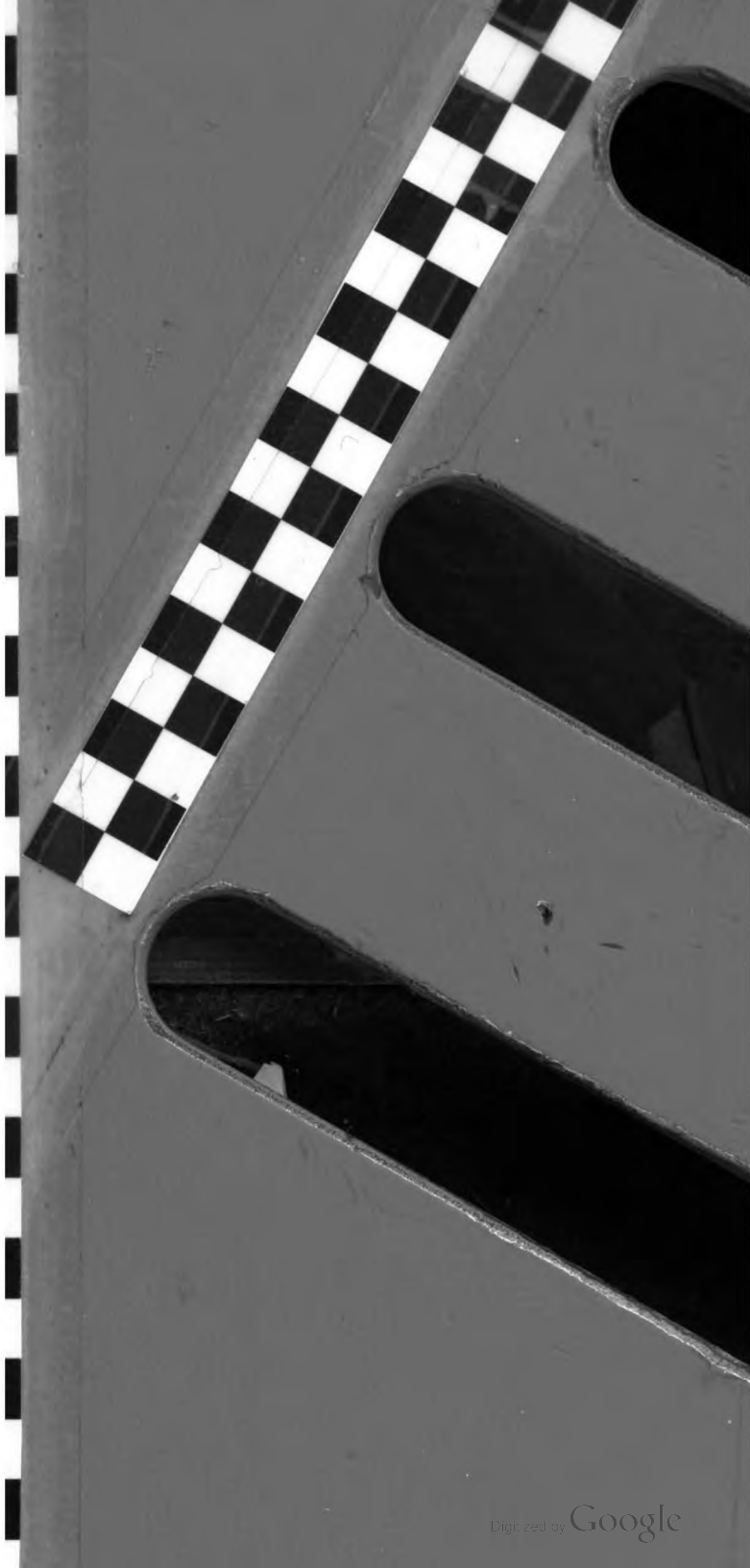












UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 078746853

